



DONNA LEON

La tentación del perdón

Desobedece una ley injusta y obedecerás a la verdad

Seix Barral

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Mientras se enfrenta a un problema de posibles filtraciones dentro de la Questura, Brunetti recibe por sorpresa a una amiga de Paola, su mujer, muy preocupada por la extraña actitud de su hijo adolescente. Cuando a medianoche el marido de la amiga aparece inconsciente y con graves daños cerebrales a los pies de un puente de Venecia, Brunetti empieza a pensar que el caso tiene que ver con el comportamiento de su hijo. Pero el camino hacia la verdad, como sabe por experiencia Brunetti, no suele ser una línea recta: un registro minucioso del despacho de Gasparini revela una cantidad inusual de cupones de descuento propiedad de una tía anciana, lo que termina revelando una estafa dirigida al sistema sanitario veneciano.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon

La tentación del perdón

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Para Ann Hallenberg

La ley condena, pero el amor perdona.

HÄNDEL,
Esther, acto II, escena III

1

Tras salir de casa con el tiempo justo para llegar puntual a la reunión con su superior en la *questura*, Brunetti se encontraba sentado en uno de los últimos asientos del número 1, ojeando *Il Gazzettino* de la mañana con ademán ocioso. Su subconsciente le indicaba que acababan de salir de la Salute y empezaban a cruzar hacia Vallaresso, y oyó que las hélices se detenían un instante y comenzaban a girar en dirección contraria. El sistema veneciano de ecolocalización lo avisó de que aún estaban a cierta distancia del margen izquierdo del canal, así que no era normal oír que el *vaporetto* daba marcha atrás: quizá hubiese algo en el agua que el capitán estuviera intentando esquivar.

Brunetti apartó el periódico y echó un vistazo, pero no vio nada. O, para ser más exactos, no vio más que un sobrio muro gris que reconoció de inmediato: un banco de niebla. Le costaba creer lo que veía, pues al salir de casa tan sólo veinte minutos antes el cielo estaba despejado. Era como si, mientras él leía sobre el último fallo de funcionamiento del dique MOSE, a pesar de los más de treinta años de planificación y malversaciones, alguien hubiera colgado un enorme paño gris delante del *vaporetto*.

Era noviembre, y la niebla, de esperar. La temperatura no había mejorado respecto a la última semana. Brunetti se volvió y se fijó en el hombre de su derecha, pero éste estaba tan absorto en lo que quiera que mirara en la pantalla del móvil que si un grupo de serafines hubiese formado con precisión militar a ambos lados de la embarcación, no habría reparado en ellos.

Se detuvieron a unos metros del muro gris y el motor quedó en punto muerto. A su espalda, oyó a una mujer susurrar: «*Oddio*», pero con cierta sorpresa, no con miedo. Brunetti miró hacia la *riva* de la izquierda y vio el hotel

Europa y el Palazzo Treves, pero al parecer Ca' Giustinian había sido devorado por la misma niebla densa que se extendía ante ellos por el Gran Canal.

El caballero del móvil por fin levantó la vista y miró al frente antes de concentrarse de nuevo en la pequeña pantalla, que sostenía en la mano izquierda. Brunetti plegó el diario y se volvió para mirar hacia atrás. A través de la puerta y de las ventanas traseras, vio que venían más barcos en su dirección, mientras que otros se desviaban hacia el puente de Rialto. Un número 2 salió de la parada de la Accademia y se dirigió hacia ellos, pero enseguida frenó y se detuvo.

Entonces oyó un claxon antes de ver a un taxi dar un volantazo para esquivar al número 2 y dirigirse hacia ellos a toda velocidad. Mientras lo adelantaba, Brunetti se fijó en que el piloto hablaba con una mujer rubia que estaba de pie detrás de él. En ese instante, ella abrió la boca como ahogando un grito, y eso obligó al piloto a volverse al frente. Impasible, giró el timón para después virar bruscamente y situarse delante del *vaporetto* de Brunetti, y la barca penetró en la cortina de niebla.

Brunetti dejó atrás a su vecino de asiento y salió a cubierta esperando oír el choque desde proa, pero no oyó más que al taxi alejarse cada vez más. Entonces el motor del *vaporetto* cobró vida de nuevo y empezaron a avanzar poco a poco. Desde donde estaba, el *commissario* no veía si el radar del puente daba vueltas, pero no le cabía duda de que tenía que estar funcionando, o el piloto no se arriesgaría a continuar.

Como si estuvieran a bordo de un barco mágico en una novela de fantasía, atravesaron la cortina gris y, al otro lado, recuperaron la luz del sol. En el puente de mando, un miembro de la tripulación estaba relajado y medio apoyado en la ventana, mientras que el capitán miraba al frente con las manos en el timón. En el margen, los *palazzi*, libres de toda envoltura nubosa, pasaban con calma a medida que el *vaporetto* se aproximaba a la parada de Vallaresso.

La puerta se abrió a su espalda y los pasajeros fueron saliendo para acumularse en cubierta. La embarcación amarró, el tripulante abrió la barandilla de metal para permitir que unos pasajeros desembarcaran y otros los reemplazaran, la cerró y el barco zarpó. Brunetti miró de nuevo hacia la Accademia, pero ya no quedaba ni rastro de la niebla. Otros barcos se acercaban al *vaporetto* y después se alejaban. Delante tenían el *bacino*; a la izquierda, la basílica, la Marciana y el *palazzo* descansaban en sus lugares correspondientes

mientras el sol de la mañana continuaba barriendo las sombras de la noche.

Brunetti observó el interior del *vaporetto* preguntándose si el resto de los pasajeros habían visto lo mismo que él, pero no recordaba cuáles estaban a bordo en el momento en que había aparecido la niebla. Para averiguarlo tendría que hablar con ellos uno por uno, pero sólo de pensar en cómo lo mirarían, cambió de opinión.

Tocó la barandilla y comprobó que estaba tan seca como el suelo de la cubierta. Esa mañana se había puesto un traje de color azul oscuro, y notó calor en la manga y en el hombro derechos. El sol brillaba, el aire era fresco y seco, no se veía ni una nube en el cielo.

Se bajó en San Zaccaria y dejó el periódico olvidado, y mientras el *vaporetto* se alejaba, abandonó toda posibilidad de verificar lo que había visto. Caminando despacio por la *riva*, se cansó de darle vueltas a lo inexplicable y prefirió concentrarse en lo que tenía que hacer al llegar a la *questura*.

La tarde anterior había recibido un correo electrónico de su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta, en el que éste le solicitaba que acudiese a hablar con él a la mañana siguiente. El mensaje no iba acompañado de ninguna otra explicación, algo habitual, pero el tono sonaba cordial, y eso no lo era.

El comportamiento del *vicequestore* Patta era, en general, predecible, tratándose de un hombre que se había abierto camino a través de la burocracia gubernamental. Parecía más ocupado de lo que estaba, nunca perdía la oportunidad de apropiarse los elogios destinados al cuerpo en el que trabajaba y era cinturón negro en apañárselas para que la responsabilidad o las culpas de cualquier fracaso le cayeran a otro. Lo que no cabía esperar de alguien que había trepado el poste engrasado del éxito administrativo con tanta facilidad era que, durante décadas, hubiera permanecido en el mismo lugar. La mayoría de los hombres que alcanzaban su rango continuaban subiendo en zigzag de provincia en provincia, ciudad a ciudad, hasta que una promoción en sus últimos años de carrera les permitía mudarse a Roma, lugar donde acostumbraban a quedarse como gruesos coágulos en la superficie del yogur, impidiendo el paso del aire y de la luz y también el progreso de aquellos que quedaban debajo de ellos.

Patta, como un trilobites del periodo Cámbrico, se había enterrado en la *questura* de Venecia y se había convertido en un fósil viviente. A su lado, y petrificado en el mismo estrato de limo, estaba su ayudante, el teniente Scarpa:

otro nativo de Palermo que también había acabado pensando que allí la hierba era más verde. Los *commissari* iban y venían, durante los años que Patta llevaba en Venecia había habido tres *questori* distintos, y hasta los ordenadores se habían cambiado dos veces. Pero Patta permanecía allí como una lapa aferrada a su roca mientras las olas chocaban contra él sin perturbarlo, con su fiel teniente a su lado.

No obstante, ni Patta ni Scarpa habían demostrado entusiasmo alguno por la ciudad ni parecían tenerle un cariño especial. Si alguien decía que Venecia era hermosa —o incluso llegase a afirmar que era la ciudad más bonita del mundo—, Scarpa y Patta intercambiaban una mirada que insinuaba, aunque no consignaba, su desacuerdo. Sí, ambos parecían estar pensando: «Pero ¿ha visto usted Palermo?».

Fue la secretaria de Patta, la *signorina* Elettra Zorzi, quien recibió a Brunetti cuando éste entró en el despacho donde ella montaba guardia ante el del *vicequestore*.

—*Commissario* —lo saludó—. El *vicequestore* ha llamado hace unos minutos; me ha pedido que lo avise de que llegará enseguida.

Si Vlad el Empalador se hubiera disculpado porque las estacas estaban demasiado romas, el *commissario* no podría haberse quedado más pasmado.

—¿Le ocurre algo a Patta? —preguntó sin pensar.

Ella ladeó la cabeza para considerarlo y empezó a esbozar una sonrisa que detuvo en seco.

—Últimamente habla mucho por teléfono con su esposa —contestó. Y añadió—: Es difícil de saber. No tengo ni idea de qué le dirá ella, pero él contesta con muy pocas palabras.

De algún modo, la *signorina* Elettra se las había apañado para colocar un dispositivo de escucha en el despacho de su jefe, pero Brunetti no quería averiguar los detalles y prefirió no demostrar que tenía conocimiento de ello.

—Cuando habla con Scarpa se acercan a la ventana.

¿Significaba eso que el dispositivo estaba en el escritorio o que Patta sospechaba algo y se aseguraba de que su ayudante bajase la voz lo suficiente para que no los oyesen? ¿O acaso les gustaban las vistas?

—¿Cómo? —preguntó Brunetti con las cejas enarcadas.

Se fijó en que la blusa de la *signorina* Elettra era del color de la remolacha,

con botones blancos en la parte delantera y en los puños; tenía la caída líquida de la seda.

Ella colocó los dedos estirados de una mano sobre los de la otra y con ellos formó una rejilla que cubría una parte de su escritorio.

—No tengo ni idea de qué lo preocupa.

Brunetti tuvo la impresión de que había una pregunta implícita, pero no comprendía por qué: si alguien estaba al tanto de los movimientos de Patta, ésa era ella. La secretaria continuó, sin apartar la vista de las manos:

—Cuando habla con su esposa no está nervioso. La escucha y le dice que haga lo que le parezca más adecuado.

—¿Y cuando está con Scarpa?

—Con él parece más inquieto. —De pronto calló, como para reflexionar, y añadió—: Podría ser que no le guste lo que Scarpa le dice. El *vicequestore* lo interrumpe de vez en cuando y una vez le ordenó que no lo molestase con más preguntas —explicó, pasando por alto que era poco probable que ella hubiera podido oír la conversación desde su despacho.

—No me diga que tienen problemas... —respondió Brunetti con seriedad.

—Eso parece —convino ella—. ¿Quiere esperarlo dentro o lo aviso cuando llegue?

—Voy a subir. Llámeme cuando esté aquí. —Entonces, incapaz de evitar un último comentario, dijo—: No me gustaría que el *vicequestore* me encontrase revolviendo en sus cajones.

—A él tampoco —respondió una voz grave desde la puerta.

—Vaya, teniente —saludó Brunetti sin inmutarse, y le dedicó una alegre sonrisa al hombre que lo miraba apoyado en el quicio de la puerta—. Una vez más, nuestra preocupación por los intereses del *vicequestore* es como dos corazones que laten al unísono.

—¿Es eso ironía? —preguntó Scarpa, y esbozó media sonrisa—. ¿O es sarcasmo, *commissario*? —El teniente hizo una pausa breve y al cabo de un momento añadió a modo de explicación—: A los que no gozamos de educación universitaria a veces nos cuesta notar la diferencia.

Brunetti calló un instante para concederle a la pregunta la reflexión necesaria antes de responder.

—En este caso, teniente, diría que se trata de una mera hipérbole, en la que

una exageración flagrante pretende señalar la falta de credibilidad y la falsedad de la frase.

Al ver que Scarpa no contestaba, Brunetti prosiguió:

—Es un recurso retórico empleado para crear humor.

Scarpa no dijo nada, así que el *commissario* continuó, sin dejar de sonreír.

—En filosofía, una de esas cosas que estudiamos en la universidad, se llama «*argumentum ad absurdum*».

Pero cayó en la cuenta de que se había pasado y evitó añadir que era un recurso que le resultaba muy útil en sus conversaciones con el *vicequestore*.

—¿Y se supone que tiene gracia? —preguntó Scarpa al final.

—Exacto, teniente. Así es. Pensar que yo traicionaría la confianza del *vicequestore* de algún modo es tan absurdo que la mera insinuación basta para provocar risas.

Brunetti hizo una mueca y abrió mucho la boca, como si su dentista le hubiese pedido que le enseñase los dientes.

Scarpa se apartó del marco de la puerta con un gesto rápido del hombro izquierdo. Unos segundos antes había adoptado una postura relajada, pero ahora estaba erguido y se veía mucho más alto. La facilidad con la que alargaba su postura hacia y encorvada le recordaba a Brunetti a las serpientes que había visto en los documentales de la televisión: cuando estaban tranquilas se enroscaban y permanecían quietas, como muertas; pero, con un solo ruido, su cuerpo se convertía en un látigo que se extendía a la luz del sol y multiplicaba el alcance de sus ataques.

Con la sonrisa intacta e incluso más amplia que antes, Brunetti se volvió hacia la *signorina* Elettra.

—Si tiene la amabilidad de avisarme cuando llegue el *vicequestore*, estaré en mi despacho.

—Por supuesto, *signor commissario* —accedió la *signorina* Elettra, que se volvió hacia Scarpa y preguntó—: ¿Qué puedo hacer por usted, teniente?

Brunetti se dirigió a la puerta, pero Scarpa no se movió, sino que continuó bloqueando la salida. El tiempo se detuvo. La *signorina* Elettra apartó la mirada.

Al final, el teniente dio un paso hacia la mesa de la secretaria y Brunetti salió del despacho.

2

En su mesa, el *commissario* encontró algo que le habría gustado no haber visto: una carpeta que llevaba acumulando folios desde que había hecho su aparición en la *questura*. Debía de hacer unos dos meses de la última vez que lo había visto, momento en el que había permanecido en la bandeja de asuntos pendientes durante una semana a la manera de ese desconocido que un amigo ha traído a cenar a casa, que no habla durante toda la comida, bebe demasiado y, cuando ya se han ido todos, se niega a moverse de allí. Brunetti no había invitado a quedarse a ese archivo que no le había revelado prácticamente nada, y tampoco sabía cómo deshacerse de él.

Los sobres de color verde oscuro correspondían a delitos relacionados con coches: conducción temeraria, fugas, destrucción de radares de velocidad en la carretera, conducción bajo los efectos del alcohol, por usar el *telefonino* o, aún peor, por escribir mensajes. En una ciudad donde no había coches, ese tipo de delitos no acostumbraba a llegar a la *questura* de Venecia.

No obstante, la carpeta también contenía casos relacionados con la adquisición ilegal de documentación: registros de vehículos, seguros, permisos de conducir, resultados de exámenes de conducción. A pesar de que todos esos documentos debían registrarse en la oficina central de Mestre, todo intento de obtenerlos por vías ilegales, como solía ocurrir con cualquier otro delito cometido en las ciudades unidas, se denunciaba a la policía de Venecia.

Casi todo el peso de los papeles tenía que ver con un incidente ocurrido en tierra firme. Tras la lectura del primer informe, Brunetti había renovado su respeto por la infinita inventiva de sus congéneres: el delito se había detectado en el hospital de Mestre cuando, en el transcurso de tan sólo dos días, cinco

hombres se habían presentado en el Pronto Soccorso con receptores de radio en miniatura implantados en una parte tan honda del canal auditivo que no tenían otro modo de quitárselos que no fuera acudiendo al hospital. Durante la exploración física se descubrió que todos los hombres llevaban también un equipo transmisor pegado al abdomen con cinta adhesiva y cámaras en el pecho cuyas lentes asomaban por los ojales de la camisa.

Dado que cuatro de ellos eran paquistaníes y ninguno hablaba bien italiano, llamaron a un intérprete y a la policía. Resultó que los cinco se habían matriculado en la misma autoescuela de Mestre y previamente habían suspendido el examen oral en el que debían explicar el significado de ciertas señales de tráfico. La policía había descubierto más tarde que los transmisores se los habían colocado unos empleados de la escuela, los mismos que les habían insertado los auriculares. Durante el examen, las cámaras del ojal transmitían la imagen de la señal que los alumnos debían identificar a unos ayudantes que, desde la distancia, susurraban los significados. Así habían aprobado el examen y conseguido el carné de conducir.

El servicio costaba dos mil o tres mil euros y era probable que, hasta el momento en que fue detectado, hubiera puesto a cientos de conductores no cualificados al volante no sólo de coches, sino de camiones y vehículos articulados que cubrían grandes distancias.

Como a Brunetti no se le ocurría nadie que no hubiera visto ya la documentación, decidió volver a guardarla en su escritorio, como un coche que no puede zafarse de un atasco a menos que el conductor tenga la valentía de circular por el arcén hasta la siguiente salida.

A veces creía que lo guardaba allí para recordarse lo ingeniosa que podía ser la gente, al menos cuando se trataba de inventar maneras de ganar dinero.

Entonces sonó el teléfono.

—Ha llegado el *vicequestore*, *commissario* —dijo la *signorina* Elettra con el tono de voz que usaba cuando Patta estaba cerca de su mesa.

—Bajo de inmediato —respondió Brunetti, y se levantó.

Encontró a Patta y su bronceado otoñal ante el escritorio de la secretaria, mientras ambos repasaban la agenda de la tarde. Ese día, Patta llevaba un traje de color gris marengo que el *commissario* no había visto nunca y, esperando a que acabasen la conversación, lo observó con detenimiento. Estudió la caricia

silenciosa de la tela sobre los hombros amplios del *vicequestore*, la delicada caída de la pinza del pantalón. Recorrió las mangas con la mirada y se fijó en los ojales de los puños. Sí, estaban cosidos a mano, un detalle que siempre se granjeaba la admiración sartorial de Brunetti.

Era evidente que los zapatos negros que llevaba Patta también estaban hechos a medida; los agujeros diminutos que decoraban la puntera no hacían sino acentuar la suavidad del cuero. Los cordones tenían borlas en los extremos, y a Brunetti le costó admitir lo mucho que le gustaba ese calzado.

—Buenos días, *commissario* —lo saludó Patta afable—. Pase a mi despacho.

Con el transcurso de los años, Brunetti había acabado concluyendo que Patta ajustaba su pronunciación a la importancia de la persona con la que hablaba. Conversando con el *questore*, el italiano de Patta era de una pureza impecable, más toscano que el de cualquier toscano. Era el mismo tono de voz que empleaba con la *signorina* Elettra. Sin embargo, su acento palermitano se intensificaba en proporción inversa a la importancia de su interlocutor. Aparecían extrañas vocales, las íes aterrizaban al final de los nombres femeninos, las elles se convertían en des geminadas, la *Madonna* se convertía en la *Maronna* y *bello* en *beddu*. A veces, las íes de inicio de palabra desaparecían para regresar en cuanto asomaba cualquiera de más alta condición. Y por el italiano claro con el que lo había saludado, el *commissario* pensó que lo habían ascendido varios escalafones de golpe, si bien su sentido común le dijo que el ascenso sería sólo temporal.

Patta entró primero en el despacho y dejó que Brunetti cerrase la puerta al pasar. Se acercó a la mesa, pero de pronto cambió de dirección, se sentó en una de las sillas para visitas y Brunetti escogió una de las restantes.

Una vez acomodados, Patta empezó:

—Me gustaría hablar con franqueza, *commissario*.

Brunetti se abstuvo de preguntarle de qué modo había hablado con él en el pasado y prefirió limitarse a mirarlo con expresión agradable e interesada. Al menos Patta no había perdido el tiempo con los preliminares.

—Se trata de una filtración —dijo Patta.

—¿Una filtración? —preguntó Brunetti, resistiéndose al impulso de mirar el techo buscando goteras.

—Sí, de la *questura* —continuó el *vicequestore*.

«Vaya, esa clase de filtraciones», se dijo Brunetti, y se preguntó qué estaría pensando Patta. Hacía ya un tiempo que ni *Il Gazzettino* ni *La Nuova di Venezia* publicaban artículos que les sacasen los colores, así que Brunetti carecía de avisos sobre qué información podía haber salido de la *questura*.

Sin saber cómo responder, miró la chaqueta de su superior y se fijó en los ojales cosidos a mano. Cuando uno buscaba belleza, la encontraba, y eso lo reconfortaba.

—¿Qué sucede, *commissario*? —preguntó Patta con su tono inquisitivo habitual.

Sin dudar, y quizá por primera vez en años, Brunetti respondió con sinceridad:

—Los ojales de la chaqueta, *signore*.

Sorprendido, Patta se acercó el brazo derecho y contempló el puño, como si temiese que Brunetti quisiera robarle los botones.

—¿Qué les pasa? —preguntó una vez los hubo examinado.

Brunetti le ofreció una sonrisa relajada y natural.

—Los admiro, *vicequestore*.

—¿Los ojales?

—Sí.

—¿Aprecia la diferencia?

—Creo que es obvia —contestó Brunetti—. Es fabuloso ver puntadas de esa calidad hechas a mano. Como la espuma en el café: no siempre tiene, y a la mayoría de las personas les da igual, pero cuando está ahí y la ves, hace que el café sepa mejor.

Patta suavizó la expresión, y Brunetti tuvo la extraña sensación de que el *vicequestore* sentía alivio, como si un amigo acabase de aparecer en una sala donde sólo esperaba ver rostros desconocidos.

—He encontrado un sastre en Mogliano —reveló Patta antes de mirar a Brunetti y continuar—: Puedo darle el nombre, si quiere.

—Es muy amable, señor.

Patta alargó el brazo y tiró del puño de la camisa.

Brunetti cayó en que aquella era la primera conversación personal que tenían como iguales, y estaban hablando de ojales.

—Respecto a las filtraciones, señor, ¿podría darme más información?

—Quería hablar con usted porque conoce a gente aquí —comenzó Patta, recordándole a Brunetti que se trataba del Patta de siempre, para quien el funcionamiento interno de la *questura* era parte de los misterios de Delfos.

El *commissario* hizo un gesto con la mano que, o bien desestimaba la verdad oculta de la que Patta lo creía poseedor, o la invocaba a surgir de las profundidades.

—La gente habla con usted —insinuó su superior.

Descubrir las sospechas de Patta lo relajó y le hizo pensar que, aunque en aquella ocasión el tema fuese nuevo, el viejo sistema de confrontación quedaba restaurado. Descartó la afinidad momentánea que había sentido con su jefe y recuperó su sentido común natural.

—¿De qué cree que han estado hablando, *vicequestore*?

Patta emitió un carraspeo suave.

—Me han llegado rumores de que hay personas descontentas con el teniente Scarpa —afirmó Patta con aparente dificultad para ocultar su indignación. Con más calma, como si el asunto tuviera menos importancia, añadió—: Al parecer, también ha habido comentarios sobre alguien a quien hemos interrogado.

«Tranquilo», se dijo Brunetti mientras sopesaba lo que Patta había dicho sobre Scarpa. Además de no confiar en el teniente, el *commissario* lo despreciaba y no intentaba ocultarlo; Patta no parecía darse cuenta, tal como sucedía con tantas otras cosas en la *questura*. Lo mejor era mostrarse sorprendido, porque indignado sería demasiado. Puede que incluso curioso. Pero ¿qué era ese asunto de las filtraciones?

—¿Es libre de decir de dónde ha obtenido esta información, señor?

—El mismo teniente me informó de ambas cosas —respondió Patta.

—¿Y le reveló la fuente?

Patta vaciló un instante, pero enseguida contestó:

—Me dijo que era uno de sus confidentes.

Brunetti se frotó el labio inferior con los dedos de la mano izquierda. Dejó pasar un rato antes de continuar:

—Me parece extraño que un confidente haya averiguado algo sobre la *questura* que nadie más parece saber. —Tras una pausa, sugirió—: Pregúnteselo a la *signorina* Elettra.

—Quería hablar primero con usted —repuso Patta sin más explicaciones.

Brunetti asintió, como si entendiese el razonamiento. Y no cabía duda de que lo más probable fuera que Patta dudase antes de molestar a la *signorina* Elettra con una sospecha que podía ser infundada.

—¿El confidente es de confianza? —preguntó Brunetti.

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? —replicó Patta—. Los confidentes no son asunto mío.

El instinto de supervivencia institucional llevó a Brunetti a morderse la lengua. Hizo un gesto con la mano y le dio la razón con un leve cabeceo antes de hablar:

—Es posible que alguien haya inventado el rumor para crear fricciones entre el teniente y sus compañeros. Es evidente que se ha hecho un hueco en la opinión de sus colegas. —Brunetti hizo una pausa brevísima mientras Patta intentaba descifrar la frase—. Yo no tendría en cuenta los rumores, señor. Si es que quiere mi opinión, por supuesto.

¿Era posible que Patta se hubiera revuelto con incomodidad en la silla?, se preguntó Brunetti. Esperó un periodo de tiempo que consideró respetuoso y se levantó.

—Si no hay nada más, *vicequestore*, regresaré a mi despacho.

3

Brunetti cerró la puerta al salir y se volvió hacia la *signorina* Elettra con la esperanza de que ella pudiese contarle más, pero lo sorprendió ver a Vianello de pie junto a ella, inclinado y señalando algo en la pantalla del ordenador.

—Ya veo... —dijo el inspector con tono reverente—. Qué fácil es.

Cabeceó para sí con satisfacción y se apartó del ordenador.

—Lo he intentado dos veces, pero no estaba fijándome en lo obvio.

La *signorina* Elettra se volvió hacia Brunetti y enarcó las cejas a modo de interrogación silenciosa. Él sonrió y negó con la cabeza.

—Siempre hay algo que aprender del *vicequestore*. —Cuando estuvo seguro de contar con su atención, continuó—: El *dottor* Patta ahora sospecha que ha habido una filtración en la *questura*.

Sentía curiosidad por ver cómo reaccionaba Vianello. Como éste no hizo ningún comentario, aventuró:

—Puede que haya estado viendo películas de espías, o tal vez sea todo cosa del teniente. Es él quien ha dado parte del rumor.

La *signorina* Elettra, que ya no miraba a Brunetti mientras él hablaba, pulsó una tecla que dejó la pantalla en blanco y después tecleó la dirección web de *Il Gazzettino*, la misma edición que Brunetti había estado leyendo en el barco. Ella leyó unas líneas, miró al *commissario* unos instantes y enseguida continuó observando la pantalla sin decir nada. Brunetti se preguntó por qué no le interesaba la conversación: los chismorreos solían captar su atención. Aunque quizá esa curiosidad no incluía al teniente Scarpa.

Vianello soltó un resoplido de incredulidad.

—Como si lo que hiciésemos aquí fuera secreto...

Con ademán ocioso y sin despegar la mirada de la pantalla, la *signorina* Elettra preguntó:

—¿Ha dicho de qué se trataba?

Brunetti echó una mirada a la puerta de Patta y alzó ambas manos.

—Sólo que alguien ha insinuado que aquí Scarpa no es el más popular.

No se molestó en mencionar la otra presunta filtración, pues la consideraba intrascendente.

El nombre de Scarpa le había llamado la atención a la secretaria, que de pronto miró a Brunetti.

—Eso es imposible —dijo.

Brunetti se rio.

—Justo eso le he dicho al *vicequestore*.

—¿No tenemos nada mejor que hacer que preocuparnos por el teniente y por supuestas filtraciones? —preguntó Vianello.

Brunetti estaba a punto de marcharse, pero le pudo la curiosidad.

—¿Qué misterio se ha resuelto justo cuando yo salía?

Vianello y la *signorina* Elettra se miraron, y el inspector contestó:

—Adelante. Díselo. Soy un hombre, lo soportaré.

—Era uno de los problemas de los deberes de su hijo —explicó la *signorina* Elettra.

—Luca está en el grupo avanzado de tecnología informática —explicó Vianello—. El profesor les ha puesto un ejercicio y a Luca le estaba costando, así que he pensado en echarle un vistazo aquí, porque los ordenadores son mucho más sofisticados. Pensé que podría resolverlo.

—¿Pero? —preguntó Brunetti, aunque sospechaba que ya sabía la respuesta.

—Me ha resultado imposible —contestó Vianello, y se encogió de hombros.

La *signorina* Elettra lo interrumpió.

—Yo he tenido que dedicarle un buen rato antes de comprender qué había que hacer —dijo, y miró a Vianello—. ¿Luca lo ha resuelto?

El inspector se rio.

—Se lo he preguntado en el desayuno, y, según él, le ha venido la respuesta durante la noche. Se ha levantado y se ha puesto a trabajar hasta que lo ha conseguido.

Vianello sonrió y suspiró.

—¿Le ha salido lo mismo que a nosotros? —preguntó ella.

Brunetti se percató de lo amable que estaba siendo al utilizar el plural.

—No lo sé —contestó él—. Tenía prisa y me ha dicho que me lo contaría a la hora de cenar.

La llegada de Alvise los interrumpió.

—Por fin lo encuentro, *commissario* —dijo, y lo saludó formalmente antes de apoyarse en el quicio de la puerta jadeando con la mano en el corazón, señal de que había subido la escalera corriendo.

Alvise era el agente de menor estatura del cuerpo, ¿acaso le costaba subir los escalones más que a los demás?

—Hay una mujer en el vestíbulo que quiere hablar con usted, *commissario* —anunció con esfuerzo.

—¿No habría sido más fácil llamarme por teléfono, Alvise? —preguntó Brunetti.

El agente se quedó petrificado. Dejó caer la mano y paró de jadear. Antes de responder, permaneció unos segundos bajo el foco del sentido común.

—Sí, *dottore*, pero quería demostrarle a ella que entendía que era importante.

Eso no le dejaba más opción a Brunetti que contestar:

—En ese caso, ten la amabilidad de ir a buscarla y acompáñala a mi despacho.

El agente, que volvió a jadear y sólo fue capaz de asentir con la cabeza, dio media vuelta y se esfumó.

Los demás no hablaron hasta que los pasos de Alvise desaparecieron escaleras abajo.

—¿Por qué es siempre tan amable con él, *signore*? —preguntó la *signorina* Elettra.

Brunetti reflexionó. Nunca se había parado a pensar en cómo le hablaba a Alvise.

—Porque lo necesita.

—Vaya —ofreció ella como única respuesta.

—Estaré en mi despacho.

Cuando llegó, esperó unos instantes junto a la ventana, observando la enredadera que trepaba a la fachada del otro lado del canal. De vez en cuando, unas hojas caían al agua, y Brunetti se dio cuenta de que la marea estaba baja.

Los poetas adoraban esa imagen como símbolo de las despedidas: la marea inexorable que se llevaba las cosas.

Oyó pasos y, al volverse, vio a Alvise en la puerta; detrás de él, la cabeza de una mujer al menos diez centímetros más alta.

—*Commissario* —dijo el agente, y lo saludó con una precisión admirable antes de apartarse y revelar a la mujer—. Ésta es la *signora* Crosera. Le gustaría hablar con usted.

—Gracias, Alvise —contestó Brunetti.

En cuanto se dirigió hacia ellos, el *commissario* reconoció a la mujer y, aunque al principio no recordaba dónde la había visto, no tardó en caer en la cuenta: daba clases en la universidad y, a pesar de que estaban en facultades distintas, era conocida de Paola, que parecía tener buena opinión de ella. Se la había presentado hacía unos años y, tal como ocurre en Venecia, se habían encontrado en diversas ocasiones. Varias de esas veces iba acompañada de un hombre alto de pelo cano tan liso y espeso que Brunetti, consciente de la calva incipiente del tamaño de una moneda que tenía en la coronilla, lo envidiaba.

—*Professoressa* Crosera —la saludó Brunetti.

Le estrechó la mano con la esperanza de que no se notase que había tardado en reconocerla. Ella era casi tan alta como él, de melena oscura hasta los hombros y ojos a juego. Tenía los labios carnosos. Intentó sonreír, pero no consiguió más que levantar un poco las comisuras.

—Entre, por favor. Siéntese —la invitó.

El *commissario* esperó a que tomase asiento y entonces rodeó el escritorio y se sentó en su silla, aunque sólo fuese para confirmar que ella se había dirigido a él porque era policía, no como el marido de una compañera.

La mujer se colocó al borde de la silla con las rodillas bien juntas y echó un vistazo rápido al despacho. Llevaba pantalones negros y una chaqueta de color verde oscuro, y tenía aspecto de no haber dormido bien desde hacía varios días. Se agachó para dejar el bolso en el suelo, junto a la silla, y cuando se irguió, había recuperado el control de su expresión.

—¿En qué puedo ayudarla, *professoressa*? —preguntó Brunetti con calma, como si fuese muy común que una profesora universitaria nerviosa se sentase ante un *commissario di polizia*.

—He pensado que me resultaría más fácil hablar con alguien conocido —

empezó a decir ella al ver que Brunetti se quedaba en silencio—. No es que nos conozcamos mucho, *commissario* —se corrigió enseguida—. Y Paola nunca me ha hablado de usted; bueno, de su profesión. De su trabajo. Jamás. Usted podría ser notario o electricista y yo no lo sabría.

Brunetti sonrió.

—Eso podría ser porque quiere ahorrarnos a los dos tiempo y problemas.

—¿Disculpe? —respondió ella sin ocultar su confusión.

—Si ella les contase a sus colegas que soy policía, vendrían a casa a todas horas para decirnos que un vecino está instalando un baño nuevo sin el permiso correspondiente o llamarían a las tres de la madrugada para quejarse de que los estudiantes del piso de arriba están montando una fiesta salvaje.

Sonrió y vio que ella se relajaba un poco.

—Vaya... Pues no se trata de nada de eso —aclaró ella, y se agachó para mover el bolso unos centímetros hacia atrás—. Es un tema serio.

Cruzó las piernas, las separó y se volvió un poco en la silla. La luz de las ventanas le caía en el lado derecho de la cara. Juntó las manos y se las miró un momento.

—Sé que usted y Paola tienen hijos —dijo, y alzó la vista un instante.

—Sí, dos.

—Son adolescentes, ¿verdad?

—Sí, aunque no por mucho tiempo —respondió Brunetti despreocupado.

Ella se miró las manos de nuevo.

—Nosotros también —dijo ella—. Dos. Un chico y una chica.

—Como nosotros. Chico y chica —añadió él, a pesar de que ella ya debía de saberlo—. Dentro de unos años —continuó con calma—, serán un hombre y una mujer.

Sonrió como si le ofreciese un segundo apretón de manos para acompañar esa confidencia.

—Da que pensar.

—Son buenos chicos, ¿verdad? —preguntó la *professoressa* Crosera.

Brunetti creía que diría algo sobre los suyos, pero a algunas personas les costaba mucho tiempo relajarse y aceptar el hecho de estar hablando con un policía por iniciativa propia. Necesitaban asegurarse de que la conversación no tendría trascendencia, que sería amistosa, antes de soltarse lo suficiente para

hablar del asunto que los llevaba allí.

—Yo diría que sí —respondió Brunetti—. Y Paola opina lo mismo. —No acostumbraba a admitirlo, así que, como si lo moviese una especie de superstición, añadió de inmediato—: Pero siento decir que ninguno de los dos somos testigos fiables.

Era demasiado pronto para preguntarle a ella por sus hijos, a pesar de que podrían ser el motivo de su visita.

—¿En qué facultad da usted clases, *professoressa*? —prefirió preguntar Brunetti a fin de mostrarle que Paola no le había dado información sobre ella.

—En la de Arquitectura. Hago media jornada, porque trabajo como consultora de diseño urbano. En Turquía, sobre todo, pero también en Rumanía y en Hungría. Viajo mucho.

Se hizo un silencio. Brunetti esperó, una táctica cuya efectividad conocía por experiencia. Los que acudían a él querían hablar sobre algo y lo harían tarde o temprano, sólo necesitaban que los dejase tranquilos y no los agobiase a preguntas.

Había pasado más de un minuto cuando la *professoressa* Crosera reanudó la conversación:

—Mis hijos también son buenos. Pero el chico... Mi hijo ha cambiado.

Se inclinó hacia delante, y Brunetti creyó que iba a alcanzar el bolso y enseñarle una fotografía de él, o de la hija que aún era buena. Sin embargo, se acomodó en la silla y se quedó quieta de nuevo.

—Estoy preocupada —empezó, pero se le quebró la voz.

Cerró los ojos, se tapó la boca con las manos y asintió con la cabeza.

Brunetti se volvió y miró por la ventana, que era la única respuesta decente. Había empezado a caer una llovizna que molestaría a los transeúntes y no ayudaría a los agricultores. Aunque era irremediamente urbano, Brunetti siempre se acordaba de los agricultores cuando llovía en cualquiera de las estaciones del año y les deseaba buena suerte, suelos enriquecidos y cosechas provechosas. Con el paso del tiempo, el agua le había estropeado zapatos, empapado impermeables y una vez hasta le había destrozado el techo de casa, pero la lluvia siempre le había parecido una buena noticia, y no sólo contaba con su aprobación, sino que le producía placer físico verla caer.

De pronto empezó a llover más y se preguntó si la *professoressa* Crosera

habría dejado el abrigo en la conserjería. Sabía que tenía dos paraguas para emergencias en el *armadio* y no le costaría nada ofrecerle uno al terminar. Pero ¿cómo iban a terminar sin haber empezado siquiera?

—Se trata de él —la oyó decir.

Brunetti vio que tenía los ojos cerrados y las manos en el regazo.

Las gotas que chocaban contra el cristal distrajeron al *commissario*, que continuó observando la lluvia.

—Creo que ya puedo hablar —dijo ella con más tranquilidad—. Mi hijo —continuó dirigiéndose a Brunetti, que ahora la miraba a los ojos— tiene quince años. Está en el Albertini. Los dos están matriculados allí.

De no haber decidido que sus hijos estudiarían en centros públicos, él los habría llevado a ese instituto, sin duda. Privado, caro y con casi todas las asignaturas impartidas en inglés, el Albertini estaba ubicado en un *palazzo* cerca de Campo Santi Giovanni e Paolo, y merecía su buena reputación: la mayoría de los alumnos que salían de allí iban a la universidad y muchos de ellos conseguían becas para estudiar en el extranjero.

—Es un instituto muy bueno —afirmó Brunetti.

La *professoressa* tardó un momento en asentir para confirmarlo.

—¿Cuánto tiempo llevan sus hijos allí? —preguntó, sin querer referirse al chico de forma específica.

—Sandro, dos años. Está en segundo de *liceo*.

—¿Y su hija? —inquirió Brunetti con curiosidad, como si fuese lógico continuar la conversación de esta manera.

—Ella está en cuarto.

—¿Y les va bien? —preguntó con toda la vaguedad posible.

—A Aurelia sí —contestó ella al instante, como si respondiese a una bendición—. Sandro... —empezó, pero la frase quedó inacabada. Al cabo de un momento se obligó a terminarla—: A Sandro no. Ahora no.

—¿No estudia lo suficiente? —quiso saber Brunetti por mera cortesía mientras consideraba qué motivos podían ser la causa de su fracaso.

—No estudia —respondió ella con voz entrecortada—. Antes sí, al principio. Pero este año...

Sus manos buscaron con éxito los brazos rígidos de la silla. La *professoressa* Crosera fijó la mirada en el escritorio de Brunetti como si estuviera leyendo

informes académicos sobre el deterioro del rendimiento y la conducta de su hijo.

—Hummm —musitó Brunetti, el ruido de preocupación que se hace cuando uno recibe malas noticias.

Quería que ella le ofreciese la información, no tener que sonsacarla con un interrogatorio artero. Continuó pensando en los posibles motivos y lo primero que se le ocurrió fueron las drogas, el primer fruto de las muchas pesadillas que tiene cualquier padre.

Hacía poco tiempo Brunetti se había dado cuenta de que, al bajar las escaleras desde su casa, apretaba los músculos de la cintura. No había reparado en el esfuerzo hasta que un día, al llegar al último peldaño y justo antes de poder relajar el cuerpo, le escapó de los pulmones algo muy parecido a un gruñido. Más o menos lo mismo ocurría cuando le hablaban de jóvenes que se habían perdido en los peligros de la vida moderna: tensaba el espíritu y la mente para protegerse contra todo pensamiento relacionado con sus hijos y, ante la noticia de que un adolescente se comportaba de manera errática, se instaba a mantener la calma.

—El año pasado, Sandro era el segundo mejor de la clase. Pero este trimestre, aunque sólo han pasado dos meses, ya tiene informes negativos de sus profesores. Es demasiado pronto para las notas, pero no trae libros a casa y no le he visto hacer deberes ningún día. Y tampoco lee.

—Vaya —repuso Brunetti en voz baja.

No le quedaba más remedio que tener en cuenta el contraste con sus hijos, que traían amigos a casa para estudiar juntos o iban a casa de ellos a preparar los exámenes. Les gustaba ir a clase, y la posibilidad de aprender cosas los entusiasmaba.

Ella cruzó las piernas de nuevo.

—Mi marido no... —empezó a decir, pero cambió de parecer—. Al final decidí que lo mejor sería que yo viniese aquí para intentar conseguir información.

Brunetti, que había pensado que era ella la que venía a traerle información, no dijo nada. Era consciente de que mucha gente consideraba que revelar cualquier dato a la policía era un acto de traición. ¿Cuánto le costaría a él, se preguntó, confiarle algo sobre sus hijos a un desconocido? Que la *professoressa* Crosera hubiese acudido a la policía y no a un médico, a los servicios sociales o

incluso a un cura le indicaba qué clase de tema quería tratar.

—¿Qué información le gustaría obtener, *professoressa*?

—Sé que vender drogas es delito —dijo con voz algo más aguda—, pero ¿es delito tomarlas?

Eso era, pensó sin sorpresa, y se alegró de poder contestar:

—No. Tomarlas no. El delito es venderlas, sobre todo cerca de una escuela o un instituto, y a jóvenes.

Brunetti vio el alivio que esta información provocaba en la mujer.

—Quería asegurarme —afirmó al final—. En ese caso, si todo lo que haces es tomarlas —continuó con tono pensativo—, ¿no puedes meterte en líos? —Al darse cuenta de lo absurdo de la frase, se le nubló la expresión—. Con las autoridades, quiero decir —añadió al instante.

—Mientras no las vendas, no —contestó Brunetti, fingiendo no haberse percatado de nada.

—¿Usted cree que la ley está bien hecha? —preguntó, cosa que sorprendió al *commissario*.

Brunetti no se sentía obligado y tampoco tenía ganas de dar su opinión sobre el sistema legal y judicial.

—Lo que usted y yo pensemos de la ley no importa —se limitó a decir.

—¿Y qué importa?

—Que los inocentes estén protegidos. Eso es lo que las leyes deben hacer.

En el fondo, Brunetti no lo creía. Las leyes, aprobadas por los que ostentaban el poder, estaban pensadas para mantenerlos en él. Si además protegían a las personas inocentes, perfecto; pero no se trataba más que de un efecto secundario de agradecer.

—No lo había pensado así —confesó ella.

Brunetti, que tampoco, se permitió encogerse de hombros.

—Supongo que la mayoría de las personas no piensan mucho en la función de la ley.

—Para castigar a la gente. Eso es lo que yo siempre había creído. —Reflexionó un instante, y sonrió—. Creo que prefiero su interpretación, *commissario*.

Brunetti asintió, pero no contestó.

—Estábamos hablando de su hijo —dijo al cabo de un momento, sin

disimular su impaciencia.

4

La brusquedad del tono de Brunetti la sorprendió.

—Sí, cierto. Claro que sí.

Bajó la mirada hasta el escritorio con cara de estar estudiándolo.

—Creo que se droga —afirmó al final.

Entonces calló, como si ya hubiera cumplido el objetivo que la había llevado allí y, dicho eso, pudiera marcharse. Brunetti se dio cuenta de que necesitaba un empujoncito.

—¿Lo cree o lo sabe?

—Lo sé —respondió, y añadió enseguida—: Al menos creo que lo sé. Los chicos del instituto hablan, y uno de ellos le comentó a Aurelia que Sandro iba a meterse en líos por culpa de lo que hacía.

—¿Líos importantes?

Ella asintió.

—¿Especificó que era porque se drogaba?

La sorpresa de la *professoressa* era evidente.

—¿Qué otra cosa podría ser? —Al ver que Brunetti no contestaba, se explicó—: La hermana pequeña de ese chico va a la clase de Sandro y ella es quien se lo contó. —De pronto su tono se volvió insistente—. No podría ser otra cosa: drogas.

—¿Cuándo fue?

—Se lo dijo a Aurelia hace una semana, pero ella me lo contó a mí hace dos días.

—¿Por qué ha esperado ella a hablar con usted?

—Me dijo que quería observar un poco a su esposo antes de decir algo.

—¿Y lo ha hecho?

La mujer lo fulminó con la mirada y contestó a la defensiva:

—Intentó hablar con él, pero él se enfadó y la mandó no meterse en sus asuntos.

Brunetti pensó en sus hijos y en cómo se hablaban de vez en cuando. Debió de notársele el escepticismo, porque ella continuó su explicación:

—Nunca se había dirigido a Aurelia de ese modo. Ella dice que estaba muy enfadado.

—¿De qué más se ha dado cuenta usted, *professoressa*? ¿En qué ha cambiado?

—Está de mal humor y no le gusta que le pregunte qué tal le va en el instituto. A veces no viene a cenar, o llama para decir que lo ha invitado algún amigo a su casa.

—¿Y usted duda de él? —preguntó Brunetti con neutralidad.

—No soy policía —le espetó ella, pero enseguida lo miró—. Discúlpeme, no debería haber dicho eso.

Calló sin dar más explicaciones ni excusas, cosa que complació a Brunetti.

—He oído cosas peores. ¿Su marido también ha notado esos cambios?

Ella asintió varias veces, apartó la vista un instante y después lo miró de nuevo.

—Ya le he dicho que viajo mucho por trabajo. —Esperó a que Brunetti asintiera—. A veces estoy fuera varios días.

—¿Y sus hijos? ¿Quién se ocupa de ellos? —Tan pronto lo hubo dicho, el *commissario* se dio cuenta de que no era de su incumbencia.

—Se quedan con mi hermana.

Como la pregunta anterior ya había sido demasiado invasiva, no se interesó por el marido. Sin embargo, ella debía de haberle leído fácilmente el pensamiento.

—Mi marido trabaja en Verona y no suele acabar la jornada antes de la hora del último tren. A veces se queda en casa de unos amigos, aunque no sucede a menudo.

Si se hubiera tratado de un interrogatorio normal y si Brunetti hubiera sentido la necesidad de escarbar en cualquier dato que le llamase la atención, habría preguntado: «¿Amigos?» o «¿Cuán a menudo?». Pero se acordó del

hombre de la espesa mata de pelo cano y preguntó:

—¿A qué se dedica?

—Es contable —respondió ella, y calló. Lanzó una mirada breve al *commissario* y, como si formase parte de la frase anterior, añadió—: Según él, Sandro está demasiado flaco y no presta atención a lo que se le dice.

Brunetti tuvo la tentación de recordarle que los adolescentes eran así. Ante su silencio, la *professoressa* continuó:

—Si menciono las drogas, mi marido dice que es imposible que esté tomando algo.

Apretó los labios y miró al suelo. Brunetti prefirió no hacer ningún comentario.

—¿Qué más ha notado usted, *professoressa*?

Ella se volvió a mirar por la ventana; llovía con fuerza. Apoyó el codo derecho en el brazo de la silla y después la cabeza en la mano.

—Casi no habla. Es como si llevase auriculares y escuchara a otras personas, o música. No lo sé. Si le pregunto algo, siempre me pide que se lo repita y tarda un tiempo en contestar. —Miró a Brunetti antes de proseguir—. Creo que no duerme bien, y se enfada enseguida. Antes tenía un carácter muy dulce.

Mientras ella hablaba, Brunetti decidió que, a pesar de que la *professoressa* Crosera era compañera o amiga de Paola, no lo era de él, así que no tenía la obligación de dedicarle más tiempo a un problema del que los servicios sociales podrían ocuparse mucho mejor.

—Si yo le describiese a mi hijo hace tres años —dijo, aún sin querer encararse con ella—, le diría casi todo lo que me acaba de contar, excepto lo de dormir mal.

La sorpresa era legible en el rostro de la mujer. Juntó las manos en el regazo como una alumna a la que han llamado al despacho del *preside*, consciente de haber hecho algo mal sin saber el qué.

Brunetti dejó pasar unos instantes hasta que dijo casi sin pensar:

—Siento admitir que todavía no sé por qué ha venido, *professoressa*.

Ella contestó sin vacilación alguna:

—Creía que la policía haría algo al respecto.

—¿Le importaría ser más clara? ¿Qué le gustaría que hiciésemos?

—Averiguar quién le vende la droga. Y arrestarlo.

«Qué maravilloso sería poder hacer semejante cosa», pensó Brunetti. Arrestar a esa persona y tenerla encerrada hasta el juicio, y que después el juez la enviara a prisión junto con todos los que trabajaban con o para ella: todos los pequeños vendedores que se sentaban en el parque a esperar que los adolescentes pasaran por allí y se sentasen a su lado, o los que iban en su busca en las discotecas o en el cine o —¡sorpresa!— en la puerta del instituto.

Era una pena que no funcionase así, pues la realidad era muy distinta: los arrestaban, los llevaban a la *questura* para interrogarlos y quizá incluso amenazarlos —a pesar de que todos sabían que era inútil— y escribían un informe del arresto. Si eran extranjeros, les decían que tenían cuarenta y ocho horas para abandonar el país y los dejaban marchar. Si eran italianos, les decían que iban a investigarlos y los enviaban a casa.

—¿Por qué no hacen nada? —preguntó ella, enfrentada a un silencio prolongado.

Brunetti se acercó una libreta y cogió un bolígrafo. Escribió el nombre de la *professoressa* Crosera en la parte superior de la página y, debajo, el de sus hijos y el del instituto. Dejó un espacio vacío para rellenarlo más tarde con el del marido. Le entraron ganas de deslizarlo sobre la mesa hacia ella y preguntarle si en aquella página había algo que indicase a quién arrestar y qué cargos imputarle. Pero prefirió limitarse a sostener el bolígrafo sobre el papel y decir:

—Si quisiéramos hablar con el amigo de su hija, tendría que ser delante de su padre, de su madre o de un abogado. ¿Quiere decirme su nombre?

Por primera vez desde que había entrado en el despacho y puede que por primera vez desde que a su hijo le ocurría algo, la *professoressa* Crosera tuvo que enfrentarse a las consecuencias legales de su situación. Una vez se había formado un remolino, hasta los que navegaban por los mares más tranquilos y calmados corrían el riesgo de verse arrastrados a él y caer dentro.

—No —contestó levantando la voz—. No puedo hacerle eso.

Esta vez no se dio cuenta de haber insultado a la policía de forma implícita.

Brunetti dejó el bolígrafo sobre la mesa y juntó las manos.

—¿Sabe de dónde saca su hijo las drogas que usted cree que toma, *professoressa* Crosera? ¿Sabe qué tipo de droga es?

Ante una pregunta para la que no estaba preparada, la mujer evitó la mirada del *comissario* y se miró las rodillas.

Brunetti odiaba los efectos que las drogas tenían sobre las personas, odiaba la influencia corrosiva que ejercían sobre los mejores espíritus y, sin embargo, vivía con tres personas que opinaban que deberían ser legales. Respuestas fáciles. ¿Por qué la gente siempre quería respuestas fáciles?

Las drogas lo alteraban todo. A cambio de evitar la comisaría y de no acabar encerrados en un lugar donde creían que no encontrarían droga, algunas mujeres se le habían insinuado, y algunos hombres habían ofrecido a sus esposas, incluso a sus hijas. En una ocasión había visto a una mujer muerta de sobredosis con el vestido de novia puesto; en otra, lo habían llamado a un apartamento donde un niño de tres años había muerto de inanición y abandono mientras sus padres se gastaban el dinero que les habían robado a los cuatro abuelos de la criatura en una juerga de heroína que había durado una semana entera.

—No —la oyó decir.

Al cabo de otra larga pausa y con un tono muy distinto, la mujer añadió:

—Si se lo preguntase, me mentiría.

Brunetti observó cómo ella aceptaba ese hecho.

—No sé cómo lo sé —dijo a modo de explicación, tanto para sí misma como para Brunetti—, pero es la verdad.

Se llevó la mano a la frente y guardó silencio. Él se había puesto a mirar por la ventana cuando la oyó decir con voz áspera y casi inaudible:

—Es mi pequeño, y no sé qué hacer.

Brunetti se volvió hacia ella, y la imagen de las lágrimas corriendo entre sus dedos y cayendo sobre la chaqueta, cuya lana las absorbió de inmediato, lo obligó a levantarse como un resorte. Se acercó a la ventana y contempló la fachada de la iglesia. San Lorenzo: un mártir.

El padre de Brunetti había padecido una muerte lenta y terrible a causa del cáncer, en un hospital cuyo personal creía que el sufrimiento humano era un buen modo de allanar el camino hacia la salvación y que, por lo tanto, se había negado a administrarle analgésicos durante los últimos días de su vida. Tres días antes de su fallecimiento, Brunetti, que para entonces ya era *commissario*, había robado una caja de ampollas de morfina de la sala donde la policía guardaba las drogas y las armas confiscadas y se las había administrado a su padre moribundo a intervalos de ocho horas. Después de que éste muriese en paz y en los brazos de su hijo menor, Brunetti había regresado a casa con las ampollas sobrantes, y

vertió toda la morfina en el fregadero de la cocina. Tenía muy poca fe en las verdades universales, pero sabía que el sufrimiento en ningún caso estaba bien.

—¿Puede usted hacer algo? —preguntó la *professoressa* Crosera con voz normal desde el otro extremo del despacho.

Viendo que se había serenado y que podía hablar, Brunetti se sentó de nuevo a la mesa.

—Puedo intentar averiguar si en su instituto se venden drogas y quién lo hace —contestó.

No recordaba haber oído rumores sobre el Albertini, pero, si se enteraba de eso, tendría por dónde empezar.

Ella se revolvió en la silla; de pronto parecía inquieta, puede que estuviera ansiosa por marcharse ahora que alguien iba a ocuparse del asunto. Pero no, pensar eso no le hacía justicia.

—¿Le importa darme su número de teléfono? —pidió Brunetti.

Lo anotó en la libreta mientras ella lo recitaba y encima escribió «Albertini», por si alguien encontraba el cuaderno y tenía curiosidad por saber con quién había hablado.

Se dio cuenta de que era tan poco lo que podía hacer que no había más que decir. Le bastó mirarla para saber que ella no tenía la capacidad de proporcionar más información y que tampoco estaba dispuesta a ello.

Se levantó y le dio las gracias por acudir a él. La *professoressa* parecía sorprendida ante aquella especie de despedida mal disimulada, pero se dejó guiar hasta la puerta. Con intención de compensar el tono brusco de sus preguntas, Brunetti sonrió y prometió hacer lo que pudiese, omitiendo que sería muy poco.

Una vez solo, regresó a la ventana a reflexionar sobre la visita y sobre la angustia de la mujer. Se sintió tranquilo al ver que había parado de llover.

5

Después de comer, Brunetti llamó a Vianello y le pidió que subiese a su despacho. Cuando el inspector llegó, le ofreció asiento y le refirió al detalle la visita de la *professoressa* Crosera.

Vianello asintió y preguntó:

—¿Sus hijos van al Albertini?

—¿En qué afecta eso?

El inspector cruzó las piernas y balanceó un pie en el aire.

—Hace cinco años quizá hubiera importado, pero ahora diría que no. Hoy en día encuentran las drogas en cualquier parte.

Vianello descruzó las piernas y apoyó el pie en el suelo. De pronto, Brunetti se percató de las muchas canas que tenía su amigo y de que parecía tener el rostro más delgado.

—Antes los críos que iban a los privados se drogaban menos, pero la cosa está cambiando. Al menos, eso es lo que me han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Brunetti.

Se dio cuenta demasiado tarde de que no debería haberlo hecho: en la *questura*, todo el mundo mantenía los nombres de sus confidentes en secreto.

—Alguien que lo sabe —contestó Vianello sin más explicación al cabo de un momento—. Me dijo que, en mayor o menor grado, hoy en día todos los institutos tienen el mismo problema.

Naturalmente, Brunetti ya estaba al tanto de eso, del mismo modo que sabía que en invierno los niveles de contaminación del aire de la ciudad superaban con creces los que algún comité científico europeo había establecido para la salud y la seguridad humanas. Pero mientras no oliese nada ni lo notase en los

pulmones, el *commissario* no hacía caso del dato, pues sabía que por evitar ese aire no podía hacer nada más que marcharse de la ciudad. Lo mismo ocurría con las drogas. Mientras no fuesen sus hijos...

—Gracias a Dios, nosotros nacimos cuando nacimos —dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Vianello, sorprendido.

—Que cuando éramos adolescentes había menos drogas. O, como mínimo, no parecían tan... comunes como ahora. Tengo amigos que las probaron, pero no recuerdo que ninguno de nosotros las tomase habitualmente. Además —añadió al ver que Vianello asentía con la cabeza—, tampoco habría podido pagármelas.

—Yo probé el hachís un día —respondió Vianello, y se miró los pies.

—No me lo habías contado.

El inspector se rio por el tono de su amigo.

—Es que intento guardarte algún secreto, Guido.

—¿Cómo fue?

—Estábamos en una fiesta en casa de un amigo, y me dieron una infusión —explicó Vianello.

A Brunetti le hizo gracia la manera de decirlo.

—¿No lo fumaste?

—No. Si hubiera vuelto a casa oliendo a hachís, mi padre me habría...

—¿Qué? —preguntó Brunetti, consciente de que Vianello apenas hablaba de su padre.

—No lo sé. Supongo que me habría amenazado con mandarme a la semana siguiente de un sopapo.

—¿Sólo eso?

—Sí —respondió el inspector sin dudar ni ofrecer más explicaciones—. ¿Qué quería la *professoressa* Crosera?

El *commissario* apartó su curiosidad por conocer el resto de la historia de Vianello y repasó la lista de motivos obvios y reales.

—Creo que quiere que hagamos desaparecer el problema. Basta con arrestar a las personas que le venden droga a su hijo.

Vianello enarcó las cejas.

—Pero no me ha dado datos concretos —apuntó Brunetti—. No ha querido darme el nombre de quién le dijo a su hija que Sandro tenía problemas, aunque me ha dejado claro que el chico no mencionó las drogas de forma específica. —

Y añadió con evidente irritación—: No sé qué piensa que podemos hacer.

—Es como la cosa esa griega que dices a veces —le dijo Vianello a Brunetti, provocándole auténtica confusión—. Eso que tiene un nombre en latín.

—¿*Deus ex machina*? —preguntó Brunetti con una sonrisa, pues acababa de entender la referencia de su compañero—. Qué útil sería: un dios que aparece de la nada, agarra el problema y se lo lleva al cielo en volandas.

Le concedió tiempo al dios para salir volando del despacho antes de continuar con soluciones menos extravagantes.

—A no ser que hable con su hijo para echarnos una mano, no podemos hacer gran cosa.

—¿Entonces? —preguntó Vianello.

Al ver que Brunetti no contestaba, se levantó.

—Vamos a tomar un café.

Lo único interesante que ocurrió durante el resto del día fue que Brunetti recibió una llamada de uno de sus confidentes, que lo avisó de que a la mañana siguiente alguien debía hacer una visita al mercado de pescado; no al de Rialto, sino al de mayoristas de Tronchetto. Brunetti le dio las gracias y prometió informar a la policía local y a la unidad de fraude alimentario de los *carabinieri*.

—Que les echen un vistazo a las almejas —recomendó el tipo con su habitual buen humor—. Y al atún también, por si acaso. Viaja sin pasaporte.

Chistó con aire mojigato y colgó.

A pesar de que llevaban años hablando por teléfono, Brunetti no conocía al hombre en persona. Hacía ya seis o siete años de la primera vez que el tipo lo había llamado al *telefonino* diciendo —tras haber esquivado la pregunta de cómo había conseguido su número— que tenía información para él. La llamada resultó en el arresto de dos hombres que habían atracado una joyería tres días antes. Cuando lo telefoneó de nuevo varios meses más tarde, Brunetti había tratado de averiguar, envolviendo la pregunta en eufemismos y discreción, de qué manera quería que le pagasen. La respuesta fue una carcajada. «No quiero nada —había insistido el hombre—. Lo hago por diversión.»

Brunetti había tenido reparo en preguntar qué clase de diversión podía ser ésa y al final había resuelto aceptar la información como lo que era: un regalo. El

tipo lo llamaba tres o cuatro veces al año, siempre con información precisa que conducía a arrestos, pero nunca se trataba del mismo delito, cosa que sorprendía al *commissario*. Falso jamón de Parma importado de Hungría, dos toneladas de tabaco de contrabando que habían llegado a una playa cerca de Grado, el hombre que había robado una máquina de rayos X en una clínica dental de Mirano, los dos estafadores rumanos que habían timado a una serie de ancianas haciéndoles pagar lo que se suponía que eran facturas suplementarias de la luz. Brunetti no sabía nada del hombre que lo llamaba, sólo lo que había deducido por lo bien que parecía conocer el mundo del delito y los delincuentes, lo que indicaba que se trataba de alguien que en el pasado había participado en los mismos actos que ahora denunciaba y, por motivos que el *commissario* no alcanzaba a imaginar, se había rebelado contra sus antiguos compañeros. Eso explicaría la precisión de los datos que ofrecía, además de una falta total de indignación por los delitos que reportaba. Podía ser una *vendetta* particular entre ladrones enemistados, o un ladrón que trataba de limitar la competencia. Al margen del valor intrínseco de las llamadas, Brunetti había acabado sintiendo simpatía por el tipo; la suficiente para preocuparse por su seguridad y para desear que el hombre hubiera sopesado el riesgo al que se exponía.

Después de pasar el mensaje sobre el mercado de pescado, Brunetti decidió que ya había trabajado suficiente y que podía marcharse pronto. Sin decírselo a nadie, salió de la *questura*, giró primero a la derecha y después a la izquierda en el primer puente y, dejando que sus pies lo llevaran adonde quisieran, se alejó del centro de la ciudad. Recorrió las calles hasta el *bacino*, giró a la izquierda y se adentró en Castello aún sin tener ni idea de adónde se dirigía.

Entró en via Garibaldi y se sorprendió al ver que la calle estaba atestada. ¿Era posible que noviembre se hubiera convertido en un mes turístico mientras él no prestaba atención? Cien metros más adelante se tranquilizó al comprobar que estaba rodeado casi por completo de venecianos. No le hacía falta oír el dialecto: la ropa y la facilidad inconsciente con la que se movían —sin estar alerta a cualquier cosa bonita que fotografiar o a las tiendecitas donde comprar la artesanía local— delataron su procedencia. Bajó el ritmo y entró en un bar para tomarse un café, pero, una vez dentro, descubrió un cuenco pequeño de prézels

en la barra y prefirió pedir un vino blanco. Echó un vistazo a los titulares de *Il Gazzettino* y se sorprendió de lo familiares que le resultaban todos, hasta que vio la fecha y se dio cuenta de que era del día anterior. Lo cerró preguntándose cómo era posible que todas las ediciones contuvieran al menos ocho páginas de titulares que pregonaban profundos cismas y nuevas formaciones que remodelarían por completo el mapa político del país mientras no pasaba ni cambiaba nada.

Sacó un euro del fondo del bolsillo y lo dejó en la barra.

—¿Cómo puede ser que llevemos más de cinco años con un gobierno no electo? —inquirió Brunetti, aunque era más un intento de dar voz a su perplejidad que una pregunta.

El camarero marcó la venta en la caja, metió la moneda dentro y le dejó el recibo en la barra, junto al vaso vacío.

—Mientras haya fútbol en la televisión —contestó—, a nadie le importa mucho si hemos elegido nosotros al gobierno o si lo ha puesto ahí algún político vejestorio.

Brunetti, que no había esperado una respuesta, se quedó quieto y sopesó la explicación.

—*Ciò* —dijo, suponiendo que la mejor manera, o la única, de expresar su acuerdo era haciéndolo en veneciano.

Salió del bar y continuó por via Garibaldi para adentrarse aún más en la madriguera de Castello.

No llegó a casa hasta después de las siete de la tarde, pues había ido hasta San Pietro in Castello, donde había encendido una vela por el alma de su madre, pensando que seguramente a él le haría tanto bien como el vino. Nada más entrar lo recibió un suave olor a clavo que lo atrajo a la cocina para ver qué preparaba Paola. *Spezzatino di manzo* con lo que parecía especias exóticas y si sus conocimientos sobre hortalizas no lo engañaban, también había *cavolini di bruxelles alla besciamella*.

—Si prometo dejar el plato limpio, ¿te escaparás conmigo a Tahití a pasar una semana de excesos? —preguntó mientras rodeaba a Paola con los brazos y enterraba la cara en su nuca.

—Si prometes afeitarte antes de darme otro beso en el cuello, trato hecho —respondió ella, y se zafó del abrazo mientras se frotaba la nuca con la palma de

la mano—. Aunque diría que corres el riesgo de no dejarlo bien limpio.

La sonrisa que le dedicó contrarrestaba la acidez de sus palabras.

La noche anterior, Brunetti había terminado de leer la *Orestíada* por primera vez en veinte años, así que fue al estudio de su esposa para consultar las estanterías donde estaban sus libros y decidir qué leer a continuación. Se decantó por seguir con el teatro y se acercó a los lomos para leer los títulos. Todavía no había olvidado la conversación con la *professoressa* Crosera y el miedo intenso que tenía por el bienestar de su hijo, y entonces se dio cuenta de que, muy a menudo, los griegos se preocupaban por su prole: la mayoría de las obras dramáticas trataban de la devastación que la descendencia infligía a sus padres. O, como tuvo que admitir al cabo de un momento, los padres a sus hijos.

Reparó en las obras de Eurípides y recordó la producción de *Medea* que había visto en Londres. Paola lo había arrastrado a verla hacía ¿cuánto?, ¿veinte años o más? Sin despegar la mirada de los lomos, su mente voló hasta la última escena, en la que Medea estaba sobre el escenario, situada en una plataforma elevada, aferrada a sus dos hijos. De pronto, en lugar de llevárselos del escenario para cometer el acto malvado, sacaba un puñal y los acuchillaba a ambos. El mero recuerdo de la escena hizo que Brunetti se estremeciese y sintiera una punzada en el estómago.

A lo largo de su carrera había visto asesinar a un hombre a sangre fría y había sido testigo de la muerte de varias personas. Los griegos tenían razón, ellos sí que lo sabían: no estamos hechos para presenciar esa clase de cosas cuyo cometido es causar horror, no entretener. Así que no; *Medea*, no. Estiró el brazo y sacó las obras de Sófocles.

Sus dos hijos llegaron a casa a la hora de cenar y, con sólo verlos, Brunetti confirmó su decisión de evitar la lectura de *Medea*. Sin pensarlo, posó la mano en el brazo a Raffi, y su hijo lo miró con sorpresa. Frotó la tela del jersey con dos dedos y dijo:

—No recuerdo habértelo visto antes.

—*Mamma* me lo trajo de Roma el invierno pasado. ¿Te gusta?

Brunetti aprovechó la oportunidad que le brindaba la pregunta para retirar la mano y echarse atrás para ver mejor la prenda.

—Me gusta mucho.

Brunetti miró a Paola.

—Buena elección —la halagó, y pidió más *spezzatino*.

«No pienso hacer preguntas sobre drogas. No pienso hacer preguntas sobre drogas.» Comió el *spezzatino* recitando este mantra y luego pidió otro pedazo más.

Chiara quiso que Raffi le echase un vistazo a sus deberes de física para ver si las respuestas tenían sentido.

—No entiendo por qué tengo que estudiar eso —se quejó—. Cuando se acabe el curso, nunca más tendré que pensar en ello.

—¿No se supone que la idea es entrenar la mente enseñándote las leyes que gobiernan el universo? —indicó Brunetti.

—¿Tú hiciste esa asignatura en el instituto? —le preguntó Chiara.

—Claro.

—¿Aprendiste...? —empezó a decir, pero cambió de opinión—. ¿Te acuerdas de algo?

Sin que nadie se lo pidiera, Paola se levantó y le sirvió a su marido una cucharada de coles mientras él componía su respuesta.

Al final, Brunetti resolvió decir la verdad:

—Recuerdo algunas de las leyes y que, en esa época, me gustaba que me hiciesen pensar de manera diferente sobre fenómenos que nunca había comprendido. Me hizo ver el mundo de otro modo. Creo que me resultaba reconfortante que las cosas que sucedían en el universo lo hiciesen según un orden, a la escala que fuese. Y que hubiera reglas.

—Si lo que el profesor nos ha dicho es cierto —empezó a decir Chiara—, mucho de lo que tú aprendiste ha sido, ¿cómo se dice?, revocado. O sea, que a mí me están enseñando otras leyes de la naturaleza. ¿Quién me dice a mí que mis hijos no oirán a sus profesores negando las leyes que me están enseñando a mí ahora?

Raffi intervino:

—Hay grandes leyes que no van a cambiar. El universo no es un sistema construido al azar que hace lo que quiere sin que podamos llegar a entenderlo.

—Las reglas también demuestran que los dioses no pueden interferir a placer como y cuando deseen —añadió Paola, que, sin duda alguna, agradecía la

oportunidad de asestarle un buen golpe a la religión de forma gratuita.

—Pero es un año de mi vida —se quejó Chiara, como si estuviera atada y recibiendo palos.

—¿Preferirías que te enseñasen a tejer y a zurcir calcetines como a mí? —preguntó Paola, que había reducido todas las opciones a sólo dos.

Brunetti evocó la imagen de su esposa zurciendo calcetines e intentó ocultar su reacción, pero enseguida perdió la compostura y rompió en carcajadas. Se tapó la boca con la mano, en balde. Ver cómo ella lo miraba pasmada sólo empeoró las cosas, y no le quedó más remedio que cerrar los ojos y apretar más con la mano. Al final se le saltaron las lágrimas y tuvo que enjugárselas con la servilleta.

En la mesa nadie decía nada: los chicos no apartaban la mirada del plato y Paola observaba la coronilla de su marido. Él se secó los ojos, dejó la servilleta en el regazo y la miró.

—Me dan ganas de enviarte a la cama sin postre, Guido —lo regañó Paola con afabilidad, mirándolo a los ojos—. Lo confieso: no me enseñaron a zurcir calcetines, pero es porque me negué a hacer la asignatura de Gestión del Hogar. —Para impedir que sus hijos la acusaran de falta de honestidad, continuó—: Me lo he inventado como ejemplo de las cosas con las que tuve que perder el tiempo cuando estudiaba. Espero que lo consideréis simplemente como una figura retórica.

La explicación había concluido, así que hizo un gesto elegante con la mano y sus hijos asintieron con la cabeza. Paola sonrió, y el mundo siguió lleno de dicha.

6

Como si la partida de los turistas hubiera arrastrado la delincuencia con ellos, aquella semana apenas hubo denuncias. Brunetti llamó a un amigo que tenía en los *carabinieri* para preguntarle cómo estaba el tema de las drogas en los institutos y éste le dijo que una unidad especial situada en Treviso ya estaba investigándolo. Con la conciencia tranquila, no indagó más. Luego pasó un rato revisando la documentación que se le había acumulado sobre la mesa, entre la que había cinco currículos de personas que en febrero entrarían en la rotación de personal de la *questura*. Buscó un hueco para ir al campo de tiro de Mestre para cumplir, con varios meses de retraso, con la obligación de hacer al menos una práctica de tiro al año. Una vez allí, lo instaron a probar las armas nuevas, pues la *signorina* Elettra se las había arreglado para conseguir fondos suficientes para actualizar el modelo de pistola que se proporcionaba a los *commissari* y a los rangos superiores. Tras probar tres distintas, seguidas de la suya, decidió que una de las pistolas nuevas era más pequeña y ligera y que, por lo tanto, le resultaría una carga menor esos pocos días en los que se acordaba de llevarla consigo. El agente al mando era un hombre alto y robusto que debía de estar cumpliendo sus últimos años de servicio antes de la jubilación. Le dijo a Brunetti que la pistola que había escogido estaría disponible en mayo, aunque era posible que no pudieran entregársela hasta después del verano.

Brunetti deslizó el arma sobre el mostrador, guardó la suya en la pistolera y metió ésta en el maletín.

—¿Lo llamo yo? —preguntó.

Cerró el maletín y se preparó para marcharse.

—No, *commissario*. Ya he hablado con la *signorina* Elettra, así que ya la

avisaré a ella cuando lleguen. Usted puede venir entonces y probarla para ver si todavía prefiere el modelo nuevo.

Brunetti le dio las gracias.

—Me alegrará verlo.

De pronto se le ocurrió algo.

—¿Qué sucede con las pistolas viejas?

—¿Se refiere a las que retiramos al sustituir las, señor?

—Sí.

—Se envían a fundir.

El *commissario* asintió, complacido con la respuesta.

—Mejor eso que dejarlas tiradas por ahí.

—Exacto, señor. Las armas sólo dan problemas.

Brunetti le tendió la mano.

—Me acordaré de que fue usted quien dijo eso —repuso, y sonrió para mostrar que era una broma.

Al *commissario* no le gustaban las armas de fuego y le desagradaba tener una. Las pocas veces que la llevaba encima no se sentía cómodo, y en todos los años de carrera policial nunca había apuntado a una persona con ella. A menudo pasaba semanas enteras recluida en una caja de metal cerrada con llave, al fondo de la balda donde tenía la ropa interior. La munición estaba en otra caja similar y compartía estante con los productos de limpieza, en el armario de la cocina.

La vida continuó apacible y aburrida hasta que una noche el teléfono despertó a Brunetti de un sueño profundo y negro. Cuando por fin contestó, le pareció que llevaba sonando una eternidad.

—¿Sí? —contestó.

Seguía medio dormido, pero era consciente de que la llamada sólo podía significar una cosa.

—¿Guido? —preguntó una voz de mujer.

Tardó un segundo en reconocer a Claudia Griffoni, su compañera y amiga.

—Dime, Claudia, ¿qué pasa?

—Estoy en el hospital. Hay un hombre al que podrían haber agredido.

—¿Dónde? —preguntó él. Salió de la cama y se asomó al pasillo; volvió y

cerró la puerta de la habitación.

—Cerca de San Stae.

—¿Está malherido?

—Eso parece.

—¿Qué ha ocurrido?

—Alguien ha llamado al hospital hará una hora diciendo que había encontrado a un hombre tirado al pie de un puente. Por lo visto, se había caído; había sangre en la acera.

—¿Pero...? —preguntó Brunetti.

Debía de haber otro motivo para que lo llamase.

—Cuando lo han traído al Pronto Soccorso, el médico le ha encontrado unas marcas en la muñeca izquierda que podrían ser de uñas. Como si alguien lo hubiera agarrado. Ha tomado muestras de tejido —añadió antes de que Brunetti tuviera tiempo de preguntárselo—. La víctima se ha dado un golpe en la cabeza, así que en el suelo había mucha sangre. El médico dice que tiene una conmoción cerebral y, viendo los daños, cree que, al caer, debe de haberse dado con la barandilla de metal. Ahora están intentando averiguar el alcance de las lesiones. —Griffoni tomó aire—. Han llamado a la *questura*, estoy de guardia.

—¿Habéis acordonado el puente?

—Sí. Había dos *vigili urbani* patrullando la zona de Rialto, y han acudido enseguida. Ellos se ocupan de que nadie se acerque. El equipo forense ya está allí.

—¿Hay testigos?

Ella hizo un ruido.

—¿Quieres que vaya?

—Puedes venir aquí o ir allí.

—Dime qué puente es, y pasaré por allí antes de ir al hospital.

—Espera un momento, que lo he apuntado.

La oyó pasar una página.

—Ponte del Forner. Es...

—Sí, ya sé dónde es —interrumpió él.

—¿Te envió una lancha?

—Gracias, Claudia, pero no hace falta. Puedo llegar en quince minutos. Será más rápido.

—De acuerdo. Nos vemos aquí luego.

Brunetti colgó y abrió la puerta del dormitorio. Dejó el móvil en su soporte y se acercó a la cama. La cabeza rubia de Paola sobre la almohada parecía brillar bajo la luz que desprendía la luna llena. Encendió la lámpara de noche, vio que eran casi las dos de la madrugada y se vistió delante del *armadio*. Dejó el pijama en su lado de la cama, se sentó y se calzó.

Apagó la luz, esperó un momento a que se le acostumbrase la vista a la luz de la luna y tocó el hombro de su esposa.

—Paola... Paola...

A ella le cambió la respiración, y entonces volvió la cabeza hacia él con un ruido de curiosidad.

—Tengo que irme.

Ella respondió con un sonido gutural.

—Te llamo más tarde.

Paola contestó del mismo modo.

Brunetti pensó en decirle que la quería, pero ese tipo de afirmación requería una respuesta distinta a un gruñido.

Se puso el abrigo en el pasillo y salió sin hacer ruido.

El aire de la noche estaba espeso de *caigo*, la humedad veneciana que llena los pulmones, nubla la vista y deja una película viscosa y resbaladiza en el pavimento. Caminó en dirección a Rialto, casi saboreando el placer de habitar una ciudad abandonada, envuelta en algo más que neblina pero menos que niebla. Se detuvo a escuchar y no oyó pasos por ningún lado. Continuó hacia Campo Sant' Aponal. Estaba a punto de enfrentarse a las consecuencias de la violencia, del dolor y las lesiones, pero eso no lo angustiaba; sólo sentía la calma que le provocaba percibir la ciudad tal como había sido en el pasado: una población provinciana y adormecida donde apenas ocurría nada y cuyas calles a menudo estaban vacías.

Cuando entraba en el *campo*, un hombre lo adelantó con la mirada fija en el suelo. Delante de la iglesia vislumbró a un hombre y a una mujer caminando de la mano sin prisa; iban volviendo la cabeza de lado a lado, como hechizados. A medida que se acercaban, empezó a oír el ruido sordo de las botas de senderismo

y, cuando ya los tenía delante, vio que cargaban un par de mochilas pesadas. No parecían percatarse de su presencia, y tampoco les hacía falta, pensó el *commissario*.

Atravesó el *campo* en dirección a San Cassiano. La oscuridad era casi total y le impedía ver muchos de los puntos de referencia, pero Brunetti se había encomendado a sus pies y a la memoria que tenían de los puentes estrechos y las *calli* aún más angostas hacia los que se dirigían. San Cassiano apareció a mano derecha; cruzó el puente, giró a la derecha y luego a izquierda, pasó por otro puente y, de pronto, a cincuenta metros, vio un resplandor en la niebla: una linterna que apuntaba hacia él.

—Atención, el puente está cortado —dijo una voz masculina a un volumen normal—. Regrese por la calle della Regina. —Hablaba veneciano, como si sólo los lugareños caminasen por esa zona de la ciudad a esas horas.

—Soy yo, Brunetti —contestó, y continuó caminando.

—Vaya. Buenas noches, *commissario* —lo saludó el hombre, y el haz de luz de la linterna se elevó un instante mientras el guardia lo saludaba con la mano.

Por algún motivo que Brunetti desconocía, cerca del puente la niebla parecía menos espesa. Y el guardia debió de darse cuenta de lo mismo, puesto que apagó la linterna y se la sujetó al cinturón.

Brunetti comprobó que era uno de los *vigili urbani*, no uno de sus hombres. Entonces oyó un ruido y voces masculinas que venían de unos metros más allá.

—¿Son los del equipo forense?

—Sí, señor.

Mientras hablaban, la niebla del otro lado del puente se despejó, y Brunetti vio que se encendía una luz.

Caminó hacia allí y el guardia lo alcanzó. Se detuvieron al llegar al primer peldaño.

—Soy Brunetti. ¿Puedo subir?

—Sí, señor —contestó una voz.

El *commissario* subió la escalera del puente y reparó en la gruesa barandilla de metal. El *vigile* se quedó donde estaba y enseguida regresó al otro extremo de la calle para impedir que pasase alguien más.

Desde arriba, Brunetti vio a dos de los técnicos con el traje blanco de protección, siguiendo su procedimiento ordenadamente, escrutando el suelo por

sectores en busca de cualquier cosa que se le pudiera haber caído a la víctima o al presunto agresor. Ambrosio, uno de los hombres de Bocchese, muy alto y de delgadez extrema incluso con el mono puesto, subió los escalones en dirección al *commissario*.

—Estamos comprobando si algo más acabó en el suelo cuando el hombre cayó.

—El médico del hospital le ha dicho a Griffoni que era posible que alguien lo hubiese agarrado para lanzarlo por las escaleras —comentó Brunetti.

—Sí, señor —respondió Ambrosio con el tono indiferente con el que los técnicos contestaban a las suposiciones de sus compañeros—. Nos ha llamado para decírnoslo. Estamos buscando indicios de la presencia de otra persona o algo que nos dé una idea de lo que puede haber sucedido. —Señaló la zona donde sus compañeros aún trabajaban.

—¿Hay testigos? —preguntó Brunetti.

Ambrosio se encogió de hombros.

—Desde que hemos llegado, se han asomado a la ventana un par de vecinos para enterarse de qué hacemos, pero les hemos preguntado si han oído algo y dicen que no.

El equipo forense no estaba cualificado para interrogar a posibles testigos.

—Mañana mandaremos a algún agente para que vaya puerta por puerta.

No le cabía duda de que tanto *Il Gazzettino* como *La Nuova di Venezia* informarían del incidente, así que anotó que alguien debía telefonar a las oficinas y solicitar que el artículo incluyese una petición para que todo aquel que hubiera visto u oído algún tipo de alboroto cerca de San Stae llamase a la *questura*. Eso no acostumbraba a surtir efecto, pero no había motivos para no intentarlo.

—¿Puedo bajar? —preguntó a los hombres de abajo.

—Sí, señor. Ya hemos comprobado toda la zona.

—¿Habéis encontrado algo?

Bajó los escalones.

—Lo típico que suele haber en la calle: colillas, un billete de barco, un envoltorio de caramelo...

—No te olvides de la mierda de perro —apuntó el otro mientras se erguía.

Éste apoyó las manos en las caderas y se inclinó hacia atrás como si así

esperase enderezar completamente la espalda.

—Esto es lo peor de este trabajo. No hay tanta como antes, pero sigue habiendo mucha. Demasiada —le dijo a Brunetti.

El *commissario* prefirió no hacer caso del comentario y se dirigió a Ambrosio, que se había colocado a su lado.

—¿Es ahí donde se ha dado con la cabeza?

El técnico asintió y señaló un lugar del pavimento junto al puente, donde Brunetti vio una mancha grande de color rojo.

—Hemos encontrado sangre en la barandilla, señor —dijo, y señaló el lugar—. Parece, o me lo parece a mí, que se dio aquí con la cabeza, después se la raspó en la pared del puente y al final aterrizó ahí abajo. Se quedó tendido sangrando hasta que lo vio un tipo que llamó al hospital.

Acompañó la frase con un gesto que indicaba el suelo frente al último escalón.

Brunetti vio una mancha roja en la barandilla y otra en la pared del puente. Ambas confirmaban la reconstrucción del técnico forense.

—¿Os queda mucho que hacer? —preguntó a los otros dos.

Contestó el alto, que había estado buscando por abajo:

—No, señor. Ya lo tenemos todo. Hemos tomado huellas dactilares de la barandilla y muestras de sangre de los tres sitios, así que sólo queda recoger y limpiar.

—¿Limpiar? ¿Cómo? —preguntó Brunetti, y se arrepintió de haber cedido a la tentación.

—Llevamos un cubo en la lancha, señor. Atado a una cuerda. Usaremos el agua del canal para limpiar la sangre —explicó como si nada, como si estuviera dando una dirección—. Cuando acabemos, iremos a la *questura*. Si espera cinco minutos, lo llevamos.

—No, gracias —contestó Brunetti—. Voy al hospital.

—Podemos dejarlo allí de camino, no nos cuesta nada.

Sabía que sería más rápido, igual que sabía que en Pronto Soccorso había una máquina de café en la sala del personal. Brunetti había acudido allí después de tantas emergencias que los trabajadores del hospital ya lo consideraban uno más y le permitían usarla sin importar a qué hora se presentase.

—Gracias —contestó, y se dirigió a la lancha que estaba amarrada al canal,

junto al puente.

Llegaron a la entrada de ambulancias del hospital poco después de las tres, la hora de las malas noticias. Brunetti le dio las gracias al piloto y desembarcó. Fue directo al Pronto Soccorso, donde había ocho personas esperando su turno sentadas en sillas de espaldas a la pared. El recepcionista lo reconoció de inmediato y le hizo una seña para que pasase.

Brunetti preguntó por el hombre al que habían ingresado con una herida en la cabeza y le dijeron que todavía debía de estar en Radiología: de momento no tenían camas libres. Antes de que pudiera plantearlo, el recepcionista lo mandó a que se preparara un café. Seguramente encontraría a su compañera allí; había llegado desde Radiología unos minutos antes.

Llamó por costumbre a la puerta de la sala del personal y oyó el roce de las patas de una silla en el suelo, pasos que se acercaban. Griffoni abrió la puerta y le sonrió. A las tres de la mañana, cansada y demacrada, sin maquillaje, con unos vaqueros negros descoloridos, zapatos marrones, calcetines medio caídos y un jersey de lana gris al menos tres tallas más grande, estaba como para una sesión de fotos.

—Estoy tomando café —dijo a modo de saludo, y añadió—: Me está salvando la vida.

Fue hasta la mesa y se acabó lo que le quedaba en la taza antes de llevarla al fregadero.

—La máquina está encendida, ¿quieres uno?

Brunetti no veía motivos para no preparárselo él mismo, y estaba a punto de decir que ya se encargaba él cuando Griffoni insistió:

—No es que sea una mujer servil, Guido. Por tu cara, diría que estás más cansado que yo.

—En ese caso, acepto —respondió Brunetti—. Muchas gracias.

Sacó una silla y esperó en silencio a que ella le llevase el café. Le dijo que ya estaba azucarado.

—Gracias, Claudia. Llevo en la calle un buen rato, no tenía ni idea del frío que hacía.

—Hay mucha humedad, no te olvides de la humedad —contestó ella, y

fingió que se estremecía antes de sacar otra silla y sentarse delante de él—. ¿Han encontrado algo?

—La típica basura del suelo —respondió Brunetti, y bebió un sorbo de café.

—Horrible, ¿verdad? —preguntó Griffoni por su expresión—. Si alguien sirviese eso en Nápoles, le pegarían un tiro.

Brunetti se terminó el café y llevó la taza y el plato al fregadero.

—A mí me ha sabido bien; pero la verdad es que, si fuese alcohólico, me bebería hasta la loción de afeitado.

—Creo que es lo que acabas de hacer.

Él sonrió y se apoyó en el fregadero.

—Cuéntame.

—Tiene unos cincuenta años y una conmoción cerebral grave. El médico que lo ha atendido no es neurólogo, así que no ha podido precisar más. Presenta magulladuras y cortes en la cabeza y en la cara que probablemente sean de la caída, además de las marcas rojas que te he mencionado antes en la parte interna de la muñeca. —Respiró unas cuantas veces y después continuó—: Después de llamarte, el médico me ha dicho que la lesión principal está en un lado de la cabeza. Ha dicho que tiene... —Hizo una pausa para buscar la palabra adecuada—, una especie de abolladura en el cráneo.

Brunetti entornó los ojos al oírlo.

—Cree que puede ser de cuando se golpeó la cabeza con la barandilla, al caer.

—¿Cómo se llama? —preguntó Brunetti, y se acercó a la mesa.

—No lo sé. Tenía un juego de llaves en el bolsillo, pero no lleva documentación. Ni abrigo.

—Debe de vivir cerca de allí —aventuró Brunetti—. ¿Puedo verlo?

Ella negó con la cabeza.

—Las enfermeras me han dicho que no vuelva antes de las cinco. Hay poco personal y no quieren a nadie pululando por ahí que no sea doctor o paciente.

—¿Has intentado...?

Ella respondió antes de que él acabase la pregunta:

—Lo he intentado todo menos las amenazas, pero van en serio. La enfermera con la que he hablado ha querido ser amable, pero es el único momento en el que pueden introducir la información de los pacientes en el ordenador y no quieren

que nadie las moleste. —Griffoni vio que su compañero estaba a punto de decir algo y lo interrumpió—. Hazme caso, Guido. —Miró el reloj—. Faltan casi dos horas.

Aunque había querido animarlo, parecía demasiado cansada.

Él aceptó el contratiempo. Con eso, la adrenalina o las fuerzas le fallaron y le sobrevino un agotamiento repentino. Estaba de pie, inclinado con las manos apoyadas en el respaldo de una de las sillas, pero no le quedó más remedio que rodearla y sentarse.

Posó el codo en la mesa, se echó hacia delante, enterró la cara entre las manos y se frotó los ojos. De pronto sintió el deseo de lavarse la cara y las manos con agua caliente.

Griffoni se levantó y dijo que iba al baño, pero él no levantó la mirada. De hecho, ni siquiera abrió los ojos. Oyó que se cerraba la puerta y apoyó los brazos sobre la mesa, y la cabeza en los brazos.

Al cabo de un rato, Claudia lo llamaba, y Brunetti notó su mano en el hombro.

—Guido, son más de las cinco. Ya podemos subir.

En silencio y cansado, pues la energía del café se había desvanecido hacía rato, siguió a Griffoni hasta Radiología. La enfermera del mostrador los saludó con un gesto de la cabeza.

—Sigue inconsciente.

—¿Podemos verlo? —preguntó Griffoni.

La enfermera miró a Brunetti.

—Yo también soy policía —aclaró él.

Ella asintió, y Griffoni se dirigió al pasillo. Hacia el final, aparcada a mano izquierda, había una cama con una silueta cubierta por una manta. De debajo salían unos cables que se deslizaban por un poste metálico con una especie de caja de fusibles en la parte superior.

Griffoni lo señaló con la barbilla y se acercó a él. Brunetti fue hasta allí y miró al paciente.

Tendido allí estaba el hombre de cabellera espesa que había visto con la *professoressa* Crosera.

7

—¿Qué ocurre? —preguntó Griffoni.

—Lo conozco —respondió Brunetti—. Su esposa vino a hablar conmigo hace una semana.

—¿Sobre qué?

—Sobre su hijo. Estaba preocupada porque cree que el chico toma drogas.

—¿Y es cierto? —preguntó Griffoni en voz baja.

En cuanto empezaron a hablar del chico, ella se apartó unos pasos de la cama y Brunetti la siguió.

—Podría ser. Lo único que supo decirme era que estaba un poco raro: no hace los deberes ni presta atención a lo que le dicen.

—¿Sólo eso? —inquirió Griffoni con mucha seriedad.

Brunetti se encogió de hombros.

—Sí, no hay mucho más —respondió, pensando en lo que la *professoressa* Crosera le había dicho y en su escasa predisposición a hacer algo al respecto.

—¿Qué le dijiste?

—Intenté explicarle que no hay mucho que hacer. Ella no me dio información concreta; ni siquiera estoy seguro de que el comportamiento que me describía fuese por culpa de las drogas. —Respondiendo a la expresión de escepticismo de su compañera, continuó—: Es un chico de quince años que está de mal humor y va a la suya.

Griffoni asintió con la cabeza, comprendía el asunto y estaba de acuerdo.

—Es raro, pero la mayoría de los padres con los que he hablado quieren que les diga que eso es imposible, que no hay manera de que sus hijos puedan... — Acabó la frase con un gesto ampuloso que sugería todo lo que los padres no

querían saber sobre sus hijos.

Brunetti observó al hombre. Estaba tendido en la cama con la cabeza vuelta hacia el otro lado, como si quisiera que estudiaran el vendaje que llevaba, que parecía el turbante de un borracho, pues por un lado le cubría la oreja y la frente y por el otro quedaba al menos cuatro dedos por encima de la oreja. Nada delataba qué escondían las vendas y mucho menos en qué parte se encontraban las heridas. ¿Qué había, una sutura? ¿Una raspadura desinfectada y tapada para que no se ensuciara? ¿Una abolladura? Tenía algún rasguño en la cara y los ojos hinchados, pero parecía estar durmiendo en paz.

—Si no te importa, voy a decirles quién es —anunció Brunetti.

Sacó el cuaderno y pasó las páginas hasta que encontró la palabra *Albertini*. Miró el reloj: eran las 5.37 de la mañana, una hora en la que cualquier llamada era presagio de dolor.

—Voy a avisar a su esposa.

Griffoni se sentó en una silla a los pies de la cama para no bloquear el paso por el pasillo.

Brunetti fue hasta el mostrador y habló con la enfermera del turno:

—Creo que sé quién es.

La enfermera sonrió.

—Qué rápidos son los policías.

Brunetti estaba demasiado cansado para bromear, así que asintió para aceptar el cumplido.

—Tengo el número de su esposa. Voy a decirle que está aquí. —Al ver la confusión de la enfermera, añadió—: La conozco, pero a él no me lo han presentado y no sé cómo se llama.

Sacó el *telefonino*, consultó el cuaderno y marcó el número de la *professoressa* Crosera. No ocurrió nada. Se volvió hacia la enfermera.

—No hay cobertura.

Regresó junto a la cama para explicarle a Griffoni lo del teléfono.

—Vamos a ver si hay alguien en Rosa Salva y así llamo desde el *campo*.

Al salir al Campo Santi Giovanni e Paolo, donde el día aún no había despuntado, Brunetti dijo:

—Me pregunto si esto tiene algo que ver con su hijo.

Cruzaron la plaza despacio, mientras él repasaba las posibilidades y pensaba

en qué debería haberle preguntado a la *professoressa* Crosera. Contempló el rostro de la estatua de Colleoni y le envidió la certeza y la determinación de sus rasgos tallados. No le cabía duda de que le habría sacado la verdad a la *professoressa*.

Pulsó el botón de rellamada, pero seguía sin tener cobertura. Dio unas palmadas en la puerta de cristal de Rosa Salva con la mano izquierda y al cabo de un momento alguien se acercó. El camarero, que había reconocido al *commissario*, abrió la puerta y, cuando hubieron pasado, la cerró con llave.

Dentro se estaba a gusto y olía a dulces recién horneados. Una joven con chaquetilla y gorro blancos salió del obrador que había a la derecha con una bandeja de brioches, fue detrás de la barra y los colocó en la vitrina de cristal, sobre el mostrador. Brunetti pidió dos cafés.

Disfrutando del olor de las pastas, Brunetti dio gracias por el café y el brioche, por el azúcar y la mantequilla y la mermelada de albaricoques y muchas otras cosas que se suponía que eran malas para él. Años atrás, lo había escandalizado que Paola dijera que habría renunciado de buen grado al derecho a voto a cambio de una lavadora, pero ahora se daba cuenta de que, al menos a esas horas de la mañana, él tendría la tentación de renunciar al suyo por un café y un brioche. En el Antiguo Testamento, alguien cambiaba su herencia por un plato de potaje, y el pasaje siempre había incomodado a Brunetti, aunque lo habría leído con mayor comprensión si el cambio hubiera sido por lo que estaba a punto de desayunar.

Se volvió hacia Griffoni y señaló la bandeja de dulces.

—Si el demonio te ofreciese entregar tu alma a cambio de uno de éstos, ¿lo harías?

Llegaron los cafés y un plato con dos brioches. Ella tomó una servilleta, cogió uno de los dos, bebió un sorbo de café y le dio un mordisco a la pasta.

—Primero intentaría convencerlo de que se contentase con tres euros —contestó ella antes de tomar otro sorbo y de dar otro bocado—. Pero, si se negase, probablemente aceptaría.

—Yo también.

Brunetti se puso a comer, contento de que el destino le hubiera enviado una compañera tan compatible. Se acabó el café y le dijo a Griffoni que iba a intentar llamar de nuevo. Ella sacó la cartera, dejó un billete sobre la barra y pidió otro

café. Brunetti le dio las gracias con un gesto de la mano y salió afuera.

Consciente de la inyección de cafeína y de azúcar, sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de la *professoressa* Crosera. Se oyó un tono antes de que una mujer con la voz estrangulada de miedo o de rabia contestase.

—Tullio, ¿eres tú?

—¿*Professoressa* Crosera?

—¿Quién es? —preguntó ella con recelo.

—El *commissario* Guido Brunetti, *signora*. La llamo desde el hospital. Han ingresado a su marido.

—¿A mi marido?

—Sí —respondió él con calma—. Está en Radiología.

—¿Qué ha pasado?

Brunetti esperó por si ella decía algo más, pero sólo oyó su respiración.

—Al parecer se ha caído de un puente y se ha dado un golpe en la cabeza. Por eso está en Radiología; le han hecho unas placas y están valorando qué hacer.

Brunetti no sabía si estaba diciendo la verdad o no, pero supuso que se calmaría si creía que todo estaba bajo control.

—¿Cómo está?

—Como le digo, *signora*, los médicos todavía no lo tienen claro —explicó Brunetti, pensando que sería mejor no repetir lo que había dicho el doctor.

—¿Ha hablado con él? —preguntó, cosa que lo sorprendió.

—No, *signora*. Aún no ha recuperado el conocimiento.

—Voy para allá —anunció ella antes de que Brunetti pudiera continuar, y colgó.

El *commissario* marcó de inmediato el número de Vianello.

—Estoy en el hospital —dijo cuando el inspector contestó a la llamada con voz de estar completamente despierto—. El marido de la *signora* Crosera, la mujer que la semana pasada vino a hablar conmigo de su hijo, se cayó anoche por un puente. Puede que con ayuda de alguien. Está en Radiología, y me quedaré con él hasta que el neurólogo lo haya examinado.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Vianello sin pedir más información.

—Habla con *Il Gazzettino* y con *La Nuova*. Diles que han encontrado a un hombre sin identificar junto a los escalones de un puente. Es el Ponte del Forner,

cerca de Ca' Pesaro. Diles que pidan que nos llame cualquiera que estuviese en la zona alrededor de medianoche y que viera u oyera algo.

—¿Qué más?

—Cuando llegue, pídele a la *signorina* Elettra que les eche un vistazo a Crosera y a su marido, si averigua cómo se llama él.

—¿Lo de siempre?

—Sí. Cualquier amistad extraña, detalles que llamen la atención. Mira a ver si su hijo, Alessandro, ha tenido algún encontronazo con nosotros.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

—En ese caso, la información estará bajo llave: es menor.

—Lorenzo —dijo Brunetti con el mismo tono de voz con el que regañaría a un niño—, tú pídeselo a la *signorina* Elettra.

—Por supuesto.

A través del silencio de la línea, Brunetti casi oía a Vianello ordenando las ideas.

—Su esposa te dice que su hijo se droga, después el padre resbala y se cae por un puente, y tú quieres que averigüemos lo que podamos sobre él y su mujer... —dijo al final el inspector.

—Lorenzo, no te olvides del hijo —respondió Brunetti con amabilidad.

—Claro, el hijo.

—Si no fue un resbalón, el incidente estará relacionado con algo que haya hecho. Así que de momento hay que indagar un poco.

—Sí, hasta ahí llego, Guido —contestó Vianello con una brusquedad que indicaba que quizá todavía no había tomado café—. ¿Has descartado que lo atracasen? —preguntó poco convencido.

—¿Qué haría un carterista dando vueltas a medianoche en noviembre, Lorenzo?

—Vale, Guido. Yo me ocupo de esto. Nos vemos cuando llegues a la *questura*.

—Gracias, Lorenzo.

—¿Qué vas a hacer?

—Regresar a Radiología y esperar a su esposa.

—De acuerdo.

Vianello colgó.

El día clareaba y parecía que la niebla se había despejado. Tal vez ese día vieran el sol, ese disco brillante y agradable que llevaba ausente tanto tiempo.

Mientras había estado hablando con Vianello, Griffoni lo esperaba en el *campo*, inmóvil, mirando hacia el este. La luz que llegaba desde la basílica le iluminaba el rostro con intensidad creciente. Brunetti, gran admirador de la belleza femenina, aprobó lo que veía, pero también se fijó en las marcas oscuras de cansancio que su compañera tenía bajo los ojos.

—¿A qué hora te acostaste? —le preguntó, como si fuera lo más normal del mundo.

—Creo que a medianoche —contestó ella.

Al volverse, la luz del amanecer dejó de resaltarle las ojeras.

—¿Y la llamada fue a la una? —insistió él.

—Sí, más o menos. Pero estoy bien.

—¿Por qué no vas a casa un par de horas? —Sin darle ocasión de objetar, continuó—: Tardarán un tiempo en ver cómo está todo. Además, no nos serás muy útil —añadió al ver que no la convencía.

—¿Quieres decir en mi estado actual?

—Si eso es lo que te ha llevado a ponerte zapatos marrones con pantalones negros, sí.

Ella se miró los pies como si Brunetti le hubiera dicho que estaban ardiendo.

—*Oddio*, ¿cómo ha podido pasar?

—Vete a casa, Claudia —insistió él con cara seria—. Nos vemos luego.

8

Al llegar al hospital, Brunetti constató que aún no se habían liberado camas en ninguna planta y que, en consecuencia, el paciente permanecía en el mismo pasillo. Le preguntó a una enfermera que pasaba por allí si algún doctor había visitado al hombre herido, pero la respuesta fue negativa. Se sentó en una silla a los pies de la cama y se colocó el abrigo sobre el regazo. En el pasillo había ventanas, así que pudo contemplar el ala opuesta del antiguo monasterio. Al otro extremo del patio se veía la copa de una palmera enorme y, detrás, las ventanas de un pasillo idéntico al suyo. Brunetti se preguntó si aquél estaba lleno del mismo dolor, los mismos problemas. Si los que estaban sentados allí se hacían las mismas preguntas y trataban de engañarse pensando que sus tribulaciones serían menores si estuviesen en el otro pasillo. Y ¿cómo se medía la magnitud del dolor y de los problemas?

Se volvió en la silla para echar un vistazo rápido a ambos lados. Allí no había nadie más que él y el hombre inmóvil. Se levantó y se acercó al lateral de la cama. El hombre estaba tumbado con las manos fuera de la ropa de cama y un líquido transparente goteaba poco a poco hasta la vía que tenía en el dorso de la mano derecha. El *commissario* flexionó las rodillas para aproximarse a él y apoyó una mano en la cama. Justo debajo de la manga de la bata, Brunetti vio tres hendiduras en forma de medialuna, pero, dado que la cama estaba pegada a la pared, no pudo rodearla para ver si tenía las mismas marcas en la otra muñeca.

Se sentó de nuevo y apoyó los pies en una de las barras inferiores de las patas de la cama. Cruzó las piernas y estudió el crucifijo que había en la pared. ¿Todavía quedaba gente que pensaba que Él los ayudaría? Quizá la estancia en el hospital renovase la fe y les hiciera creer que Él estaba allí para ayudarlos. De

caballero a caballero, Brunetti le pidió al hombre de la cruz que tuviera la amabilidad de ayudar al señor de la cama. Estaba allí tumbado, tal vez con la conciencia intranquila, impotente, herido, aparentemente por causas ajenas a él. A Brunetti se le ocurrió que lo mismo podía decirse de aquel a quien ahora pedía ayuda; quizá por eso vería la petición con buenos ojos. Mientras le daba vueltas al tema, se dio cuenta de que había una silueta junto a la cama, y la presencia repentina de la mujer lo obligó a apartar su ensoñación. Se levantó y colgó el abrigo en la barandilla de los pies de la cama.

La *professoressa* Crosera no le hizo caso. Miraba al paciente desde el lateral de la cama, como paralizada. Alzó la mano, le tocó el brazo y después se agachó a besarle la frente. El hombre no reaccionó ni se movió.

Vacilante, la mujer le acarició la mejilla, los labios. Apartó la mano y apretó el puño. El pecho de su marido subía y bajaba, subía y bajaba, pero el sonido ambiental tapaba cualquier ruido que pudiera hacer su respiración.

Brunetti cruzó los brazos sin decir nada. A ella le llamó la atención el movimiento y lo miró con expresión vacía, el tiempo justo de fotografiarlo con los ojos. Se volvió hacia su marido y dijo:

—Dígame qué ha sucedido.

—Han encontrado a su esposo junto a un puente, de madrugada. Puede que se haya caído, aunque el médico que lo ha atendido en Urgencias le ha encontrado unas marcas que podrían indicar que lo empujaron por los escalones.

—¿Que podrían indicar? —repitió ella.

—Sí, *signora*.

—O sea, que no está seguro.

—Que sepamos, no había testigos —explicó Brunetti.

Al ver que la mujer no reaccionaba, acercó la silla a la cama.

—Por favor, *signora*, siéntese.

Al principio parecía que la mujer no sabía qué hacer, pero entonces se dejó caer en la silla y se hundió en ella de tal manera que el *commissario* temió que resbalara hasta el suelo.

Impulsado por el instinto, le puso la mano en el hombro y la empujó hacia atrás, hacia el respaldo. Ella cerró los ojos un instante y, cuando los abrió, estaba estupefacta, como si acabase de dormirse en el autobús y la hubiera despertado un desconocido.

—¿Está bien, *signora*? —preguntó Brunetti, y se apartó—. ¿Quiere que llame a la enfermera?

Ella se relajó al ver la reacción sincera del policía, cerró de nuevo los ojos y negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—No, no. Necesito un momento, eso es todo.

Brunetti oyó unos pasos que se acercaban. Al volverse, vio a una enfermera en la que no había reparado antes y que pasaba de largo sin hacerles caso; entró en una sala del fondo del pasillo y desapareció. Entonces, a su espalda, oyó el ruido del carrito que traía los desayunos.

El *commissario* esperó inmóvil a que la *professoressa* recobrase la compostura. Estaba más delgada de lo que él recordaba: al recostarla en el respaldo no había notado más que huesos. Cuando lo miró, Brunetti vio que tenía la cara demacrada y cansada como Griffoni, pero sus ojeras parecían más añejas. No llevaba pintalabios y tenía los labios tan secos que pensó en ofrecerle un vaso de agua.

Ella quiso empezar a hablar, tosió y lo intentó de nuevo.

—¿Qué han hecho los médicos? —preguntó.

Se volvió hacia el carro, que en ese momento se estrellaba contra una pared; se oyó un estruendo de platos que la instó a levantarse. Lanzó una mirada a su marido, que no se había movido.

—Cuando lo trajeron, le hicieron unas placas; pero anoche no había neurólogos de guardia. No sé qué piensan hacer hoy.

—Usted ha dicho que se cayó.

—Sí. En Ponte del Forner, cerca de...

—Sé dónde está —lo interrumpió ella con brusquedad—. ¿Qué le pasa? —exigió saber.

Brunetti evitó mirar al hombre en decúbito supino que permanecía en silencio mientras dos personas hablaban de él y de lo que le había ocurrido como si no estuviera presente.

—Le pido disculpas, *professoressa*, pero sólo sé lo que el médico le ha dicho esta madrugada a mi compañera, cuando lo han ingresado.

Al cabo de un rato, ella dijo:

—El puente está cerca de nuestro apartamento.

—¿Sí? —respondió Brunetti, que no veía motivos para revelar que ya había

empezado a indagar en sus vidas—. ¿Sabía usted que su marido había salido?

La mujer vaciló un momento antes de contestar.

—No.

—¿Le pareció que estuviese preocupado por algo, inquieto?

—¿Inquieto? —preguntó ella como si estuviera repitiendo una palabra extranjera—. No —contestó al final, y enseguida añadió—: Aparte de lo de nuestro hijo, no.

Brunetti asintió como si la creyese.

—¿Oyó usted el teléfono, o si alguien fue a su casa? —preguntó intentando que pareciese que estaba recitando una lista de memoria y que la respuesta no le interesaba mucho.

—No. ¿Quién se presenta en casa de los demás a medianoche? —contestó insinuando que la pregunta le parecía un poco tonta.

Brunetti decidió pasar por alto que la mujer había mencionado la hora más probable del incidente, y cambió de táctica y de tono de voz.

—¿Le dijo usted la semana pasada que había venido a hablar conmigo?

Ella tardó aún más en contestar a esa pregunta.

—Sí —dijo al final.

Lo miró y él vio que tenía los ojos más oscuros que el pelo y que las pupilas parecían del mismo color que el iris.

—¿Qué le respondió?

—Cuando le expliqué lo poco que podían hacer ustedes, me dijo que había perdido el tiempo —contestó, aunque parecía avergonzada.

En ese momento, dos auxiliares vestidas de blanco se acercaron empujando el carrito de los desayunos. Brunetti se colocó a los pies de la cama, la espalda apoyada en la pared. La *professoressa* Crosera hizo lo mismo, pero al otro extremo. Ambos tratando de esquivar el armatoste. Brunetti se dio cuenta de que aún no le había preguntado cómo se llamaba su marido.

Esperó a ver si las auxiliares golpeaban el carro contra la pared como castigo por estar los dos allí durante tanto tiempo mientras ellas intentaban trabajar. Pero lo que hicieron fue frenar y detenerse justo antes de la cama; cada una sacó con el mínimo ruido posible sendas bandejas de metal y las llevaron a la habitación de la derecha. Al salir, se disculparon ante la *professoressa* Crosera y continuaron repartiendo el desayuno a la siguiente habitación, y después al resto

de las del pasillo. Una vez hubieron distribuido las bandejas, dejaron el carrito junto a la pared, los saludaron con la cabeza y pasaron por delante de ellos de camino a la sala de espera.

Brunetti se preguntó si especulaban sobre las relaciones que se daban alrededor de las camas de los pacientes. ¿Oían cosas que no deberían decirse y tonos de voz que no deberían usarse con un enfermo?

—¿Cuándo vendrá el médico? —le preguntó la *professoressa* Crosera a Brunetti como si pensase que él lo sabría.

Le tocó las comisuras de la boca a su marido.

—¿Pueden traerle agua?

—Creo que eso ya está cubierto —contestó el *commissario*, señalando el gotero de líquido transparente que había junto a la cama y la vía que tenía el hombre en la mano.

Oyó pasos que se acercaban y se volvió. La mayor de las dos auxiliares se acercaba con una bandeja con cuatro vasos de plástico y dos brioches envasados.

—Deberían comer algo —dijo con amabilidad, y como ellos continuaban de pie, dejó la bandeja en la silla que había a los pies de la cama—. Les sentará bien.

Eso pudo con ella: la *professoressa* Crosera se deshizo en sollozos. Se tapó la boca con la mano y fue al final del pasillo. Brunetti y la auxiliar la oían llorar, pero ambos se volvieron hacia la puerta de la sala de espera.

—Gracias, *signora* —dijo Brunetti—. Es usted muy amable.

Era una mujer robusta embutida en un uniforme que se le estaba quedando pequeño. Un mechón de pelo cano había escapado por debajo de una especie de gorro de ducha que llevaba en la cabeza. Tenía las manos enrojecidas y la piel áspera. Le sonrió. Brunetti se dio cuenta de que san Agustín no tenía razón: para alcanzar la gracia no era preciso hacerlo mediante la oración. Era algo natural, tan abundante como la luz del sol.

—Gracias —dijo de nuevo, y le devolvió la sonrisa.

—Bueno, sigo con mi trabajo —dijo ella en veneciano, y se marchó por el pasillo.

Brunetti cogió uno de los cafés de la bandeja y fue a tomárselo delante de la ventana. Oyó a la *professoressa* acercarse a la cama y el sonido del sobrecito de azúcar cuando lo rasgó. En el patio, el jardinero tenía una manguera en una

mano y un cigarrillo en la otra; mientras tanto, la tierra que rodeaba la palmera se empapaba.

Brunetti regresó junto a la silla y dejó el vaso vacío en la bandeja. El brioche debía de llevar más productos químicos que harina, pero se lo comió de todos modos, aunque sin permitirse el lujo de saborearlo. Por suerte, la auxiliar también había llevado dos vasos de agua, y Brunetti dio cuenta de uno en cuanto se acabó el dulce.

—¿Quiere que vaya a ver qué averiguo? —preguntó.

—Sí, por favor —respondió la *professoressa*.

En el mostrador había otra enfermera: una mujer de unos cincuenta años con una cabellera cana, corta y muy espesa. Le mostró la placa para que viese su rango, aunque no tenía ni idea de si eso serviría de algo. Al parecer surtió efecto, porque ella lo miró y preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlo, *commissario*?

—Estoy aquí por el hombre que han traído esta madrugada con un golpe en la cabeza. ¿Tiene idea de cuándo lo visitará el neurólogo?

Ella miró la hora.

—El *dottor* Stampini, el jefe de Neurología, siempre está en su despacho a las siete de la mañana, *signora*. Tiene las placas del paciente sobre la mesa. —Y en tono neutro y profesional, añadió—: La enfermera del turno de noche me ha dicho que ella misma las ha llevado. ¿Algo más?

—Gracias, *signora* —respondió el *commissario*—. Está aquí su esposa, voy a decírselo.

El *dottor* Stampini llegó al pasillo quince minutos después. A Brunetti le sorprendió que se tratara de un hombre joven, con una mata de pelo rubio cobrizo que de vez en cuando se apartaba de la frente igual que los caballos agitan las crines. Les estrechó la mano y se presentó, pero no se molestó en preguntarles quiénes eran, sino que les pidió que se apartasen de la cama mientras examinaba al paciente.

Brunetti se colocó unos metros más allá, y la *professoressa* Crosera prefirió ir hasta la ventana más cercana a contemplar el patio mientras él no le quitaba ojo al médico.

El *dottor* Stampini sacó una linterna pequeña del bolsillo de la bata blanca y se inclinó sobre el hombre. Le levantó el párpado derecho y le enfocó el ojo con

la luz, y repitió el proceso con el otro. Se dirigió a los pies de la cama, recogió la sábana y le dejó al descubierto ambas piernas hasta la altura de las rodillas. Movi6 la pierna derecha hasta que qued6 colgando fuera de la cama y la sujet6 por debajo de la rodilla. Con un peque6o martillo met6lico que sac6 del mismo bolsillo, le dio un golpecito en la rodilla y lo repiti6 varias veces; a continuaci6n, lo intent6 en la izquierda con el mismo resultado negativo.

Cuando acab6 la exploraci6n, tap6 al paciente con la s6bana y cogi6 el historial que colgaba al pie de la cama. Ley6 las dos primeras p6ginas y alz6 una placa de rayos X para verla con la luz que entraba por la ventana de detr6s de Brunetti. Despu6s la guard6 e hizo unas anotaciones en el historial, lo dej6, lo cogi6 de nuevo y a6nadi6 alg6n dato m6s. Al acabar, se acerc6 a ellos.

—¿Es usted su esposa, *signora*? —pregunt6.

—S6. ¿Qu6 le pasa?

—Un momento —respondi6 el doctor, y se dirigi6 a Brunetti—. ¿Y usted?

—*Commissario* Guido Brunetti. *Polizia di Stato*.

El m6dico no intent6 disimular su sorpresa.

—¿Qu6 hace aqu6, *commissario*, si me permite la pregunta?

—Mi compa6era me ha dicho que el doctor que lo examin6 en Urgencias le encontr6 unas marcas en la mu6eca.

El m6dico les dio la espalda y regres6 junto al paciente. Brunetti se fij6 en c6mo le examinaba primero la mu6eca izquierda y despu6s la derecha, con cuidado de no moverle la v6a del dorso de la mano. Entonces el *dottore* Stampini volvi6 a los pies de la cama y anot6 algo m6s en el historial.

—¿Qu6 marcas? —le pregunt6 la *professoressa* Crosera al *commissario* mientras ambos observaban al m6dico—. ¿De qu6 son?

A Brunetti le pareci6 que estaba asustada.

—No lo s6, *signora*. ¿Se le ocurre algo?

Al o6r la pregunta, ella entorn6 los ojos y, mientras esperaban al doctor, neg6 con la cabeza sin decir nada.

El *dottor* Stampini se dirigi6 a la *professoressa* Crosera como si Brunetti no estuviera presente.

—He pedido que le hagan un TAC. Cuando tenga los resultados, sabr6 con m6s exactitud cu6l es la situaci6n.

—¿No puede decirme nada sin tener antes los resultados de la prueba? —

preguntó ella con voz calmada.

El médico se encogió de hombros y se apartó el pelo de la cara.

—La verdad es que no, *signora*. Siento decirle que no lo tendré claro hasta ver los resultados del escáner.

—¿Durante la mañana? —preguntó, esta vez más inquieta.

—A lo largo del día.

—Gracias, *dottore* —dijo Brunetti, como si el médico se hubiera dirigido a ambos—. ¿Las ha visto?

—Sí, tiene laceraciones en la piel —contestó con cierta brusquedad—. Pero podrían ser de cualquier cosa.

Brunetti asintió, y el doctor concluyó:

—Si no tienen más preguntas, voy a empezar la ronda.

—Gracias, *dottore* —repitió Brunetti. Y como si acabase de recordarlo, le dijo a la *professoressa*—: Tengo que telefonar a la *questura*. Voy a la sala de espera, que aquí hay poca cobertura.

El médico aprovechó la oportunidad para marcharse y echó a andar por el pasillo con Brunetti a su espalda, que llevaba el *telefonino* en la mano.

Cuando ya casi habían llegado a la escalera, el *commissario* se guardó el móvil en el bolsillo y llamó al hombre que caminaba por delante de él.

—¿*Dottor* Stampini?

Éste se detuvo y se volvió.

—Dígame —respondió con impaciencia.

—Me gustaría hablar con usted —dijo Brunetti con su voz más amigable—, si tiene un momento.

A ninguno de los dos les pasó por alto lo cerca que estaban de las enfermeras.

—De acuerdo. Vamos a mi despacho.

Era el segundo de la izquierda y se parecía mucho al de cualquier otro médico con exceso de trabajo que hubiera visto el *commissario*: libros y carpetas sobre la mesa, cajones abiertos rebosando muestras de medicamentos, números atrasados de revistas médicas apilados sobre los radiadores, una hilera desordenada de tazas sucias en el alféizar de la ventana.

Stampini se detuvo nada más cruzar la puerta.

—¿De qué se trata?

Brunetti habló sin vacilar:

—No se le dilatan las pupilas y no tiene reflejo rotuliano. Eso indica algo serio, ¿verdad?

La respuesta de Stampini fue igual de directa:

—¿Es usted doctor en su tiempo libre, *commissario*?

—No, *dottore*, no lo soy. Créame que tampoco finjo serlo. Pero a lo largo de mi carrera he visto a muchas personas con distintos tipos de lesiones; demasiadas para mi gusto. Y muchas veces las que presentan síntomas como éstos...

Calló a media frase y esperó a que el médico dijese algo. Al ver que no lo hacía, continuó:

—No es mi intención diagnosticar algo que usted conoce mucho mejor y con mucha más profundidad, *dottore*.

Stampini sopesó el comentario conciliador de Brunetti.

—¿Qué quiere saber?

—Si debo seguir asumiendo que las marcas de la muñeca son señales de violencia o de algún tipo de agresión, mi obligación es poner en marcha una investigación criminal y buscar personas que quizá hayan visto al paciente antes del incidente.

—Vaya, entiendo —respondió el doctor—. ¿Qué ha sucedido? —preguntó entonces con interés.

—No estamos seguros. Lo encontraron tendido al pie de un puente. Parece que al caer se golpeó la cabeza contra la barandilla metálica y contra el suelo: había sangre en ambos lugares.

—¿Y las marcas de las muñecas?

—Yo soy como usted, *dottore* —respondió Brunetti con una media sonrisa—: veo las heridas e intento sacar conclusiones. En este caso, podría ser muy simple: alguien lo agredió y tiró de él para hacerle perder el equilibrio.

—¿Lo atracaron?

—No llevaba cartera e iba sin abrigo, pero tenía las llaves de casa en el bolsillo. Vive cerca de donde lo encontraron.

—El historial dice que le han hecho una placa a las tres de la mañana.

Brunetti asintió.

—La agresión fue alrededor de medianoche.

Stampini metió las manos en los bolsillos de la bata y miró al suelo. Se balanceó atrás y adelante unos segundos y después sacó las manos y se apartó el pelo de la cara.

—Él no podrá contarle lo que le ha sucedido —dijo al final—. Al menos no dentro de poco tiempo; tal vez nunca.

—¿Lo dice por las placas?

Stampini asintió con la cabeza.

—Parece que tiene una hemorragia bastante grave. El TAC concretará más, pero lo que aparece en las radiografías no tiene buena pinta.

—¿En qué sentido, *dottore*? ¿No tiene buena pinta de cara a una recuperación completa de la lesión cerebral o de cara a sobrevivir?

La expresión del *dottor* Stampini no revelaba gran cosa. Se llevó la mano derecha a la barbilla y se tocó la mejilla como si quisiera comprobar si se había acordado de afeitarse por la mañana. Al bajar la mano, miró a Brunetti.

—Para ninguna de las dos.

—No entiendo —admitió el *commissario*.

—Pinta mal. Pero no se lo diga a su esposa.

—No hace falta que lo haga yo, *dottore*. Lo averiguará enseguida.

9

Consciente de que no había nada más que decir, Brunetti dio un paso atrás y se dispuso a salir del despacho. El joven médico emitió un ruido vacilante.

—Podría equivocarme, naturalmente. Ha habido casos en los que la sangre se reabsorbe y el paciente se recupera por completo.

El *commissario* alzó la mano y la dejó caer. No se le ocurría qué decir, así que regresó con la *professoressa* Crosera y con su marido.

Al salir al pasillo, vio a dos celadores, uno a cada extremo de la cama, y a la esposa del paciente, de pie a su lado. Él se quedó donde estaba y esperó a ver qué ocurría. Los dos hombres empujaron la cama rodante hacia la puerta, pasaron de largo y fueron hacia los ascensores. Brunetti y la *professoressa* los siguieron en silencio y entraron con ellos en el ascensor. Mientras bajaban, nadie pronunció ni una palabra.

Pararon en la segunda planta, la de Neurología, y uno de los celadores entregó unos papeles a la enfermera del mostrador, que les echó un vistazo y dijo algo antes de pulsar un botón que había en la pared. Una puerta automática se abrió y los hombres empujaron la cama hacia el interior. Cuando Brunetti y la *professoressa* Crosera quisieron seguirlos, la enfermera levantó una mano.

—Ustedes no pueden entrar.

—Soy su esposa.

La respuesta no surtió efecto alguno.

—Ustedes no pueden entrar —repitió la enfermera—. Al menos hasta que le hayan asignado una cama —añadió transigiendo un poco.

—¿Podemos sentarnos en algún sitio? —preguntó Brunetti, que estaba ansioso por regresar a la *questura* pero no quería dejar sola a la mujer hasta que

el marido estuviera instalado en una habitación.

Miró la hora sin tener ni idea de qué vería. Aún podrían ser las siete, aunque tampoco le habría extrañado que fuera mediodía: llevaba allí tanto tiempo que los números del reloj ya no marcaban ni separaban los acontecimientos. Resultó que eran poco más de las nueve.

—Al otro lado de los ascensores hay una sala de espera —respondió la enfermera, y cogió el teléfono.

Allí los esperaban las típicas sillas de plástico rojo en hileras fijas de cinco. Siempre era ese horrible naranja rojizo que Brunetti no sabía asociar con nada más que con el sufrimiento.

Esperó hasta que la *professoressa* Crosera ocupó el primer asiento de la fila que estaba más cerca de la puerta, y cuando —no por casualidad— ella colocó el bolso en el asiento de al lado, Brunetti se sentó en el siguiente.

—¿Me permite que le haga unas preguntas, *professoressa*?

—Ya me ha hecho algunas —contestó ella con la mirada fija en la puerta.

—Sí, lo sé. Y le pido disculpas por la molestia. Pero si se confirma que su marido ha sido víctima de una agresión, estamos ante un delito, y mi obligación es encontrar a la persona responsable. La única manera de hacerlo es conocer más a fondo el comportamiento de su esposo durante los últimos días y averiguar si le ha ocurrido alguna cosa inusual, o si hay algo que haya dicho o hecho que pueda conducirnos hasta la persona culpable.

Ella escuchó en silencio.

—¿Han recibido llamadas anónimas? ¿Hay algún tema que él fuera reacio a tratar, gente con la que no quisiese hablar, tal vez algo relacionado con los problemas que tienen con su hijo?

Ante el silencio continuado, Brunetti prosiguió:

—Usted me contó que estaba preocupada por su hijo; supongo que su marido también lo estaba.

—¿No lo estaría usted? —contestó ella con rabia.

—Cualquier padre lo estaría, *signora* —respondió Brunetti para aplacarla—. Y cualquier madre.

Se dio cuenta de que había dejado de usar el título de forma inconsciente y acababa de dirigirse a ella como haría con cualquier mujer.

Ella se volvió y se recostó en la silla mirando la puerta abierta.

—Como usted ya sabe, tengo dos hijos, ambos adolescentes. Nunca dejo de preocuparme por ellos y por lo que podría sucederles —dijo Brunetti.

—¿Esto se lo enseñaron en la academia de policía, *commissario*? —preguntó ella con un tono cordial, pero sin molestarse en mirarlo—. ¿Es así como se ganan la confianza de las personas a las que interrogan?

La pregunta era insultante, pero él no se ofendió. En cambio, no fue capaz de resistirse al lujo de echarse a reír, cosa que sorprendió a la *professoressa*.

—No, *signora* —respondió en cuanto paró—. Nos enseñan a forjar vínculos con los hombres a los que interrogamos hablando de fútbol. Cuando entré en el cuerpo, a nadie se le ocurría que habría que hablar con mujeres. Sospecho que los instructores debían de pensar que estarían todas en casa cuidando de los niños. —Se serenó y continuó—: Quiero encontrar a la persona que le ha hecho esto al padre de sus hijos, y por eso le pido ayuda.

Ella se volvió hacia él.

—¿Incluso si lo que yo le dijera a usted pusiera en peligro a mi hijo?

—Su hijo es demasiado joven para tener problemas con la justicia. Lo peor que podría pasarle es que lo enviaran a hablar con un asistente social o con un psicólogo, pero sólo si el juez dictaminase que necesita ayuda por drogodependencia.

Ella volvió de nuevo la cara y estudió la entrada.

—Pero ¿y si lo que yo pueda decirle a usted pusiera a mi hijo en un gran peligro?

El *commissario* analizó sus palabras. «Un gran peligro.» ¿Más que el que ya había corrido su padre? ¿Más del que ya corría, quizá, porque el que le vendía la droga se había enterado de que su madre había hablado con un policía? Se preguntó si su padre había decidido enfrentarse a esa persona, si se había encontrado con ella en el puente.

—¿Tiene miedo de la persona que le vende las drogas? —preguntó Brunetti.

Ella se giró y lo miró a los ojos.

—Sólo si la policía no se ocupa de él, *commissario* —dijo, y antes de que Brunetti pudiera objetar que exageraba, prosiguió—: En realidad, da igual lo que hagan ustedes: los traficantes continuarán haciendo lo que quieran.

—¿Sabe si su esposo ha hablado con Sandro? —preguntó Brunetti, que no tenía intención de discutir sobre lo que la policía podía hacer y lo que no.

La pregunta la sorprendió, y él la observó mientras ella meditaba la respuesta.

—No puedo decírselo —respondió al final.

Brunetti se quedó con dos interpretaciones posibles.

—Nada de lo que le hagamos al traficante pondrá a su hijo en peligro — insistió.

—¿Ni siquiera si agrede a mi marido y lo arrestan al día siguiente?

—No si lo arrestamos por vender drogas. Estoy seguro de que no se las proporciona sólo a su hijo.

Ella entrelazó los dedos.

—Necesito pensarlo —dijo—. Tengo que preguntárselo a mi marido.

—Puede que no recuerde lo que ocurrió —replicó Brunetti con expresión neutra.

Sabía que eso era típico de las lesiones cerebrales.

—No —repuso ella, su voz empapada de determinación—. Quiero consultarlo con él.

Brunetti admitió la futilidad de insistir, igual que era inútil pensar en preguntarle algo a la víctima. Se levantó.

—Discúlpeme, pero no sé cómo se llama su esposo —admitió con cierta vergüenza.

Ella lo miró con sobresalto y después observó el pasillo por donde se habían llevado a su marido con tal anhelo y ternura que Brunetti apartó la mirada.

—Qué extraño —dijo ella despacio.

Brunetti se volvió hacia la mujer.

—¿Disculpe? Lo siento, pero no la comprendo.

La *professoressa* le ofreció la primera sonrisa de verdad, que le quitó años del rostro.

—Suele ser la mujer la que es un apéndice sin nombre del marido.

De pronto tensó la expresión y apretó los labios. Brunetti pensó que estaba a punto de echarse a llorar, pero ella respiró hondo.

—Tullio Gasparini.

Él le dio las gracias y se marchó preguntándose, como hacía tantas veces, si algún día alcanzaría a comprender los secretos del corazón.

10

De camino a la *questura* pensó que lo primero que debían hacer era encontrar al hombre que vendía drogas a los alumnos del Albertini, y a Sandro Gasparini entre ellos. De momento era el sospechoso más probable. La manera más simple de dar con él sería hablar con el chico, pero eso requería el consentimiento de su madre y el *commissario* no dudaba de que ella insistiría en contar con la presencia de un abogado. Si se negaba en redondo, podían seguir al muchacho, pero ¿de dónde sacaría el personal necesario para eso? ¿Y un juez que firmase la orden?

¿Qué hacía un hombre en la calle a medianoche con sólo las llaves en el bolsillo? Ni siquiera llevaba abrigo. ¿Había salido de casa sin que nadie se diese cuenta? Brunetti se detuvo en seco: ¿dónde había estado el chico la noche anterior y dónde estaba en ese momento? Repasó la conversación con la *professoressa* Crosera y no recordaba habérselo preguntado. Cuando la había llamado, ella se encontraba en casa; si su hijo hubiera estado desaparecido, habría preguntado por él nada más contestar a una llamada de la policía. Había ido al hospital antes del amanecer: ¿lo había hecho sin decir a sus hijos adónde iba? ¿Estaban los dos en casa?

Sacó el teléfono nuevo que le había conseguido la *signorina* Elettra, se conectó a internet con cierta dificultad, buscó el número del Albertini y lo marcó. Sonaron cuatro tonos antes de que respondiese una mujer.

—Buenos días, instituto Albertini. Dígame.

—Buenos días, *signora*. Soy el *commissario* Brunetti, llamo por uno de sus alumnos.

—¿*Commissario* de policía? —preguntó ella al cabo de un momento, como

si hubiera otro tipo de *commissario* que tuviera la costumbre de llamarlos.

—Sí. Me gustaría hablar con el director.

El silencio que se produjo también fue largo, fruto de la confusión o de la reticencia a colaborar.

—Un momento, por favor —contestó al final—. Le paso con la *signora direttrice* Rallo.

La directora respondió tras el segundo tono:

—Bianca Rallo.

—*Signora direttrice*, soy el *commissario* Guido Brunetti. Llamo para preguntar por uno de sus alumnos.

—No quisiera parecer impertinente —dijo ella con voz de persona bien educada—, pero ¿qué garantías me ofrece de que es quien dice ser?

Su tono era distante, cordial, casi irónico.

—*Signora direttrice* —respondió Brunetti en el mismo tono—, ¿me permite que le sugiera la manera de aplacar sus dudas?

—Por supuesto.

—Déjeme plantearle lo que necesito saber y después llame a la *questura* y pregunte por la *commissario* Griffoni. Puede responderle a ella. —Hizo una pausa para permitirle que digiriese las instrucciones—. Necesitaré unos minutos para llamar y pedirles que la pongan a usted directamente con ella. —Hizo otra pausa más breve y preguntó—: ¿Le parece aceptable, *signora direttrice*?

—Depende de la pregunta —respondió ella con amabilidad.

—Es posible que anoche el padre de dos de sus alumnos, Tullio Gasparini, fuera víctima de una agresión ocurrida en la calle. Me gustaría saber si Sandro ha acudido a clase esta mañana.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Su silencio se filtró por el altavoz del *telefonino*. El *commissario* miró el canal que tenía al lado y vio que el nivel del agua estaba alto.

—De acuerdo —respondió ella—. Llamaré dentro de cinco minutos.

Sin perder el tiempo, Brunetti colgó, marcó el número de la centralita de la *questura* y preguntó si Griffoni había llegado ya. En cuanto le comunicaron que sí, le dijo a la operadora que enseguida recibirían una llamada de la *signora* Rallo para la *commissario*. Dio instrucciones de avisarla de inmediato para que

estuviese pendiente de la llamada.

Guardó el móvil en el bolsillo y continuó hacia la *questura*. Cuando llegó diez minutos más tarde, preguntó por Vianello, y le dijeron que había llegado pero que lo habían enviado a Marghera como observador en el interrogatorio de un sospechoso de violencia doméstica; no se le esperaba hasta el día siguiente. Brunetti se dirigió al despacho de Griffoni. Vio que llevaba camisa negra y chaqueta; no quedaba ni rastro de los dichosos zapatos marrones.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en cuanto entró.

En lugar de contestar, Brunetti hizo otra pregunta:

—¿Ha llamado ya?

—¿Quién?

—La *preside* del Albertini, para decirte si el hijo ha ido hoy a clase.

—No.

Como todo lo que hizo su compañero fue asentir, Griffoni se levantó y acercó una segunda silla.

—Por el amor de Dios, Guido, siéntate y cuéntame qué ha ocurrido.

Brunetti obedeció y le contó la conversación con la *professoressa* Crosera y lo que había sucedido en el hospital después de que Griffoni se marchase. El despacho era tan pequeño que sus rodillas se rozaban bajo el escritorio a pesar de que él podría decirse que estaba sentado casi en la puerta.

—Se ha quedado helada. Se ha derrumbado al verlo.

—¿De forma literal o figurada?

—Creo que de verdad.

—¿Sabía que él había salido de casa?

—Ella dice que no, pero no la creo.

Griffoni, para quien las mentiras no eran algo desconocido, asintió.

—¿Y qué hay del hijo? ¿Estaba en casa cuando has llamado a la *professoressa*?

—No lo sé. —Y un poco avergonzado, añadió—: No se me ha ocurrido preguntárselo.

La *commissario* sonrió.

—De ahí las reticencias de la *preside* —afirmó después de una pausa breve—. Hace bien: podrías haber sido cualquiera. Un secuestrador, por ejemplo.

—Claudia... —repuso Brunetti, y estiró el brazo para darle un toquecito en el

dorso de la mano con el índice—. Estamos en Venecia, no en...

La frase quedó inacabada.

—Fíjate —continuó él después de pensar un instante—. No se me ocurre ninguna ciudad en la que haya habido algún secuestro en los últimos años.

Griffoni lo observó y enseguida apartó la mirada. Después de un momento de reflexión, dijo con evidente asombro:

—Yo tampoco. Es como si hubiera pasado de moda.

Brunetti no estaba convencido.

—Más bien será que la gente ya no lo denuncia. Pagan y esperan que eso funcione.

—Pero tarde o temprano nos enteraríamos, ¿no?

—Supongo que sí —admitió Brunetti. Y, sorprendido por su propia furia, añadió—: Es odioso. Peor que cualquier otro crimen. Odio a los secuestradores.

—¿Más que a los asesinos?

—En cierto modo, sí.

—¿Por qué?

—Porque un secuestro sustituye la vida por dinero, o porque los secuestradores intercambian vida por dinero —respondió sin poder controlar la intensidad de su tono de voz.

—Nunca te había visto así.

—Lo sé. Pero es que no hay nada peor. Yo encarcelaría a los secuestradores para siempre. Y a los que los ayudan, también. Si saben lo que van a hacer y, aun así, cooperan aunque sea dándoles un sello para enviar la carta exigiendo el rescate, los encarcelaría hasta el fin de sus días.

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no decir nada más.

—¿Has investigado algún caso? —preguntó Griffoni.

—Sí, uno de los primeros que me asignaron, hace más de veinte años.

—¿Mal?

—Se llevaron a la hija de una familia de Nápoles.

—¿Dónde ocurrió?

—En Cerdeña. Fue cuando estaba destinado en Nápoles; nos habían enviado a mí y a dos agentes más.

—¿Diste con ellos?

—Sí —respondió Brunetti con brusquedad.

—¿Cómo?

El *commissario* dibujó un gesto despectivo con la mano.

—Eran idiotas.

—¿Pero...? —preguntó ella, reaccionando a algo que Brunetti no había dicho en voz alta.

—Pero la niña murió.

—¿La mataron antes de cobrar el rescate?

—A veces pienso que ojalá lo hubieran hecho.

Griffoni no insistió, pero él se lo explicó de todos modos:

—La enterraron dentro de una caja. La policía arrestó a los cuatro componentes de la banda, y ellos confesaron dónde estaba la caja. Pero, cuando la desenterraron, la niña ya había muerto.

Griffoni no dijo nada.

—¿Te importa si cambiamos de tema, Claudia?

A ella le sonó el teléfono antes de tener tiempo de responderle.

—Griffoni —contestó.

Le hizo una señal a su compañero con la mano levantada y asintió con un gesto.

—Sí, me lo ha dicho, *signora*. No —añadió al cabo de una pausa breve—, tenemos el mismo rango, pero él lleva aquí más tiempo. Sí, creo que es de Castello.

Miró a Brunetti, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras movía en círculos la mano en el aire.

—Sí, conozco el caso. Sí, esta mañana ha estado con el hombre en el hospital.

Griffoni se tapó los ojos con una mano, algo que hacía cuando estaba impaciente.

—Por supuesto, *signora direttrice*, me hago cargo.

A continuación, permaneció en silencio un buen rato. Se pasaba la mano por el pelo sin abrir los ojos, como si tuviera una tapa que quisiese mantener cerrada. Siguió escuchando y de vez en cuando emitía un murmullo para mostrar que estaba de acuerdo.

Al final quitó la mano.

—¿Está allí? —Abrió los ojos, miró a Brunetti, emitió un «Hummm» neutro

—. Gracias, *signora direttrice*. Estoy segura de que mi compañero se alegrará mucho cuando se lo diga —añadió usando la cadencia descendente del final de las conversaciones.

Antes de colgar emitió más ruidos que indicaban respuestas de cortesía.

—Como ya te imaginarás, el chico está allí. La política del centro en caso de que un alumno no asista a clase es avisar a los padres de inmediato. ¿Qué sabes de él? —preguntó con un tono distinto, con curiosidad.

—Lo que ya te he contado, nada más. Tiene quince años, está en segundo. Tiene algún problema y el curso no le va bien.

—Y se droga —apuntó Griffoni.

—Su madre está lo suficientemente convencida de ello para venir a hablar conmigo.

Griffoni, cuyo despacho no tenía ventana, se levantó y se apoyó en la pared, con los brazos cruzados.

—¿Crees que la agresión es una consecuencia?

Brunetti se dio cuenta de que lo aliviaba oír que ella no cuestionaba si era una agresión o no.

—Ambos hechos siguen una secuencia temporal —explicó Brunetti—. Lo que quiero es encontrar algo que nos lleve de una cosa a la otra.

Griffoni recorrió el camino entre los dos acontecimientos.

—Si Gasparini sabía quién es el camello, pero no quería involucrarnos a nosotros, es posible que haya hablado con él o lo haya amenazado.

Brunetti asintió; ya había considerado esa posibilidad.

—Conocemos a algunos de los que venden, los de los institutos. Se me ocurren los nombres de al menos dos.

Griffoni asintió a su vez para indicar que tal vez ella conociese a otros.

—Uno me debe un favor, y es hora de cobrármelo —dijo Brunetti.

Ella no dio señales de curiosidad ni de impaciencia. Observó a su compañero como si estar sentado en una silla en el quicio de la puerta de su despacho, con las patas traseras en el pasillo, y ella mirándolo con la espalda pegada a la pared, fuese lo más natural.

Brunetti oyó que alguien pasaba por detrás de él, pero no se volvió. Cuando los pasos dejaron de oírse, dijo:

—Voy a preguntarle quién maneja las ventas en el Albertini.

Le sorprendió lo normal que había sonado, como si los camellos tuvieran una licencia para vender drogas en los institutos.

—¿Te lo dirá?

Brunetti asintió.

—Hace mucho, mi hermano escribió una carta de recomendación para su hijo, para la solicitud de plaza en una facultad inglesa de Medicina.

—¿Medicina?

—Radiología. Mi hermano es el jefe del departamento del hospital de Mestre. El chico trabajó con él durante dos años, y dice que es el mejor ayudante que ha tenido, ¿por qué no iba a darle una carta de recomendación?

—Por supuesto —respondió Griffoni—. ¿Qué pasó?

—Ahora es ayudante del radiólogo jefe de un hospital de Birmingham.

—¿Y el padre vende drogas? —preguntó Griffoni perpleja.

—Y el padre vende drogas.

—*Evviva l'Italia.*

11

Durante un rato permanecieron así, haciéndose compañía, hasta que Brunetti se levantó y colocó la silla contra la pared, en su lugar habitual, donde, en vez de bloquear la puerta, le impedía a Griffoni llegar hasta su escritorio desde la derecha.

Se detuvo junto a la entrada, y Griffoni le hizo una pregunta antes de que se despidiese:

—¿Y cuando tu confidente te proporcione ese nombre?

—Iré a hablar con él.

—¿Te importa que vaya contigo?

Brunetti había pensado en ir con Vianello. No cabía duda de que a Griffoni se le daba muy bien el papel de poli bueno: con una sola mirada era capaz de insinuar desacuerdo con Brunetti y sabía preguntarle ciertas cosas mostrando solidaridad con los interrogados; de vez en cuando era capaz de oponerse a las decisiones o conclusiones de Brunetti de manera que los sospechosos pensasen que la historia que acababan de contar la había convencido por completo. Pero para hablar con un camello era mejor que fuese él.

—Gracias por ofrecerte, Claudia. Me alegra trabajar con alguien con la sangre fría de la que eres capaz; pero, dadas las circunstancias, creo que será mejor que vaya solo.

Ella sonrió.

—Eso de la sangre fría es un cumplido que toda mujer querría recibir, Guido.

El *commissario* se dirigió a su despacho, asombrado como siempre de que Griffoni tolerase la caja de zapatos que el *vicequestore* le había asignado tras convencerlo el teniente Scarpa. En defensa de Patta, Brunetti pensó que al

vicequestore el asunto no le habría parecido suficientemente importante para subir la escalera y echar un vistazo al despacho y, por lo tanto, no debía de tener ni idea de qué pinta tenían seis metros cuadrados ni de cuánto espacio quedaba tras meter una mesa y dos sillas. No dudaba de que Griffoni encontraría la manera de hacer que el teniente se arrepintiera de sus actos. No en vano era napolitana. Le llevaría tiempo, pero lo haría. Brunetti sonrió.

Cerró la puerta al entrar en su despacho y sacó el *telefonino*. Marcó el número de su amigo camello de memoria —nunca lo había apuntado—, y éste respondió diciendo su nombre.

—Buenos días, Manrico —lo saludó Brunetti.

No podía evitar sentir afecto por aquel hombre, al menos por ciertos aspectos de él. Pero era reacio a dejar que esas partes dominasen la conversación, así que preguntó con tono casual pero significativo:

—¿Cómo está Bruno?

—Vaya, *dottore* —contestó Manrico al reconocer la voz después de tanto tiempo—. Pues nos ha tocado una tragedia en la familia.

Las palabras lloraban, pero la voz canturreaba.

—Espero que sea una tragedia feliz —contestó Brunetti.

—Sí, mucho. Bruno se casa. En julio.

—¿Y el padre de la novia es policía?

—Mucho peor —respondió Manrico con tono triste.

—Cuéntame.

—La chica es escocesa.

—No me digas. Y protestante, ¿verdad?

—Eso ya no importa, *commissario*. Pero es que hay más.

—Cuéntame.

—Es doctora.

—¿Tu hijo se va a casar con una profesional y además escocesa? —Brunetti emitió un sonido prolongado y gutural—. Comprendo tu pesar, Manrico.

—Gracias, *dottore*. Sabía que lo entendería. Y ya que pregunta por Bruno —dijo el hombre como para demostrar que no era idiota—, supongo que quiere recordarme el favor que le debo.

—Manrico, nunca te he pedido nada —respondió Brunetti como si tuviera que defender su reputación—. En seis años.

—Siete. ¿De qué se trata?

—Me gustaría saber quién lleva el Albertini.

—Supongo que no se refiere a la dirección del instituto.

Manrico hablaba sin asomo de las bromas de antes.

—Exacto —respondió Brunetti.

Silencio. El *commissario* agarró fuerte el móvil y se ordenó a sí mismo no hablar. Se acercó a la ventana y miró el embarcadero, donde Foa estaba limpiando la borda de la lancha policial.

—¿Éste es su número oficial? —preguntó Manrico.

—Sí.

—En ese caso, siento decirle que tendrá que esperar a llegar a casa por la tarde —repuso el camello con tal seriedad que Brunetti pensó que le colgaría sin más explicaciones. Sin embargo, el hombre continuó con su habitual tono dicharachero—: Una cosa más, *commissario*.

—Dime.

—La boda es el día 15. Si le mando una invitación, ¿vendrá?

Hasta la larga pausa sonó alegre.

—¿Es aquí? —preguntó Brunetti con la esperanza de que respondiese que no para tener una excusa legítima.

—No. Es en la iglesia de su padre.

—¿Significa eso lo que creo que significa, Manrico? ¿Tan mal están las cosas?

—Así es, *commissario*. Peor incluso: es obispo.

Brunetti lo felicitó de nuevo, le deseó que la pareja le diese muchos nietos y colgó. Fue a ver a la *signorina* Elettra y la encontró de pie junto a la ventana. Después del cubículo diminuto de Griffoni, el despacho de la *signorina* Elettra le resultó enorme, sobre todo por las tres ventanas que había en una de las paredes. La mesa donde tenía el ordenador ocupaba gran parte del espacio, pero también había otra más pequeña donde nunca había visto más que grandes ramos de flores —como era el caso ese día— y el ejemplar más reciente de *Vogue*, que también estaba allí.

En cuanto entró, ella se volvió hacia él. La poca luz que ofrecía el día la iluminaba desde atrás, así que el *commissario* no le vio la expresión, aunque su postura —lo que él a veces llamaba «su aura»— delataba cansancio y

abatimiento.

—*Bon dì* —la saludó—. Vengo a ver si ha tenido tiempo de indagar sobre Gasparini.

La *signorina* Elettra asintió y se dirigió a la mesa. Se sentó frente al ordenador, pulsó varias teclas, abrió una página y le echó un vistazo.

—No hay gran cosa. Es contable en una empresa química, trabaja en Verona. El domicilio que aparece está en Santa Croce, cerca de San Stae. Sale en la guía de teléfonos. No tiene ficha policial en ninguna comisaría de todo el Véneto y no he encontrado ni rastro en las redes sociales. —Miró a Brunetti—. Qué raro que una persona casi ni exista si no está en las redes, ¿verdad?

—Sí, supongo que es raro —respondió él, que, igual que Paola, no tenía cuentas en redes sociales.

—En ninguna parte se menciona que esté casado —apuntó ella.

—*Professoressa* Crosera. No conozco su nombre de pila —respondió él al instante—. Da clases de arquitectura en la universidad y es consultora de diseño urbano, que no sé muy bien lo que es, en Turquía y en otro país.

La *signorina* Elettra abrió mucho los ojos, como si necesitase verlo mejor para creer que él había averiguado algo que ella no había conseguido encontrar.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo pregunté —contestó él con parquedad antes de sonreír—. ¿Es trampa?

—Supongo que no —respondió la *signorina* Elettra honestamente—. Pero parece una manera de obtener información muy chapada a la antigua.

—¿Y dice que ha buscado en el listín?

—Sí, pero en la versión que hay en línea —admitió ella.

—Entonces ¿es todo lo que ha encontrado? —preguntó él desilusionado.

—De momento, sí.

—Si tiene un rato, ¿podría echarle otro vistazo a la esposa? —pidió como si hacerlo tuviera sentido—. Le he dado instrucciones a Vianello de que llame a los periódicos para que soliciten en el artículo sobre el caso que los testigos se pongan en contacto con nosotros —continuó en otro tono de voz—. A lo mejor hay suerte.

Ella tenía la mano derecha sobre el teclado del ordenador, pero hizo una pequeña floritura en el aire.

—Ya sabe que a la gente no le gusta relacionarse con nosotros.

Hizo una pausa con la mirada perdida detrás del *commissario*, como si observase algo escrito en la pared.

—Bueno, no sólo con nosotros; con el Estado en general —continuó ella con vacilación, como si necesitase decirlo en voz alta para comprenderlo—. Se ha incumplido el contrato entre nosotros y el Estado, se ha roto. Pero nadie quiere anunciarlo públicamente. Sabemos que no continúa vigente, y ellos saben que nosotros lo sabemos. Pero no les importa lo que queramos, no les interesa lo que nos pase ni lo que queramos. —Entonces lo miró, se encogió de hombros y sonrió—. Y no podemos hacer nada.

El *commissario* se quedó pasmado al oírla decir lo que él había pensado tantas veces.

—La cosa no puede estar tan mal —respondió él sin pararse a reflexionar.

Ella se volvió hacia la pantalla como si hubiera perdido el interés en lo que él pudiera decir o no estuviera de acuerdo y no quisiera molestarlo en discutirlo. Brunetti regresó a su despacho dándole vueltas a un hecho: tanto él como la *signorina* Elettra trabajaban para un Estado negligente e indiferente.

Llevaba despierto desde las dos de la mañana, así que resolvió concederse el trato que merecía y fue a comer a Al Covo. Ya de vuelta, dio gracias como siempre por que el restaurante estuviera a tan sólo diez minutos de la *questura* y una vez más lo mandasen a la oficina como un hombre renovado y más feliz.

Por desgracia, ese hombre nuevo se enfrentaba a problemas antiguos: llamó a la *professoressa* Crosera al móvil, pero tuvo que dejar un mensaje. Después llamó al hospital, y no le dieron información alguna sobre Gasparini. Marcó el número del domicilio familiar cada hora, pero el teléfono sonaba sin que nadie contestase. Al final, alrededor de las cinco, decidió que no le quedaba más remedio que pasar por el hospital de camino a casa. Llamó a Griffoni y la avisó de adónde iba.

Más le habría valido ahorrarse el esfuerzo. La *professoressa* Crosera estaba en la habitación de su marido, pero cuando él entró y les dio las buenas tardes, ella se llevó el índice a los labios y señaló al paciente, que ya descansaba en una cama de verdad. El *commissario* señaló hacia el pasillo, pero ella negó con la

cabeza sin decir nada. Aunque él sabía que la conversación no podía molestar a su marido, no tenía derecho a decírselo.

Se acercó a la cama y miró a Gasparini. El líquido transparente seguía cayendo gota a gota.

Brunetti se despidió con un gesto de cabeza, fue hasta el mostrador de las enfermeras y preguntó por el doctor Stampini con la esperanza de que el TAC hubiera proporcionado algo más de información. El neurólogo ya se había marchado, así que resolvió hacer lo mismo e irse a casa.

12

Entró en un apartamento donde reinaba el silencio, pero los años de experiencia le decían que no estaba vacío. El aroma de los bosques de pino llenaba el pasillo, lo que significaba que Raffi había usado su champú otra vez; en el salón, la bufanda roja de Chiara colgaba del respaldo del sofá. Guido Brunetti, superdetective, se felicitó de camino al estudio de Paola.

Asomó la cabeza por la puerta y encontró a su esposa arrellanada en el sofá, en completo abandono; tenía un libro abierto apoyado en el pecho y un lápiz en la mano.

—Ya veo que estás muy ocupada —dijo, y entró.

Se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Igual que tú, que estabas tan ocupado que no has podido llamarme para contarme lo del hombre al que han encontrado —repuso ella fingiéndose ofendida.

Brunetti se sentó al otro extremo del sofá, cogió los pies de Paola y se los puso en el regazo.

—¿Cómo te has enterado?

—Quería saber por qué te habías ido tan pronto, así que esta tarde he echado un vistazo a *Il Gazzettino* por internet. —Dejó que el libro abierto le cayese sobre el pecho—. Eso sólo puede significar una cosa. También quería saber —continuó con tono más alegre— si habías parado para comer y si te habías abrigado. Ya sabes, las tonterías en las que piensa una esposa.

Él le cogió el pie izquierdo y empezó a masajearle los dedos.

—No quería despertarte.

Ella sonrió.

—Ya sé que no es fácil —admitió. Cerró el libro y se inclinó para dejarlo sobre la mesita—. Venga, cuéntame.

—¿Te acuerdas de la mujer que vino a hablar conmigo hace una semana porque creía que su hijo se drogaba?

No le había dicho de quién se trataba, sólo le había relatado una historia inconclusa sobre una mujer que carecía de la valentía necesaria para confiar en la policía y que se había marchado sin ofrecer datos concretos.

Paola asintió.

—Es una compañera tuya, la *professoressa* Crosera. El hombre que está ingresado en el hospital es su marido. Todo apunta a que lo agredieron en la calle.

Paola se soltó el pie para incorporarse en el sofá, sentada de cara a él con las piernas recogidas.

—¿El marido de Elisa? No me lo puedo creer. Por el amor de Dios, ¡si es contable!

Hizo una pausa momentánea, como si acabase de darse cuenta de lo que decía.

—Me refiero a que es un hombre muy normal: nadie querría hacerle daño.

Brunetti sabía que cualquiera podía encontrar motivos para lastimar a otra persona.

—Hay indicios de que alguien lo agarró del brazo y lo empujó por los escalones del puente. ¿Qué decía *Il Gazzettino*?

—Que habían encontrado a un hombre inconsciente en la calle, nada más —respondió Paola—. No mencionaba ninguna agresión. Y que si alguien había visto algo que pudiera estar relacionado con el incidente, que había sucedido cerca de Ca' Pesaro, debía llamar a la policía. Ni siquiera han impreso las iniciales, como cuando no quieren revelar la identidad.

Brunetti no comprendía los caminos inescrutables de *Il Gazzettino*, así que guardó silencio.

—¿Está Elisa con él? —preguntó Paola.

—Sí. Lo he reconocido y la he llamado esta mañana. Creo que todavía está allí.

—Pobre mujer —dijo ella—. Primero el hijo y ahora esto.

—¿Sabías lo del hijo? —preguntó Brunetti con cuidado de no revelar nada

con la voz.

Paola le clavó la mirada.

—Claro que no. Jamás me contaría algo así, pero es obvio que estaba tan preocupada que fue a hablar contigo. Eso quiere decir que sabe algo.

—Pues a mí me ha dicho que no sabe nada —insistió Brunetti.

—Es normal que lo niegue; eres policía.

Lo afirmó con tanta seguridad como si recitara las tablas de multiplicar, pero él prefirió no morder el anzuelo.

—Dice que quiere hablar con su marido antes de darme más información.

—¿Y cuándo podrá hacerlo?

Brunetti se observó el dorso de las manos y después miró a su mujer pensando cómo decírselo.

—Puede que nunca —contestó al final. Al ver la reacción de Paola, intentó ganar algo de tiempo—. Eso es lo que ha dicho el neurólogo después de examinar las radiografías, pero para estar seguro necesitaba un TAC. Se lo han hecho hoy.

—¿Y los resultados?

—No lo sé. He ido al hospital, pero el doctor ya se había marchado. Le llamaré mañana. —Le dio un momento para asimilarlo—. Ha dicho que quizá se equivocaba.

Paola asintió. Se volvió y apoyó la cabeza en un cojín, estiró las piernas y le tocó el muslo con los pies.

—Pobre mujer —repitió—. Pobres todos —añadió al cabo de un instante.

Cerró los ojos, los abrió un rato para observar el techo y los cerró de nuevo. Brunetti le puso la mano derecha en los pies y cerró los suyos. No tardó en empezar a sentir que la realidad aflojaba y se desprendía de él. Permaneció sentado, pero estaba en alguna otra parte por donde pasaba gente. Sintió que algo se le movía en la mano y se sobresaltó; de pronto estaba despierto, aunque inseguro de dónde se encontraba.

—¿Qué pasa? —preguntó Paola.

—Nada. Debo de haberme quedado dormido. Ha sido un día muy largo.

Cerró otra vez los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

—Estaba pensando —dijo Paola.

Brunetti estaba lo suficientemente despierto para responder:

—Eso siempre es peligroso.

Y ambos recitaron el mantra familiar al unísono:

—... sobre todo siendo una mujer.

—¿Pensando sobre qué? —preguntó él.

—Cosas legales. Pero es posible que tú ya lo hayas tenido en cuenta.

—Dime —le pidió él, consciente de que no había tenido en cuenta el factor legal en la situación de Gasparini.

—Si no muere, pero se queda en cama el resto de su vida, ¿qué cargos se le pueden imputar al agresor? Sí, sí, ya sé —añadió antes de que Brunetti pudiera decir ni una palabra—: primero hay que encontrarlo. Pero cuando lo arrestéis, ¿qué crimen habrá cometido?

Brunetti reflexionó unos instantes, dándole vueltas a la idea de la agresión.

—Depende de lo que haya ocurrido en el puente.

—Y si no hay testigos, ¿cómo se decide eso?

No se le escapaba la nota de escepticismo. Con los ojos aún cerrados, asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Si contásemos con muestras de ADN que coincidiesen, la persona podría decir que fue Gasparini quien le agredió. Antes que nada, hay que encontrarla —añadió tras una breve reflexión.

—Pero tendría que explicar por qué no acudió a la policía —dijo Paola—. Si sabía que Gasparini estaba herido, debía dar parte, ¿no?

—Sí, pero hay gente que seguramente no lo haría. Al menos si es algo sin importancia, aunque ellos sean la víctima. ¿Te imaginas que alguien viene a la comisaría después de agredir a otra persona aunque haya sido en defensa propia? La mera idea es ridícula.

Pensó en eso y luego habló con la misma sorpresa con la que anunciaría un descubrimiento:

—Nadie confía en nosotros.

—En ese caso, encomiéndate a *Il Gazzettino* y a *La Nuova* —respondió Paola con una nota de piedad en la voz.

Pensando en eso, Brunetti preguntó:

—¿Te apetece una copa de vino?

Con el vino y un ejemplar de Sófocles —había escogido *Antígona*—, Brunetti se acomodó a los pies de Paola para leer hasta la hora de cenar. Leyó la

mitad de la introducción, escrita por un profesor de psicología de la Universidad de Cagliari. El texto planteaba una interpretación junguiana de la obra, con Antígona como arquetipo de la madre y Creonte del embaucador. Según aprendió Brunetti, el lado oscuro de cada uno —la sombra— podía ser tanto exterior como interior: el enemigo o uno mismo. Hizo trampa y miró cuántas páginas quedaban de la introducción: catorce. Dejó el libro boca abajo en la mesita de delante del sofá, bebió un trago de vino —un Collavini Ribolla Gialla muy agradable que había estado reservando para un libro especial— y suspiró ante las diferentes sensaciones que ofrecía la vida.

Fortalecido, recuperó el libro, pasó las páginas que le quedaban de la introducción y empezó a leer la obra de teatro. Recordaba la escena inicial, en la que Antígona le explica a su hermana Ismene que el rey Creonte ha prohibido que se celebre el funeral de su hermano Polinices, a quien había declarado traidor a Tebas. Su cuerpo putrefacto está tendido fuera de la muralla de la ciudad y es objeto del apetito de los buitres y los chacales.

Antígona ha decidido que debe ser enterrado y que lo hará ella. Así que le pide ayuda a su hermana, e Ismene, la pobre y precavida Ismene, se niega. «En poder estamos de quienes darnos pueden estos mandatos y otros todavía más duros.»

—No estoy de acuerdo —dijo Brunetti en voz alta.

Paola le dio un toque en el muslo con el pie izquierdo.

—¿Qué?

—Un psicólogo junguiano acaba de decirme que nuestra sombra oscura puede ser interior o exterior, y ahora Ismene me está diciendo que debemos obedecer a los que nos dan órdenes.

—Espero que haya más opciones —respondió ella sin molestarse en levantar la vista de su libro.

—No. Y ahora dice Ismene que «hemos nacido mujeres, incapaces de pelear con hombres».

Esta vez Paola apartó su libro y lo miró.

—Lo que yo siempre he pensado —repuso sonriente, y levantó el libro de nuevo—. Si no me falla la memoria —añadió antes de que él pudiera continuar con su lectura—, Ismene está a punto de protestar: «Soy incapaz de obrar contra el deseo de mis conciudadanos».

Brunetti alzó una mano de su libro y le dio a su esposa unas palmaditas en el tobillo.

—Por eso son clásicos, cariño.

Ella no se dignó a responder.

Brunetti continuó leyendo y no tardó en llegar a la afirmación: «Yo le voy a enterrar».

Podrían haber sido las palabras de la *professoressa* Crosera, que hacía lo necesario y obedecía las leyes que aceptaba, las que le otorgaban a una madre el derecho de hacer cualquier cosa a fin de proteger a sus hijos. Recurrir a la policía buscando información y el consuelo de que su hijo no podía ser arrestado. Y al diablo con los hijos de los demás.

Antígona obedecía las órdenes que ella misma se daba. Pasó la página: «No me importa morir obrando de ese modo. Yaceré como amiga de quien lo es para mí tras cometer mi crimen piadoso».

Dejó caer las manos en el regazo y, con el libro abandonado, pensó en cómo sería valorar tanto tu opinión de lo que es justo y lo que no, o como quiera cada uno llamarlo, como para llevar a cabo un ritual que consideras necesario aun sabiendo que tu muerte es el resultado ineludible. Brunetti se creía capaz de morir por alguien: por sus hijos, por su mujer. Pero ¿por un ideal o una norma?

Se acordó de Gasparini, el otro padre. ¿De qué había sido él capaz con tal de proteger a su hijo? Brunetti consideró distintas posibilidades. ¿Era plausible que lo hubiera entendido al revés y que Gasparini fuera el agresor en el puente? Se reprendió: hasta que Paola no le había planteado el tema legal, no se le había ocurrido, como si el hecho de estar herido convirtiese a un hombre en la víctima, o, tras hablar con su esposa, no fuera caballeroso sospechar de él.

—Por cierto —interrumpió Paola—, en el buzón había una nota para ti.

—¿Dónde está?

—En la encimera de la cocina. Creía que allí la verías.

—Pues no —contestó, y se levantó.

En la cocina encontró un sobre sin sello con su nombre escrito en mayúsculas. Estaba apoyado en el molinillo de pimienta. Introdujo el pulgar por debajo de la solapa y lo abrió. Dentro, escrito con la misma letra, leyó:

13

A la mañana siguiente, Brunetti llegó a la *questura* a las nueve. Cuando le dijeron que la *commissario* Griffoni aún no estaba en su despacho, subió y le dejó una nota en la mesa para que lo llamase en cuanto pudiera.

En la escalera se cruzó con Alvise, que le dijo que Vianello había estado allí un rato, pero que había regresado a Marghera porque la mujer del caso de violencia doméstica estaba ofreciendo de forma voluntaria información sobre las actividades de su marido en Venecia.

Al *commissario* le supo mal que su amigo, su caja de resonancia, continuase ausente y se llevase con él la experiencia y el sentido común con el que escuchaba las descripciones que le hacía de los acontecimientos. No obstante, no era necesario que Alvise lo supiera, sobre todo cuando el agente intentaba ayudar.

—Menos mal que me has avisado, Alvise —le agradeció Brunetti.

—Ya me dijo que contestaría eso, señor —respondió el agente con una sonrisa, contento de saber que era heraldo de información importante—. Me ha pedido que le diga que ha vuelto porque el caso tiene algo que ver con el robo en casa del *signor* Bordoni.

—Gracias, Alvise —dijo Brunetti amable.

Le sonaba el nombre, pero no estaba seguro de qué. Subió la escalera al tiempo que repetía: «Bor-DON-i, Bor-DON-i». La tercera vez que pronunció el nombre, las piezas encajaron y recordó un robo de hacía tres años en el que los ladrones habían abierto la *porta blindata* de los Bordoni pulverizando nitrógeno líquido en las bisagras para romperlas. Habían colocado la puerta metálica en el suelo, cosa que sugería la participación de dos personas. La familia estaba de

vacaciones en Cerdeña, y la empleada del hogar que vivía con ellos había salido a jugar al *burraco* con sus amigas, tal como hacía —recordaba Brunetti— todos los martes.

La mujer había regresado a las once y, al ver la puerta en el suelo delante de la entrada del apartamento, había marcado el número de emergencias y se había refugiado en casa de los vecinos del piso de abajo.

Al entrar en la vivienda, los agentes habían encontrado el piso en orden: no había nada roto ni tirado por el suelo; las luces estaban encendidas, como las había dejado ella. Todo parecía correcto, y la policía empezaba a preguntarse por qué habían quitado la puerta sin motivo aparente, tal como recordaba haber leído Brunetti en el informe, hasta que entraron en el despacho del *dottor* Bordonì. Faltaban tres cuadros que la empleada del hogar, que los había memorizado con el transcurso de los años a base de quitarles el polvo, describió como el retrato de una mujer gorda sin ropa, otro de una mujer con un vestido negro y un sirviente negro que le sujetaba una sombrilla roja, y un tercer cuadro que podía ser el retrato de una niña pero que no tenía aspecto del todo humano. Hasta que la familia regresó al día siguiente, Brunetti, a quien Patta había asignado el caso porque él «sabía de cuadros», no se enteró de que los retratos femeninos eran de Renoir, de Van Dyck y de Picasso.

Todo lo demás estaba donde debía. Los tres cuadros se habían esfumado, habían desaparecido de entre otras obras de arte en cuya compañía habían vivido durante años. Los ladrones no se pusieron en contacto con los dueños, y la persona que de vez en cuando vendía información a la Brigada de Patrimonio Histórico no los mencionó jamás.

Y ahora que requerían a Vianello como ayudante en el interrogatorio de un caso de violencia doméstica, quizá averiguasen algo sobre su paradero. Al menos eso esperaba Brunetti.

Se detuvo en el despacho de la *signorina* Elettra, pero al entrar recordó que era martes y eso significaba que uno de los pilotos la había llevado al mercado de Rialto con la lancha policial a comprar flores. Escribió en una hoja el nombre y la dirección de Fornari con un signo de interrogación al final y la metió dentro de un sobre que cerró y dejó sobre el teclado.

Una vez en su despacho, marcó el número de la casa de la *professoressa* Crosera y dejó que sonase hasta que recibió la instrucción de dejar un mensaje

para que le llamasen en cuanto fuera posible. Dijo su nombre y su número de teléfono, y que le gustaría... Pero, antes de acabar, alguien contestó. Pensó que sería ella y esperó con expectación a oír su voz, pero la llamada se cortó.

Marcó el número de la centralita del hospital y pidió hablar con el *dottor* Stampini de Neurología. Cuando le preguntaron quién era, se presentó y explicó que se trataba de un asunto policial, sin ofrecer más información que ésa.

El *dottor* Stampini se puso enseguida.

—Buenos días, *commissario* —lo saludó, y continuó sin la formalidad de una introducción—: Me gustaría poder darle mejores noticias, pero el TAC es muy claro. —Hizo una pausa breve—. ¿Comprende usted la jerga médica? —preguntó con tono mucho más impersonal.

—Hasta cierto punto —respondió Brunetti.

—La lesión más grave es en el hueso parietal, que se fracturó en la caída, puede que al golpearse la cabeza con la barandilla, o quizá al caer al suelo. La fractura provocó un hematoma subdural y, hasta que el cerebro no haya absorbido la sangre, su estado no mejorará.

Brunetti no sabía si el médico esperaba que lo pusiera en duda, así que prefirió no hacerlo.

—¿Ha hablado con su esposa? —preguntó.

—Sí.

—¿Y?

—Escucha las palabras y las entiende, pero no quiere comprender el significado ni las posibles consecuencias de lo que le digo. —Al ver que Brunetti no intervenía, continuó—: Supongo que usted ya conoce ese tipo de reacción, *commissario*.

—Sí, por desgracia sí.

—¿Ha hablado con ella? —preguntó el doctor con mayor calidez en la voz.

—No, *dottore*. Le he dejado un mensaje. Espero que se haya marchado a casa.

—Creo que sigue aquí —respondió Stampini al instante—. Esta mañana me ha dicho que había hablado con su hermana y que había enviado a sus hijos con ella.

Cuando creyó que el médico había terminado, Brunetti preguntó:

—¿La ha visitado alguien desde que está en el hospital?

—Que yo sepa, no.

—¿Qué opina, *dottore*?

—Creo que lo mejor sería que alguien se la llevara a casa. Necesita descansar, ir a alguna parte donde pueda estar con gente conocida. No tiene sentido que se quede aquí. Ah, y me ha dicho —prosiguió sin darle tiempo al *commissario* para decir nada— que usted ha sido muy amable.

Eso sorprendió a Brunetti, que no recordaba haber sido más que firme.

—¿Me está queriendo dar algún mensaje, *dottore*?

Stampini se rio o suspiró, Brunetti no supo distinguirlo.

—Sí, supongo que sí. Creo que quizá usted pueda convencerla de que se vaya a casa un rato. El paciente no va a despertarse —dijo el doctor. Y acto seguido añadió—: Al menos durante un tiempo que podría ser largo. La señora debería irse a casa, o a casa de su hermana, con sus hijos. Cualquier cosa menos estar aquí.

Brunetti pensó en qué podía hacer.

—¿Hasta cuándo estará usted aquí? —preguntó al final.

—Toda la mañana. Al menos hasta mediodía —contestó con tono profesional. Y luego dijo—: Es una buena mujer, *commissario*.

—Enseguida voy —respondió Brunetti, y colgó.

Llamó a Griffoni al *telefonino* y, sin molestarse en preguntarle dónde estaba, le dijo que salía hacia el hospital desde la *questura*. Durante un momento pensó en pedirle que se reuniese allí con él. De mujer a mujer, quizá fuese más fácil convencer a la *professoressa* Crosera de que se marchase del hospital. No obstante, teniendo en cuenta lo que él ya sabía de ella, decidió que no le gustaría la intrusión de otra persona. Así que se limitó a contarle a la *commissario* que le habían dado el nombre del tipo que trabajaba delante del Albertini y que se lo había pasado a la *signorina* Elettra. Añadió que regresaría a la *questura* en cuanto pudiera, colgó y salió hacia el hospital.

Fue directo a Neurología, donde encontró a una enfermera nueva que le advirtió que el horario de visitas no empezaba hasta las tres. Cuando él le informó de que era un agente de policía que acudía para hablar con la esposa del *signor* Gasparini, cambió los modos, pero no mucho. Aunque con reticencias, le

permitió entrar en la planta.

Recorrió el pasillo y dio unos golpecitos suaves con los nudillos en la puerta de la habitación de Gasparini. Al no obtener respuesta, abrió la puerta y asomó la cabeza. Él estaba tal como lo había dejado el día anterior y, desde el umbral, el *commissario* vio la espalda y la cabeza de su esposa; tenía el torso apoyado en la cama, estaba sentada en la silla donde Brunetti la había visto por última vez.

Con la mano derecha sostenía la izquierda de su esposo; se había dormido con la cabeza rozándole la cadera. Brunetti salió de nuevo al pasillo, cerró la puerta, golpeó con mucha más fuerza, esperó y llamó otra vez.

Después de un momento, la puerta se abrió y allí estaba ella, con cara de sorpresa y enfado, y sin querer disimularlo. Lo esquivó para salir al pasillo y cerró la puerta.

—Pero ¿qué hace? —se quejó con la voz ronca de agotamiento—. ¿Es que quiere despertarlo?

Brunetti dio un paso atrás sin decir nada; quería que la pregunta reverberase en la mente de la *professoressa* un poco más. Al final, cuando su expresión le confirmó que ella había comprendido lo que acababa de decir, respondió:

—Eso sería bueno, *signora* —repuso él con tono normal para dejar claro que hablaba en serio.

Esa observación bastó para que el rostro de la mujer quedase vacío de expresión. Y como si al retroceder un paso hubiera metido el pie en un agujero, chocó contra la puerta e hizo mucho más ruido que Brunetti al llamar.

—Vengo a llevarla a casa, *signora* —explicó, y continuó antes de que ella pudiera protestar—: El *dottor* Stampini me ha dicho que sus hijos están con su hermana. Permítame que la acompañe. Coma algo y llévese a sus hijos a casa. Entonces ya podrá pensar en qué hacer.

—No puedo hacer nada —espetó ella.

Habría querido decirlo con voz de acero, pero ésta le había fallado en la última palabra. La desesperación le deshizo la expresión, aunque enseguida se le tensó el rostro de miedo.

—Puede cocinar para sus hijos y así demostrarles que está bien —propuso Brunetti, que sabía que no podía ofrecerle ningún consuelo— y que la vida sigue con normalidad. Es lo que ellos necesitan —añadió antes de que ella protestase—. Su padre está enfermo en el hospital, pero a ellos les hace falta que todo

continúe con la máxima normalidad posible. —Cuando vio que ella estaba a punto de decir algo, prosiguió—: Puede que sean adolescentes, pero siguen siendo niños.

Dicho eso, calló y la observó mientras la mujer consideraba sus palabras. Levantó la mano, la dejó caer y se encogió de hombros con aire de derrota.

—Puede ser.

Dio media vuelta, entró en la habitación y le dejó la puerta abierta.

Gasparini continuaba igual, a excepción de las ojeras, que eran más oscuras, sobre todo la del ojo izquierdo.

La *professoressa* Crosera fue hasta la cama, se inclinó sobre su marido y lo tapó a pesar de que allí hacía suficiente calor para incomodar a Brunetti. Le acarició la mejilla como si estuvieran en casa por la mañana y pensase dejarlo dormir un rato más mientras preparaba café o salía a comprar los periódicos para que él los leyese en la cama, como le gustaba hacer.

Cogió el abrigo y el bolso y se acercó a Brunetti.

—Rápido, antes de que cambie de opinión —dijo, y salió pasillo abajo.

En la calle, el *commissario* descubrió que el sol había decidido flirtear con ellos. El suelo del *campo* mostraba zonas soleadas y, sin pensarlo, se desabrochó el abrigo.

Giró a la derecha y empezó a cruzar el puente.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—Cerca de San Stae —respondió ella—. Me gustaría ir a pie.

Miraba al frente, así que no lo vio asentir con la cabeza. Pero no importaba, porque sólo había una manera de ir.

—¿Se acuerda de la tienda de juguetes? —preguntó ella al llegar al Ponte dei Giocattoli.

Por supuesto que sí. Sus hijos la habían descubierto de pequeños y nunca pasaban por delante sin insistir en entrar «a mirar, nada más». Ahora había desaparecido, como las demás tiendas de juguetes. En su lugar había basura para turistas, juguetes inservibles para niños mayores, todo fabricado en China y hecho pasar por veneciano.

—A mis hijos les encantaba —dijo Brunetti.

—A los míos también.

Al pasar por el renovado Ballarin, el *commissario* entró sin molestarse en preguntarle y se dirigió a la barra.

—¿Qué le apetece?

—Un *macchiatone* y un brioche, por favor —respondió ella—. Y un vaso de agua —añadió como si despertase de un sueño.

Brunetti pidió y enseguida tuvieron los cafés y los brioche en la barra, además del vaso de agua, que ella consumió primero con ademán sediento. El café se lo bebió a sorbos pequeños, pero dio buena cuenta del brioche rápidamente, hambrienta. El *commissario* pagó y se marcharon.

Durante el poco tiempo que habían estado en el bar, la calle se había llenado hasta niveles que antes sólo se veían en Navidad. El gentío los empujó a caminar pegados hasta que Brunetti sacó el codo y creó espacio para separarse de ella. Subieron un puente, lo bajaron y recorrieron la fachada del Fondaco, donde los turistas chinos hacían cola para llevar a cabo la ritual visita diaria a su nuevo dios, un centro comercial del siglo XXI.

Brunetti giró hacia el Gran Canal y después siguieron por la *riva*, no hubo necesidad de dirigir a la *professoressa*. Tenían el puente de Rialto a la derecha y lo atravesaron como si estuvieran en unas escaleras mecánicas, atrapados por los que iban delante y detrás, sin poder detenerse, sin poder adelantar, sin permitirse una pausa por si los de atrás los pisoteaban.

Al llegar abajo, ella lo agarró del brazo y lo llevó hacia la derecha.

—Sáqueme de aquí, por favor.

Brunetti dio diez pasos rápidos al frente y atajó por el *campo* frente a la iglesia de San Giacomo.

Se detuvo de cara al trozo de canal que asomaba entre los edificios; ella caminó en dirección al agua. Brunetti la alcanzó en la *riva*, desde donde la mujer miraba la fachada trasera del edificio que había sido la oficina de correos. Estaba parada a dos metros del Gran Canal.

—No puedo evitar verlo como veneciana, en lugar de como arquitecta —admitió.

—¿Le gusta lo que han hecho? —preguntó él.

Había estado en el interior y había visto las tiendas; había subido a la terraza a contemplar la ciudad como muy pocas veces lo había hecho. Un círculo de

belleza tan excesiva como perfecta.

—No me gusta lo que es —respondió ella—, pero hay partes de la restauración que están muy bien ejecutadas.

—¿Qué es lo que no le gusta? —quiso saber Brunetti, que usaba la pregunta para ayudarla a volver a la normalidad, pero también porque le interesaba su opinión.

—En el sentido de que no es más que una versión cara de todas las tiendas de San Marco y alrededores que venden máscaras baratas y cristal chino.

Brunetti guardó silencio. Estaba de acuerdo, pero tenía curiosidad por sus motivos.

—¿Qué le parece igual?

—Ni aquí ni en esas tiendas hay nada que puedan comprar los venecianos. ¿Aceite de oliva a quince euros el medio litro? ¿Botas de setecientos euros? ¿Café al doble de precio que en la mayoría de los bares? —enumeró, y continuó sin darle opción de intervenir—: Y en cuanto a las otras tiendas, ya me dirá usted qué veneciano quiere un elefante de cristal o una máscara de plástico.

Los argumentos eran los mismos que él había escuchado y esgrimido incontables veces.

—Paola pregunta a menudo: «¿Dónde puedo comprar una cremallera?».

La *professoressa* volvió la cabeza hacia él al instante y lo miró casi escandalizada.

—¿Paola cose?

Brunetti sonrió.

—Santo cielo, claro que no. Lo usa como metonimia de lo que los residentes necesitan y compran, en oposición a lo que compran los turistas. Cremalleras, ropa interior, peladores de patatas. —Calló, pero como el motor de un coche que petardea una última vez, añadió—: Hilo.

Ella se apartó un paso y le observó el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brunetti con la esperanza de no haberla ofendido de algún modo.

—Un policía que emplea la palabra *metonimia* —dijo negando con la cabeza—. No me extraña que Paola se casase con usted.

Se volvió y echó a caminar hacia el mercado. Como era un día de entre semana, consiguieron atravesarlo con relativa facilidad, y Brunetti se percató de

que había huecos vacíos donde antes había habido puestos de fruta y verdura. La mitad de las pescaderías habían desaparecido.

Salieron del mercado bordeando el canal, giraron en la calle dei Botteri y, después de dos puentes más, la *professoressa* Crosera sacó las llaves del bolso y abrió la puerta de un portal. Cerró cuando entró Brunetti, subió por la escalera y se detuvo en la última planta, la cuarta. Abrió la puerta del apartamento y él la siguió al interior. Lo condujo por un vestíbulo pequeño hasta un salón grande donde había dos sofás cómodos y vistas del mercado y, a lo lejos, del *campanile* de San Francesco della Vigna. Ella se quitó el abrigo, lo lanzó sobre el respaldo del sofá y, tras rodearlo, se sentó en un extremo. En la pared, detrás del sofá más grande, el *commissario* descubrió cuatro fotografías en blanco y negro que mostraban lo que parecían cientos, tal vez miles de círculos pequeños dispuestos en hileras rectas y paralelas.

Brunetti, movido por la curiosidad, se acercó y vio que, tal como pensaba, las fotografías pertenecían a la serie de Salgado sobre minas de oro, aunque no recordaba de dónde eran; de algún lugar de Sudamérica, quizá. Se apartó de ellas y miró a la *professoressa* Crosera, que tenía las manos entre las rodillas y miraba al suelo, inclinada hacia delante. De repente se irguió, se apoyó en el respaldo y lo observó.

De pronto, él se sintió nervioso e incómodo, así que fue a por el bolso, que ella había dejado junto a la puerta, y se lo acercó.

—Tal vez la ayude llamar a su hermana, *signora*, y decirle que está en casa —sugirió, y se dirigió hacia la ventana más alejada a estudiar los edificios y torres en la distancia.

La oyó hablar, a su espalda. Aunque lo hacía en voz baja, Brunetti entendía todo lo que decía.

Se dio cuenta de que la ventana de la derecha era en realidad una puerta que daba a un balcón pequeño. Abrió, salió afuera y cerró. La voz de la *professoressa* desapareció. A la derecha se veía el *campanile* de San Marco, aprisionado entre dos nubes que la perspectiva hacía parecer dos grandes almohadas en las que podría apoyarse. Dirigió la vista más a la derecha y se puso a jugar a uno de sus pasatiempos más antiguos: «¿Qué iglesia es?». Estaba solo y no podía comprobar sus aciertos, pero era fácil reconocer que la torre inclinada que miraba ahora era la de Santo Stefano.

Brunetti se volvió justo cuando la *professoressa* guardaba el móvil en el bolso y miraba en su dirección. Entró y se acercó a ella. Por su expresión, era evidente que su hermana había conseguido tranquilizarla.

—*Signora*, tarde o temprano pondremos en marcha una investigación sobre lo que le ha ocurrido a su marido.

—¿Qué conseguirán con eso? —preguntó ella.

—Siento decir que a su esposo no lo ayudará mucho —admitió, pues se negaba a contribuir a que siguiera engañándose—. Pero me gustaría encontrar a la persona responsable —continuó con firmeza.

—No estoy segura de que eso sirva de algo. A nadie.

—Puede que le impida al culpable hacerlo de nuevo —repuso Brunetti.

—¿Le parece cruel si le digo que eso ya no nos importa ni a mi marido ni a mí? —preguntó, y esbozó una sonrisa, una de las más tristes que Brunetti había visto en la vida.

—No es cruel, *signora*, ni mucho menos. Pero no le pido a su marido que tome la decisión, sino a usted.

—¿Qué decisión? —preguntó ella con auténtica sorpresa.

—La de permitirnos hacerle preguntas a usted y a sus amigos —respondió, sin atreverse a mencionar a su hijo—. ¿Cree que hay algo que pueda guardar relación con lo que le han hecho a su esposo? ¿Algo que sus amigos puedan aportar?

—Ya le he hablado de lo de nuestro hijo.

—Sí —convino Brunetti—. ¿Tenía su marido alguna otra preocupación?

Ella lo pensó durante un tiempo que al *commissario* le pareció largo.

—Envejecer. Si su empresa sobrevivirá a la crisis económica, el calentamiento global, tener barriga, las cosas que nuestra hija hace con su novio.

Brunetti sonrió.

—¿He dicho algo gracioso?

—Estaba mirándome en un espejo y viendo las cosas por las que yo me preocupo continuamente —respondió él—. Aunque yo añadiría un jefe al que a veces le caigo mal.

—¿Qué más? —preguntó ella con imparcialidad y rechazando el ambiente relajado que le ofrecía él.

—¿Sobre lo que me gustaría hacer con respecto a la investigación?

—Sí.

—Me gustaría echarle un vistazo a sus pertenencias; a su estudio, si lo tiene —dijo él, y siguió sin mencionar al hijo.

Ella asintió, pero Brunetti no sabía si en referencia a que su marido tenía un estudio en casa o a si le permitía echar un vistazo. Tal vez sólo quisiera decir que había comprendido la petición.

—Me gustaría hacerlo ahora —insistió, con la esperanza de que la correcta fuese la segunda opción.

Al percibir sus reticencias, pensó que aquél era el momento de sacarse el as de la manga y apelar a la seguridad de su hijo. Eran pocas las madres que se resistían a esa llamada.

Ella miró la hora y, antes de que contestase, oyeron que alguien abría la puerta de casa, que se estrelló contra la pared. La sorpresa catapultó a la *professoressa* Crosera del sofá, y Brunetti dio media vuelta para enfrentarse a lo que quiera que fuese aquello.

Dos adolescentes irrumpieron en el salón: un chico y una chica de casi la misma estatura, aunque el rostro del chico delataba que era más joven que su hermana. Llevaba unos tejanos que le caían, una chaqueta marrón de cuero y un par de Stan Smith casi nuevas. Llevaba la cabeza afeitada hasta la altura de las cejas y el resto largo, lo que creaba un extraño efecto de dos capas. Tenía los ojos oscuros de su madre, y aunque estaba muy delgado conservaba el rostro redondeado de la niñez; su mandíbula todavía no había adquirido los ángulos de la adolescencia.

Se detuvo al ver a Brunetti. Miró a su madre, a Brunetti y de nuevo a su madre, demostrando que aquella configuración no era habitual.

—¿Quién es? —le exigió.

Tenía el rostro en tensión y los labios, tirantes, mostraban los dientes: una declaración primitiva de amenaza.

La chica lo miró con sorpresa y desaprobación en la cara, una versión más joven de la de su madre.

—¡Sandro! —exclamó con la voz ahogada y llena de reproche.

El chico la miró, incapaz de decidirse entre la rabia y el arrepentimiento.

—Sólo he preguntado quién es —le contestó a su hermana, su voz marchita en la estela de la reprimenda.

El *commissario* sonrió.

—Soy Guido Brunetti. Vuestra madre me ha pedido que la acompañe desde el hospital. —Se volvió hacia la *professoressa* y se despidió con aire informal—. Si hay algo más que pueda hacer por usted, llame a Paola, por favor. Paola es mi esposa —explicó dirigiéndose a los dos adolescentes—. Es compañera de la universidad de vuestra madre.

Fue hacia la puerta y, cuando estuvo delante de ellos, se detuvo.

—Vuestra madre ha estado en el hospital con vuestro padre y apenas ha comido. Estaría bien que la cuidaseis. ¿Podrías ayudarla a preparar la comida?

—¿Qué le pasa a mi padre? —preguntó el chico con la voz ahogada.

En lugar de responder, Brunetti miró a la *professoressa*.

—Los médicos han dicho que podréis visitar a *papà* mañana —contestó ella—. Hasta entonces, sólo me dejan visitarlo a mí.

El chico quiso decir algo, pero le falló la voz, que se convirtió en un gemido suave que duró unos segundos.

—¿Se va a morir? —preguntó al fin.

Eso hizo que su madre se acercase a él. Lo envolvió en un abrazo.

—No seas tonto, Sandro —dijo.

Brunetti se percató de que a ella le costaba mantener la calma, pero esperó que el chico no se hubiera dado cuenta.

—Tiene asignadas dos enfermeras y el mejor doctor del hospital —continuó la mujer—. Aurelia y tú podréis ir mañana. ¿Verdad que sí? —preguntó a Brunetti buscando confirmación.

—Si el *dottor* Stampini ha dicho que sí, estoy seguro de que así es.

Brunetti aprovechó para marcharse y se despidió de la mujer con un gesto de cabeza. Al llegar a la puerta oyó tres sollozos enormes, pero la decencia le impidió volverse para ver de quién de los tres se trataba.

14

Saliendo del edificio, Brunetti notó que el día había decidido no apostar todo al invierno y había regresado a principios de otoño. Al llegar a Campo San Cassiano estaba sudando con el abrigo puesto. Pensó en quitárselo, pero recordó que la ruta que iba a recorrer para ir a casa a comer estaba toda en la sombra y se contentó con desabrochárselo y abrírselo un momento. Se volvió hacia el sol como un girasol tentando a la suerte a final de temporada.

Si el sol hubiera sido un viejo amigo que hacía las maletas preparándose para unas vacaciones de tres meses, Brunetti lo habría despedido con la promesa de echarlo de menos y le habría deseado una buena temporada en Argentina o en Nueva Zelanda, pasando los meses de invierno, sabiamente, junto al mar, donde hacía calor. Al girar hacia Ruga Vecchia San Giovanni comprobó que no se había equivocado, y el resto del trayecto a casa llevó el abrigo abrochado.

No podía dejar de pensar en Gianluca Fornari. Sacó el móvil y llamó a la *signorina* Elettra mientras subía el primer tramo de escalera.

—Buenos días, *commissario* —lo saludó amablemente, como si llevase toda la mañana esperando su llamada. Y antes de que él pudiera preguntar, continuó —: Conocemos al *signor* Fornari desde hace un tiempo. Desde que tenía dieciocho años, para ser exactos.

Brunetti estaba a punto de admitir que le habría sorprendido que uno de los conocidos por la *questura* se hubiera contenido hasta la mayoría de edad.

—Tiene un expediente de menores, pero no he querido hurgar allí tan poco tiempo después de haber buscado información sobre Alessandro Gasparini.

Así que ahora lo llamaba «buscar información»... Brunetti lanzó esa ocurrencia al suelo y la pisó.

—¿Y nuestro expediente?

—Lleva once de los últimos veinte años como huésped del Estado —respondió ella, y emitió un leve gruñido, como si se estirase para alcanzar algo que le quedaba lejos—. Aquí está. Cinco años por una serie de robos en Mestre y en Marghera; estuvo en prisión desde los veinte hasta los veinticinco y luego tres años más, desde los veintinueve hasta los treinta y dos. Por vender drogas a menores en Padua.

El *commissario* oyó que pasaba la página.

—Con treinta y cuatro lo metieron otra vez en la cárcel. Por lo mismo: venta de drogas. Pero lo soltaron hace año y medio.

—¿Y desde entonces?

—No hay constancia de que esté empleado ni de que haya pagado impuestos.

La manera en que lo dijo, como les ocurría a la mayoría de las personas, sugería aprobación; pero, con la *signorina* Elettra, Brunetti nunca estaba seguro de cuál era su opinión.

Meditó sobre lo que ella debía de haber hecho para conseguir esa información y se maravilló: era capaz de entrar incluso en esas bases de datos.

—Y desde que salió, ¿hemos vuelto a detenerlo? —preguntó con calma.

—No hay nada. He llamado a los Vigili Urbani para averiguar si ellos habían tenido contacto con él, y algunos lo recordaban de hace años, pero ninguno cree haber tenido relación con él desde hace mucho tiempo. Ni lo han visto. —Al cabo de un momento añadió—: Uno me ha dicho que se ha casado, que la mujer es buena persona. No tienen hijos.

—¿Y ahora vende drogas a los alumnos del Albertini?

A Brunetti no se le había ocurrido poner en tela de juicio la información que le había pasado Manrico.

—No tengo ni idea, *dottore* —respondió ella—. Veré qué más averiguo. —Estaba a punto de colgar cuando dijo—: He comprobado el historial de llamadas y no hay ninguna entre él y Gasparini.

Brunetti llegó a la puerta de su apartamento y le dio las gracias por sus indagaciones.

—Estaré en la oficina sobre las tres.

Se despidió y colgó.

Guardó el móvil en un bolsillo, sacó las llaves de otro y entró en casa.

Escaneó el hogar con su radar humano y concluyó que allí no había nadie. Entonces se acordó: el director del departamento de Paola le había pedido que estuviera presente en una entrevista para un puesto de profesor, si bien ella, al explicarle por qué motivo no estaría en casa, había usado la palabra *suplicado*. Raffi estaba jugando un partido de baloncesto y Chiara había salido de excursión con la clase de historia del arte al laboratorio de restauración del museo de la Accademia. No cabía duda de que a Paola la invitarían a comer a algún lugar caro a cambio de su tiempo y de que sus hijos se divertirían mientras a él no le quedaba más remedio que buscar en la nevera las sobras del día anterior y comer con la única compañía del periódico, a menos que Paola se lo hubiera llevado para leerlo durante la entrevista.

—Vaya, vaya, ¡qué quejica estás! —se dijo en voz alta.

Fue a la cocina y abrió el frigorífico. Allí encontró un puchero y, en la balda inferior, un plato cubierto con papel de aluminio. Los sacó, los dejó en la encimera y levantó la tapa de la olla: crema de apionabo. El plato venía con una nota: «No hace falta que las calientes». Retiró el papel de aluminio y vio albóndigas de ternera envueltas en *speck*.

Encendió el horno, metió el plato dentro y puso la crema a fuego medio en el fogón. Sacó un cuenco y un vaso del armario y, mientras la crema se calentaba, fue al dormitorio y cogió el ejemplar de *Antígona*, que la noche anterior había dejado abierto y boca abajo.

En la cocina, sujetó las páginas con un cucharón de servir y un platillo que había en el escurridor. Buscó una cuchara para remover la crema y la lamió para comprobar lo caliente que estaba.

Partió pan, miró de nuevo en el frigorífico y acalló su desilusión por no haber encontrado una ensalada. Removió la crema otra vez, llenó el vaso con agua del grifo —no por respeto a las convicciones de Chiara, sino porque le daba pereza abrir una botella— y se sentó a la mesa.

Buscó la página por la que iba y la escena donde lo había dejado la noche anterior y le llamó la atención algo que había subrayado hacía décadas, cuando había leído la obra en el instituto. Tal como recordaba, era algo que había dicho Ismene; Ismene, siempre prudente, precavida, servil. Ahí estaba, con una línea que subrayaba las palabras, aunque difuminada por el transcurso de tantos años: «Al que manda haré caso». Brunetti apartó la mirada tratando de imaginar qué

habría comprendido él entonces, siendo un joven de dieciocho años, sobre el poder y su utilidad.

Olió a quemado, pero no hizo caso, pensando que su imaginación percibía el aroma de la pira funeraria en la que Etéocles, el hermano leal, había arduo con todos los honores mientras el hermano traidor yacía a merced de los carroñeros.

De nuevo notó el olor. Se volvió y vio humo saliendo de la olla.

—*Oddio*—musitó.

Se puso de pie de un salto y agarró el mango. Apartó el puchero del fuego y lo dejó en la encimera de mármol con la esperanza de no haberlo quemado sin remedio.

Sirvió la crema en el cuenco y ladeó la olla para ver el fondo. Como parecía estar a salvo, removi6 lo que quedaba, lo acabó de servir en el cuenco y se lo llevó a la mesa. Bebió un trago de agua, dejó el vaso a la derecha de la crema y continuó leyendo mientras esperaba a que se enfriase un poco.

Creonte parloteaba con ese tono del que tantos hombres poderosos eran partidarios. Les encantaba oírse a sí mismos y también a aquellos a quienes consideraban sus iguales. Ideas llanas, pensamientos sencillos, órdenes simples. «Que no te unas a aquellos que me desobedezcan», impone el rey, y el líder del coro se afana por darle la razón: «No hay nadie tan estúpido que desee morir».

Después de que un centinela informe del intento de enterramiento, Creonte da rienda suelta al arma definitiva del abusón: el sarcasmo. «¿Has visto que algún dios estime a los malvados?»

Brunetti sacó el recibo de Rosa Salva del bolsillo, lo metió entre las páginas y cerró el libro. Sabía que si continuaba leyendo no prestaría atención a la comida, así que apartó la lectura al otro lado de la mesa y se puso a comer. Se lamentó de que Paola no le hubiera dejado *Il Gazzettino*, pues sus relatos desmañados y detallados de muertes y penurias no lo perturbaban hasta el punto en que lo hacía el mundo de invención y fantasía de Sófocles.

Cuando regresó a la *questura* preguntó por Vianello, pero no sabían nada del inspector. Griffoni había llegado a la una, pero había salido a comer y aún estaba fuera. Mientras subía la escalera hacia su despacho, le dio vueltas a qué haría si quisiera vender drogas a adolescentes sin arriesgarse a que lo arrestasen.

Su lugar favorito para pensar era junto a la ventana, así que se acercó y estudió la fachada de la iglesia de San Lorenzo al tiempo que consideraba las distintas opciones. Fornari podía tener un alumno a cargo del negocio, pero eso no lo eximiría de responsabilidades legales; al contrario: si arrestaban al alumno, los cargos serían aún peores. Y además tendría que compartir los beneficios, cosa que no parecía una decisión inteligente. Lo importante sería limitar o, mejor dicho, eliminar el contacto directo con los clientes. Mientras él no les entregase las drogas en mano, no estaba cometiendo ningún delito serio. Por lo tanto, lo único que tendría que hacer sería buscar un lugar donde dejar las drogas y conseguir a alguien fiable que se ocupase de la transacción.

Sabiendo dónde ir a por ellas, los alumnos sólo tendrían que acudir al lugar, entregar el dinero y conseguirlas. Brunetti se preguntó, no del todo por capricho, si al cabo de diez años los camellos distribuirán las drogas mediante drones.

Se acordó de una amiga de su madre, cuya curiosidad por lo que hacían sus vecinos era insaciable, una chismosa de proporciones épicas. Siempre que su madre la veía pasar, le decía que la mujer iba de camino a *curiosar*, una de las palabras que ella se inventaba. ¿Qué habría conseguido hacer con el lenguaje de haber estudiado más allá de la escuela primaria? No le había confesado a nadie cuánto la añoraba todavía, ni siquiera a Paola.

No tenía claro qué situación o solución podía convertir la venta de drogas en un asunto invisible, así que no le quedaba más remedio que acercarse al Albertini a *curiosar*.

Oyó que alguien llamaba a la puerta.

—*Avanti*.

Vianello entró y cerró tras él. Traía una sonrisa que permaneció en su rostro mientras se acercaba al escritorio de Brunetti y cogía una de las sillas.

El *commissario* se sentó a la mesa, pero Vianello guardó silencio.

—Venga, Lorenzo —lo instó Brunetti al final—, ya puedes dejar de sonreír y contarme lo que ha pasado.

El inspector se arrellanó en la silla y estiró las piernas, las cruzó a la altura de los tobillos y se contempló los zapatos.

—¿Piensas quedarte ahí regodeándote o vas a hablar? —preguntó Brunetti fingiendo exasperación.

La sonrisa de Vianello se desvaneció.

—Esta mañana he llegado antes de que estuviesen listos para empezar el interrogatorio. Pastore, el hombre con el que yo estaba trabajando, me ha dicho que quería enseñarme algunas cosas que habían encontrado en el apartamento del ladrón cuando lo arrestaron.

Brunetti se movió en la silla y cruzó los brazos.

—Sí, ya voy. Ya voy —dijo Vianello con afabilidad.

Sacó un sobre del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—Échale un vistazo.

Señaló el sobre afectando una actitud melodramática.

Brunetti levantó la solapa y vio unas hojas de papel. Las sacó, las desplegó y colocó las tres en fila, delante de él. Eran fotocopias en color, supuso que de fotografías de tres cuadros: tres retratos de mujeres. En el primero, una sirvienta negra daba sombra a la retratada con una sombrilla roja; en el segundo, la mujer tenía un ojo más grande que el otro; el tercero mostraba una mujer desnuda y robusta secándose los pies con una toalla.

—Bordoni —dijo Brunetti, que los había reconocido al instante—. ¿El tipo que habéis interrogado tenía esto en casa?

—Sí.

Brunetti dio unos toquecitos sobre las hojas con el dorso de los dedos.

—¿Qué tenía: estas fotocopias de los cuadros, o los cuadros?

—Sólo las fotocopias —respondió Vianello.

—¿Y los cuadros?

Su compañero negó con la cabeza.

—Allí había un montón de cosas, pero no había retratos.

—¿Qué encontraron?

—Fotos de otras obras de arte. Además de una serie de relojes, joyería, objetos renacentistas de latón, una estatuilla romana de una diosa, una baldosa de cerámica de Iznik y unos doce mil dólares. En dólares.

—¿Hay denuncias?

—Han encontrado a los dueños de la baldosa y de cuatro de los relojes. Están buscando en el archivo para ver si lo demás está denunciado.

Brunetti pensó en lo que su amigo acababa de decirle.

—Así que es un profesional.

—Eso parece.

—Que tenga fotografías de estos cuadros quiere decir que o bien los fotografió e hizo fotocopias después de robarlos...

—Para enseñárselos a los clientes potenciales —terminó Vianello por él.

—O bien que alguien le dio las imágenes para indicarle qué retratos robar —aventuró Brunetti.

Vianello asintió con la cabeza, y ambos permanecieron en silencio considerando las posibilidades.

—¿Qué ha dicho su esposa?

—Nada. Que pensaba que vendía seguros contra incendios —respondió Vianello con seriedad.

—¿Seguros contra incendios? ¿Y cómo explicaba lo que tenían en casa?

—No lo hizo. Dijo que su marido siempre ha tenido buen gusto.

—¿Quién llamó para denunciar la violencia doméstica?

—Los vecinos de enfrente.

—¿Y qué explicación ha ofrecido él? —preguntó Brunetti.

—Que algunos de los objetos estaban en un maletín que encontró en un tren —afirmó Vianello con ademán serio.

—Pero ¿no informó a las autoridades?

—Según dice, no creía que lo obligase ninguna ley.

Brunetti lo dejó pasar.

—¿Tiene ficha policial?

—Siete arrestos por robo. En total, seis años en prisión.

—¿Alguien le ha preguntado por las fotocopias?

—Sí. Dice que no quería tirarlas porque si alguna vez encontraba al dueño del maletín, seguro que éste querría recuperarlo todo.

El *commissario* tardó un poco en responder.

—Vaya —dijo, porque no se le ocurría nada mejor—. ¿Piensas hablar con él de los cuadros? —preguntó al cabo de un momento, y le dio un toque con el dedo a la imagen de la mujer con un ojo más grande que el otro.

—Mañana. Pastore me ha dicho que me dejarán media hora con él, mientras ellos hacen la pausa del café.

—Qué pausa más larga —observó Brunetti.

—¿Verdad que sí? —convino Vianello—. Supongo que me costará un buen rato convencerlo de que lo más sensato es hacer un trato: él me dice de dónde ha

sacado las fotocopias y yo les digo a mis amigos que ha cooperado con nosotros.

Brunetti cogió las fotocopias una a una y las estudió. El marco del de la mujer de la sombrilla era negro y sencillo, sin decoraciones. La mujer que se secaba los pies estaba rodeada de un marco dorado con diminutas rosetas talladas. La imagen de la mujer de ojos raros mostraba que el lienzo carecía de marco. Miró de nuevo el de la mujer desnuda y se dio cuenta de que en el extremo derecho, a poca distancia de las rosetas doradas, había una barra vertical de color negro que se salía del encuadre y parecía extenderse hacia arriba y hacia abajo. La mujer de los ojos desaparejados tenía la misma barra al lado izquierdo del lienzo desnudo. Como en el otro caso, la franja negra se extendía por encima y por debajo del límite del retrato.

El *commissario* estuvo un rato contemplando las imágenes. Hasta que tomó la fotocopia del cuadro de la mujer de la sombrilla e hizo una doblez vertical en la hoja para que el marco negro estuviera al borde del papel. Cogió las otras dos e hizo lo mismo, de modo que el marco negro del cuadro central se convirtió en las barras verticales que aparecían tan cerca de los otros cuadros.

Entonces los colocó en fila y las obras se revelaron como una especie de tríptico de mujeres cuya imagen central tenía un marco negro que equidistaba de las otras dos y era más largo.

Brunetti miró a Vianello.

—¿Es así como estaban colgados en casa de Bordoni?

El inspector asintió y sonrió.

—Muy astuto, Guido. Yo he tardado mucho más, y tuve que llamar a Bocchese para echarle un vistazo a la foto que nos envió el *dottor* Bordoni para ver cómo estaban dispuestos.

—O sea, que la foto original la sacaron en su casa. Antes del robo, ¿no?

—Eso creemos.

Brunetti miró las fotocopias una vez más. En una casa tan llena de obras de arte como la de los Bordoni, un ladrón lo tendría mucho más fácil con un mapa con señales comprensibles.

—¿Esto es lo que quieres intercambiar con él? —preguntó a Vianello.

—Tal como te he dicho, Guido: él me dice quién sacó la foto y yo hablo con mis amigos.

—¿Y ellos estarán de acuerdo?

Vianello enderezó la espalda, sorprendido por la pregunta.

—Ya han accedido. Van a explicarle al juez que ha sido un testigo muy cooperativo.

Brunetti sonrió.

—Me sorprende que no les hayas pedido que le digan al juez que seguro que encontró el maletín en el tren.

—Lo pensé —admitió Vianello arrepentido—. Pero, con su historial, mis amigos no estaban dispuestos a llegar a tanto.

15

Brunetti consultó la hora.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó a Vianello.

—No.

—Bien. ¿Me acompañas al Albertini?

El inspector se levantó.

—Quiero ver qué pasa cuando los chavales salgan de clase —explicó Brunetti—. Chiara sale a las cinco, me imagino que ellos también.

—De acuerdo, voy a por el abrigo. Quedamos abajo —dijo Vianello, y fue hacia la puerta.

Unos minutos después salieron de la *questura* y se dirigieron automáticamente al instituto, en Barbaria delle Tole, cerca del hospital. Brunetti recordaba haber jugado allí —mal— al fútbol siendo estudiante, pero no con qué amigos jugaba.

Cruzaron el puente delante del Palazzo Cappello y continuaron recto hasta que giraron hacia el instituto.

—¿Qué buscamos? —preguntó Vianello—. No estoy seguro de qué aspecto tienen los camellos.

Brunetti se encogió de hombros.

—Yo tampoco. No se sabe nada de Fornari desde que salió de la cárcel hace año y medio, pero se supone que es el que vende en este instituto. —Se detuvo y miró a su amigo—. ¿Qué crees que significa eso?

Vianello paró delante de una tienda que había a mano derecha y contempló un jarrón bajo que estaba en el escaparate.

—Cuanto más viejo me hago, más me gustan los objetos japoneses —

comentó, cosa que sorprendió bastante a su compañero.

—¿Y eso?

Vianello se frotó el labio inferior, pensativo.

—Son tan poco complicados, tan sencillos...

—A lo mejor a los japoneses no se lo parece —replicó Brunetti.

—Pero para los policías venecianos creo que sí lo son. Mira ése —dijo señalando el jarrón—. Parece que reluzca, ¿verdad? Es como si el interior ardiese.

Brunetti no contestó, y Vianello se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, se volvió y continuó caminando.

—Podría significar que ha externalizado el trabajo, que lo hace otra persona —prosiguió como si no se hubiera detenido a mirar el escaparate—. Puede que se haya hartado de la cárcel.

—Debería —convino Brunetti—, después de tantos años.

La información que la *signorina* Elettra le había proporcionado sobre Fornari no incluía gran cosa sobre su vida fuera de la prisión.

Pasaron por delante de la entrada que había en la verja del instituto, que estaba abierta a la calle. En el gran patio no había alumnos y la única señal de vida era un border collie sentado pero alerta en el rincón de la izquierda, como si hubiera aparcado al rebaño y esperase a que pasara el tiempo del parquímetro.

En el *campo* había bancos. Llamarían menos la atención sentados allí leyendo un periódico, así que Brunetti se detuvo en el quiosco, pero descubrió que no quedaba ninguno. Compró *L'Espresso*, aunque ya lo tenía en casa, y un *Giornale dell'Arte* de hacía dos meses que le pasó a Vianello. Se sentaron en el banco que estaba de cara a la calle que conducía al instituto y se pusieron a leer. Pasaron varios minutos; ellos, las páginas. De vez en cuando miraban el edificio para ver si aparecía algún alumno. Diez minutos más tarde, Brunetti estaba enfrascado en un artículo sobre el exdirector del proyecto MOSE, que vivía en Centroamérica y alegaba estar demasiado débil para regresar a Italia para el juicio.

Con el transcurso de los años, Brunetti había leído informes sobre el gasto total del proyecto, que iba de los cinco a los siete mil millones de euros, pero ése apuntaba con bastante tranquilidad la posibilidad de que el «*progetto faraonico*» no funcionase jamás. Tal cual: un régimen de mareas milenario destruido,

amplias zonas de tierra y mar cubiertas de hormigón, un gasto aún sin determinar, y ahora anunciaban como si nada que quizá no llegase a funcionar bien nunca. Pasó la página.

Un sonido suave que recordaba al romper de las olas los hizo levantar la vista al mismo tiempo y ambos vieron y oyeron el éxodo: los elegidos de una costosa institución privada se dirigían al *campo* formando una ola amplia de Montcler y North Face. Gris, gris oscuro, negro, azul marino, casi todos con vaqueros tan deshilachados y desgastados que habrían escandalizado a las empleadas del hogar de sus familias, pues las familias de aquellos jóvenes seguramente tendrían empleadas del hogar.

La mayoría de los chicos eran altos y larguiruchos, y las chicas parecían tranquilas en su compañía. Algunos iban de dos en dos, en pareja o como amigos. Brunetti conocía la diferencia, pero no sabía por qué; tal vez se tratase de dónde posaba la mano el chico cuando la rodeaba a ella con el brazo. Un murmullo salpicado de risotadas los precedía.

La ola se acercaba, y en medio, a un centímetro de los talones de una chica alta y de pelo oscuro de aspecto desaliñado, iba el border collie. Con la lengua fuera y con adoración, el perro la miraba de vez en cuando antes de ajustar el rumbo en respuesta a alguna señal del rebaño.

Cuando llegaban al *campo*, algunos de los alumnos se separaban, entraban en el estanco y salían con paquetes pequeños de tabaco que ofrecían a sus compañeros de clase. Otros se dirigían al quiosco donde Brunetti había comprado la prensa y pagaban las revistas que el hombre asiático les entregaba. Brunetti se preguntó cuándo aquellos comercios habían dejado de vender sobre todo periódicos y revistas para pasar a vender discos compactos, adornos, llaveros y camisetas. ¿Cuándo habían dejado de estar regentados por italianos?

La ola pasó de largo y rompió en el *campo*. Algunos de los chicos entraron en los bares a por café o Coca-Cola; otros continuaron hacia el puente y desaparecieron al otro lado.

Mientras los observaba, Brunetti se fijó en si algún adulto se acercaba a ellos o si, de hecho, alguno de los adultos de la plaza les prestaba atención. No se lo pareció.

Un chico con una melena negra y brillante que le llegaba al cuello de la camisa empujó la puerta desde el interior de Rosa Salva y fue hacia el puente.

Sólo había dado unos pasos cuando una chica abrió la puerta de golpe y salió detrás de él gritando: «Gianpaolo, ¡espérame!». Él se volvió sin sonreír, y la joven echó a correr tras él. Brunetti apartó la mirada.

—Ya aprenderá —vaticinó Vianello. Y, al cabo de un momento, añadió—: O no.

Brunetti dejó la revista a su lado, cruzó los brazos y contempló el último edificio de la manzana, que empezaba en Rosa Salva. Desde las ventanas de la cuarta planta sería fácil ver las montañas, además de las fachadas del hospital y de la basílica, auténticos regalos visuales. Hacía décadas que envidiaba a los que vivían allí. Observó las ventanas y reflexionó sobre lo que habían hecho los chicos al entrar en el *campo*.

Se volvió hacia Vianello.

—¿Alguna vez has visto a algún adolescente leyendo prensa rosa?

—¿El qué?

—Esas revistas que tienen fotos de actores y de actrices y reportajes de seis páginas sobre la boda de George Clooney.

—Dios mío, ni me lo recuerdes —suplicó Vianello, que unos años antes había tenido que doblar turnos durante cuatro días seguidos para cubrir los festejos. Se estremeció de horror para sacudirse el recuerdo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque acabo de ver a cuatro chicos comprar ese tipo de revistas. Y han pagado veinte euros por cada una.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba observando. Cada uno ha entregado un billete de veinte euros, ha cogido la revista y se ha marchado sin esperar a que le diesen el cambio.

—Muy interesante —respondió Vianello.

Se le habían quedado los pies fríos de estar sentado, así que Brunetti dio unos pisotones.

—Lo único que habría que hacer es ponerse de acuerdo en nombres y cantidades. Una revista en particular representa un tipo de droga, y la cantidad de ejemplares, las dosis que quiere el comprador. Al final del día, el del quiosco sólo tiene que hacer el pedido por mensaje de texto y al día siguiente le envían las revistas que ha pedido. —Tras un momento de reflexión, añadió—: Es más

seguro que tener allí el producto. Como DHL —dijo al final—: envíos en veinticuatro horas.

—¿Cómo puede ser que, con sólo estar aquí sentado durante cinco minutos, descubras un sistema plausible mientras que los que viven o llevan años trabajando aquí no se hayan dado cuenta de nada? —preguntó Vianello.

Brunetti meditó la respuesta.

—Es posible que lo sepan, Lorenzo, pero no van a venir a contárnoslo. Somos leprosos. O casi: nadie quiere que lo vean hablando con nosotros, porque les causará problemas. Que no se te olvide que viven aquí.

—¿No crees que estás exagerando?

—Claro que sí, pero no deja de ser lo que ellos piensan. Al fin y al cabo, ¿para qué iban a molestarse? Saben que los que lo hacen estarían haciéndolo otra vez al cabo de unos días, de una semana o de un mes. Si vienen a denunciar un delito, les preguntamos el nombre, y entonces queda constancia de la denuncia y cualquiera podría enterarse de que han venido a hablar con nosotros. Sé que eso no es lo que ocurre —continuó antes de que Vianello pudiera objetar—, pero sí lo que la gente cree. Y si llaman, tendremos su número de teléfono y podremos averiguar quiénes son y hacerles preguntas.

Se volvió hacia su compañero y lo miró a los ojos.

—Si fueras una persona normal y corriente en lugar de policía, ¿lo denunciarías?

Vianello hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Qué tiene que ver Fornari con todo esto?

De pronto, Brunetti se dio cuenta del frío que le calaba los huesos y se levantó.

—Ojalá lo supiera.

Miró la hora y vio que eran casi las seis, una hora extraña: demasiado pronto para irse a casa pero demasiado tarde para molestarse en regresar a la *questura*.

—Aquí no tenemos nada más que hacer —dijo—. Más vale que nos vayamos a casa.

—¿Vas a reclamar horas extra por el rato que hemos estado sentados al frío?

Brunetti se rio y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

16

El buen humor que Brunetti mantuvo durante todo el camino hasta casa lo acompañó por la escalera. Raffi estaba en la cocina, dando cuenta de un bocadillo de *prosciutto* del mismo tamaño que el diccionario de griego que tenía en la otra mano.

—Esto es para seguir con vida hasta la cena —explicó con la boca llena al ver a su padre.

En silencio, Brunetti pasó por delante de él y sacó la botella de Ribolla Gialla que no se habían terminado la noche anterior.

—Esto también.

La posó en la encimera y buscó una copa.

—¿Quieres? —le preguntó con la malicia de la serpiente.

Con la boca ocupada por otro mordisco, a Raffi no le quedó más remedio que negar con la cabeza.

—Con esto no —contestó después de tragar—. Prefiero agua.

«¡Ajá! —exclamó el detective mental de Brunetti—. Si no le interesa el alcohol, puede que las drogas tampoco.» Abrió la nevera y, mientras su hijo seguía comiendo, sacó una botella de agua mineral y le sirvió un vaso.

Raffi se embutió el último pedazo de bocadillo en la boca.

—Gracias, *papà* —dijo masticando.

—¿Huyes de un comentario de texto? —preguntó Brunetti, y señaló el diccionario con la barbilla.

Raffi echó la cabeza atrás y entornó los ojos. Entonces estiró un dedo en el aire con ademán académico.

—ἀδύνατον τὸν μηδὲν πράττοντα πράττειν εὔ —enunció.

Dicho eso, se bebió el agua y dejó el vaso vacío en el fregadero, con el mismo clic decisivo con el que su madre convertía los gestos en declaraciones, y regresó a su dormitorio.

Brunetti se dijo que, años atrás, habría reconocido el texto. Escarbó en sus conocimientos de griego, pero no consiguió desenterrar el significado.

La cena transcurrió mientras intentaban decidir si aceptar una invitación de los padres de Paola para pasar la semana entre el día de Navidad y Nochevieja en la casa que tenían cerca de Dobbiaco.

Brunetti permaneció en silencio tratando de disfrutar el bacalao con espinacas, y se entretuvo adivinando las respuestas de cada uno. Paola dijo que odiaba Dobbiaco por el frío y que ya no le gustaba esquiar. A Raffi le encantaría ir, pero tenía que preguntárselo a Sara. Chiara, que jamás decepcionaba, se lamentó de que la familia poseyera tantas casas que durante la mayor parte del año estaban vacías, sin hacer caso del argumento materno de que tener personal todo el año garantizaba la seguridad y creaba empleo, tesis que Paola había perfeccionado años antes para sofocar los alegatos socialístas de Raffi sobre la propiedad privada.

—No se trata de eso —continuó Chiara con el tono de indignación con el que transitaba de una teoría a otra—. Tener esas casas abiertas y gastar los recursos que requiere el mantenimiento es un acto de vandalismo medioambiental.

—No seas tonta, Chiara —protestó su madre—. Ya sabes que tu abuelo ha cubierto el tejado de placas solares.

—Vende la energía sobrante a las eléctricas —intervino Raffi con satisfacción.

Brunetti recordó que, tiempo atrás, tenía un hijo que era enemigo declarado del capitalismo y anhelaba la destrucción del malvado sistema. ¿Cómo podía él, padre del chico y policía, no haberse dado cuenta de que los secuestradores del Banco Central Europeo habían sustituido a su hijo por un replicante?

—¿Significa eso que no quieres ir, cielo? —le preguntó Brunetti a Chiara.

Eso rebajó la temperatura del fervor.

—Yo no he dicho eso, *papà* —insistió ella—. Sí me gustaría. Para alejarme de la contaminación de la ciudad.

«Tiene justificaciones medioambientales para todo», pensó Brunetti, pero no dijo nada.

—¿Y tú, *papà*? —preguntó Raffi, tal vez pensando en lo amable que había sido su padre al servirle un vaso de agua.

—A mí también me gustaría ir.

—Pero si odias esquiar... —replicó Chiara al instante.

—Pero me encanta la montaña —respondió Brunetti sonriendo.

Después de eso, el tema de conversación quedó postergado, y Paola restauró la armonía. O, mejor dicho, la restauró la tarta de castañas y avellanas que acababa de hornear.

No fue hasta más tarde, cuando ya estaba en la cama con *Antígona* en las manos y su esposa a su lado, que Brunetti reconoció la cita de Raffi.

—Aristóteles —dijo en voz alta—. La felicidad es imposible para el hombre que no hace nada.

A la mañana siguiente, se mentalizó nada más llegar a la oficina y bajó al despacho de su superior para preguntar si el *vicequestore* tenía un momento para hablar. Patta emitió un fuerte suspiro y le dijo que, si tenía prisa, podía pasar en ese momento.

Se había entretenido en la antesala del *dottor* Patta sólo el tiempo suficiente para preguntarle a la *signorina* Elettra si podía echarle un vistazo a la vida privada de Fornari, y al entrar encontró al *dottore* enfrascado en un expediente que tenía abierto sobre la mesa. Cuando lo oyó, el *vicequestore*, a la manera de san Agustín en su estudio cuando la voz del espíritu de san Jerónimo lo distraía de su trabajo desde la ventana, miró primero a la luz que le venía de la izquierda y después a Brunetti, antes de mirar el suelo como si buscara un perrito blanco que hubiera estado tendido a sus pies. Hizo una pausa para aclararse la vista y regresar a las cosas mundanas.

—¿Qué pasa, Brunetti? —inquirió.

—Se trata del *signor* Gasparini, *vicequestore* —dijo Brunetti en voz baja.

—¿Gasparini? —preguntó Patta—. Tendrá que refrescarme la memoria.

—Por supuesto, *signore*.

—Siéntese —ordenó Patta con naturalidad.

Brunetti se acercó a la silla en la que acostumbraba a sentarse para hablar con el *vicequestore*.

—Es el hombre al que encontraron junto a un puente hace un par de noches.

—Un atraco, ¿verdad?

—Eso parecía, *signore*.

—¿Qué quiere decir, *commissario*? —exigió saber al instante, receloso.

—Es posible que la agresión estuviera planeada, *dottore*.

—¿Y quién la planeó?

—Su esposa vino a verme hace una semana; me dijo que estaba preocupada porque creía que su hijo se drogaba.

—¿Insinúa que lo hizo el hijo?

—No, *signore* —respondió Brunetti sin muestra alguna de la exasperación que sentía—. Es posible que el *signor* Gasparini haya averiguado la identidad del hombre que maneja el mercado de estupefacientes en el instituto de su hijo —explicó, reacio a mencionar que la información la había obtenido de uno de sus confidentes.

Hizo una pausa y esperó a que Patta continuara con algún comentario o pregunta.

—¿Y cree que eso provocó la agresión?

—Es una posibilidad, *dottore* —contestó Brunetti con moderación.

No mencionó los bajos índices de criminalidad de las calles de Venecia, pues no quería que el *vicequestore* lo interpretase como una crítica velada a Palermo, su ciudad natal.

Patta se recostó en la silla, juntó las manos y entrelazó los dedos sobre el vientre. Ni siquiera el peso de sus manos parecía suficiente para arrugar la camisa.

—¿Qué quiere que haga?

—Nada, señor. Sólo quería alertarlo sobre la posible conexión: me gustaría encontrar al hombre que se supone que vende drogas a los alumnos.

—Usted tiene hijos —recordó Patta—. ¿Está preocupado por ellos?

—No tanto como si estuviéramos en otra ciudad —respondió Brunetti. Y se apresuró a añadir—: En Milán, por ejemplo.

Patta asintió y se inclinó hacia delante.

—Comprendo. De acuerdo, mire a ver qué averigua.

—Gracias, señor.

Brunetti se levantó. Si conseguía ir de puntillas hasta la puerta y salir sin

decir ni una palabra más, quizá podría añadir ésa a la escueta lista de conversaciones pacíficas que había tenido con Patta.

Justo cuando llegaba al umbral, oyó la voz de su superior.

—Buena suerte, Brunetti —dijo éste, y lo sorprendió de tal manera que estuvo a punto de resbalarle la mano del pomo.

—Gracias, señor —respondió de nuevo el *commissario*, y se marchó.

Una vez fuera, se apoyó en la puerta y cerró los ojos. Respiró hondo dos veces sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué sucede, *signore*? —preguntó nerviosa la *signorina* Elettra.

Brunetti abrió los ojos y la vio sentada al escritorio, con una mano en el borde como si estuviera a punto de ponerse de pie y acudir en su ayuda.

—¿Está bien?

—Sí —contestó él en un susurro y con la mano en alto—. El *vicequestore* acaba de desearme buena suerte para que encuentre a un sospechoso.

Ella se sentó.

—Todo el tiempo que he pasado allí dentro ha sido amable y atento —añadió él de camino a la mesa.

—Debe de pasarle algo —aventuró ella.

—O quiere que yo haga algo —razonó Brunetti en voz alta.

—Usted nunca le revelaría nada importante, ¿verdad, *signore*?

Brunetti le mostró el dorso de la mano derecha y se señaló los dedos con el índice de la izquierda.

—No a menos que me metan astillas de bambú debajo de las uñas —contestó.

Ella se mostró aliviada.

—Me pregunto qué querrá...

La *signorina* Elettra cogió una hoja de papel del escritorio y se la tendió.

El *commissario* vio que había escrito el nombre de la esposa de Fornari, seguido de una fecha y dos cifras en euros.

—Desde que salió, Fornari recibe una paga por minusvalía, y a ella le pagan por cuidar de él.

—¿Qué minusvalía? —preguntó Brunetti con curiosidad por saber qué tipo de estafa estaban llevando a cabo.

—El expediente penal dice que lo soltaron por causas médicas.

—¿Qué significa eso?

—Según la documentación, tiene problemas de salud cuyo tratamiento es más fácil si el paciente está en casa con su familia y puede acudir a un hospital para recibir los cuidados.

—¿Y no menciona cuál es el problema?

—Podría ser una enfermedad grave —respondió ella, aunque sin convencimiento alguno—. No obstante, mi experiencia en la policía me dice que cabe la posibilidad de que haya ideado la manera de que los servicios sociales les paguen un sueldo a él y a su esposa mientras él subcontrata el negocio de las drogas al mejor postor.

—¿Puede entrar en... —empezó a decir Brunetti, pero enseguida rectificó—: ... puede comprobar su historial médico para ver si allí se especifica la enfermedad?

—Acababa de ponerme con eso, *signore*. Si sube a su despacho, yo lo llamo cuando encuentre algo.

La *signorina* Elettra lo telefoneó media hora más tarde.

—He encontrado el historial del hospital. Estaba equivocada: no pinta bien.

—¿Qué tiene?

—Cáncer de pulmón. El malo. Bueno —rectificó—, uno de los malos. Por eso lo soltaron.

—¿Pone en el historial en qué estado se encuentra?

—No. Aquí figura la quimioterapia que le dan y los ciclos que le han administrado, pero nada más.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

Hubo una pausa breve.

—Desde que salió de la cárcel. Le han hecho dos ciclos largos de quimio y después radioterapia. Ahora lleva tres meses haciendo quimioterapia otra vez. Una sesión cada tres semanas. —Tras una pausa, añadió—: Los médicos han decidido que está demasiado débil para acudir por sus propios medios, así que lo llevan los de Sanitrans.

—¿Cuándo fue la última sesión?

Oyó que pasaba las hojas y canturreaba. La *signorina* Elettra respondió al

cabo de unos instantes:

—La semana pasada le dieron quimio, y tiene otra dentro de dos semanas.

—¿Y ha ido a todas las citas?

Más ruido de papel.

—Sí.

—Menos mal —respondió Brunetti.

Una respuesta muy espontánea. Fornari era camello y había estado en la cárcel, pero también era un hombre enfermo de cáncer.

—¿Se le ha ocurrido la posibilidad de que...? —preguntó ella después de dudar unos segundos.

—¿Qué posibilidad?

—Si Fornari lleva mucho tiempo en el negocio, tendrá contactos con sus... compañeros. Podría gestionarlo todo desde el *telefonino*. Lo único que le haría falta sería un correo fiable.

—Es una idea interesante, *signorina*, y le doy las gracias por ella.

Le pidió que lo llamase si averiguaba alguna cosa más, y colgó.

Entonces abrió el cajón de abajo, apoyó los pies en él, se echó hacia atrás tanto como se lo permitía la silla y estudió el techo. Descubrió una mancha de color beis que no había visto nunca; tenía el tamaño de un disco compacto, pero con tentáculos que descendían desde la juntura de la pared con el techo, donde estaba la ventana. Encima de su despacho se ubicaba la mansarda donde, siglos antes, vivían los sirvientes. Las habitaciones que estaban a ese lado del edificio hacían las veces de almacén general para muebles y archivadores en desuso, y casi nadie subía. Era una buhardilla de techos bajos y suelos de madera cuyas pocas ventanas eran muy pequeñas. Él había estado allí arriba hacía años y se había percatado del estado de los marcos de las ventanas, pero entonces su despacho estaba al otro lado del edificio y no le había parecido un problema.

Fornari, en cambio, sí se lo parecía. No era probable que un hombre sujeto a la quimioterapia que se administraba para un tipo de cáncer tan agresivo como el suyo cruzara la ciudad para entregar drogas, ni tampoco que esperase en pleno otoño a la hora de salida del instituto para venderlas. Y mucho menos para abordar, agredir y lanzar a un hombre por la escalera de un puente.

Brunetti volvió a examinar la mancha de la pared. Se negaba a pensar en Fornari como un callejón sin salida, por muy lamentable que fuese su estado de

salud. La esposa. Compañeros. Un teléfono. Con lo fácil que sería para Fornari enviar a otra persona.

Repasó todo lo que había descubierto sobre Gasparini, otro hombre con una esposa agradable. A veces le parecía que Italia era un país de hombres casados con mujeres buenas. Por el amor de Dios, él mismo tenía una.

Se levantó y resolvió ir a *curiosar* al otro lado de Castello. Prefirió ir solo, para tener una charla tranquila con Fornari, de camello a camello.

Buscó la dirección en *Calli, Campielli e Canali*: cerca del muro del Arsenal que discurría junto al Rio delle Gorne. No se acordaba de la última vez que había pasado por aquel vecindario, aunque recordaba que en Campo delle Gorne había un árbol grande y también que un amigo suyo había intentado venderle la participación del cincuenta por ciento de una barca que tenía el atraque en ese mismo muro.

Había rechazado la oferta, consciente de que, con Raffi recién nacido, no podía añadir una embarcación a las preocupaciones de la vida. Las barcas eran para la frivolidad y la libertad de la juventud, o para las horas interminables y a veces vacías de la vejez. La mayoría de los hombres tenían más que suficiente con sus familias y con el trabajo. Una barca era una novia, no una esposa.

Estudió el mapa de *Calli, Campielli e Canali* con la esperanza de que refrescase la memoria de sus pies y éstos lo llevaran allí sin esfuerzo. Se equivocó sólo en dos ocasiones y, en realidad, una de ellas no contaba: al final de calle dei Furlani se dispuso a girar a la derecha pero se dio cuenta a tiempo y giró a la izquierda. Unos minutos después entró en Campo do Pozzi, continuó recto y entró en un callejón sin salida; allí tuvo que admitir la derrota, recular hasta el *campo*, girar a la izquierda y salir al Campo delle Gorne.

Al borde del canal había una mujer alta, rubia y atractiva mirando algo en el agua; a sus pies había un perro blanco y grande sentado de lado. Brunetti se acercó a ella. Sin tener ni idea de por qué, supo que era inglesa, y estaba tan seguro que se dirigió a ella en ese idioma:

—¿Pasa algo, *signora*?

—Es la pelota de tenis de *Martino* —respondió ella, y sonrió—. Me parece

que no hay nada que hacer.

Brunetti echó un vistazo al canal y vio la pelota amarilla flotando a la izquierda.

—Si tuviera treinta años menos, *signora*, me zambulliría para recuperarla — dijo sin pensar.

Si la mujer tenía perro, vivía en la ciudad: más motivo aún para emplear un poco de galantería italiana.

Ella soltó una carcajada que le hizo perder años. Se volvió para mirarlo de frente.

—Si yo tuviera treinta años menos, querría que lo hiciese. Vamos, Martino —le dijo al perro—. No podemos tenerlo todo en la vida.

Le regaló otra sonrisa a Brunetti y se dirigió hacia la iglesia de San Martino Vescovo.

Animado por el encuentro, el *commissario* continuó bordeando el río y giró a la izquierda en una calle estrecha donde no brillaba el sol. La puerta estaba a la derecha y era tan baja y ancha que parecía cuadrada. Buscó el timbre, pero no lo encontró y llamó con los nudillos. Esperó un momento, llamó de nuevo y, al ver que nadie abría, cerró el puño y dio cinco golpes fuertes.

Oyó una voz y pasos, y una mujer de su misma edad, alta y demasiado delgada, tiró de la puerta y salió a la calle.

—¿Ha venido a ver a Gianluca? —preguntó en un tono esperanzado.

Tenía una melena rojiza que se volvía blanca a tres centímetros de la raíz del pelo. Alrededor de la nariz y de los labios se repetían los mismos tonos en la piel irritada y escamada. Tenía los ojos del color del lapislázuli, tan azules que Brunetti pensó que debía de llevar lentes de contacto; sin embargo, no era la clase de mujer que se preocupase por cosas así.

—Eso es —respondió él sin sonreír.

Ella, que tampoco parecía esperar sonrisas, entró y le sostuvo la puerta.

—Pase. Está arriba.

El *commissario* entró con cuidado de no decir nada y se encontró en un pasillo húmedo donde había una escalera de madera a mano derecha. Aquella podía ser una de las viviendas que se habían construido para los trabajadores del Arsenal a principios del siglo anterior; muchas se habían convertido en pequeños hostales con encanto, pero no ésta. Subió los escalones y oyó los pasos de la

mujer a su espalda.

—A la derecha —le indicó ella al llegar al rellano.

Brunetti se volvió y vio una puerta, esta vez rectangular y entreabierta; del interior emergía luz y calor.

—Pase —lo instó ella, que al avanzar lo obligó a entrar.

Empujó la puerta sin pedir permiso y pasó a una habitación de techo bajo con vigas de madera, aunque no eran las vigas que estaba acostumbrado a ver. Estaban recomidas de termitas y cubiertas de una costra de humo procedente del mismo tipo de estufas de carbón que recordaba haber visto en casa de sus abuelos. Había dos ventanas muy juntas, pero lo que quiera que estuviese al otro lado de los cristales quedaba oculto por la capa de condensación que los cubría y por las gotas que se deslizaban por la superficie.

La condensación hizo que Brunetti notase aún más el calor que parecía emanar de las paredes y de los dos radiadores eléctricos colocados frente al sofá, donde un hombre pálido de melena larga y lacia yacía medio tumbado. Eran casi las doce, pero por las ventanas no entraba luz; Brunetti no sabía si se debía a la estrechez de la calle o a la altura de los edificios vecinos. Sólo sabía que estaba en una trampa o en una cueva o en una celda.

El hombre lo miró.

—¿Quién eres?

—Me llamo Guido.

—¿Te envían ellos?

—Sí —afirmó, imprimiendo tanta impaciencia como pudo al monosílabo.

—¿Qué quieren?

El hombre hablaba con voz de fumador: flemática y desagradable. Brunetti sonrió, se acercó una silla y se sentó sin esperar a que lo invitase.

—¿Qué cree usted que quieren, *signor* Fornari?

Se volvió para mirar por encima del hombro y vio que la mujer seguía junto a la puerta.

—¿Ella tiene que quedarse ahí? —preguntó con brusquedad.

—No —respondió Fornari—. Vete.

La mujer obedeció y Brunetti se sorprendió de que cerrase la puerta sin hacer ruido. Cuando miró al hombre, éste dormitaba. Tenía el rostro enrojecido, tal vez por el calor o por los medicamentos que le administraban. O quizá por la propia

enfermedad.

Era posible que en otra época Fornari hubiera sido atractivo. Tenía la nariz fina y una elegancia inusual en la curvatura de las cejas. Los labios, carnosos y bien definidos, contradecían a las mejillas cadavéricas.

Abrió los ojos: grises y algo neblinosos.

—¿Esperarán?

—Debería saber que no vale la pena preguntarlo, *signor* Fornari —contestó Brunetti con exagerada cordialidad.

—Siempre he pagado a tiempo. He sido buen cliente —insistió.

Su voz sonaba tan mojada, tanto como si tuviera algo empapado atravesado en la garganta, que al *commissario* le dio dentera.

—Eso era antes —respondió Brunetti impasible—. Ahora es ahora.

Cuando se había quedado traspuesto unos instantes, a Fornari se le había caído la cabeza hacia la derecha; ahora le costaba erguirla para incorporarse. Brunetti lo vio aferrarse al asiento del sofá con manos que no eran más que garras pequeñas y quitarse el cojín de la espalda. Se acordó de su voz y resistió el impulso de acercarse a ayudarlo.

—Mi mujer os llevó el dinero anoche. Lo tenéis, ¿verdad?

Brunetti se limitó a asentir con la cabeza.

—Entonces ¿por qué le dijeron a ella que tienen otro proveedor?

—¿Se refiere al Albertini?

Fornari le lanzó una mirada de sorpresa. Estaba débil, pero no era tonto. Asintió, pero con recelo.

Brunetti respondió con expresión sagaz:

—Tenemos a una persona que puede ocuparse de ambos. Del Albertini y del Marco Polo. Además, mírese. ¿Hasta cuándo cree que puede seguir con esto? No pensará que nadie se ha dado cuenta de que lo ayuda su mujer... ¿Cree que está a la altura? ¿O acaso cree —continuó elevando la voz y con más rabia— que nos arriesgaríamos a trabajar con ella? Más nos valdría contratar a un payaso de circo.

Se obligó a soltar una carcajada breve de desprecio, como si Fornari acabase de contarle un chiste sin gracia.

—¿Por eso hoy no me habéis enviado nada? —preguntó Fornari sin rastro de sospecha.

—¿A usted qué le parece?

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Fornari asustado.

Lo interrumpió un acceso fuerte de tos que lo impelió al borde del sofá, seguido de otro, y otro más. Con los ataques empezó a hacer ruidos como si se ahogase, y Brunetti quiso salir huyendo de allí.

De pronto se abrió la puerta y apareció la mujer con una toalla blanca en las manos. Se inclinó sobre el enfermo y lo recostó de lado en el sofá. Le colocó la toalla entre la cara y el cojín y, por último, le levantó los pies y lo tumbó.

El ataque de tos continuó; horrible y acuoso, evocaba la cercanía de la muerte. Nada ni nadie podía sobrevivir a la potencia de esa tos, los pulmones no podían permanecer en su lugar con semejante fuerza salvaje llenando la habitación. El *commissario* se levantó y salió al pasillo. Cerró la puerta y esperó durante un buen rato escuchando lo que parecían los últimos estertores de una vida.

Al final, con respiraciones ahogadas y pausas y largos momentos de silencio, la tos amainó. Brunetti aflojó los puños y sacó las manos de los bolsillos. Esperó unos minutos más y la mujer salió de la habitación. Lo miró sin disimular el desprecio por su debilidad.

—Se ha dormido. Puede irse.

Bajó la escalera con ella a la zaga, como si la mujer quisiera asegurarse de que lo perdía de vista. Cuando llegaron abajo, Brunetti la esperó. Ella pasó de largo sin mirarlo y abrió la puerta.

—¿Qué le dijeron anoche cuando les llevó el dinero?

—Que no me necesitaban. Tienen a otro para hacer las entregas. Me han despedido.

La mujer arrugó el gesto como si fuera a llorar, pero entonces emitió un suspiro largo de alivio, o casi.

—Como le decía, me han echado —insistió con un tono teñido de rabia o de impaciencia—. ¿No se lo han dicho? —preguntó con la misma sospecha que su marido.

Brunetti se encogió de hombros como si fuera algo que ocurre en las grandes empresas: falta de comunicación entre divisiones, lentitud a la hora de actualizar las políticas de recursos humanos, retrasos en los avisos de cese de contrato.

Sin despedirse, dio media vuelta y salió del edificio. Ella no se molestó en

dar un portazo.

18

De camino hacia la *questura*, Brunetti repasó la conversación que había mantenido con Patta. Por suerte, lo único que le había dicho al *vicequestore* era que existía una conexión posible entre Gasparini y el camello. La sombra tosedora con la que acababa de hablar no era la persona que había asaltado a Gasparini en el puente, y su esposa tampoco parecía capaz de semejante acto. Fornari no tenía fuerzas ni para hacer una llamada por teléfono; nunca podría haber organizado el ataque a Gasparini.

La situación era la siguiente: el vínculo obvio entre la víctima y el sospechoso se había deshecho en un acceso de tos. Debía regresar a la casilla de salida y empezar de nuevo prestando atención a las cosas que podía haber pasado por alto cuando no estaba teniendo en cuenta el posible consumo de drogas por parte del hijo.

Sacó el móvil y llamó a Griffoni.

—Sì —contestó ella.

—Estaré allí dentro de diez minutos.

Griffoni estaba sentada a su mesa, que había colocado contra la pared. A pesar de que eso la obligaba a contemplar las grietas y los desconchones de la pintura desde una distancia de menos de medio metro, permitía a sus visitas el lujo de no sentarse en el quicio de la puerta. Escurriéndose por detrás de su silla, los que entrasen podían sentarse en el otro asiento, que era poco más que un taburete, y hablar con la puerta cerrada. No obstante, salir de allí requería una negociación entre los dos ocupantes para ver quién se movía primero.

Brunetti se detuvo junto a la puerta y volvió la cabeza hacia un lado y hacia el otro para observar el cuarto.

—Con el escritorio a este lado, el despacho tiene cierta grandiosidad —dijo, y pasó hacia la silla de las visitas.

Ella cerró la puerta con una sonrisa y se volvió hacia él.

—¿Qué pasa? —Al ver que él vacilaba, añadió—: Cuando me has llamado, parecías estresado.

Brunetti había resuelto contárselo sin preliminares.

—He ido a ver a Fornari. Se muere de cáncer en una casucha de Castello. Es tan improbable que haya agredido a cualquiera como que vaya a las sesiones de quimioterapia volando con alas de ángel.

—¿Y eso dónde nos deja a nosotros?

—Con pruebas de que alguien agredió a Gasparini, pero sin sospechosos.

—¿Has descartado que fuese una agresión aleatoria?

—Sí, del todo —afirmó, y resistió el impulso de decir: «Al fin y al cabo, esto es Venecia».

La *commissario* se acercó al borde de la silla como si se preparase para levantarse, pero desistió y lo miró. Brunetti se fijó en que llevaba una camiseta negra y una chaqueta de lana del mismo color. El collar de perlas parecía real y sabía que la melena rubia lo era.

—Eso está bien —dijo ella—. Que no pienses que fue aleatorio.

—¿Por qué?

—Porque entonces tiene que haber un motivo. Y, si lo hay, habrá pistas que nos conduzcan al culpable.

Brunetti opinaba igual.

—Una cosa es saber y otra confirmar.

Ella se recostó en la silla y cogió un cuaderno y un bolígrafo.

—Dime todo lo que has averiguado.

Eso llevó un tiempo. Lo que le había dicho la *professoressa* Crosera, esta vez explicado con más detalles; que se negaba a que hablara con su hijo, así como su encuentro casual con él y su comportamiento agresivo. Acabó con la visita a Fornari y a su mujer en aquella casa tan inmundada, aunque, pensándolo bien, estaba limpia y ordenada. No había nada fuera de lugar ni cosas acumuladas, y Fornari llevaba un pijama recién planchado. Brunetti admitió, si bien sólo para

sí, que era la tos lo que lo había ensuciado todo.

Cuando acabó, Griffoni cerró el cuaderno y lo dejó a un lado de la mesa.

—Ahí —dijo señalándolo— no hay ninguna pista que lleve a ninguna parte.

Hizo una pausa, reflexionó, y se corrigió:

—Sólo a la *professoressa* Crosera. Creo que merece la pena hablar con ella otra vez.

Brunetti estaba completamente de acuerdo. Sabía lo bien que se le daba a Griffoni hacer de poli bueno, sobre todo con las mujeres.

—De acuerdo. Voy a ver si nos recibe. Quizá podríamos...

Griffoni lo interrumpió:

—Si está en el hospital, no deberíamos verla allí. Podría ser demasiado para ella.

Brunetti sacó el *telefonino* y se lo mostró. Cuando Griffoni asintió, buscó el número y marcó.

Sonó nueve veces, diez; tras el undécimo tono, la *professoressa* contestó diciendo su nombre.

—*Signora*, soy el *commissario* Brunetti. ¿Cómo está su marido?

—Tal como lo vio la última vez. Sigue ahí, no hay cambios.

—Vaya. —Brunetti suspiró—. Lo siento mucho, *signora*, pero no me queda más remedio que volver a molestarla.

—¿Han encontrado a su agresor? —preguntó ella con un tono mucho más neutro del que él esperaba, aunque entonces se le ocurrió que quizá no era tan importante confirmar según qué cosas.

—No, no lo tenemos. Por eso quiero hablar con usted de nuevo.

—¿Aquí? —preguntó ella alarmada.

—No, en su casa. Si no le importa.

—No servirá de nada.

El *commissario* se dio cuenta de que identificar al culpable no traería nada bueno, ni entonces ni nunca. Sería malo para quien hubiera cometido el delito y para su familia; también podía serlo para la familia de la víctima, pues no les quedaría más que la tentación de la venganza, y Brunetti había sido testigo de la rapidez con que la venganza corrompía a cualquiera que se acercaba a ella.

—Mi trabajo no es valorarlo así, *signora* —admitió—, sino encontrar a la persona culpable y arrestarla.

—Eso no cambiará la situación.

Hablaba en voz baja y a Brunetti le costaba oírla. Le pareció identificar un ruido metálico de fondo, pero no estaba seguro.

—¿Cuándo le gustaría venir? —preguntó ella de repente.

—¿Después de comer, por ejemplo? ¿Le parece bien a las tres?

—Sí —respondió, y colgó.

—Ha accedido —le dijo Brunetti a Griffoni.

—Bien. Creo que allí las cosas irán mejor.

—¿Porque estará más relajada?

—Sí —afirmó Griffoni. Y se levantó—. Y porque así podremos echar un vistazo.

Comieron juntos. Brunetti había llamado a Paola para decirle que tenía que ir a hablar con alguien y ella había aceptado la noticia sin problemas y replicado que sus hijos se contentarían con cualquier cosa que ella les diese mientras fuera en cantidad abundante.

—¿Tienes mucho trabajo? —preguntó él con curiosidad por si tenía que preparar algún artículo o corregir exámenes.

—Tengo que leer —contestó ella sin ofrecer más detalles.

Durante el almuerzo, Griffoni y él comentaron un caso que salía en todas las portadas de la prensa sobre un médico egipcio al que habían acusado de matar a su hija de dieciséis años tras encontrar los mensajes supuestamente insinuantes que le había enviado por Facebook un compañero italiano del instituto. Uno de los mensajes que había llevado al hombre a cometer el asesinato era: «La respuesta que has dado hoy en la clase de historia era muy buena». En otra ocasión, el chico le había escrito: «¿Te da tiempo a tomar un café después de clase?». Como el padre no era muy ducho con el orden de los mensajes de Facebook, no se había dado cuenta de que la joven no había respondido al primero y había contestado que no al segundo.

El padre la había apuñalado mientras dormía y le había dicho a la policía que no podría haberlo hecho si ella hubiese estado despierta y viéndolo, porque la quería demasiado.

Griffoni y él hablaron del incidente con la desesperación que resulta de

reconocer que los humanos son seres estúpidos y llenos de prejuicios.

—Tenía dieciséis años y la mató porque un chico le preguntó si quería tomar café, por el amor de Dios —se lamentó Griffoni—. Si pienso en lo que hacía yo a esa edad... —empezó a decir, y se tapó los ojos con la mano derecha.

—Pero tú no eres egipcia —repuso Brunetti.

—Ella tampoco —espetó Griffoni—. Llegó aquí cuando tenía tres años. ¿Debería haberse comportado como si la hubieran criado en una tienda del desierto?

—El padre dice que quiere morir, que lo matemos.

—Guido, no me fastidies —contestó Griffoni sin disimular la sorpresa ni la rabia.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, sorprendido por su vehemencia.

Apareció el camarero con los platos de pasta y ambos callaron, pero, tan pronto como se alejó, Brunetti insistió:

—Dime a qué te referías.

Griffoni añadió queso a la pasta, arponeó los guisantes uno a uno y, después, ensartó un trozo de pimiento amarillo antes de enrollar una buena cantidad de *tagliolini*. Lo miró con un pequeño nido de pasta en el extremo del tenedor.

—Me refería a que es una tontería: no quiere morir. Sólo quiere hacernos la pelota a los occidentales y convencernos de que tiene el corazón roto por haber asesinado a su propia hija. —Posó el tenedor y se tapó la cara con las manos, aunque continuó hablando—: No le basta con haberla matado; quiere que nos compadezcamos de él porque es una víctima atrapada entre dos culturas.

Se apartó las manos de la cara y cogió el tenedor.

—Me dan ganas de gritar, de tan falso y orquestado que es todo.

—¿De verdad piensas eso? ¿No le crees?

—No —dijo, y dio un golpe en el plato al dejar el tenedor—. No le creo. Y tampoco creo a todos esos ancianos que dicen que tuvieron que matar a sus pobres esposas porque estaban sufriendo y ellos no podían soportar ver a la mujer que amaban convertirse en alguien distinto por culpa del alzhéimer. —Apretó el puño sobre la mesa—. Dime de una mujer que haya puesto la misma excusa para matar a su marido.

Brunetti se percató de que los de la mesa de al lado los miraban con

nerviosismo, tal vez temiéndose que fueran un matrimonio discutiendo.

—¿Y la madre de la niña? A ella sí la crees, ¿no?

—¿Porque es mujer, quieres decir? —preguntó Griffoni con cierto sarcasmo—. Pues no —contestó al instante—. La verdad es que a ella tampoco la creo. A lo mejor hasta le dio el cuchillo.

Fue tal la sorpresa que Brunetti no pudo evitar dejar su tenedor y observar a su compañera. ¿De dónde había salido todo eso? ¿Dónde lo tenía escondido?

—¿No crees que eres demasiado dura? —le preguntó con tono tranquilo y relajado.

—¿Es que no lees los periódicos? Según ella, fue a despertarla para ir al instituto y, al ver la sangre, salió corriendo de la casa dando gritos. Había dormido con su marido y por la mañana encontró a su hija asesinada en su cama.

Brunetti asintió. Así era como lo habían contado y seguían contándolo los periódicos.

—¿Crees que él regresó al dormitorio y se metió en la cama sin hacer ruido, Guido? Acababa de asestarle siete puñaladas a su única hija. ¿Crees que puede entrar en el cuarto y echarse a dormir sin que su esposa se despierte?

Brunetti miró la pasta; ya no le apetecía.

—Le encontraron sangre por todo el pijama, Guido. O, mejor dicho, nosotros le encontramos sangre por todo el pijama. Y por toda la cama. Por no hablar de las huellas de su esposa en el mango del cuchillo.

—Según ella, estaba en el suelo y lo recogió sin pensar.

—Y le lavó la sangre y lo guardó en el cajón de la cocina, ¿no? ¿Cómo llegó al cajón, Guido? ¿Quién le quitó la sangre?

El camarero se acercó a la mesa, pero Griffoni lo alejó con un gesto de la mano. Luego abrió la boca, la cerró y respiró muy hondo cinco o seis veces. Estiró el brazo y le posó la mano en el brazo.

—Discúlpame, Guido. Me pone fatal oír cosas así.

—¿Qué cosas?

—A hombres justificando la violencia contra las mujeres pensando que la gente creerá que no les quedaba más remedio. Estoy asqueada de oír cosas así y de que la gente se lo trague. La mató porque estaba perdiendo el control sobre ella; así de fácil. Lo demás es una cortina de humo que apela a nuestro deseo de sentirnos bien con nosotros mismos por ser tan tolerantes con otras culturas.

Pero es todo falso, falso y falso.

Calló y lo miró un buen rato, sopesando algo que Brunetti no supo identificar.

—Y, si me lo permites, los únicos lo suficientemente estúpidos para creérselo son los hombres, porque tienen el mismo deseo de controlar a las mujeres. La verdad, creo que en secreto empatizan con la idea.

Le hizo una señal al camarero y, cuando éste se acercó, le pidió que se llevase los platos y les sirviera dos cafés. Mientras el hombre recogía la mesa, guardaron un silencio total.

19

Ambos prefirieron caminar. Sin tomarse la molestia de charlar por el camino, llegaron a casa de Gasparini cuando acababan de dar las tres. Brunetti llamó al timbre y enseguida estuvieron sentados en el salón donde él había hablado con su esposa hacía ¿tan sólo un día? La *professoressa* Crosera había palidecido de forma extraña. Tenía el pelo del mismo castaño intenso, y eso no hacía sino acentuar el cambio. Su piel había perdido color y parecía de pergamino. Las curvas de los pómulos se habían convertido en ángulos. Todo producto de dos días, pensó Brunetti.

—*Professoressa* Crosera —empezó tras rehusar el café que ella le había ofrecido por mera cortesía—, queremos hablar con usted de su marido.

La mujer miró a Brunetti, después a Griffoni y de nuevo a Brunetti como si quisiera que tradujera sus palabras a un idioma comprensible.

—¿Qué quiere decir? —preguntó al final. Hasta su voz sonaba gris, con la inercia llana de la falta de sueño y el miedo constante.

—He dado con el hombre que vendía drogas en el instituto —anunció Brunetti.

—¿Fue él? —dijo ella de repente.

Él negó con la cabeza.

—Le habría sido imposible: está muy enfermo.

—¿Está ingresado en el hospital? —quiso saber la *professoressa*.

El *commissario* se preguntó si pretendía buscarlo y hacerle daño.

—Ahora no, pero está en tratamiento de quimioterapia —explicó, y quiso ponerla a prueba—. No tiene pinta de que vaya a servirle de nada.

—Me alegro —respondió ella con inquina.

Brunetti no supo qué contestar y continuó como si ella no hubiera hablado:

—No habría sido capaz de agredir a su marido. De eso estoy seguro.

—¿Y qué?

—Tiene que haber sido otra persona.

La *professoressa* Crosera se dirigió a Griffoni:

—¿Le sorprende lo que acabo de decir?

Brunetti se dio cuenta de que quería saber cuál era la reacción de otra mujer.

—En absoluto —respondió Griffoni.

—¿Ni siquiera que le desee la muerte?

—Si le vendía drogas a su hijo, la reacción me parece del todo natural —
repuso Griffoni con tranquilidad délfica.

—¿Y usted pensaría lo mismo?

La *commissario* entrelazó las manos sobre el regazo y se las contempló.

—No tengo hijos, así que no puedo sentir lo mismo que usted. —Al cabo de un momento, continuó, aún con la cabeza gacha—: No obstante, creo que también querría eso.

Alzó la cabeza y miró a la mujer con expresión neutra.

La *professoressa* Crosera asintió sin decir nada.

Brunetti vio que su única opción era fingir que la conversación había avanzado en sentido lineal desde que él había dicho que quería hablar sobre su marido. Era consciente de que antes sospechaba que Fornari era el agresor, y ahora tenía las manos vacías.

—Nos gustaría que nos contase cualquier cosa inusual que su marido haya dicho o hecho durante las últimas semanas, si le ha hablado de algo que le pareciera extraño.

—Aunque sea un comentario sobre el periódico —puso Griffoni como ejemplo—, o cualquier tema que lo hiciera enfadar o lo alterase.

La *professoressa* Crosera cerró los ojos y levantó la mano derecha para frotarse la frente. Presionó sobre la piel como si quisiera alisársela hasta el nacimiento del pelo.

—Tullio es una persona muy tranquila; raramente se enfada. Es paciente y no les grita a los niños. Trabaja mucho.

—¿De qué cosas hablan? —se arriesgó Griffoni a preguntar.

La *professoressa* tuvo que pensar la respuesta, como si el que yacía en el

hospital fuese un obstáculo para su recuerdo del otro, el hombre con el que se había casado.

—De nuestros trabajos: del suyo y del mío. De nuestros hijos. De películas que hemos visto. De la familia. De adónde queremos ir de vacaciones. —Cada una de las respuestas era más lenta que la anterior, hasta que al final calló. Alzó la mano derecha con impotencia—. Hablamos de las cosas de las que habla la gente.

Brunetti lo intentó de nuevo:

—¿Le había mencionado algún problema en el trabajo?

De pronto, ella lo miró casi con miedo. Brunetti interpretó que no se le había ocurrido que su marido pudiese correr algún tipo de peligro. Sin embargo, se fijó en su expresión y se dio cuenta de que todo sonaba bastante improbable. Gasparini trabajaba en Verona, por el amor de Dios. ¿Qué probabilidades había de que un compañero celoso o un cliente airado fuera hasta Venecia y recorriese las calles de la ciudad hasta que en un golpe de suerte se cruzase con su víctima desprevenida en un puente?

—¿Y a alguien de la ciudad con quien haya tenido algún tipo de problema?

—preguntó Griffoni.

La *professoressa* Crosera, que había agachado la cabeza después de que Brunetti inquiriese sobre el trabajo de su marido, miró a la *commissario*.

—No, nada. Al menos, que yo sepa.

Brunetti aprovechó.

—Ayer le pregunté si podía echar un vistazo a sus pertenencias —le recordó. Y esperó a que ella confirmase que se lo había pedido—. ¿Nos permitiría hacerlo hoy?

Ella se mostró tensa y reacia, pero, antes de que pudiera contestar, Brunetti se acordó del tono con el que había dicho «Me alegro» y añadió:

—Quizá nos ayude a encontrar a la persona que lo agredió.

—¿Eso cree? —preguntó ella.

—No sé qué puede ser de ayuda y qué no, *signora* —respondió, sorprendido por su propia sinceridad—. Por eso me gustaría que la *commissario* Griffoni también echase un vistazo. Es posible que a ella le llamen la atención cosas que a mí no.

La *professoressa* Crosera se tocó la frente e hizo el mismo gesto de presión

hacia arriba.

—De acuerdo, adelante. Es la segunda puerta a la izquierda.

En el dormitorio estaba todo en orden: la cama hecha y la ropa recogida. Brunetti se acercó a lo que sólo podía ser la puerta del baño y asomó la cabeza. Allí dentro reinaba el mismo orden, excepto en la balda de encima del lavamanos, donde había cosméticos y cremas.

El armario era moderno, un mueble enorme de color blanco ubicado en la pared del fondo. Brunetti abrió las puertas y una emitió un fuerte chirrido. Dieron un paso atrás para verlo mejor. A mano derecha había una hilera de zapatos de caballero; justo encima, las cinturas de los pantalones asomaban por debajo de las chaquetas a juego. A continuación, más chaquetas y al menos veinte camisas, todas blancas.

En el lado de la izquierda había vestidos, faldas, pantalones de pinzas, camisas y dos vestidos largos de fiesta mezclados sin orden ni concierto. Debajo había al menos doce pares de zapatos, algunos de ellos emparejados, pero otros no. Griffoni se apartó del mueble y cruzó los brazos como si quisiera hacerse una composición de las personas que compartían aquel espacio a partir del estado en que cada uno tenía su zona. A ambos lados de la ropa colgada había tres baldas y tres cajones.

En la superior, sombreros de invierno de caballero y guantes; debajo, jerséis gruesos, y más abajo, jerséis más finos y sudaderas. El lado femenino repetía el contenido en las mismas estanterías, aunque colocado con mucho menos orden.

—Es un hombre cuidadoso, ¿no crees? —preguntó Griffoni, y con la barbilla señaló los montones de ropa doblada.

—Eso parece —respondió Brunetti pensando en lo aburrido que debía de ser el trabajo de contable—. ¿Y su esposa?

En lugar de contestar, Griffoni se acercó al lado izquierdo y acarició la tela de un vestido de fiesta y dos de los normales.

—Sabe lo que le queda bien.

—No te entiendo.

Griffoni juntó las palmas y las deslizó entre dos vestidos para separarlos.

—Míralos. Son perfectos para ella: el corte, la tela, la caída desde el hombro. Retiró las manos y las prendas volvieron a acariciarse.

—Sabe qué es lo que le sienta mejor.

—¿Y eso? —preguntó Brunetti, y señaló los zapatos que estaban tirados de cualquier manera.

—Todos llevan una horma de madera dentro, Guido. ¿Te habías fijado?

No se había fijado, no. Estaba demasiado ocupado certificando que algunos no estaban emparejados como debían.

—Hay al menos cinco pares hechos a mano —añadió ella.

—¿Y él?

Griffoni pensó que lo próximo sería pedirle que interpretase su letra.

—Ordenado y metódico, tal vez hasta el punto de resultar un incordio. Muy convencional y de ideas fijas.

—¿Todo eso lo sacas de cómo coloca los trajes? —preguntó Brunetti.

Griffoni sonrió.

—Tiene tres trajes grises, Guido —respondió ella, y señaló su lado del armario.

Empezó con el primer cajón de la derecha y siguió con el segundo; los abrió, miró dentro, metió una mano para apartar y mover las cosas y los cerró. Ropa interior, calcetines y pañuelos. Abrió el tercero; en lugar de meter la mano, se cogió ambas detrás de la espalda.

—Mira qué hay aquí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brunetti con algo más que indicios de impaciencia.

—Pues que, entre todo ese orden, he aquí el rincón secreto de este hombre.

—Venga ya, Claudia —protestó Brunetti—. No digas tonterías.

—Compruébalo tú mismo —dijo, abrió el cajón y se apartó.

Brunetti se inclinó y después se arrodilló para ver mejor. En el interior había todo tipo de cosas que parecía haber echado dentro sin ton ni son. Billetes arrugados con letras árabes y el retrato de hombres con pañuelos en la cabeza. Había un sobre con tarjetas de embarque de vuelos a y desde Dubái con fecha de cuatro meses antes. Dos llaveros con llaves que, una vez inspeccionadas, parecían de cerraduras distintas. Un hipopótamo pequeño de malaquita, un recibo de treinta euros de cargar un abono de transporte local, dos caramelos para la tos con envoltorio individual y una cartera de cuero desgastado. Brunetti la abrió y metió los dedos en todos los compartimentos, pero estaban vacíos; igual que la parte donde debían ir los billetes.

Debajo de unos cuantos billetes de diez libras esterlinas, encontró más recibos de compra: dos de restaurantes y uno de tres cartuchos de tinta para impresora de un establecimiento Testolini. Uno de ellos —el de tinta negra— había acabado en el cajón. Miró unos papeles que estaban sujetos con un clip y vio que no eran recibos, sino vales para cosméticos de ciento cincuenta y cuatro euros cada uno, todos a nombre de Gasparini. Había un paquete sin abrir de cuatro pilas tipo AAA, una linterna que no funcionaba, más facturas y tres vales más. Se levantó y cerró el cajón con la puntera del zapato del pie derecho.

—No corras tanto, Guido —dijo Griffoni, y se agachó para abrirlo de nuevo—. Aquí no hay ningún orden; los objetos no guardan relación entre ellos, a diferencia del resto de las cosas.

Sacó el sobre y, de dentro, las tarjetas de embarque.

—¿Por qué ha guardado sólo estas dos? Ambos son viajeros habituales. ¿No me dijiste que su mujer viaja mucho por trabajo?

Brunetti asintió con la cabeza, pero seguía sin tener ni idea de a qué se refería.

Griffoni extrajo el cajón del mueble y lo dejó sobre la mesa que había entre las dos ventanas de la habitación. Sacó los objetos del interior uno a uno y los colocó en una hilera larga que iba desde el cajón hasta el borde de la mesa y regresaba en la dirección opuesta.

El primer elemento eran las tarjetas de embarque, seguidas del dinero con las imágenes de los hombres con pañuelo. A continuación puso la cartera de cuero y el hipopótamo de malaquita. Las pilas acabaron junto al cartucho de impresora, acompañadas del fajo de vales, la linterna, los caramelos para la tos, los llaveros, los recibos y el dinero. A medida que sacaba cosas, aparecieron más facturas y objetos nuevos. Los colocó en una fila que daba la vuelta y llegaba otra vez hasta el cajón.

Griffoni examinó las tarjetas de embarque.

—La gente dice que Emirates es la mejor aerolínea —comentó, y las guardó en el sobre.

Lo dejó en la mesa y cogió la linterna, que seguía sin funcionar. Revisaba todos los objetos, pieza a pieza, leyendo y tratando de descifrar cualquier texto que encontraba.

Mientras ella estaba estudiando la factura de un hotel de Milán, Brunetti

cogió los vales que estaban sujetos con el clip. Examinó el primero de nuevo y los pasó uno a uno, fijándose en todos. Al final miró a Griffoni.

—¿Para qué tiene un hombre novecientos euros en vales para cosméticos?

Por algún motivo, se acordó de los adolescentes que habían aceptado la prensa rosa del quiosco. Los chicos no leían revistas de cotilleos, y los hombres no usaban cosméticos. Al menos no tantos como para sumar novecientos euros.

—No tiene sentido, ¿verdad?

Se acercó a su compañera y le entregó los vales.

Ella también los examinó uno a uno.

—Novecientos veinticuatro, para ser exactos —dijo, y se los devolvió.

—Vamos a preguntárselo a su mujer.

Se los guardó en el bolsillo de su chaqueta y metieron todo lo demás en el cajón.

Al no encontrar a la *professoressa* Crosera donde la habían dejado, Brunetti y Griffoni fueron a la cocina. No habían oído a Sandro entrar en el apartamento y los sorprendió verlo sentado a la mesa con un sándwich enorme en la mano. Su madre se había sentado delante de él y tenía en la mano una taza que parecía de té.

—Ay, disculpe —dijo Brunetti, y se detuvo en seco frente a la puerta abierta. Griffoni chocó contra él.

—Uy.

El chico dejó el bocadillo en el plato que tenía delante y se puso en pie. Brunetti sonrió, y él trató de corresponderle. Tenía mejor color que el día anterior y parecía más tranquilo.

—*Buon giorno, signori* —consiguió decir, y miró a su madre sin saber qué hacer.

La *professoressa* hizo ademán de levantarse de la silla.

—Por favor, no se moleste, *signora* —pidió Brunetti—. Sólo tenemos unas pocas preguntas más. Podemos esperarla en el salón.

—¿Han encontrado al hombre que le ha hecho daño a mi padre? —preguntó Sandro antes de que la *professoressa* tuviera ocasión de responder.

Había intentado hablar con voz de adulto, pero la pregunta no ocultaba su miedo.

—Todavía no —respondió Brunetti—. Por eso queremos hablar otra vez con

tu madre.

—¿Sobre qué? —quiso saber ella, que parecía curiosa, no ofendida.

—Sobre algunas cosas que hemos encontrado, *signora* —contestó Brunetti sin dar más explicaciones—. La esperamos en el *salotto*.

El *commissario* dio media vuelta, se alejó de la puerta y guio a Griffoni por el pasillo hasta la sala de estar, donde se sentaron a esperarla.

La *professoressa* Crosera apareció unos minutos más tarde y, al entrar, cerró la puerta. Brunetti se levantó.

—¿De qué se trata? —preguntó ella casi desde la entrada.

—Hemos revisado los objetos personales de su marido y hay una cosa que no comprendemos.

Sacó los vales del bolsillo.

—Vales para cosméticos. No entendemos por qué tiene vales por valor de una cantidad tan alta. Llevan su apellido —añadió al recordar que lo había visto impreso.

Se los dio; ella los miró un momento y se los devolvió.

Fue hasta el sofá, se sentó, y Brunetti volvió a ocupar su lugar junto a Griffoni. La *professoressa* miró la hora como si dudase de si tendría tiempo suficiente para explicarlo. Intentó sonreír.

—Es su tía.

Había pronunciado la palabra *tía* de tal modo que el *commissario* pensó que tenía mucho más que decir sobre dicho pariente.

Pero ninguno de los dos habló hasta que ella dijo con estudiada neutralidad:

—*Zia* Matilde. Matilde Gasparini. Ella es la Gasparini de los vales. Por algún motivo, mi marido los trajo a casa la última vez que la vio; me dijo que tenía que hablar de ellos con no sé quién. La mujer tiene ochenta y cinco años, así que Dios sabe qué hace gastando tanto dinero en cosméticos.

La *professoressa* Crosera parecía contrariada.

Brunetti no estaba en disposición de comentar nada sobre el deseo de algunas mujeres de prolongar la juventud. No a una mujer cuyo marido luchaba por prolongar la vida, y menos con Griffoni sentada a su lado. Sólo se le ocurrió preguntar:

—¿Le dijo su marido algo más sobre ellos?

Sorprendida, contestó:

—Sólo que no comprendía lo que ella le había contado sobre su procedencia.
—Y añadió—: Se enteró de que los tenía un día que fue a visitarla cuando ella salió del hospital. Le comentó que no era el momento de molestarla con preguntas.

Sonrió y negó con la cabeza, puede que recordando algún comportamiento de la tía de su marido que ella consideraba insensato.

—¿Estaba en el hospital de aquí? —preguntó Brunetti para que la conversación no se acabase.

La *professoressa* asintió con la cabeza.

—¿Qué le pasaba?

—Una mañana, su *badante* no podía despertarla y avisó a una ambulancia. Nosotros estábamos fuera, así que tardó unos días en contactar con nosotros y estaba muy disgustada.

Brunetti se limitó a ladear la cabeza con aire inquisitivo, y ella continuó:

—Cuando Tullio fue al hospital, habló con el doctor antes de verla a ella. Según él, se había confundido con la medicación y, a resultas, había tomado demasiados somníferos. Por lo visto, a la gente mayor le suele pasar.

Brunetti y Griffoni asintieron. La *commissario* añadió un sonido que indicaba empatía, como si ella también tuviera historias que contar sobre ancianos.

—Tullio le dijo al médico que era su sobrino, no su hijo, y que no estaba al tanto de su estado de salud porque ella siempre se había encontrado bien y no hablaba del tema. Ni siquiera sabía cómo se llamaba su doctor.

»El médico le informó de que su tía no estaba tan bien como él creía. El historial indicaba que le habían diagnosticado párkinson y estaba en tratamiento. También le habían recetado medicamentos para frenar los primeros síntomas de alzhéimer.

La *professoressa* enarcó las cejas y cerró los ojos un instante antes de proseguir:

—Cuando por fin Tullio pudo verla, ella había cambiado tanto que lo impactó. Me contó que se había convertido en una mujer muy anciana, muy confundida. No paraba de decirle que fuese a su casa y cogiera los vales, porque tenía miedo de que Beata, la *badante*, se los robase. No descansó hasta que él prometió ir a por ellos ese mismo día.

—¿Y cumplió su promesa? —preguntó Brunetti.

Ella asintió.

—Tuvo que darle su palabra, así que no le quedó más remedio que ir —contestó, y meneó la cabeza con incredulidad.

—Beata está con ella desde hace diez años, es como su hija. Pensar que le robaría es de locos. Además, si quisiera, ha tenido diez años para hacerlo.

Cuanto más hablaba de la tía, más se exasperaba.

—Le dieron el alta al día siguiente; hará unas dos semanas. Mi marido ha ido a verla a casa. Dos veces. La tía le preguntó por los vales y le pidió que los guardase bien; que se lo prometiese.

—¿Usted la ha visto?

—Desde que la llevaron a casa, no —dijo—. Sólo va mi marido. O iba.

—¿Le ha informado alguien de lo de su marido?

Negó con la cabeza tres o cuatro veces.

—Llamé a Beata para contárselo, y no se habían enterado. Le pedí que, si podía, evitase decírselo a la señora. Me dijo que no sería difícil, porque ya no reciben visitas.

—¿A qué se debe? —intervino Griffoni.

—Todos los que la conocían están muertos o en residencias —respondió la *professoressa* Crosera con la rotundidad de un portazo.

A Griffoni se le escapó medio suspiro y se volvió hacia Brunetti buscando pistas sobre lo que quería hacer a continuación.

El *commissario* sacó su cuaderno.

—¿Le importaría darnos la dirección?

—¿No pensará hablar con ella?

Brunetti había aprendido enseguida que los testigos toleraban cualquier cosa menos el sarcasmo, así que desestimó la idea de decirle a la *professoressa* que la tía de su marido podría serles de más ayuda que el hipopótamo de malaquita. Sonrió y dijo:

—Los vales son lo único que nos ha llamado la atención de entre sus pertenencias, *signora*. Por eso me gustaría averiguar más, aunque sólo sea para descartar cabos sueltos.

Hizo una pausa.

—¿Me permite llevármelos?

—No le causará un disgusto, ¿verdad?

—No, le doy mi palabra —interrumpió Griffoni.

La *professoressa* Crosera la miró unos segundos y después asintió con la cabeza.

—¿Y si no sacan nada en claro?

—Tendremos que buscar en otra parte —respondió él, pensando que ojalá tuviera algo mejor que decir.

—Vive delante de los Carmini, el edificio que hay justo delante del puente. Tendrán que disculparme, pero no sé qué número es. Caminando por el centro del puente, es la puerta con la que te encuentras primero. En la cuarta planta. El nombre está en el timbre.

El *commissario* se levantó, y ambas mujeres hicieron lo propio. Una vez en la entrada, se detuvieron los tres.

Brunetti estaba pensando en cómo despedirse cuando Claudia intervino:

—Le deseo mucha fuerza, *signora*. —Y dio media vuelta para marcharse.

Él la siguió sin decir nada.

20

Mientras bajaban por la escalera, Brunetti reflexionó sobre la elegancia de la despedida de Griffoni. Sólo una sureña podía transmitir una emoción tan intensa con una frase tan convencional y tan simple. La había dirigido a la persona que la necesitaba con intención de ayudarla a ella, no a la víctima, que estaba inconsciente y que, aunque también necesitaba esa fuerza, si alguien se la deseaba, ni oíría ni comprendería la frase, y tampoco le sacaría provecho. No era la primera vez que Brunetti reparaba en la discordancia que suponía su desconfianza impulsiva hacia los sureños y lo a menudo que se maravillaba ante su bondad de espíritu.

Al salir a la calle se detuvo para hacer lo que cualquier otro veneciano reconocería como una consulta al GPS que llevaban implantado desde el nacimiento. No había mejor señal que el temblor de una aguja de brújula antes de encontrar el norte o declinarse hacia el oeste.

Con el trayecto claro, echó a andar y Griffoni lo alcanzó. La guio hacia Campo Santa Margherita, lo atravesaron por el lado más largo y bordearon la iglesia de los Carmini hasta llegar al puente. Allí se detuvieron y estudiaron el edificio, que llamaba la atención porque las dos ventanas centrales de la segunda planta estaban tapiadas.

—¿Por qué habrán hecho eso?

—Tendrán problemas estructurales. El *palazzo* está en un canal, y suelen desplazarse un poco.

—Haces que suene todo tan normal... —respondió ella sonriendo.

—Supongo que lo es.

—Pero ¿para qué se tapiaban las ventanas?

—Es probable que, una vez hechas, se diesen cuenta de que habían debilitado la fachada.

—Vaya —contestó ella, y empezó a subir peldaños.

Al llegar a la puerta, vio el timbre que decía «Gasparini», esperó a que Brunetti llegase y lo pulsó.

Al cabo de poco, una mujer les habló por el telefonillo:

—*Chi è?*

Brunetti le dio un golpecito en el hombro y, cuando ella lo miró, le señaló la cara. Una voz femenina sería mejor recibida que la de un hombre.

—La *professoressa* Elisa nos ha pedido que pasemos a ver a la *signora* Gasparini —dijo Griffoni con tono cálido y afable.

—¿La esposa del *signor* Tullio?

—Sí.

—¿Vienen de parte del hospital?

—No. La *professoressa* nos ha pedido que pasemos para ver cómo está la tía del *signor* Tullio.

—¿El *signor* Tullio está bien?

Griffoni miró a Brunetti, y éste asintió.

—Sí. Gracias a Dios, sí.

—Yo rezo por él todos los días —contestó la mujer.

—¿Podemos subir y hablar con ella un momento? —preguntó Griffoni.

—Si la *professoressa* Elisa los envía, claro que sí.

Un segundo después se oyó un zumbido y la puerta se abrió. Entraron en un atrio enorme de techos altos con el habitual suelo ajedrezado de cuadros rojos y blancos. Al fondo, una gran puerta de cristal daba a un jardín que tenía el tamaño de al menos una manzana de ciudad con una tapia alta de ladrillo al final. Los árboles frutales dormitaban en el ambiente triste y húmedo, cabizbajos hasta la llegada de la primavera. Los peldaños de los dos tramos de escalera que subían a la primera planta eran bajos y amplios, desgastados en el centro por siglos de pisadas de subida y de bajada. En el primer rellano se encontraron ante las puertas de dos apartamentos, y así en las sucesivas plantas, hasta la cuarta, donde había sólo una.

—¿Será suya la planta entera? —preguntó Griffoni al verlo.

—Es posible —contestó Brunetti, calculando la extensión total.

Llamó al timbre. Al cabo de un momento les abrió una mujer de unos treinta y cinco años de pelo rubio y ojos claros que se hizo a un lado para invitarlos a entrar. Llevaba un jersey blanco de algún tipo de fibra sintética y una falda oscura que le llegaba hasta la pantorrilla. La melena completamente lisa le caía hasta los hombros, con la raya en medio. Tenía los rasgos redondeados y la piel clara de los europeos del Este. Sonrió nerviosa.

Tras pedir permiso para entrar, Brunetti se apartó para dejar que Griffoni pasase primero.

La entrada era una estancia larguísima con un techo cuya bajura pronunciaban las vigas de madera que lo cruzaban de lado a lado. Ni siquiera la luz que entraba por las ventanas del fondo, y que debían de tener vistas al jardín, conseguía iluminar el vestíbulo. El suelo de madera oscura atrapaba más luz aún.

—La *signora* está en su dormitorio —dijo la mujer, y se volvió hacia la vivienda.

Pasaron por delante de dos tapices largos colgados el uno frente al otro. En uno de ellos, Brunetti vio unas figuras humanas difuminadas que atravesaban con lanzas a ciervos de pelaje oscuro y, en el otro, a jabalíes. Dio las gracias por la falta de luz. Más adelante había retratos de hombres en una pared y de mujeres en la opuesta, todos contemplando al otro sexo, ambos lados necesitados de restauración y de mejor humor.

La joven se detuvo frente a una puerta que había a mano derecha.

—La *signora* está aquí. No van a decirle nada que la disguste, ¿verdad? Ya no es la que era —añadió con tono confidencial y apelando a su comprensión.

Brunetti pensó que su tristeza era real.

—Intentaremos no molestarla, *signorina*.

Ella intentó sonreír e hizo una especie de reverencia cercana a una genuflexión antes de abrir la puerta y entrar en una habitación casi tan oscura como el pasillo.

—*Signora*, han venido unos amigos del *signor* Tullio —anunció con alegría fingida.

Dio dos pasos y se volvió para indicarles con la mano que pasaran. Cuando estuvieron todos dentro, repitió la reverencia, se marchó y cerró la puerta.

Una mujer diminuta con el pelo rizado, rojo como el fuego y con un corte juvenil que le habría quedado bien a alguien mucho más joven estaba sentada en

un sillón bajo frente a las ventanas, con los pies en un escabel de brocado. La luz que había la iluminaba desde su derecha. La chaqueta de seda azul que llevaba tenía un estampado de dragones rojos, y la falda, de rayas grises y verdes en una tela brillante que parecía satén, le caía hasta los tobillos. Calzaba el tipo de zapatillas de casa con tacón que Brunetti sólo había visto en la ópera o en los retratos de Longhi; tenían hasta el ribete de pelo del empeine. La señora podría haber estado esperando a que llegasen invitados a cenar o preparándose para actuar en una obra de teatro.

La inmovilidad de su rostro podía ser resultado de una operación mal ejecutada, aunque Brunetti pensó que también podía indicar la falta o la pérdida de interés en lo que había más allá de las paredes de ese cuarto. Tenía la mirada nublada, no sólo con la película de humo que suele acompañar a la edad avanzada, sino con cierta incertidumbre sobre la realidad que percibía. Tenía los labios tan rojos como el pelo e igual de finos.

Lo único *animado* —y Brunetti sintió vergüenza por haber pensado en esa palabra— era el temblor intermitente de la cabeza, que se ladeaba a la izquierda con un ritmo impredecible. Intentó calcular la frecuencia, pero daba bandazos de forma caprichosa, pasados tres segundos o cinco o ninguno.

Estaba sentada en una silla como si ésa fuera su profesión. En la mesa vecina no había ninguna copa o vaso, tampoco fruta ni bombones ni un libro o una revista. La mujer los miró y con un gesto majestuoso señaló una hilera de sillas que había delante de ella, como si pasase parte del tiempo concediendo audiencias. Los *commissari* se sentaron.

A su alrededor había curiosos muebles voluminosos de madera oscura. Las sillas parecían estar demasiado acolchadas o ser demasiado altas o bajas; algunas simplemente eran demasiado feas. Uno de los armarios estaba inclinado hacia la derecha y parecía a punto de desbaratarse. Las patas de la mesa parecían sufrir elefantiasis y a un espejo le había salido moho producto del tiempo. Todas las piezas parecían reliquias de una familia sin gusto.

—¿Son amigos de mi sobrino? —preguntó a modo de saludo.

—*Sì, signora* —contestó Brunetti.

Griffoni asintió y le ofreció una sonrisa breve y afirmativa. La mujer la miró apenas un segundo. De vez en cuando, la cabeza le daba un bandazo hacia la izquierda y volvía a la posición anterior. Brunetti se obligó a no fijarse.

—¿Por qué no ha venido a verme él?

Había querido decirlo con rabia, pero no consiguió más que mal genio.

—Está muy ocupado, *signora*. Ha tenido que salir de viaje —respondió Brunetti, bloqueando la imagen del hombre en la cama del hospital.

—Pero siempre viene a verme antes de marcharse —repuso ella dubitativa, como si buscara la confirmación del *commissario*.

Su voz era débil y tendía a extinguirse al final de las frases.

—Por desgracia, este viaje ha sido repentino y nos ha pedido que viniésemos nosotros a decírselo —arriesgó Brunetti.

—¿Cuándo...? —empezó a preguntar, pero de pronto fue como si hubiera olvidado lo que quería decir, o quizá le costase emplear el tiempo futuro.

—Nos ha pedido —prosiguió Brunetti como si no se hubiera percatado de que ella no había terminado la frase— que la saludemos de su parte, y que lo ayude usted a comprender una cosa.

—¿El qué?

—Ha estado intentando echarle una mano con los vales que usted le dio...

Dejó la frase abierta, a medias entre una afirmación y una pregunta, para que ella lo confirmase o lo negara.

La señora movió los pies tan rápido que se le cayó una de las zapatillas. Brunetti hizo como con las sacudidas de la cabeza y no hizo caso. De hecho, todos los presentes fingieron no haberlo visto.

—¿Los vales? —preguntó con voz trémula, como si la pregunta la hubiera empujado hacia una vejez avanzada y confusa.

—Sí, los de La Farmacia della Fontana. Al parecer, el farmacéutico está dispuesto a canjearlos por dinero en efectivo.

Dio la sensación de que la promesa del dinero la rejuvenecía. El ademán vacilante de anciana fue sustituido por la curiosidad ardiente de una mujer más joven. De pronto, Brunetti se acordó de algo que su madre le había dicho siendo él niño, una de esas veces en las que trataba de hacerle ver cómo era el mundo, aunque —ni que decir tiene— sin permitir que él se diera cuenta de la lección. Él había afirmado, con catorce o quince años, que en su opinión los venecianos eran distintos de otra gente, pero no sabía en qué. Estaban en la cocina, y su madre se secaba las manos en el delantal, que formaba parte de su atuendo tanto como la alianza de matrimonio. «Somos avariciosos, Guido. Lo llevamos en la

sangre», dijo ella, y Brunetti no recibió más respuesta que ésa.

—¿Eso es lo que ha dicho? —preguntó la *signora* Gasparini—. ¿En efectivo?

—Sí.

Griffoni asintió.

La anciana movió la cabeza, esta vez de forma voluntaria para asentir, y apartó la mirada para fijarse en algo que ellos no pudieron ver. Su expresión se tornó pensativa. El silencio se alargó. A Brunetti no se le ocurría qué más decir o preguntar.

—¿Cuándo regresará Tullio?

—No lo sé, *signora*. Nos ha dicho que estará fuera al menos hasta finales de la semana que viene. Por eso nos ha pedido que vengamos a ver cómo está usted y si necesita algo.

Ella lo miró, y Brunetti notó que intentaba escrutarle el alma para averiguar qué clase de hombre era.

—Para Elisa y los chicos es duro —continuó él con confianza—; no les gusta que esté fuera tanto tiempo.

Brunetti se dirigió a Griffoni como si acabase de recordar que estaba sentada a su lado.

—¿Te dijo cuándo pensaba volver, Claudia?

—No, pero tenemos una cena con ellos el día 20, ¿verdad?

Brunetti asintió y se volvió hacia la *signora* Gasparini.

—Para entonces ya estará aquí, a finales de la semana que viene —le aseguró con una sonrisa de satisfacción.

—Aún falta mucho —apuntó la mujer.

—Pero pasará rápido —respondió él con ligereza, y se movió como si quisiera levantarse.

La anciana alzó la mano.

—No me han dicho cómo se llaman.

—Yo soy Guido Brunetti y ella es Claudia Griffoni.

—¿Es su esposa? —preguntó la *signora* Gasparini.

Griffoni intervino en ese momento:

—Como si lo fuera, *signora*.

Si Brunetti pensaba que eso sorprendería a la anciana, se equivocaba: dirigió

la vista a Griffoni y se fijó en ella por primera vez. Durante el rato que estuvo mirando a la *commissaria* —Brunetti contó nueve segundos— no le tembló la cabeza.

—¿Hacen cosas juntos? —preguntó, y la inestabilidad regresó.

Teniendo en cuenta la última contestación de su compañera, Brunetti no estaba del todo seguro de a qué se refería la señora.

—Eso es, *signora* —afirmó la *commissario*, que al parecer no tenía dudas—. Hacemos la compra juntos y compartimos los gastos del hogar. Pero, si salimos a cenar, paga Guido.

Con eso, la mujer parecía conforme.

—Entonces ¿irán juntos a por el dinero?

—Por supuesto —le aseguró ella—. Estamos acostumbrados a trabajar en equipo.

Griffoni sonrió reconociendo la ambigüedad de lo que acababa de decir.

—Pero necesitamos saber qué hay que decirle al farmacéutico —añadió de repente, como si le hubiera venido a la mente un detalle importante.

—¿Es usted veneciana? —preguntó la *signora* Gasparini, que de pronto estaba más alerta. Sólo pedía información, con neutralidad.

—No, *signora*, no lo soy. Pero ahora vivo aquí —respondió, y lanzó una mirada prolongada a Brunetti.

—Muy bien —dijo la anciana, y se frotó las manos.

Era un gesto que Brunetti había leído en las novelas de Balzac.

El *commissario* se volvió hacia Griffoni como si su papel de líder hubiera caducado y fuese el momento de darle la palabra a la persona que se ocuparía de los detalles.

—Bueno, Claudia, te dejo con la *signora* Gasparini mientras voy a preguntarle a la *badante* si podemos hacer algo más por ella.

Se levantó con ademán enérgico y masculino, se dirigió a la puerta y salió. Al llegar al fondo del apartamento, llamó:

—*Signorina? Signorina* Beata?

Avanzó unos pasos más hasta una puerta que había al final del pasillo.

—*Signorina* Beata, ¿está ahí? —insistió más alto.

Se abrió la puerta y la joven salió al pasillo secándose las manos con un trapo de cocina.

—¿En qué puedo ayudarlo, *signore*?

Brunetti se dio cuenta de que hablaba italiano a la perfección y que sólo una vocal aquí y otra allá delataban que el acento era importado.

—El *signor* Tullio le comentó a su esposa que a lo largo de los últimos meses había visto cambios en su tía —explicó Brunetti con tanta preocupación como pudo impostar.

Esperó su respuesta: un leve cabeceo que tanto podía confirmar los cambios mencionados como que la mujer había comprendido la frase.

El silencio lo dejó sin otra opción que ser más directo.

—¿Usted también ha notado esos cambios, *signorina*?

Ella se frotó las manos otra vez, aunque ya debía de tenerlas secas.

—No tiene la misma memoria de antes —dijo, y lo miró para asegurarse de que él comprendía.

Cuando Brunetti asintió, ella continuó:

—Cuando empezó con la enfermedad de los temblores, eso aún no le pasaba —dijo, y se deshizo de la idea estirando el trapo de golpe—. Se acordaba de las pastillas y no temblaba tanto.

Brunetti volvió a asentir.

—Entonces empezó a dormir mal. Algunas mañanas me la encontraba dormida en el sofá con la tele puesta, y ella no sabía cómo había llegado hasta allí. —Eso parecía inquietarla más que «la enfermedad de los temblores»—. Al final se le pasó y empezó a dormir hasta más tarde. Hasta que un día yo no conseguía despertarla y llamé a Urgencias.

Dobló el trapo en un rectángulo, lo desplegó de una sacudida y lo dobló de nuevo.

—¿Cuándo sucedió eso, *signorina*? —preguntó Brunetti, que quería confirmar lo que la *professoressa* Crosera le había dicho.

—A mediados de octubre. Me acuerdo porque regresó a casa el último día de octubre y habían pasado dos semanas.

Cerró los ojos un momento, tal vez recordando ese día.

—Cada vez está peor, así que imagino que estas Navidades no podré ir a casa.

—¿Cuándo se dio cuenta de los cambios?

—Tardé mucho, porque eran pequeños cambios. Pero cuando la trajeron del

hospital, la diferencia ya se notaba demasiado. Antes salíamos juntas todos los días a hacer los recados; íbamos al supermercado en Santa Margherita y decidíamos qué cocinar para la cena o íbamos a tomar café y un dulce.

Lo miró un buen rato, como para decidir si contarle más o no.

—Era como si fuésemos amigas. Un día pagaba ella y otro me dejaba pagar a mí. Y durante esos ratos, mientras tomábamos el café con la pasta, éramos amigas de verdad.

Brunetti estaba haciendo cálculos: quince veces al mes multiplicado por cinco o seis euros eran como mínimo setenta y cinco euros. Se acordó de la advertencia sobre los venecianos y la avaricia, y añadió el ingenio.

—A finales de mes me devolvía todo el dinero; decía que era para que pudiera comprarme unos zapatos o enviarle algo a mi madre.

La joven sonrió.

—¿Qué otros recados hacían juntas? —preguntó tras digerir la información anterior.

—A veces íbamos a Rialto. O mirábamos escaparates y comentábamos lo que veíamos. También la acompañaba al médico o a la farmacia, y una vez fuimos al oculista.

—¿Se preocupó usted cuando empezó a cambiar? —preguntó Brunetti.

Mientras lo pensaba, la joven comenzó a doblar el trapo.

—No mucho, porque fue muy lento. Sólo se le notaba de vez en cuando, o con cosas concretas.

—¿Me pone un ejemplo, *signorina*?

—Pues ya no quería que la acompañase a la consulta del médico ni a la farmacia, a pesar de que está en Cannaregio. Empezó a pedirme que saliese de la habitación cuando quería llamar por teléfono y no me dejaba ayudarla con la medicación.

Brunetti tuvo tiempo para intervenir, pero no dijo nada.

—Creo que le daba vergüenza, porque los temblores estaban empeorando y a veces se confundía. Yo fingía que no me daba cuenta, pero ella sabía que sí.

Beata lo miró un instante e intentó desestimar lo que acababa de decir con un gesto de los hombros.

—Seguíamos yendo a tomar café, pero ya no era como antes. Y ella pagaba siempre. Yo me ofrecía, pero ella se negaba, y a mí ya no me gustaba tanto

porque era como si hubiéramos dejado de ser amigas. Ella era siempre la *padrona* y eso no es agradable; no cuando habíamos sido amigas. —Dejó la frase colgando en el aire un buen rato, hasta que, sin poder disimular la tristeza, añadió—: Creo que se le había olvidado que lo éramos.

Brunetti pensó que se echaría a llorar.

—¿Sabe algo sobre los vales? —preguntó de forma abrupta para evitarlo.

—¿Qué vales? —preguntó ella a su vez.

—Los de la farmacia, vales para cosméticos.

Su sorpresa era palpable y, mientras él la observaba, la joven volvió la cabeza y miró pasillo abajo, como si allí pudiera ver el pasado con mayor claridad.

—Así que de ahí las sacó...

—¿Los vales? —quiso saber Brunetti.

—No. Unas cosas que me dio. Este verano, justo después de mi cumpleaños, vino a casa con una bolsa con pintalabios, cremas faciales y una botella de aceite de baño, y me la regaló —explicó, y recuperó la sonrisa—. Pero ya me había hecho un regalo de cumpleaños: una cadena de oro con una cruz. Se lo daré a mi madre cuando la visite en verano.

—Entonces ¿los cosméticos eran un regalo extra?

—Sí. Me dijo que se los habían dado. Quiero llevármelos cuando vaya a casa. —La sonrisa se desvaneció un poco—. Aquí no tengo ocasión de usarlos.

—¿Me permite verlos? —pidió Brunetti.

—¿Cómo?

—Si me los muestra.

—Están en mi dormitorio —contestó ella, como si Brunetti hubiera sugerido algo indecente.

—En ese caso, quizá pueda ir a buscarlos. Me gustaría echarles un vistazo.

Ella lo miró con tal desasosiego que él se vio obligado a decir:

—Podría ser de ayuda para la *signora*.

Beata asintió y entró en una habitación que había al otro lado del pasillo. Enseguida salió con una bolsa naranja de Hermès, y Brunetti pensó por un instante que los cosméticos debían de ser de esa marca.

—No, *signore* —dijo ella al ver su expresión—. La *signora* los metió en esta bolsa porque sabe que me gusta.

La dejó encima de una de las cómodas grandes del vestíbulo y fue sacando los artículos uno a uno. Había cuatro pintalabios, dos botellas de aceite de baño, una cajita que contenía un tubo de crema facial y tres tubos de algo que se llamaba «*fondo tinto*».

—La *signora* se los regaló este verano, pero usted no los ha estrenado todavía —puntualizó Brunetti.

—No, *signore*. Quiero llevármelos a casa el próximo verano y dárselos a mi madre y a mi hermana. Ellas nunca han tenido un maquillaje tan bueno.

Miró los tubos y la caja con deseo, casi con reverencia, como si concentrasen la esencia del lujo y el dinero de occidente.

—Gracias, *signorina* Beata. ¿Sabe si la *signora* ha traído más cosas así a casa?

—Creo que sí, a principios de verano. Y después ya no ha traído nada más.

—¿Fue después de que dejase de pedirle que la acompañase todos los días?

—¿Cómo lo sabe?

—Ha sido una suposición —contestó Brunetti como si nada.

La puerta de la habitación donde estaba la *signora* se abrió y Griffoni salió al pasillo. Se volvió para lanzar un beso y después se acercó a ellos.

—De parte de la *signora*, que le diga que quiere un té —le dijo a Beata.

Brunetti se fijó en cómo la joven se reprimía antes de hacer otra reverencia.

—Sí, por supuesto —contestó, y fue a la cocina.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Brunetti.

No le hacía falta mencionar el beso que su compañera acababa de lanzarle a la anciana.

—Escuchando. Y haciendo preguntas. Y queriendo averiguar más cosas.

Miró los cosméticos de la cómoda, que estaban en fila como los objetos del cajón de Gasparini. Cogió la caja y abrió la tapa con cuidado de no doblar el cartón. Con mucha cautela, sacó un tubo de plástico de color azul claro y leyó la etiqueta.

—Esto lo miré hace dos semanas. Son ciento cincuenta gramos y cuesta noventa y siete euros.

Lo guardó y cerró la caja. Abrió los pintalabios de uno en uno y le enseñó que estaban todos sin usar.

—Debería decirles a mis sobrinos de Nápoles que no se pongan a vender

drogas, que es mejor vender esto.

Brunetti no hizo ningún comentario al respecto. Griffoni apenas hablaba de su familia, y él no quería resultar intrusivo. Aun así, debía admitir que su compañera leía la realidad del mercado con un talento muy natural.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me ha hablado un poco de su juventud.

Dicho esto, Griffoni se dispuso a guardarlo todo en la bolsa, colocándolo en escrupuloso orden en el fondo, los pintalabios y los tubos de pie. Entonces levantó uno de los tubos.

—Le he preguntado cuál era su secreto para parecer tan joven.

Se detuvo y miró a Brunetti de forma significativa.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que se mantiene alejada de los médicos y usa los mejores cosméticos —dijo agitando el tubo de un lado a otro.

—Así que, ¿los ha pagado todos?

—Sí. Ha empezado a contarme que había encontrado la manera de hacerlo ahorrando dinero, pero de pronto se ha tapado la boca con la mano y ha dicho que era un secreto que no podía compartir con nadie.

—¿Y qué has hecho?

Se abrió una puerta y apareció Beata cargando una bandeja con una taza de té acompañada de tres galletas en un platito. Brunetti se adelantó y le abrió la puerta antes de entrar con ella en la habitación.

—Gracias por su ayuda, *signora* —dijo cuando la anciana lo miró—. Espero que no la hayamos cansado con nuestras preguntas.

—En absoluto —respondió la *signora* Gasparini, y le ofreció una sonrisa vaga—. Salude a mi sobrino cuando lo vea, por favor. Dígale que me llame.

Estiró el brazo para coger la taza que le ofrecía Beata.

—Esta joven es encantadora —dijo sonriente.

—¿Verdad que sí? —respondió Brunetti.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

Griffoni lo esperaba en el pasillo. Todos los artículos estaban guardados en la bolsa, que descansaba sobre la cómoda. Salieron del apartamento y no hablaron hasta que llegaron al puente de delante del edificio. Ella se detuvo arriba del todo y se apoyó en la balaustrada con los brazos estirados y las palmas de las

manos sobre la piedra.

Brunetti no tuvo tiempo de hacer la pregunta.

—Le he dicho que admiraba su inteligencia y que supiera guardar un secreto —dijo Griffoni—. Después, que la envidiaba por haber encontrado la manera de ahorrarse dinero, porque yo tenía la misma pasión por los cosméticos que ella y me gustaba usar los mejores. He puesto cara de triste y he dicho que, con mi sueldo, me costaba mucho esfuerzo permitírmelos.

El *commissario* escuchó, fascinado como una pitón con la flauta de un encantador de serpientes.

—Después he sonreído, la he halagado un poco más, y ella me ha contemplado un buen rato. Me ha preguntado si tomaba medicamentos. Al principio no sabía a qué se refería, pero he contestado que sí con cara de modestia, que tomaba algo para un problema de mujeres. —Sonrió ante su propia inteligencia—. Cuando dices eso, ni siquiera las mujeres hacen preguntas.

Brunetti sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—Entonces me ha dicho que quizá pueda ayudarme, pero que tenía que pensárselo.

—Eso si decide acordarse —repuso Brunetti sin pensar.

—No seas desagradable, Guido.

—Lo siento. ¿Qué le has contestado?

—Que nada me gustaría más. Me ha invitado a tomar el té —explicó Griffoni con una sonrisa—. Y ha sugerido que traiga pastas para Beata y para ella.

Cuánto habría admirado su madre a esas dos mujeres, pensó Brunetti.

—¿Cuándo?

—El lunes que viene, a las tres.

Griffoni se apartó de la balaustrada y bajó los peldaños.

21

—¿Por qué le caerá tan mal? —se preguntó Griffoni al pasar por delante de la iglesia.

—¿Me aclaras quién a quién? —pidió Brunetti.

—Por qué a la *professoressa* Crosera le cae tan mal la *signora* Gasparini. Es una mujer indefensa que está luchando contra una enfermedad y se enfrenta a perder no sólo poder, sino el control de su propia vida.

—Ésas son razones para tener lástima de alguien, Claudia, no para que te caiga bien —repuso Brunetti, sabiendo lo sentencioso que sonaría incluso antes de decirlo.

—¿Has oído hablar de los celos? —preguntó Griffoni entre risas—. ¿Y de las actitudes posesivas?

—Su marido pasa los días de entre semana en Verona y, cuando regresa a Venecia, su tía lo reclama para que vaya a visitarla y la ayude con esto y con lo otro —explicó Brunetti, y continuó sin darle tiempo a Griffoni de interrumpirlo—. Tiene sentido que su esposa crea que la mujer es insistente, repetitiva y olvidadiza.

En ese momento, la *commissario* se detuvo, dio media vuelta y estuvo a punto de impedirle el paso.

—Vale, es todo eso. Pero, por el amor de Dios, se trata de su tía —se lamentó, elevando el tono de voz al final de la frase.

Brunetti se dio cuenta de que una joven se volvía a mirarlos.

Justo cuando él pensaba que su compañera hablaba como una auténtica sureña con todo ese asunto de que la familia es sagrada y demás, ella añadió con voz casi gélida:

—Y, encima, ya has visto el apartamento: un ático delante de la iglesia de los Carmini de al menos doscientos cincuenta metros cuadrados con vistas al canal y al jardín trasero.

A Brunetti le parecía estar escuchando a una agente inmobiliaria cualquiera de la peor calaña.

—¿Quién crees que lo heredará, Guido?

De pronto parecía una agente inmobiliaria de la peor calaña, pero veneciana; de los que catalogaban las relaciones humanas mirándolas a través de las lentes de la ubicación y el tamaño. Pero decidió que sería mejor no mencionarlo.

—La verdad es que a ti ha acabado cayéndote muy bien —prefirió responder al acordarse de cómo la anciana había hecho caso omiso de la *commissario* al llegar a la casa—. ¿A qué se debe el cambio?

—Porque es dura —contestó Griffoni sin dudarlo—. Y porque cuando he insinuado que tú y yo éramos pareja pero no estábamos casados no le ha importado, a diferencia de otras personas de su edad que fingen que sí les importa. Y le gustó que yo no fuera veneciana.

—¿Qué valor tiene eso?

—Que yo no tengo ideas preconcebidas sobre la gente de aquí, y eso significa que estoy dispuesta a escuchar sus opiniones sin pensar en cómo algún antepasado suyo le robó al primo de un antepasado mío ocho hectáreas de tierra en Dolo en 1937.

Brunetti se echó a reír, lo que rebajó la tensión del momento.

—Vaya, ya veo que nos prestas mucha atención.

Griffoni le devolvió la sonrisa.

—No sois muy distintos de nosotros, aunque los napolitanos se remontan más de cinco o seis generaciones para buscar motivos para formarse una opinión de alguien, aunque sea una positiva. Lo que me ha llamado la atención —añadió al cabo de un instante de reflexión— es que la mayoría de las cosas que ha dicho eran buenas: hablaba de la gente que le gustaba o en quien confiaba.

—¿Ha mencionado a alguien en particular?

—Una lista entera: el santo de su tío Marco, su médico, su amiga Anna Marcolin, dos de los vendedores de queso de Rialto y a la *signora* Lamon, su vecina de abajo. —Griffoni hizo una pausa para pensar hasta que recordó más—: El hombre de bigote que vende pescado en Campo Santa Margherita. Ha oído

decir —explicó al ver la expresión de Brunetti— que a veces vende pescado del día anterior, pero me garantiza que eso no es cierto. Su familia lleva sesenta años comprándole el pescado a la suya.

—Eso prueba que es una de nosotros —dijo Brunetti entre risas.

—También la convertiría en uno de nosotros —repuso Griffoni.

Habiendo recuperado la paz, reemprendieron el camino.

—La persona que está en lo más alto de la lista es el farmacéutico, el *dottor* Donato.

Brunetti la miró sin comprender.

—Es el propietario de La Farmacia della Fontana, la que emitió los vales. Su nombre está impreso en la parte inferior, al lado del CIF, la dirección y el número de teléfono.

—¿Qué te ha contado?

—Que es descendiente de un dux que en el siglo XVII gobernó durante treinta y cinco días, y ella está orgullosa de ser su clienta —explicó, y soltó un resoplido—. Ya sé que en Nápoles nos gustan mucho los títulos, pero ni punto de comparación con lo mucho que os gustan aquí.

—A lo mejor es por los gorritos que llevaban los dux —sugirió Brunetti sin reírse.

Ella se detuvo, lo miró y se rio.

—Es la primera vez que menciono a los dux sin que un veneciano abra los ojos como platos y se caiga al suelo. ¿Estás seguro de que eres de aquí?

—*Noialtri semo zente che no se lassemo strucar le segole in te i oci* —replicó Brunetti con el acento más impenetrable del que era capaz y en el dialecto que recordaba de sus abuelos.

—¿Qué significa? —quiso saber ella.

—Más o menos, que no nos dejamos engañar por nadie.

Se fijó en cómo ella intentaba repetirla mentalmente y traducirla al italiano. Sin éxito.

—Pues a mí me parece que podría significar cualquier cosa.

A Brunetti le gustó que no la hubiera entendido: había partes de la ciudad que todavía resistían. Sus hijos hablaban italiano con mayor facilidad que el veneciano, tal vez porque ni Paola ni él les hablaban en el dialecto. No obstante, no por eso habían dejado de aprenderlo de sus compañeros de clase.

Pensó de nuevo en la *signora* Gasparini.

—¿Te ha dicho algo más sobre el farmacéutico?

—Lleva unos años siendo clienta suya, así que seguramente él le ha diagnosticado tantas cosas como el médico.

Sin previo aviso, las nubes se disiparon y el sol inundó Campo Santa Margherita. La temperatura subió de golpe.

—¿Por qué no nos sentamos un momento? —propuso Griffoni, y se dirigió hacia uno de los bancos largos del *campo*.

Se sentó, cruzó los brazos y estiró las piernas. Brunetti se sentó a su lado y se volvió un poco hacia ella. Dos amigos que se detienen a charlar.

—Tengo dos tías —dijo ella mirándose los pies en lugar de a su compañero—. Las dos con alzhéimer; bueno, principios. Y ambas van saltando de tema en tema sin lógica ni preparación. Primero te hablan de pescado y después del sistema ferroviario o de sus hijos y de los chicles de la calle. Si quiero hablar con alguna de las dos de algo, tengo que ir redirigiéndolas hacia el chicle, por ejemplo. Se concentran durante medio minuto y así podemos charlar, pero luego se ponen a hablar sobre México o sobre Lourdes, y tengo que preguntarles otra vez por el chicle, para que sigan la conversación un poco más. Pero al final empiezan con que si ya he decidido qué quiero estudiar en la universidad o dónde me he comprado el jersey que llevo, y lo de los chicles ya no sirve; se les ha olvidado de lo que hablábamos.

—¿Y? —quiso saber Brunetti.

—La *signora* Gasparini no está ni mucho menos como mis tías, pero ha usado la misma técnica y creo que era para evitar hablar de él. Le he preguntado por el *dottor* Donato y me ha preguntado que de dónde son mis zapatos. He contestado que los compré en San Leonardo, justo delante de la farmacia, a lo que ha respondido que el antiguo *cinema* Italia ahora es un supermercado y hemos tenido que hablar de eso un rato. Así ha ido la cosa: como una partida de billar. Las bolas salían disparadas en cualquier dirección y sólo a veces regresaban al punto de partida, si yo encontraba la manera de arrastrarla al punto anterior. Hablaba del farmacéutico con admiración y gratitud, pero había algo más en su tono.

Recogió las piernas, las cruzó y balanceó el pie arriba y abajo.

—Me ha dado la impresión —dijo sin dejar de menear el pie— de que

sospechaba de él pero no quería reconocerlo, ni siquiera para sí misma.

Estiró los brazos y apoyó una mano a cada lado, en el banco. Al cabo de un momento se levantó.

—Bueno, ya vale por hoy. Me marcho. Ya hablaremos luego.

Se dirigió hacia Campo San Barnaba para ir a la parada de *vaporetto* más cercana, y enseguida la engulló la multitud que avanzaba en la misma dirección y que, tiempo atrás y en esa época del año, habría sido inusual.

En lugar de regresar a casa, Brunetti entró en un bar y pidió un café. Mientras esperaba a que se lo sirviesen, llamó a la *signorina* Elettra y le pidió que averiguase lo que pudiera sobre el *dottor* Donato. Ella le preguntó si quería algo más y, cuando él respondió que eso era todo, colgó.

Brunetti fue a la caja a pagar y le sorprendió que el camarero le pidiera por él un euro con veinte. Pagó sin rechistar, pero una vez en la calle se preguntó si lo habían estafado o si habían permitido tal subida de precio de un día para otro, ya que el día anterior había pagado un euro con diez.

«¿Tan venales somos?», se preguntó, y echó a andar hacia Campo San Barnaba.

A posteriori, se daba cuenta de que su familia había combinado la pobreza con la generosidad, pero era posible que su memoria hubiera adornado el comportamiento de sus padres. Recordaba una serie de hombres que, descritos como amigos de su padre, comían a menudo con ellos, y también que su ropa, después de haberla usado durante dos o tres años, acostumbraba a desaparecer del armario tras la visita de una prima de su madre que vivía en Castello con sus seis hijos y un marido en perpetuo desempleo. La de Brunetti era una familia que no tenía nada, pero siempre encontraba algo de entre esa miseria para compartirlo con alguien que tenía más de esa nada.

—¿Y quién es más veneciano que nosotros? —preguntó al aire en voz baja.

La mujer con la que se cruzaba en ese instante por el *campo* lo miró con sorpresa.

Después de pasar por la Accademia, Brunetti giró a la derecha y, algo más adelante, a la izquierda para entrar en la farmacia de la primera esquina. Detrás del mostrador estaba su antigua compañera de clase y primera *fidanzata*,

Beatrice Rossi. Ella lo vio entrar y sonrió, igual que todas las veces que se habían visto a lo largo de los años.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó.

Al parecer, se dirigía al mismo aire al que él había hablado en el *campo*. Salió de detrás del mostrador y se abrazaron: dos personas felizmente casadas que, años, décadas antes, habían pensado que tal vez aquél fuese su destino común. Brunetti la miró a la cara y, más allá de las arrugas junto a la boca y los ojos, vio a la chica de olor dulce que el primer día de *liceo* se había sentado a su lado en la clase de historia.

—¿Sigues persiguiendo a los malos?

Ése se había convertido en su saludo habitual.

—¿Y tú vendiendo drogas? —Y ése, el de Brunetti—. ¿Tienes tiempo para salir a tomar un café? —preguntó, sabiendo que después de tantos años en la farmacia ella iba y venía a placer.

—No, Guido, no puedo. Lucilla está enferma y está la chica sola, que no sabe procesar las recetas —explicó, y miró a su alrededor—. Estamos solos, podemos hablar.

En los años que habían pasado, aunque en contadas ocasiones, Beatrice le había proporcionado información sobre personas de la zona, a veces incluso sobre clientes. Jamás mencionaba su historial médico ni nada que hubieran compartido confidencialmente con ella, pero una o dos veces había repetido algún chismorreó, siempre que Brunetti le hubiera asegurado que la información le era necesaria.

—¿De quién se trata esta vez? —preguntó con familiaridad. Al ver que lo sorprendía que fuese al grano, sonrió—. Te he visto el brillo del cazador en la mirada, Guido.

En lugar de protestar, Brunetti sonrió.

—El *dottor* Donato, un compañero tuyo.

Beatrice se quedó boquiabierta.

—Madre mía... —exclamó—. ¿Por qué te metes con alguien así?

—Su nombre salió a colación hablando de otro asunto y me gustaría saber más sobre él antes de indagar un poco.

Quizá no era toda la verdad, pero no dejaba de ser cierto.

—¿Cómo salió a colación?

—Alguien lo mencionó —contestó Brunetti.

Beatrice se echó a reír.

—Lo próximo será que no quieras decirme ni cómo se llama Paola — comentó, y se rio de nuevo.

Brunetti apretó los labios y enarcó las cejas casi con cara de vergüenza.

—Vale, vale. La verdad es que prefiero no decírtelo; sólo quiero hacerme una composición del hombre.

—Dame una pista —pidió ella.

Al principio, Brunetti pensó que bromeaba, pero entonces se dio cuenta de lo sensata que era: no tenía por qué comentar las preferencias sexuales de Donato o si sus hijos robaban coches en tierra firme, igual que tampoco tenía por qué revelar si le pegaba a su esposa o viceversa.

Él tardó un tiempo en encontrar la manera de explicar lo que quería saber.

—¿Crees que infringiría las normas con tal de aumentar sus beneficios?

Una mujer de la misma edad que Brunetti entró en la farmacia y fue directa al mostrador; Beatrice volvió a ponerse detrás y la atendió. La mujer miró al *commissario*, pero él se puso a leer los componentes de un champú, asombrado de que llevase tantas cosas y curioso por averiguar por qué necesitaba tantas.

Las mujeres hablaron en voz baja, y Beatrice fue a la trastienda, de donde salió unos minutos después con cuatro cajas de medicamentos. Les retiró el código de barras de la parte trasera y los pegó con celo en las recetas que le había entregado la clienta. Pasó los códigos por el sensor que había junto a la caja, embolsó las medicinas y cogió el billete de veinte euros con el que pagó la mujer. Lo marcó todo en la caja, le dio el cambio, el recibo y las gracias, y le deseó una buena tarde.

Cuando se hubo marchado, Beatrice se acercó a Brunetti.

—El *dottor* Donato es uno de los farmacéuticos más respetados de la ciudad, Guido. Fue presidente del Ordine dei Farmacisti.

Brunetti esperó, pero al ver que ella no decía nada más, insistió:

—Ahora dime lo que no quieres contarme.

Silencio.

—Por favor, Beatrice. Podría ser importante.

Seguía sin ser mentira, pero no por eso dejaba de incomodarle decirlo.

—Bueno —comenzó ella, y se volvió para colocar bien el expositor de

pastillas para la tos—. Hay gente que probablemente contestaría que sí a tu pregunta. Da igual quiénes sean.

Parecía haber terminado, pero sonrió a Brunetti y se acercó a él como para contarle un secreto.

—No hace falta infringir las normas, ya ganamos más de lo necesario.

—¿Me permites que anote eso y me lo firmas? —preguntó él.

—Dios mío, ¡de eso nada! —exclamó ella, y alzó las manos fingiendo pavor—. Me echarían del Ordine si se enterasen.

—Me gusta oír que al menos uno de vosotros lo admite —dijo Brunetti, que de pronto se había puesto serio.

—Todos tenemos demasiado, Guido. No sólo los farmacéuticos. Todos nosotros. Demasiado dinero, demasiadas cosas; nunca estamos contentos con lo que tenemos.

Brunetti miró a aquella persona nueva y se preguntó si había oído bien.

—¿Eso lo dices en serio, Beatrice?

—Con todo mi corazón —respondió con gesto grave—. Si pudiera, lo regalaría todo —dijo, pero enseguida sonrió—. Bueno, la mitad. O una parte. — La sonrisa se ensanchó—. Soy una hipócrita: no me hagas ni caso.

—Pero hablabas en serio, ¿verdad? Al menos cuando lo has dicho.

—Es posible —respondió ella vacilante—. Sí —continuó con mayor seguridad—. El problema es que no me dura mucho rato. De vez en cuando, al ver todo lo que tenemos Rolando y yo y los críos, me asalta la idea. Pero enseguida me olvido —explicó, y negó con la cabeza—. Haz como si no hubiese dicho nada, ¿vale?

Brunetti también negó.

—No, quiero recordarlo. Es una de las mejores cosas que te he oído decir.

Le dio un beso en cada mejilla y se marchó de la farmacia sin mirar atrás desde la puerta, porque no quería encontrarse con su mirada.

De camino a casa, Brunetti pensó en lo que le había dicho Beatrice: «Es posible». ¿Cómo se interpretaba eso? Había oído rumores, pero ni mucho menos constituían pruebas para imputar a un hombre. Había «gente» que creía que el *dottor* Donato sería capaz de infringir las normas con tal de ganar más dinero. Dentro de la profesión jurídica, eso se llamaba «testimonio de oídas», una especie de alquimia lingüística que intentaba transmutar los cotilleos en algo más creíble.

Recordaba que Beatrice había estudiado dos años para ser notaria, pero entonces había sorprendido a amigos y familiares —y a su padre notario— abandonando la carrera para matricularse en Farmacia. En aquel momento, la mejor explicación que era capaz de ofrecer era que quería hacer algo que ayudase a la gente, respuesta que no satisfizo a su familia.

Pensando en notarios, se acordó de una escena absurda de cuando Paola y él compraron el apartamento, más de veinte años atrás. Justo cuando el talón bancario estaba a punto de cambiar de manos, el notario recordó que tenía algo que hacer en la habitación contigua y dejó a las partes interesadas haciendo la entrega a solas. En cuanto la puerta se cerró, Brunetti abrió el maletín y de dentro sacó varios fardos de liras —ay, ¿quién se acordaba ya de la lira, la querida lira?— que entregó a los vendedores, una pareja joven que había decidido mudarse a Vicenza, que no perdieron el tiempo para contar los fajos de billetes.

En un momento dado, el notario llamó a la puerta y preguntó desde fuera si ya habían terminado. A coro, todos respondieron: «No», y el vendedor llegó a vocear: «¡No entre!», orden que el notario obedeció.

Cuando hubieron contado los cien millones de liras y los hubieron traspasado a otro maletín, Brunetti sacó un talón bancario de cien millones de liras menos que el valor real de la vivienda, lo dejó sobre la mesa y llamó al notario para que entrase a su propio despacho.

¿Qué había sido de las liras de antaño? Ahora había transferencias bancarias y, entre compradores y vendedores, una atmósfera general de desconfianza, pues el Estado ya no estaba dispuesto a tolerar un sistema que le impedía recaudar todos los impuestos que correspondían a cada transacción. Por desgracia, no había diseñado un sistema que impidiese que ese dinero desapareciera en el agujero negro de las actividades delictivas gubernamentales.

El recuerdo obligó a Brunetti a reflexionar sobre lo contradictorias que eran sus ideas sobre la rectitud fiscal, al menos en lo que tocaba al Estado. Se detuvo en la cima del puente que conducía a San Polo a sopesar la posibilidad de que los vales formasen parte de un sistema diseñado para hacer trampas de cara al Estado y no al cliente. Si se tratara de eso, la gente tendría menos ganas —tal vez ninguna— de denunciarlo si se descubrieran indicios de ello. A las personas les importaba que el gobierno los estafase, no que sus vecinos estafasen al gobierno.

Como no era un tema apto para ser discutido durante la cena, escuchó a Chiara alabar a su profesora de historia y cómo se las arreglaba para conseguir que sus alumnos se interesasen por los acontecimientos sobre los que leían en clase, que ese día habían sido los de los primeros siglos de la República romana. Por primera vez, Chiara pensaba en lo distinta que era la gente del pasado en comparación con ella.

—Si querían, podían matar a sus hijos —dijo horrorizada porque un padre romano tuviera el derecho a destruir a un vástago no deseado o reconocido—. Por lo que ha dicho, parece que podías ir a cualquier montón de basura, coger un bebé y llevártelo a casa si aún estaba vivo.

—¿Y qué hacían con ellos? —preguntó Raffi, que acababa de levantar la vista del plato.

—Criarlo como si fuera suyo —respondió Chiara.

Raffi, demostrando que había aprendido una o dos cosas de su madre sobre el don de la oportunidad, añadió:

—O como esclavo.

Sin hacer caso de su hermano, Chiara miró a su padre, que estaba sirviéndose más *gnocchetti di zucca*, y se abalanzó sobre él con una sonrisa relajada.

—Siento decirte que tú no habrías tenido trabajo, *papà*.

—¿De verdad? ¿Y eso por qué? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—No había policía —anunció ella—. Imagínate: un millón de personas en una ciudad sin polis.

Dejó que todos los presentes lo meditasen, y luego preguntó:

—¿Qué hacía la gente si les pasaba algo malo?

—¿Todavía no os lo ha explicado la profesora? —replicó Brunetti.

Chiara, que estaba bebiendo agua, negó con la cabeza.

—Creo que os contará que el único recurso era contratar a un abogado para que denunciase a tu oponente, a alguien como Cicerón. En caso contrario, si alguien te acusaba a ti de algo, lo contratabas para que te defendiera.

—¿Y si no podías pagar? —preguntó—. *Papà*, tú estás siempre leyendo sobre estas cosas: ¿qué pasaba? ¿Qué hacía la gente?

Con la esperanza de recordarle la frase con la que había empezado, que entonces la gente era muy distinta, dijo:

—La mayoría no pensaba así, cielo. O aguantabas todo lo que te ocurriese, o te tomabas la justicia por tu mano.

—¿Qué significa eso? —preguntó Chiara sin disimular que no comprendía.

—Lo mismo que significa ahora —interrumpió Paola—. O castigabas a la persona que te había causado los problemas que fuesen, o le pagabas a alguien que lo hiciese por ti.

—Pero eso es una locura —protestó Chiara—. No se puede vivir así.

Brunetti quería advertirle de que hoy en día en su propio país había muchas personas que aún vivían de ese modo, pero prefirió contestar con un silencio amable. Le lanzó una mirada a su esposa.

—Chiara, he hecho la *ciambella* que te gusta tanto —dijo Paola en lugar de lo que pensaba responder.

La promesa de postre todavía conseguía apartar a su hija de sus ideas sobre justicia social.

—¿La de calabaza y pasas?

Paola asintió.

—Está en el alféizar, ya se habrá enfriado. Si tú vas a por ella, yo saco los

platos.

Dicho eso, Paola se levantó y empezó a recoger los sucios. Al inclinarse para coger el de su marido, asintió con la cabeza y le regaló una sonrisa forzada y llena de dientes, y después siguió a su hija hasta la cocina.

Más tarde, leyendo en la cama el uno junto al otro, Paola se volvió hacia él.

—¿La cifra que ha dicho Chiara era correcta? —preguntó.

—¿La de habitantes de Roma?

—Sí.

—Es la que yo he leído —respondió Brunetti.

Se colocó *Antígona* boca abajo sobre el vientre, a pesar de que estaba impaciente por continuar la lectura. Al parecer, el único momento que tenía para leer como está mandado era justo antes de irse a dormir. Ni que decir tiene que era mala idea, porque normalmente estaba tan cansado que se dormía enseguida; pero era cuando no lo reclamaban para otras cosas y al menos podía concentrarse en la página.

Paola hizo lo mismo con su libro —él no sabía qué leía— y juntó las manos sobre la cubierta.

—Un millón de personas sin leyes —dijo, y cerró los ojos como para imaginarlo mejor.

—Es casi imposible de creer —convino Brunetti.

Paola se volvió hacia él.

—Me alegro de que me parases los pies.

Estiró la mano y le tocó el brazo.

—¿Te refieres a que no te he dejado sermonearnos?

—Sí. Ni decir algo incendiario del tipo «y ahora lo hacemos sesenta millones».

—Eso es más polémico que incendiario —observó Brunetti con sequedad—. En cualquier caso, Chiara no te habría hecho caso. Ese tema no le interesa a nadie, y menos a los jóvenes.

—¿Qué tema?

—La política.

Ella se volvió a mirarlo a la cara.

—Guido, que tenemos dos hijos.

—¿Esperas que diga algo solemne en plan «alguien tiene que intentarlo»?

Paola cerró el libro y lo dejó en la mesita de noche.

—El hombre con el que me casé lo diría —respondió tras reflexionar en serio sobre la pregunta.

—Antígona lo dijo y acabó ahorcándose en una cueva.

—El hombre con el que me casé lo diría —repitió ella.

Brunetti le dio la vuelta al libro, pero no lo levantó. Miró hacia el cuadro que colgaba de la pared entre las dos ventanas, pero con la poca luz que le llegaba costaba verlo con claridad. Era un pequeño retrato del siglo XVII de un veneciano, tal vez un mercader, que Paola había encontrado en una tienda de segunda mano. Lo había hecho restaurar y se lo había regalado por su vigésimo aniversario de boda.

El hombre, de expresión y atuendo sobrios, observaba al espectador como calculando su valor. A su derecha se veía una mesa con un jarrón de color verde oscuro donde había un gladiolo, que, según le había explicado ella, era el símbolo del honor y de la constancia. Brunetti contempló al hombre e imaginó que él podía devolverle la mirada; la luz de la mesilla le sería de ayuda.

—Sí, lo habría dicho —reconoció él al final.

Cogió el libro y continuó leyendo, ansioso tras un descanso de veinte años por escuchar lo que Antígona opinaba sobre la obligación de acatar las leyes. Qué refrescante le resultaría a un hombre que llevaba los últimos veinte años tratando con personas cuyo único interés era burlar la ley.

Paola dio media vuelta y apagó la luz de su mesilla.

La tarde siguiente, cuando Brunetti fue al despacho de la *signorina* Elettra, percibió la tensión nada más entrar, incluso antes de ver al teniente Scarpa inclinado ante ella, apoyando su peso con las manos en la mesa. Alargaba el cuello de forma extraña, acercándole la cara.

—¿O acaso me equivoco, *signorina*? —le oyó decir.

La *signorina* Elettra se volvió hacia el *commissario*, pero no antes de que él hubiera identificado lo que revelaba su expresión: desprecio, rabia y tal vez incluso miedo. Le cambió la cara al verlo.

—¿Por qué no se lo preguntamos al *commissario*, teniente? —propuso con tono demasiado alegre—. Seguro que él sabe más del tema que yo.

—¿De qué se trata, *signorina*? —preguntó Brunetti, que reconoció la presencia de Scarpa con un gesto de la cabeza que pasaba por educado.

Scarpa se irguió y con la mano hizo un movimiento casi de ballet que debía servir para acatar el rango superior del *commissario*.

—La *signorina* Elettra y yo tratábamos de establecer de qué modo podría haber salido de la *questura* cierta información privilegiada —respondió el teniente, y sonrió a la *signorina* Elettra como si le pidiera su aprobación para la explicación que acababa de ofrecer.

—Vaya —contestó Brunetti con desinterés intencionado.

Se dio cuenta de que la joven se relajaba un ápice al oír su tono de voz y preguntó:

—¿Y el farmacéutico?

—No hay nada muy interesante, *signore*, lo siento.

Cuando Brunetti era pequeño, la familia tenía un perro sin pedigrí y, como la tarea de pasearlo era suya, había aprendido lo que significaba cada mirada por encima del lomo y cada tirón de la correa. Por eso y por su voz, supo que ella estaba tirando de la correa, desesperada por marcharse a otro lugar.

Quiso darle la oportunidad de hacerlo.

—Gracias, *signorina* —dijo con el tono de voz que un superior emplea con sus subordinados—. Ayer averigüé algunas cosas y he tomado notas. Quizá podría subir a mi despacho a por ellas y añadirlas a su informe.

Era una excusa mala y muy obvia, pero no por eso dejaba de ser una petición de un superior, así que a ella no le quedaba más remedio que levantarse de la silla.

—Bien, así podré terminarlo ya, *commissario*, y pedirle al *vicequestore* que le eche un vistazo.

«Como si a Patta le importasen un bledo los informes», pensó mientras le aguantaba la puerta del despacho a la *signorina* Elettra. Como lo incomodaba dejar a Scarpa allí solo, se quedó mirando al teniente para dejar claro que esperaba que saliese con ellos.

Scarpa debió de darse cuenta de que no tenía otra opción que marcharse, así que los siguió y entendió el cabeceo de Brunetti como permiso para pasar por

delante de él. El *commissario* cerró la puerta y, seguido de la *signorina* Elettra, empezó a subir la escalera. A su espalda, el teniente Scarpa llegó hasta el final del pasillo y giró a la izquierda.

En su despacho, Brunetti se acercó al escritorio y se sentó en el borde.

—¿Quiere contarme de qué habla el teniente? —preguntó con amabilidad.

Supo que ella había sopesado y descartado la idea de preguntarle a qué se refería.

—Ya lo había mencionado antes, *commissario*. Seguro que usted ya lo ha oído.

—¿Lo de las filtraciones?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Sabe qué es lo que se ha filtrado? —preguntó Brunetti.

—Dice que alguien ha divulgado el nombre de una persona a la que interrogamos.

—¿A quién?

—No lo ha dicho, sólo que se ha filtrado el nombre de un sospechoso.

—¿Cómo?

—Tampoco lo ha dicho.

—¿Eso es todo?

—Según parece, el teniente cree que con eso sobra.

—¿Para qué?

—Supongo que para acusar a alguien: lo que más le gusta.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta —admitió Brunetti—. ¿Usted sabe algo del tema?

Ella levantó la barbilla y apretó los labios. Sólo le faltaba esconder las manos detrás de la espalda y balancearse para parecer una niña nerviosa a la que hubieran pillado haciendo lo que no debía.

—Sí —contestó al final.

—¿Yo debería saberlo?

—Todavía no —respondió al cabo de un buen rato.

Brunetti prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Se puede conseguir una lista de los pacientes registrados en la farmacia del *dottor* Donato?

—Diría que sí. Por lo menos, de la gente que le ha comprado medicamentos

con receta.

—En ese caso, échele un vistazo, por favor. Y también quiero saber qué es lo que les recetan.

—¿Busca algún medicamento en particular? ¿Alguna enfermedad? —preguntó ella.

Eso le dio a Brunetti una ligera idea de las categorías de información que ella podía proporcionarle.

—Cualquier cosa cara que les recete a los ancianos —respondió Brunetti, y vio una chispa de curiosidad en la mirada de la secretaria—. Sobre todo si están en tratamiento para algo que les afecte a la memoria o las facultades mentales.

Ella asintió.

—¿Podrá hacerlo?

Lo miró, pero enseguida bajó la vista con modestia, como si fanfarronear le pareciese indecoroso.

—Puedo acceder a una gran variedad de información, *signore* —respondió al final.

Brunetti iba a ahondar en ello, pero se reprimió por precaución; era mejor no conocer el alcance de sus poderes. Se llevó la mano a la boca y convirtió la pregunta en un arranque de tos. Al parar, puso cara seria.

—Eso esperaba.

23

Poco después de que se marchase la *signorina* Elettra, Vianello dio unos golpecitos con los nudillos en la puerta de Brunetti y entró sin esperar a que le diese permiso. El *commissario* le señaló su asiento habitual.

—¿Has visto a la *signorina* Elettra al subir?

—No —respondió Vianello—. Pero de eso vengo a hablarte.

Brunetti se sorprendió.

—¿De ella?

—Sí —contestó el inspector, y añadió—: Y de lo que la preocupa.

—Por lo que he visto, diría que es el teniente Scarpa.

Vianello levantó las manos y se miró las palmas.

—Sí, ya sé que eso es lo que parece.

—¿Quieres decir que en realidad se trata de otra cosa?

—Más o menos —contestó Vianello.

Brunetti respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—¿Puedes decirme lo que está pasando pero sin hablar en clave?

—Es un poco confuso, Guido.

Brunetti permaneció en silencio, así que el inspector continuó:

—Hace unas semanas, uno de mis confidentes me avisó de que había oído que alguien de la *questura* había hablado de un sospechoso que habíamos soltado por falta de pruebas sabiendo que era culpable.

Vianello alzó la mano y le mostró la palma a su amigo para indicar que no había acabado.

—Cuando le pregunté de qué hombre y de qué delito se trataba, me contestó que no sabía nada y que sólo había oído hablar del tema en un bar.

Vianello frunció los labios y enarcó las cejas con escepticismo.

—Le dije que se olvidara del asunto, que no me interesaba. Pero hace una semana, más o menos —prosiguió el inspector, de pronto con un tono más serio—, me contó que el rumor le había llegado de nuevo, sólo que esa vez habían mencionado el nombre del tipo al que habíamos soltado.

Brunetti estiró el brazo y posó los dedos sobre un portaminas. Lo cogió y pulsó el botón hasta que la mina apareció. La estudió un momento y después pulsó el botón de nuevo y empujó la mina al interior con el dedo. Levantó la mirada.

—¿Quién? —preguntó.

—Costantino Belli.

Brunetti abrió mucho los ojos y dejó el portaminas sobre la mesa.

—¿Dónde está?

—Lo último que supe de él, hará un par de semanas, es que había salido del hospital y estaba en casa. Bueno, en la de su madre.

—Ya, la madre —dijo Brunetti.

Vianello cruzó las piernas y movió el pie de arriba abajo.

—No sé si debería decirlo, pero no tenemos pruebas convincentes de que hiciese nada.

—Pruebas convincentes —repitió Brunetti—. No, pero podemos deducir la verdad.

Vianello vaciló un momento, luego dijo:

—Los jueces no condenan a las personas a partir de deducciones, Guido. Prefieren los hechos.

Brunetti sonrió.

—¿No te había advertido que no usases el sarcasmo, Lorenzo? Sólo sirve para enfadar a la gente.

—Lo siento —respondió Vianello—, he perdido la cabeza un instante.

—Lucia Arditi pasó tres días en el hospital tras la agresión —dijo Brunetti con tensión en la voz—. Según los médicos, la habían violado y le habían provocado quemaduras con un cigarrillo. Ocurrió en su apartamento. En su cama.

Se dio cuenta de que estaba encolerizándose e hizo una pausa hasta que sintió que podía continuar.

—Lorenzo, ya leíste lo que dijeron los del equipo de la ambulancia cuando acudieron: ella admitió que la habían violado.

—Más tarde lo cambió y afirmó que había sido consentido —repuso Vianello de inmediato, y sonó casi como un abogado de la defensa.

—¿De qué lado estás? —preguntó Brunetti.

Vianello cruzó los brazos y miró a su compañero.

—Lo siento, Lorenzo —se disculpó el *commissario*.

El inspector se encogió de hombros.

—Es un cabrón violento, Guido. Tú lo sabes, y yo también. Lo sabemos por lo que le hizo a Lucia Arditì. Y no cabe duda: fue él.

Esperó hasta que su amigo asintió antes de proseguir:

—Pero un juez diría que eso es sólo lo que nosotros creemos que le hizo a Lucia Arditì, porque ella ha declarado que él no la agredió.

Vianello le dio a Brunetti la oportunidad de protestar, pero éste siguió callado.

—Después, el juez diría que, ante el testimonio repetido de la víctima y la falta de pruebas, ni se le ocurriría acusar a Belli.

Al ver que Brunetti tampoco discutía ese punto, siguió con su exposición:

—Ella declaró que se habían acostado esa noche, y que se lo había contado a sus contactos de Facebook, ¿te acuerdas? «Por los viejos tiempos» —citó con un tono distinto, y miró al *commissario* a los ojos—. Tú mismo lo leíste, Guido. Se lo contó a todos; después de decir que Costantino estaba en la ducha, escribió que había hecho muy bien en romper con él.

Hizo otra pausa, casi como si quisiera darse tiempo a sí mismo y a Brunetti, ambos de otra generación, para comprender que una persona pudiera escribir semejante cosa de forma pública.

—Cuando llegó al hospital... —empezó a decir el *commissario*.

—Da igual lo que pensase el médico o lo que ella dijera cuando la atendieron, Guido. Ante la policía declaró que fue una relación consentida.

Brunetti abrió la boca para decir algo, pero Vianello lo interrumpió:

—Lo único que importa es lo que dijo y sigue diciendo. Cuando él se marchó, se fue a dormir, y al despertar vio que había sangre en las sábanas. Llamó al número de emergencias y le enviaron una ambulancia.

—¿Y la quemadura de cigarrillo? —exigió saber Brunetti.

—Ella insistió en que fue un accidente —respondió Vianello con tensión en la voz.

—¿Y el mensaje de la madre de Costantino? —preguntó Brunetti, pero sin mostrar curiosidad, pues el asunto se había resuelto hacía tiempo.

—Eso también lo leíste, Guido. Le envió un mensaje de texto a la joven para desearle que se recuperase pronto y para decirle que los amigos de Costantino tenían ganas de ver los vídeos que él había grabado. —Vianello levantó la mano a modo de advertencia y añadió—: La *signorina* Elettra no estaba autorizada para entrar en el servidor de telefonía. Es un dato que conseguimos de manera ilegal.

—De todos modos, era inútil —admitió Brunetti, aunque a regañadientes—. La vieja no decía qué tipo de vídeos eran. Si se lo preguntásemos, diría que eran de la primera comunión de Costantino o algo así.

Se puso de pie, se acercó a la ventana y miró al otro lado del canal. Pero allí no vio nada que lo calmase, así que regresó a la silla.

—¿Es porque los dos tenemos hijas? —preguntó a Vianello.

—Es porque los dos somos humanos —contestó el inspector.

Brunetti dejó la especulación atrás.

—¿Y ese segundo hombre que estaba hablando mencionó a Belli?

Vianello asintió de nuevo.

—Sí. Hablaban de lo que le había ocurrido. Unos cuantos se rieron y dijeron que seguramente se merecía una buena paliza; entonces otro comentó que había oído que alguien de la *questura* había dicho que él era el tipo al que habían interrogado por lo de Lucia Arditì.

Hizo una pausa para que Brunetti comentase o formulara alguna pregunta. Al ver que no era así, prosiguió:

—Está esperando a que le pague algo para acordarse de quién lo dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—Eso es lo que he venido a preguntar.

—¿Qué opciones tienes? —insistió Brunetti.

Vianello estiró los brazos.

—Creo que lo mejor sería dejar el tema. Que yo le diga que no le creo y que no nos interesa.

—Pero antes parecías interesado —contestó Brunetti con tono neutral.

—Piénsalo, Guido —repuso Vianello con tranquilidad.

—Lo he pensado.

Se miraron a los ojos. Brunetti apretó los labios y respiró hondo dos veces sin decir nada. Ambos sabían que la *signorina* Elettra había leído el informe de la ambulancia y lo que Lucia Ardití les había dicho a los técnicos al principio, aunque más tarde se hubiera retractado de esa versión; y también que ella había dado con el mensaje de texto que le había enviado la madre de Belli a la chica. Era normal que Vianello quisiera decirle a su confidente que no se creían que hubiera habido una fuga de información en la *questura*.

—Vaya, vaya, vaya —susurró Brunetti para sí.

Contempló la pared y pensó en lo que sabía de la *signorina* Elettra y lo que no. Se quedó observando el vacío un buen rato, hasta que supo qué era lo correcto.

Rompió el supuesto tabú de que los padres no deben interesarse por la sexualidad de sus hijos para rezarle al protector de los jóvenes y suplicarle que el primer amante que Chiara tuviese fuera un buen chico que la amase. No tenía que ser inteligente ni rico ni guapo ni poseer características principescas; con que fuera un buen chico que amase a Chiara, le bastaba.

Se echó hacia delante, tecleó el nombre de Belli en el ordenador y buscó el informe del hospital que no se había molestado en leer. Algo más de tres meses antes, habían hallado al joven en la calle y lo habían llevado a Urgencias a la una y media de la mañana. Tenía múltiples golpes en la cara, la nariz rota y el cartílago desgarrado. Al parecer, le habían dado patadas en la entrepierna y tenía un testículo magullado. También tenía el hombro dislocado, aunque no había ningún cardenal que indicase si era resultado de una caída.

Brunetti apartó la mirada de la pantalla e hizo memoria de en qué había consistido la intervención policial. No los habían avisado hasta el día siguiente, cuando recibieron una llamada del hospital. Belli, que había recuperado el conocimiento, había dicho que volvía a casa cuando oyó pasos a su espalda; después de eso, no recordaba nada más hasta que despertó en el hospital. El hecho de que aún tuviera la cartera en el bolsillo trasero del pantalón restaba puntos a la teoría del atraco, pero, al ver que se trataba de Belli, Brunetti había sospechado que la agresión estaba vinculada a la violación de Lucia Ardití, que había sucedido más de seis meses antes.

Indagando con discreción habían averiguado que los padres de la chica, propietarios de una fábrica de zapatos a las afueras de Treviso, estaban en una feria industrial de Milán la noche que Belli fue agredido, mientras que la chica y su hermano habían ido a visitar a un tío suyo que vivía en España.

El policía que había interrogado a Belli le había preguntado si había alguien que tal vez quisiera hacerle daño, a lo que contestó que no tenía enemigos. El caso quedó así: sin llegar a nada y sin caer en el olvido. Brunetti recordaba haber pensado que había pasado mucho tiempo desde la violación de Lucia Arditì. La venganza, decía el adagio, era un plato que se servía frío, pero en el mundo real las cosas no sucedían así. La venganza carecía de paciencia y solía ser rápida, impulsiva y de una obviedad ridícula. Era más probable que la persona o personas que habían agredido a Belli —y Brunetti se recordó que daba por sentado que se trataba de una venganza— tuvieran un motivo más reciente para agredirlo. Sabía, por la experiencia que había adquirido tratando con gente que se dedicaba a la violencia, que unos profesionales lo habrían hecho mucho mejor: Belli habría conocido a fondo el significado del dolor y las paredes de la habitación del hospital, porque habría tenido las piernas enyesadas y no habría podido marcharse a casa de su madre transcurridos tan sólo dos días.

Por algún motivo, Brunetti se acordó de cómo la *signorina* Elettra se había distanciado de cualquier mención de las supuestas filtraciones de la *questura*, cuando lo normal habría sido que se abalanzase sobre el rumor con hambre y curiosidad. Le vino a la memoria lo incómoda —o nerviosa, se podría decir— que se había mostrado ante el teniente Scarpa.

Aceptando por fin algo de lo que no había querido hacer caso —es decir, la expresión de la *signorina* Elettra— y admitiendo que ésta era de miedo, Brunetti se levantó y se dispuso a hacer lo que no había querido hacer.

La *signorina* Elettra lo recibió con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarle, *commissario*?

Por primera vez en todos esos años, Brunetti oyó, o se forzó a oír, un matiz medroso en la pregunta. Respondió con una sonrisa y, de camino a la mesa, se recordó que debía relajar los hombros. Entonces se dio cuenta de que estaba demasiado próximo a ella, así que giró y fue hasta la ventana para admirar las

flores, ésas cuyas corolas parecían compuestas de cientos de pétalos estrechos. No recordaba su nombre. Fue a la otra ventana y se apoyó en el alféizar.

—¿Sabe algo del farmacéutico? —preguntó para continuar ganando tiempo.

La pregunta pareció tranquilizarla; de pronto se le animó el rostro y reactivó la pantalla del ordenador.

—Sí —contestó ella con satisfacción, aunque no se la veía en absoluto relajada.

Pulsó varias teclas y lo invitó a echar un vistazo.

—Lo que confunde es la geografía.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él, que había relegado a Belli, a Scarpa y a Lucia Arditi a un segundo plano.

Se colocó al lado de la *signorina* Elettra y miró la lista de nombres en orden alfabético que ella le señalaba.

—Éstos son los clientes de más de setenta años que tiene el *dottor* Donato. Hay ciento veintisiete —apuntó antes de que él pudiera contarlos.

Pulsó otra tecla y apareció la misma lista con dos columnas a la derecha de los nombres.

—Aquí se ven los medicamentos que toma cada uno de ellos y las enfermedades para las que se suelen recetar.

Brunetti vio que muchos tomaban los dos mismos fármacos, que se usaban para tratar el párkinson y el alzhéimer.

—Deje que le cuente lo de la geografía —propuso la secretaria antes de que Brunetti le preguntase qué veía ella en las listas que él no percibía.

Entonces apareció una lista más corta, y el *commissario* calculó que había unos cincuenta nombres. Otra columna llevaba el título de «Kilómetros» y una tercera el de «Paradas de *vaporetto*». Brunetti estudió la página unos instantes y se percató de que más de la mitad de los nombres iban acompañados de una clasificación —o eso le pareció a él— de al menos cuatro kilómetros, y todos éstos tenían al menos siete paradas de *vaporetto*.

La *signorina* Elettra lo miró y sonrió.

—Deje que añada una cosa, *signore* —propuso, y pulsó una tecla.

La lista corta apareció de nuevo con una cuarta columna: «Dirección». Más o menos la mitad de las personas incluidas, una de las cuales era la *signora* Gasparini, vivían en Dorsoduro, mientras que la mayoría de los demás vivían en

Castello.

Brunetti contempló la lista antes de mirar a la *signorina* Elettra.

—Y eso que la farmacia del *dottor* Donato está en Cannaregio —dijo el *commissario*.

—Todos tienen más de setenta años, algunos más de ochenta, y casi todos tienen que trasladarse o enviar a alguien al otro lado de la ciudad para recoger las medicinas.

—No tiene sentido, ¿verdad?

—No, a no ser que en la farmacia del *dottor* Donato les den algo especial.

—O que él reciba algo especial de ellos —sugirió Brunetti—. ¿Cómo se ha dado cuenta de esto? —preguntó al ver la sonrisa de la secretaria.

—Cuando yo era pequeña, vivíamos en Cannaregio, cerca de San Leonardo. Recuerdo que vivíamos en el número 1400, así que al ver la dirección pensé que tenía que estar por ahí arriba, casi en el Ponte delle Guglie, no cerca de Rialto. Los de Dorsoduro no irían hasta allá, y mucho menos los de Castello. Al menos no para ir a la farmacia, eso está claro. Ahora fíjese en esto, *signore*.

Alzó la mano derecha, suspendió los dedos sobre el teclado durante un segundo como un pianista esperando el silencio del público, los bajó despacio y tocó tres notas: clic, clic, clic. Entonces se recostó en la silla para permitir que Brunetti viese la pantalla.

Esta vez había sólo dos listas: los pacientes en orden alfabético y el nombre de su médico. No obstante, allí no cabía ordenar nada, pues sólo había uno: el de la *dottorissa* Carla Ruberti, y sus dos consultas, una en Dorsoduro y otra en Castello.

Dejó que él asimilara la importancia de lo que acababa de ver.

—No se preocupe, *commissario*, lo he imprimido todo. ¿Qué pasa? —preguntó al ver que su expresión no cambiaba.

Él se alejó un paso y señaló la pantalla.

—No había venido a hablar de esto, *signorina*.

Ella se quedó helada. Le duró apenas un segundo, al cabo del cual volvió a la normalidad, pero Brunetti se había dado cuenta.

El *commissario* cambió de postura sin saber cómo abordar la situación.

—¿Qué ha pasado? —soltó de pronto por lo mucho que confiaba en ella.

—¿Disculpe?

—Con Belli. ¿Cómo se ha filtrado su nombre?

Había usado un oración impersonal como si el nombre del sospechoso hubiera salido de allí volando a lomos de un ángel, lo que le proporcionaba a ella la oportunidad de mentir si quería.

La secretaria lo miró, apartó la vista y regresó a él antes de tocar el teclado. Brunetti sólo veía una franja fina de la pantalla, pero le bastó para saber que se quedaba en negro. La *signorina* Elettra enderezó la espalda y juntó las manos en el regazo.

—Unos amigos míos tienen una hija —explicó, pero se detuvo a toser y se miró las manos—. Tiene diecinueve años y la conozco desde que nació. Es muy maja, muy inteligente, y siempre me ha llamado *zia* Elettra.

Era como si estuviera hablándose a las manos.

—Hace unos meses fui a cenar con sus padres. Ambos estaban raros, tensos. Les pregunté si pasaba algo y me dijeron que estaban preocupados por Livia, que tenía un novio nuevo y que las cosas que les explicaba de él los inquietaban.

—¿Qué le contaron a usted?

—Que él la controlaba completamente. Que ella esperaba en casa sin salir hasta que él la llamaba y que, como él no quería, ya no salía con sus amigas.

Brunetti asintió sin decir nada.

—Livia ya me había contado cosas de sus novios en alguna ocasión, pero era la primera vez que yo oía hablar de ese chico. Entonces Lino comentó que se llamaba Costantino y me dije que debía mantener la calma: debía de haber muchos en la ciudad.

Separó las manos y estiró los dedos antes de entrelazarlos de nuevo.

—¿Pero? —aventuró Brunetti.

—Pregunté cómo se apellidaba, y me lo dijeron.

El *commissario* vio cómo apretaba los labios como si aún estuviera en aquel restaurante y hubiera preferido callarse.

—Al verme la cara, preguntaron si pasaba algo.

Miró a Brunetti, y él le descubrió un gesto de desafío en el rostro. El *commissario* retrocedió dos pasos y se apoyó en el alféizar. Cruzó los brazos y esperó.

—La conozco desde que nació —reiteró ella.

El *commissario* se dio cuenta de que una mano se aferraba a la otra con

fuerza. Pensó —aunque en realidad lo esperaba— que eso último que había dicho era para preparar su defensa, para explicar las obligaciones que había contraído con la chica, para confesar que se le había escapado sin querer, que la sorpresa había sido tan grande que no sabía lo que decía y no podía pensar en sus responsabilidades profesionales.

—Así que se lo conté. Les hablé de Lucia Arditì, de lo que él le hizo y de cómo ayudó su madre. Les dije que eran de esa clase de gente.

Brunetti reflexionó un momento.

—¿Y cuándo lo agredieron?

—Tres semanas después. No me lo podía creer. Pero en realidad no me sorprendió —añadió enseguida como si la Verdad le recordase con quién estaba hablando.

—¿Ha visto a sus padres desde que cenó con ellos?

—No.

—¿Cree que fue su familia?

Ella levantó la mirada.

—¿Cree que me habrían llamado para contármelo? —dijo al ver la expresión del *commissario*.

—¿Y la chica? —repuso él sin hacer caso.

—Ya se lo he dicho: no he visto a ninguno de los tres ni sé nada de ellos desde aquel día. —Separó los dedos y agitó la mano—. Puede que no los vea nunca más.

—No sea melodramática, *signorina* Elettra —dijo Brunetti sin pensar.

Ella hizo una mueca de vergüenza.

—Lo soy, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

Brunetti se encogió de hombros y se volvió hacia la ventana, que estaba al otro extremo del edificio que la suya. También tenía vistas al canal, pero desde otra planta y otro ángulo. La imagen era distinta: veía lo mismo, pero desde allí parecía completamente diferente. Creonte le había dicho a Antígona que las órdenes eran órdenes y debía obedecerlas sin importar si eran grandes o pequeñas, correctas o incorrectas.

—No lo sé —dijo—. Envíeme esas listas, por favor.

Salió del despacho y regresó al suyo.

24

Cuando llegó, su conciencia y él habían hecho un pacto. La *signorina* Elettra había actuado por instinto para salvar del peligro a alguien a quien quería. Claro que no era lo mismo empujar a alguien para apartarlo de la trayectoria de un coche que hacerlo y además provocar que el conductor tuviera un accidente. Aunque apreciaba la diferencia, se dijo que ya había pasado. Había tomado una determinación: la decisión de la *signorina* Elettra quedaría entre ellos dos y, con el tiempo, el tema desaparecería gradualmente de la memoria colectiva de la *questura*.

Casi convencido del asunto, resolvió continuar con lo que tenía entre manos: necesitaba hablar con Griffoni sobre los vales y hacerse una composición más completa de la farmacia y del farmacéutico.

Mientras subía la escalera de camino al despacho de su compañera, reflexionó sobre el hecho de que muy pocos de sus colegas eran tan astutos como Claudia, y menos aún tan ingeniosos. Su capacidad para convertirse en la persona que mejor comprendería a un testigo o a un sospechoso era sobresaliente, igual que la facilidad con la que adaptaba su modo de hablar — pronunciación, entonación, referencias— para acercarlo al de ellos de manera casi indetectable. Una vez había conseguido eso, procedía a aprobar sus ideas y prejuicios con sonrisas y cabeceos casi imperceptibles. Brunetti nunca identificaba el instante preciso en el que ella se convertía en un *alter ego* de esas personas, aunque muchas veces había presenciado el momento en el que se deshacía de la piel de cordero y recuperaba su carácter cáustico e implacable.

La encontró en su despacho, recostada en la silla, escuchando a alguien por teléfono. Estaba sentada de lado junto a la mesa, así que lo vio llegar. Sonrió,

levantó dos dedos y, en cuestión de segundos, el ritmo de sus respuestas empezó a indicar impaciencia. Su interlocutor no resistió mucho tiempo y la conversación terminó. Griffoni se puso de pie y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Existe aún el mundo exterior? —preguntó.

Brunetti asintió con la cabeza y alzó los brazos como hacen los hombres que dirigen los aviones hacia los lugares donde deben estacionar en el aeropuerto. Dio varios pasitos hacia atrás y, una vez fuera, le hizo una señal para que saliese y lo acompañara. Ella obedeció de buen grado.

—Vamos hasta la farmacia —le propuso, y le entregó los vales que habían encontrado en el cajón de Tullio Gasparini.

—Ay, qué bien —respondió con falso entusiasmo—. Llevo semanas queriendo un pintalabios nuevo; a lo mejor me lo compro con los vales de la tía Matilde.

Hacía un día muy agradable, así que decidieron caminar hasta Vallarezzo, coger el número 2 hasta San Marcuola y continuar a pie desde allí. Aun a esas alturas de noviembre, la Riva degli Schiavoni estaba atestada, y Brunetti pensó en lo vacía que habría estado hacía tan sólo unos años. Como se había prometido no refunfuñar por los horribles cambios que la ciudad estaba padeciendo, se contentó con hablarle a Griffoni sobre los lugares por los que iban pasando. El *vaporetto* que había volcado años atrás durante una tormenta; ya no recordaba cuánta gente había muerto al quedar atrapada en el interior. A medida que se acercaban a San Marco, le habló de los *Sette Martiri*, los hombres que los alemanes fusilaron durante la guerra como represalia por la desaparición de un soldado alemán que, al parecer, había caído al agua borracho y se había ahogado.

Ella se encogió de hombros como sólo podría hacerlo alguien cuyos abuelos habían sobrevivido a una guerra.

—Eso mismo le ocurrió a un tío abuelo mío. Tenía once años —relató—, pero no le han puesto su nombre a nada.

Bajaron por el puente y decidieron atravesar la *piazza* antes de coger el *vaporetto*. Se adentraron en mitad de aquella gloria al aire libre, y Griffoni se volvió a contemplar la fachada de la basílica.

—La primera vez que vine a Venecia —dijo cuando Brunetti se detuvo a su lado— debía de tener diecisiete o dieciocho años, porque era una excursión del

instituto. Estuve aquí plantada una hora dando vueltas para verlo todo. Una y otra vez: la biblioteca, las columnas, la basílica, la torre del campanario. Y ahora de vez en cuando hasta cruzo la plaza casi sin prestar atención.

—Nos ocurre a todos —contestó él, y apartó la mirada de la arquitectura y reemprendió la marcha hacia la calle que conducía a la parada de Vallarosso.

—Mi casera está jubilada, debe de tener casi setenta años —empezó a decir Griffoni—. Toda la vida ha dado clase a niños pequeños, pero, ahora que ya no trabaja, se pasa el día paseando por la ciudad con su marido.

—¿Es veneciana?

—Tanto como tú.

—¿Y sólo mira?

—Sí. Dice que todos los días encuentra algo nuevo, y que visitan lugares que recuerdan de la juventud.

—¿Lleva alguna guía?

—No, yo también se lo pregunté. Dice que, simplemente, abre bien los ojos. Y que nunca baja la mirada. Cuando hay demasiados turistas, va a Castello o a Santa Marta, o a cualquier parte donde no haya tantos. Se fija en las cosas y siempre da con algo nuevo.

—¿Y luego?

—Por lo que me ha dicho, ella hace la cena cuando regresan a casa y después ven la televisión.

—Alabado sea Dios por que pase el día viendo la ciudad.

Griffoni se detuvo en seco y lo miró.

—¿Alabado sea Dios?

—No te asustes, Claudia: es algo que decía mi madre.

—Ah, bueno —contestó ella, y continuó caminando.

Subieron a un número 2 que estaba a punto de salir. Hacía un viento suave, así que entraron en la cabina y fueron hasta el fondo.

—¿Cómo procedemos? —preguntó Brunetti cuando se hubieron sentado.

Griffoni contempló los edificios que iban pasando.

—Yo podría ser la sobrina, ya sabes, la de Nápoles, con un fuerte acento napolitano.

A medida que hablaba, su acento se alejó del italiano elegante que hablaba habitualmente y se aproximó a una variedad sureña del mismo idioma: una en la

que las vocales tendrían que escribirse de otro modo. Sin dejar de mirar por la ventana, planeó su actuación:

—Vengo de visita dos o tres veces al año y esta vez *zia* Matilde me ha dado vales para que me compre algo y me ponga guapa.

Brunetti estuvo a punto de decir que para eso no necesitaba su ayuda.

—Yo entro contigo y me pongo a buscar algo que comprar. Me gustaría oír y ver todo lo que pueda de la escena —prefirió decir.

Griffoni asintió con aprobación.

—Quizá es mejor que les diga que es todo para ella. —Sonrió de oreja a oreja y añadió—: Lástima que no se me haya ocurrido hacer una lista de la compra con letra ornamental y temblorosa, porque así parecería más auténtico.

—Seguro que te las apañas —dijo él justo cuando el *vaporetto* llegaba a la parada.

Tres personas desembarcaron con ellos. Pasaron por detrás de la iglesia hasta San Leonardo y giraron a la izquierda. Según se acercaban a la farmacia, Brunetti hizo tiempo para que Griffoni entrase sola. Se detuvo a echar un vistazo a las máscaras de la tienda contigua y miró cada una con la misma cara con que miraba a los turistas: con distancia, desinterés y cierto desagrado.

Dejó pasar unos minutos antes de entrar. Griffoni estaba sola junto al mostrador, hablando con la dependienta. Había tenido tiempo de hacer la compra: junto a la caja registradora, Brunetti vio tres pintalabios y otros objetos pequeños que no identificó. En ese momento le entregaba el vale a la joven.

La chica lo cogió y lo examinó, y al final miró a Griffoni.

—Usted no es la *signora* Gasparini —dijo sin ninguna inflexión especial.

—No, soy su sobrina —respondió la *commissario* suavizando las consonantes de modo que el acento napolitano cayó con todo su peso sobre el mostrador.

—Ah —dijo la dependienta—. ¿Le importa esperar un momento? —preguntó con mucha amabilidad—. Voy a buscar al *dottor* Donato.

—Por supuesto —contestó Claudia—. Mientras tanto, les echo un vistazo a las cremas faciales.

Brunetti se entretuvo mirando la seda dental y los cepillos de dientes; cogió uno y estudió las cerdas a través del envoltorio de plástico.

Un hombre mayor salió al mostrador. Era alto y robusto, tenía el pelo oscuro

y llevaba bigote. Brunetti le leyó el nombre en la placa: DOTT. DONATO.

Griffoni se había acercado con una caja de color azul claro en la mano.

—¿Puedo ayudarla, *signora*?

Brunetti colgó el cepillo donde estaba y cogió una botella de colutorio dental.

—Sí, si es tan amable, *dottore* —dijo Griffoni—. Mi tía me ha pedido que venga a comprarle unas cosas. Me ha dado unos vales para que pague con ellos —explicó con el tono cálido y afable de los sureños.

Brunetti, que no la miraba a ella, sino a la botella, estaba seguro de que su sonrisa era igual de cálida.

Echó un vistazo fugaz y vio que el vale continuaba sobre el mostrador. Justo entonces, Griffoni lo cogió y se lo enseñó al farmacéutico. Él le dio las gracias con una inclinación de cabeza y lo examinó con cuidado y las cejas enarcadas. En un rostro como el suyo, la sospecha parecía fuera de lugar: redondo y de mejillas sonrosadas, ojos grandes y marrones que contemplaban el mundo considerándolo un lugar interesante y amable. Sonrió y dejó el papel sobre el mostrador.

—¿Dice usted que es la sobrina de la *signora* Gasparini?

—Lo soy —respondió Griffoni, como si no hubiera oído el inicio de la pregunta—. Vengo de visita cada ciertos meses. No tanto como debería —añadió con un timbre afín a una culpa leve—. Pero es mi tía, y siempre me alegro de poder visitarla y ayudarla mientras estoy aquí.

El *dottor* Donato apoyó las manos en el mostrador y se inclinó hacia ella.

—No me extraña que haya gente que quiera ayudarla —dijo en voz tan baja que Brunetti apenas alcanzaba a distinguir las palabras. Hablaba con afecto y consideración—. Es clienta mía desde hace tiempo.

El *commissario*, que sabía la fecha en la que le había dispensado la primera receta a la *signora* Gasparini, bajó la mirada para continuar leyendo la etiqueta de la botella que tenía en la mano.

Se alejó de ellos hacia la izquierda y se puso a estudiar los frascos de protector solar. Un momento después había un joven farmacéutico a su lado.

—¿Necesita ayuda, *signore*?

—Sí —respondió Brunetti—. Mi esposa y yo nos vamos de crucero y me ha pedido que compre protector solar porque ha leído no sé dónde que hay que

ponérselo hasta en invierno, sobre todo en el mar. —Sonrió y añadió—: Creo que es por los reflejos.

—Así es —afirmó el farmacéutico.

Su placa también decía DOTT. DONATO. El joven le preguntó qué nivel de protección le había pedido su esposa.

Al principio, Brunetti puso cara de susto y contestó que no sabía nada del tema. Después preguntó qué recomendaría un médico. Mientras el joven explicaba la diferencia entre las distintas cremas, Brunetti echó un vistazo fugaz a Griffoni y a su farmacéutico, que parecían estar en mitad de una discusión.

—... cualquier persona —oyó que decía el *dottor* Donato, pero el resto de la frase quedó eclipsada por la voz del joven.

Sostenía un tubo amarillo.

—... cincuenta. Debería ser suficiente incluso con el sol más intenso.

Brunetti sonrió y le dio las gracias.

—Mi esposa también me ha pedido que compre aspirinas.

—¿En comprimidos o efervescentes, señor?

—Comprimidos, por favor.

Esperaba que las guardasen detrás del mostrador o en la trastienda; en cualquier parte que lo obligase a dejarlo allí escuchando la conversación entre Griffoni y el otro farmacéutico, que continuaba tras el mostrador pero ahora parecía más rígido y mucho menos afable que antes.

—Si no tiene ningún inconveniente, *signora* —oyó Brunetti—, voy a guardar el vale hasta que venga su tía.

El tono era agradable y ligero, pero su expresión no.

—Si quiere pagar los artículos que ha escogido —empezó a decir, pero dejó la frase a medias, colgando entre ambos.

—No —contestó ella amablemente—. Será mejor que mi tía decida qué hacer.

—En ese caso, los guardo hasta que venga ella.

Dicho eso, barrió los artículos hacia él.

El joven salió de la trastienda y Brunetti acudió a la caja a pagar el protector solar y las aspirinas. Mientras tanto, habían llegado dos clientes más, que estaban esperando entre Brunetti y el propietario, que todavía prestaba toda su atención a Griffoni.

—Espero ver pronto a su tía —dijo.

Abrió un cajón y colocó los artículos dentro. Griffoni le dio las gracias por su ayuda y se dirigió a la salida. El farmacéutico le clavó una mirada fría; la intensidad de su expresión no cuadraba con las mejillas sonrosadas. Entonces se fijó en la siguiente cliente, una mujer robusta de pelo blanco con una permanente de rizos pequeños que lo saludó con una sonrisa cálida.

—¡Vaya! —exclamó con un tono de voz que de pronto se había vuelto amistoso—. *Cara signora* Marini, ¿qué puedo hacer por usted?

Brunetti esperó a que la *signora* Marini comenzase a hablar, cogió el cambio, dio media vuelta y caminó despacio hacia la puerta.

Una vez fuera, Griffoni se hallaba unos metros más allá, contemplando el escaparate lleno de máscaras. El propietario chino estaba sentado al mostrador del fondo de la tienda.

—La semana pasada fui a la peluquería —dijo Griffoni cuando Brunetti se detuvo a su lado—, y la chica que le lavaba la cabeza a la señora que estaba a mi lado le preguntó si quería el tratamiento antiamarillo para las canas. —Señaló una máscara particularmente horrible y continuó—: Yo la interrumpí y le dije que era un comentario cruel, viviendo en una ciudad donde había tantos residentes chinos.

Apartó la mirada del escaparate.

—Pero ahora creo que no debería haberla regañado.

—Es obvio que, con tu sentido del humor, haces amigos allí adonde vas, Claudia. ¿Qué te ha dicho el *dottor* Donato?

—En primer lugar, que mi tía le ha dicho muchas veces que sólo tiene un sobrino y, por lo tanto, se preguntaba cómo podía ser yo su sobrina. Yo me he reído y le he contestado que en realidad era hija de una prima suya y que, en Nápoles, eso era como ser sobrina.

—¿Y qué ha dicho él?

—Se ha disculpado, pero ha insistido en que no podía canjear el vale porque va a nombre de ella y sólo es válido con su firma.

Griffoni sacó los vales del bolso, le entregó uno y señaló el nombre de la *signora* Gasparini, que estaba impreso en la parte superior.

—No hay sitio para una firma.

—¿Qué crees? —preguntó Brunetti.

—Tal vez sea un hombre honesto y con escrúpulos y me haya impedido usar el vale porque sabe que no es lo correcto.

Calló y sopesó otras interpretaciones.

—¿Y por qué mentiría sobre la necesidad de una firma? —preguntó Brunetti impaciente.

—Exacto —respondió ella, que estaba del todo de acuerdo—. No es necesaria. Podría haberse negado sin más.

Iban paseando tranquilamente hacia el embarcadero.

—Creo que deberíamos hablar otra vez con tu tía Matilde.

—Yo también —convino Griffoni.

Como un par de personajes de dibujos animados, dieron media vuelta y se dirigieron a la calle que conducía hacia el embarcadero de San Marcuola.

—Ahora que sois tan buenas amigas —dijo Brunetti al pasar por delante de la iglesia de los Carmini—, podrías hablar tú.

—Pero tú eres el hombre.

Él volvió la cabeza hacia ella despacio, sin perder el paso ni decir nada.

—Tiene más de ochenta años, Guido. Por mucho que yo la divierta y le guste charlar conmigo sobre pequeñeces, las decisiones las toman los hombres.

—Tal como lo expresas, diría que lo tienes muy aceptado.

—Es por su edad —insistió Griffoni—. Además, no se ha gastado todo ese dinero en vales para cosméticos para resultar más atractiva a las mujeres.

Con esa puntualización, llegaron al edificio. Brunetti llamó al timbre y le explicó a Beata que querían hablar de nuevo con la *signora*. Sin pensárselo dos veces, la mujer les abrió la puerta para que entraran en el portal.

Una vez arriba, los recibió con una sonrisa cálida.

—La *padrona* está encantada con su visita, *signori*. Lleva desde ayer hablando de ustedes. Me alegro de que hayan venido de nuevo.

Se hizo a un lado para dejarlos pasar y dio media vuelta para guiarlos por el pasillo. Se detuvo ante la puerta del salón.

—Permítanme que la avise de que están aquí.

—Por supuesto —respondió Brunetti, a quien la *badante* se había dirigido sin prestar atención a Griffoni.

Oyeron voces indistintas que venían de dentro, y Beata abrió la puerta para invitarlos a entrar. Al marcharse, la cerró.

La *signora* Gasparini estaba sentada en el mismo lugar que el día anterior, como si no se hubiera movido del sillón. Todavía llevaba dragones y las rayas aún le iban desde la cintura hasta los pies. El temblor no se había mitigado, y el movimiento, que continuaba siendo mínimo, se hacía más evidente por culpa de la nube de pelo rojo que daba sacudidas hacia un lado.

—Es muy amable por su parte venir a verme otra vez —dijo dirigiéndose sólo a Brunetti.

Le sonrió con auténtico placer y le dio la bienvenida con un gesto de las manos.

—Estamos encantados de hacerlo, *signora* —contestó él, y se apartó para que la anciana pudiera ver mejor a Griffoni—. Es un placer volver a una sala tan imponente como ésta. Y nos complace todavía más a ambos que nos reciba con tanto cariño.

La *signora* Gasparini miró a Griffoni y la saludó con una inclinación parca de cabeza, sólo porque la cortesía lo exigía ante una desconocida.

—Sí —respondió. Apartó la mirada y contempló la habitación como si fuera la primera vez—. Es muy bonita, ¿verdad? Era el estudio de mi abuelo, y yo la uso para recibir a las visitas. —Sonrió e hizo un gesto que abarcaba toda la estancia—. Creo que les da una idea de quiénes somos.

Brunetti no tenía modo de saber si el ritmo de los temblores era el mismo que el del día anterior.

—Desde luego que sí, *signora* —dijo Griffoni zalamera, y echó un vistazo a su alrededor como si no fuera a cansarse jamás de mirar la sala—. Es preciosa.

La *signora* Gasparini, que al parecer todavía no había reconocido a Griffoni, sonrió incapaz de contener la ilusión que le hacían esos cumplidos tan sinceros. Los invitó a sentarse con un gesto, y ellos obedecieron.

—¿Les importaría recordarme a qué han venido? —preguntó queriendo parecer enérgica, cuando en realidad no disimulaba su confusión por verlos de nuevo.

Brunetti sintió una punzada de lástima. Griffoni tenía razón: era dura y no le pedía cuartel a la vida.

—Ayer vinimos por su sobrino —aclaró Brunetti—. Tullio —añadió por si

acaso—. Quería que resolviésemos el malentendido con la farmacia. Pero siento decir que todavía no comprendo qué ha pasado, y por eso vengo a pedirle ayuda. Creo que así podremos recuperar el dinero en metálico —explicó.

Había incluido el talismán de la palabra *dinero* para mantenerla interesada.

—¿Ayuda? —repitió, como si no entendiese el término.

—¿Le importaría explicarme por qué le dieron los vales, *signora*? Creo que no podré convencer al *dottor* Donato de que le devuelva el dinero a menos que yo tenga claro cómo ha sucedido todo.

Brunetti vio que se agarraba las manos.

—Es por las recetas —contestó ella.

—¿Qué recetas, *signora*?

—Las de todos los meses. Voy a la farmacia, entrego las recetas y me dan las medicinas.

—Entiendo, *signora*. Usted no tiene que pagar el precio normal de los medicamentos, ¿verdad?

—Claro que no. Qué menos, con todos los impuestos que he pagado durante toda la vida.

«¿Por qué deberían los ricos quedarse sin algo cuando han contribuido a la seguridad social?», se preguntó el *commissario*.

—*Brava* —oyó que Griffoni susurraba a su lado.

Se dio cuenta de que el cumplido había llamado la atención de la anciana, que miró a Griffoni.

—Hágame caso, querida: cuando tenga mi edad, ya no quedará nada. Lo habrán robado todo esos cerdos.

—¿Puede decirme cómo se llaman las medicinas, *signora*? —interrumpió Brunetti, que no quería desencadenar ese torrente.

—Ay, no me pregunte esas cosas; son las que me receta el médico, y yo me las tomo.

Brunetti comprendía esa reticencia a nombrar las enfermedades, aunque era evidente con cada temblor, sacudida y pérdida de memoria.

—De acuerdo, *signora*. ¿Y los vales?

—A veces, cuando estoy muy ocupada o tengo demasiadas cosas en las que pensar, me olvido de llevar la receta.

Hablaba como si sus días fueran una sucesión de reuniones y de decisiones

de juntas, en lugar de pasarlos en aquella sala donde no tenía libros, televisor ni compañía.

—¿Y qué hace entonces, si me permite la pregunta?

—Pues el *dottor* Donato sabe lo importantes que son los medicamentos para mi salud, pero sin la receta no puede presentar los impresos a la seguridad social.

—Claro —musitó Griffoni casi sin querer.

—¿Y cómo la ayuda, *signora*?

—Me pide que pague el precio sin receta en lugar de los dos euros que me corresponden, y él me da un vale.

Los miró, y ellos sonrieron. Animada por ver que ambos asentían con aprobación, les hizo un gesto con los dedos torcidos para que se acercasen y luego señaló la puerta para que comprendiesen que Beata no debía oírlo.

—El *dottor* Donato —continuó en voz más baja— me dijo que, si lo hacíamos así, podía añadir un veinte por ciento al valor de los vales.

Los dos asintieron y sonrieron, y Griffoni no pudo evitar una exclamación.

—¡Qué amable, *signora*! —como si quisiera decir que el farmacéutico merecía una medalla por ser un ciudadano ejemplar.

—Yo sé que no tiene por qué hacerlo, pero es muy buen hombre.

La *signora* Gasparini sonrió mostrando su dentadura perfecta. Se irguió en la silla y borró la sonrisa.

—Y no hace daño a nadie, ¿verdad?

—En absoluto —le aseguró Griffoni.

Era evidente que se habían ganado su confianza, porque continuó hablando:

—El *dottor* Donato me dijo que la oferta es sólo para clientas fieles, gente en quien él confía.

De pronto calló, como si hubiera oído el eco de lo que acababa de decir.

—Me pidió que no se lo contase a nadie; así que, por favor, no lo digan. — Los escudriñó como si de pronto advirtiera su presencia—. Sé que puedo fiarme de ustedes.

—Claro que sí, *signora* —dijo Griffoni con la misma devoción en la voz.

—Es del todo comprensible —señaló Brunetti con admiración—. Y con lo que valen los medicamentos hoy en día, un veinte por ciento sería...

Griffoni lo interrumpió y agitó la mano señalando la cara de la anciana como si fuese una prestidigitadora y la *signora* Gasparini, un conejo.

—Y su cutis es la prueba de que una mujer sólo debería comprar lo mejor.
Al oírlo, la *signora* Gasparini se puso seria.

—Más de una vez se ha disculpado por que la normativa del sistema sanitario sea tan complicada que él no pueda devolverme el dinero sin que la seguridad social se dé cuenta de que me ha dado el medicamento sin receta. Me dijo que, si eso ocurriera, le quitarían la licencia. Y ha sido tan buen amigo que no puedo arriesgarme a que le hagan eso.

Griffoni y Brunetti le dieron la razón asintiendo con la cabeza, lo que provocó una escena grotesca: tres cabezas asintiendo en un espacio reducido.

—¿Recuerda cuántas veces ha ocurrido esto a lo largo de los años? —preguntó el *commissario* afectando preocupación—. ¿Cuántas veces se le han olvidado las recetas?

Con ademán amistoso y solícito, Brunetti le observó el rostro; vio que cerraba los ojos despacio y, al abrirlos de nuevo, no parecía enfocar del todo bien, como si una persona diferente interpretase la siguiente parte de la escena.

—Al cabo de los años, habrán sido unas... ¡Anda! —exclamó con sorpresa más que manifiesta—, la verdad es que no me acuerdo.

Los miró por turnos como si ellos tuvieran la cifra escrita en la frente y pensara que la encontraría si se fijaba lo suficiente. Pero, al parecer, no era así.

En otras circunstancias, Brunetti habría repetido la pregunta, pero era evidente que la *signora* Gasparini había escogido no acordarse. En consecuencia, cambió de tema.

—Qué suerte tiene de haber encontrado a un farmacéutico que se preocupe tanto por sus clientas como para arriesgarse de ese modo —comentó con franqueza.

Ella sonrió al ver que esa pérdida repentina de memoria había sido convincente y sin importancia. Habiendo recuperado la confianza en ellos y en su discreción, se echó de nuevo hacia delante y habló en voz baja:

—Eso es justo lo que la *signora* Lamon me dijo. Un día estaba delante de mí y los oí hablar: ella se había olvidado la receta en casa y el *dottor* Donato le dio uno de los vales. Y hace unos días la vi en Tonolo, porque a veces voy por los *bignés*, sobre todo los de chocolate negro, y, como nos paramos a hablar, le conté que a mí también me había hecho ese favor. —Dejó de hablar, tal como se hace en las conversaciones largas para repasar si ya se ha dicho algo—. Según ella,

tiene dos amigas a las que les hace lo mismo —continuó, satisfecha de no repetirse. Se agarró las manos a la altura del pecho, un gesto muy anticuado—. Es muy amable por su parte ofrecérselo a todas.

—Tiene suerte de poder trabajar en equipo con la *dottoressa* Ruberti —respondió él al instante, como si la virtud de una persona implicase la de otra—. Estoy seguro de que ella también es una excelente persona: mi suegra es paciente suya desde hace años —continuó sin pausa y con la esperanza de despistarla para que no preguntase cómo sabía quién era su médico de cabecera—. No dice más que cosas buenas de ella.

Griffoni sonrió y asintió varias veces indicando que era verdad. La anciana vio la sonrisa, pero, al parecer, había olvidado el rostro en el que aparecía.

—Sí, lo es —coincidió la *signora* Gasparini—. Y es muy valiente, como el *dottor* Donato. Está dispuesta a correr riesgos con tal de que sus pacientes estén bien cuidados.

—¡Vaya! ¿Qué ha hecho por ustedes? —preguntó Griffoni con la curiosidad entusiasta de alguien más joven.

La *signora* Gasparini abrió la boca para contestar, pero hizo una pausa como si de pronto le costase recordar qué había hecho la doctora por ella.

Brunetti identificó el mismo pánico en su mirada que había visto en la de su madre cuando, en los primeros compases de la enfermedad, empezaba a olvidar las cosas.

—¿Desde cuándo es su médico de cabecera, *signora*? —preguntó, como si Griffoni no hubiera dicho nada.

Quizá la segunda pregunta fuese menos complicada, pues a ésta sí respondió.

—Desde hace diez años. Mi médico se jubiló y la *dottoressa* Ruberti se ocupó de su consulta. —Al ver que aquellos dos jóvenes asentían con aprobación, continuó—: Es veneciana. Mi padre y su abuelo iban juntos a la escuela.

Sonrió, tal vez por no haber perdido ese recuerdo.

—Lo descubrimos unos meses después de que empezase a visitarme, y supongo que fue como establecer un vínculo.

—Claro —musitó Brunetti—. Así, usted se aseguraba de que ella se tomase su salud como un asunto personal.

—Exacto. Al principio, se puede imaginar usted que yo no iba muy a

menudo —afirmó la *signora* Gasparini con orgullo—, a diferencia de muchas de las ancianas que van a su consulta. Pero hace un año más o menos me hicieron unas pruebas en el hospital, y la *dottoressa* Ruberti me recetó unos medicamentos.

Lo dejó ahí, y Brunetti se preguntó si estaba intentando olvidar su enfermedad y pasar por alto las sacudidas continuas de la cabeza. Lo cierto era que él no era capaz.

La señora levantó las manos de los reposabrazos del sillón, entrelazó los dedos y volvió a apoyarlas en el regazo.

—Fui a ver a mi antiguo farmacéutico, al que iba antes, y me dijo que había otra medicina idéntica a la que me había recetado la *dottoressa* Ruberti que era... ¿Cómo se llama? —Se llevó una mano a la frente—. Empieza por ge.

Brunetti vio que estaba asustada y tensaba los labios.

—Creo que quiere decir «genérico», *signora*.

—Sí, eso es: genérico. Estaba a punto de decirlo.

Sonrió sin molestarse en disimular su alivio.

—Le dije que quería comentárselo a mi doctora y, cuando lo hice, ella me contestó que los medicamentos no eran iguales: que el que ella me recetaba costaba más porque se había demostrado que era mejor. —Cerró los ojos con la frustración de la edad avanzada y la impotencia—. Eso es lo que hacen con nosotros: ahorrarse el dinero de cualquier manera, aunque nos maten.

Brunetti emitió un sonido tranquilizador, pero no dijo nada.

—Al día siguiente fui otra vez a la farmacia y le dije que no quería el genérico —explicó con orgullo evidente por haber recordado la palabra—. Y como no me hacía caso, me marché. Le conté a la *dottoressa* lo que había sucedido y me dijo que había querido advertirme de que eso podía pasar, pero que no lo había hecho por ética profesional. Pero se alegraba de que me hubiera dado cuenta yo sola y de poder recomendarme a otro farmacéutico que me daría el medicamento correcto.

—Gracias a Dios —susurró Griffoni.

—Sí, así es. Gracias a Dios. Me salvaron la vida.

Más que agradecida, la anciana parecía angustiada, como si haber superado ese obstáculo aún la agotase y continuase pagando las consecuencias.

—¿Así es como se hizo clienta del *dottor* Donato? —preguntó Brunetti con

inocencia infantil, como si quisiera escuchar el final de un cuento de hadas.

—Sí, es lo mejor que podría haberme ocurrido: tener una doctora maravillosa y un farmacéutico que se preocupan tanto por el bienestar de sus pacientes.

25

En la calle, el día se acercaba a su fin y el ocaso vino acompañado por una muestra del frío más intenso que no tardaría en llegar. Griffoni se subió el cuello del abrigo y cruzó los brazos mientras iban de camino a Rialto. Al pasar por Rizzardini, Brunetti le preguntó si le apetecía tomar algo y ella respondió que necesitaba un café. En el interior de la minúscula *pasticceria*, pidieron sendos cafés y Griffoni, además, un *cannolo*.

—Éste es el único lugar donde me siento como en casa. Al menos por los dulces.

Cuando les sirvieron, fueron a un extremo de la barra, junto a la puerta.

Ella bebió un sorbo de su café e hizo una mueca.

—¿Qué pasa? —preguntó Brunetti.

—Que no estoy en Nápoles, eso es lo que pasa —respondió con ademán serio, pero enseguida se acordó de sonreír para indicar que bromeaba.

Cogió el cilindro de masa, le dio un mordisco y le cayó una lluvia de migas en el abrigo.

—No es que el café sea malo; más bien es que aquí la gente no sabe lo que es un buen café ni cómo hacerlo.

Apartó la taza con un dedo estirado, le dio otro mordisco al dulce relleno de *ricotta*, se lo acabó y se limpió la boca con una servilleta antes de sacudirse el abrigo con la mano.

—Pero los dulces están muy buenos.

Brunetti se terminó el café pensando que estaba bueno y tratando de recordar los que se había tomado cuando estuvo destacado en Nápoles. Se acordaba de la pasta y del pescado, pero no del café; lo único que le venía a la memoria era que

la cantidad era la mitad del que acababa de tomar y que con dos tenía energía durante todo el día.

El local era cálido y estaban solos sentados en la barra.

—¿Qué opinas?

—La abuela de mi mejor amigo tenía alzhéimer, y la *signora* Gasparini... — empezó a decir Griffoni, pero de pronto sonrió y se corrigió—: Mi tía Matilde me recuerda a ella. Unas veces le funciona la memoria y otras no. Cuando baja la guardia, es una anciana débil con síntomas de párkinson y pérdida de la memoria, pero que intenta disimularlo todo lo posible.

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y dejó un billete de cinco euros sobre la barra. El camarero le dio el cambio y retiró las tazas y los platillos.

—¿Y? —preguntó Brunetti.

Griffoni no contestó, sino que se volvió hacia la puerta y la abrió. Salió a la calle, giró la primera a la izquierda y se detuvo a mirar dulces en un escaparate.

—Gasparini tenía los vales, se los había dado su tía —dijo despacio, a medida que ordenaba las ideas—. Ella sabía de otras personas que recibían el mismo trato, y es posible que se lo contase a su sobrino. Quizá él se enfrentase a Donato y le dijera que sabía lo que estaba haciendo. O puede que le amenazase con denunciarlo.

Hizo una pausa, pero no lo miró.

—¿Por qué se tomaría Gasparini la molestia de avisar? —preguntó Brunetti—. ¿Por qué no ir directamente a la policía con los vales y la información que le hubiera dado su tía? Lo de la *signora* Lamon, por ejemplo.

Griffoni metió las manos en los bolsillos y se balanceó atrás y adelante. Brunetti casi percibía el ruido de los engranajes de su mente acelerando y frenando hasta un ritmo estable que después aceleraba de nuevo.

—Tienes razón: tal vez supiese lo de los otros pacientes —admitió Brunetti al ver que ella no contestaba—. Tu tía ha tardado menos de media hora en contárnoslo a nosotros.

—*Signora* Lamon —dijo Griffoni sin más.

—¿Por qué se limita el *dottor* Donato a medicamentos para el párkinson y el alzhéimer? —preguntó Brunetti.

Estuvo cavilando un rato antes de continuar:

—Los tratamientos para trastornos psicológicos también son caros, sobre

todo cuando salen al mercado.

Aunque no lo dijo, pensó que las personas a las que recetaban esa clase de medicamentos eran las que más probabilidades tenían de olvidarse la receta en casa y las que menos atención debían de prestar al precio de las medicinas o cuánto y cómo pagaban por ellas. Sabía que la gente confiaba en su farmacéutico tanto como en el médico, tal vez incluso más. Les confiaban sus secretos.

—Donato debe de saber cuáles son las familias adineradas o si hay algún pariente que podría sospechar si de vez en cuando les desaparecen cien euros.

Griffoni dejó de observar los dulces y se volvió hacia él.

—Supongo que un farmacéutico podría evaluar si la enfermedad está en un estado más o menos avanzado con sólo ver la receta. Seguramente puede estimar el grado de pérdida de memoria. Sobre todo con los pacientes en los estadios iniciales de alzhéimer.

Brunetti asintió y se preguntó cuántos vales debían de perderse o acabar olvidados por ahí. Si meses después los ancianos los encontraban en un cajón, ¿cuántos de ellos se acordarían de para qué eran?

—Una mina de oro, ¿no crees? —afirmó Griffoni.

—Pero ¿y los otros que trabajan en la farmacia? —preguntó el *commissario*—. No sé si todos le sugerirían a un cliente que pagase el precio completo a cambio de un vale —añadió al ver su expresión, y de pronto se detuvo—. ¿Estamos de acuerdo en que todos tendrían que ser cómplices?

—Tendrían que estar al tanto —respondió Griffoni—. No sé si eso implica complicidad.

—¿Qué otra cosa puede ser? —preguntó Brunetti con calma intencionada.

—Evitar problemas, mantener el empleo, ocuparte de tus asuntos. —Griffoni hizo una pausa para verificar que él comprendía—. Acuérdate de la Biblia, Guido.

—¿Cómo? —preguntó él sin disimular su asombro—. ¿Tú citando la Biblia?

Ella sonrió ante la intensidad de su reacción. Le dio unos golpecitos en el brazo.

—No te preocupes, Guido. Sólo me refiero a los siete años de vacas flacas. Tuvimos los años de bonanza y ahora empiezan los de vacas flacas. Por eso las personas, incluso los farmacéuticos, han dejado de ser tan valientes: ya no pueden arriesgarse a perder el trabajo.

—¿No pueden o no quieren? —preguntó él con precisión norteña.

—Lo segundo —concedió la napolitana.

—Hacen un juramento, igual que los médicos —insistió Brunetti.

—Cierto —respondió ella con amabilidad—, pero no tengo claro que hoy en día eso signifique gran cosa. Al menos para la mayoría de la gente. Quieren sobrevivir y hacerlo sin llamar la atención. Y a eso se dedican.

—¿A no llamar la atención?

—Sí.

A Brunetti le disgustaba admitir que tenía razón.

Miró la hora: eran las seis pasadas. Volver a la oficina cuando estaba tan cerca de casa sería de idiotas.

—¿Vas a coger el barco? —preguntó a Griffoni.

—Sí, pero no vuelvo a la *questura*. Si el teniente Scarpa me pregunta adónde he ido, le diré que he seguido a un sospechoso hasta San Pietro di Castello.

La mera idea de que eso se le ocurriera a alguien que no fuese veneciano le dio risa. Se dirigieron hacia Rialto, pues Brunetti había decidido acompañarla hasta San Silvestro.

—El fin de semana pasado —dijo Griffoni— fui hasta la iglesia dell'Angelo Raffaele y estuve dos horas dando vueltas.

—¿Te habías perdido? —preguntó Brunetti.

—No sé. Es que no iba a ninguna parte en concreto ni buscaba nada. Estuve andando en círculos, sin más. Bueno, describiendo rectángulos. Hasta que empecé a reconocer las tiendas por las que había pasado o los restaurantes de las esquinas que ya había doblado antes. Giraba después de cada segundo puente que cruzaba.

—¿Y?

—Creo que, más o menos, me hago a la idea de dónde están las cosas.

—No es fácil.

—Lo sé. Lo sé. Tienes que haber nacido aquí.

—Eso ayuda —reconoció Brunetti justo cuando entraban en la calle que llevaba hasta el embarcadero, y miró la hora—. Sale un barco hacia el Lido dentro de dos minutos.

Ella se volvió y lo miró.

—¿Tienes los horarios grabados en la memoria?

—Ésta es mi parada, por eso me los sé.

—Vaya.

Griffoni sacó el monedero del bolso y la tarjeta de transporte.

Brunetti oyó el motor del *vaporetto* que se acercaba. Al cabo de unos segundos, ella también lo oyó.

—¿Y mañana qué hacemos?

—Ya lo pensaré —respondió él, y se dirigió hacia el pasaje cubierto.

Después de cenar, Brunetti fue al estudio de Paola y se tumbó en su sofá con las manos detrás de la cabeza. Había dejado la puerta entornada y por la rendija entraba la luz del pasillo. Fuera había oscurecido; la penumbra era ideal para el momento.

Contempló el techo pensando en su farmacia de Campo San Bortolo, justo a la izquierda de la estatua. Iba allí porque... bueno, porque llevaba toda la vida yendo.

Cerró los ojos e imaginó que entraba con una receta.

Oyó voces que venían de la habitación delantera: Chiara y Raffi. Uno de los dos se reía; un sonido tan habitual que Brunetti apenas lo percibía.

Nadie prestaba atención a lo que hacían los farmacéuticos. Cogían la receta, buscaban el medicamento y te decían el importe que se debía. Si el suyo le hubiera dicho que un fármaco costaba veintidós euros en lugar de dos, Brunetti no habría cuestionado el precio. Si algún paciente en tratamiento para las afecciones seniles se dejaba la receta en casa y el farmacéutico le decía que la única manera de conseguir la medicina era pagar el precio íntegro y recibir, como garantía de devolución, un vale de la farmacia, ¿se negaría?

Si el cliente no cooperaba, el farmacéutico no tenía más que disculparse por haber propuesto una alternativa a fin de evitarle a su cliente un viaje de más e informarlo de que para comprarla al precio habitual tendría que regresar con la receta. Y no volver a intentarlo con esa persona en concreto.

¿Era posible que hubiese personas haciendo algo así y poniendo en peligro su profesión por tan poco? Se acordaba de un abogado muy conocido y próspero al que el año anterior habían sorprendido robando tres corbatas de Hermès. El *vicequestore* Patta le había echado el candado al caso: no se le imputó ningún

delito ni se había proporcionado ningún dato a *Il Gazzettino*, que sin duda se habría relamido con la historia. Brunetti comprendía la decisión de Patta: un momento de necesidad no podía tirar por la borda toda una carrera y la reputación del hombre.

Era consciente de que veinte años antes su reacción habría sido distinta; más virulenta y punitiva.

—Qué italiano te has vuelto —se dijo en voz alta.

—Menos mal. No me gustaría nada haberme casado con un australiano sin darme cuenta —dijo Paola, y abrió la puerta con el pie.

Llevaba una bandeja con dos cafés, dos vasos pequeños y una botella alta y fina que, por su aspecto, debía de ser *grappa*.

26

Alrededor de las cuatro de la mañana, Brunetti despertó de un sueño profundo con el ruido de una fuerte ráfaga de viento. Se sentó en la cama alarmado, y durante un momento no supo dónde estaba. Estiró el brazo derecho, topó con el hombro de Paola y después buscó y encontró el dibujo de las sombras que las farolas proyectaban en la pared opuesta desde cinco pisos más abajo. Esperó a oír el ruido de nuevo, pero no fue así. Se recostó en la almohada, y el sonido no se repitió. La noche lo rodeaba de silencio.

¿Había estado soñando? ¿De dónde venía el viento? ¿Dónde había estado su yo durmiente? No conservaba más que el recuerdo vago de una habitación en penumbra. Estudió la luz sin saber si conseguiría conciliar el sueño de nuevo.

Pensó en el *dottor* Donato y en todo lo que no sabían sobre él: familia, costumbres, amistades, negocios. De pronto se dio cuenta de que carecía de la misma información sobre Gasparini. Era un hombre cuyo hijo daba problemas; un hombre conectado a máquinas, inerte en una cama de hospital. Como Donato, debía de tener un pasado que podría ayudar a explicar su presente.

Y lo mismo podía decirse de la *dottoressa* Ruberti.

Empezó a recopilar una lista de las comprobaciones que quería pedirle a la *signorina* Elettra, pero lo dejó enseguida, pues sabía que se había convertido en una investigadora tan hábil que era ella la que mejor sabía qué convenía buscar y dónde. No obstante, anotó mentalmente las cosas que quería averiguar: familiares, contacto previo con la policía, situación económica, etcétera. Con esas ideas dándole vueltas en la cabeza, no tardó en quedarse dormido, mecido por una brisa mucho más suave que el viento imaginario que lo había arrancado del sueño.

Al llegar a la *questura* al día siguiente fue directo al despacho de la *signorina* Elettra, no muy seguro de cómo lo recibiría tras la charla incómoda que habían mantenido. Sin embargo, no lo averiguó, porque ella estaba al teléfono. Lo primero que vio al entrar fue un jarrón sobre su escritorio. No tenía ni idea de qué eran: ni tulipanes ni rosas. Flores oscuras, casi púrpura; no recordaba haber visto unas tan sombrías como aquéllas, como si creyesen que su misión no era alegrar la estancia.

La secretaria estaba semioculta por el ramo y, al ver a Brunetti, lo saludó con la mano y señaló la puerta de Patta con insistencia.

—Acaba de llegar, *dottore* —dijo al auricular. ¿Tiene tiempo de hablar con él ahora?

Durante la breve pausa mientras esperaba a que el *vicequestore* respondiese, levantó la mano y se encogió de hombros indicando que no tenía ni idea de qué quería su superior del *commissario*.

—Bien, lo mando pasar.

Colgó y señaló la puerta.

Brunetti avanzó dos pasos, se detuvo y se volvió hacia ella.

—Sé que ya le ha echado un vistazo al *dottor* Donato, pero necesito que rebusque en su vida privada. Y lo mismo con Gasparini y la *dottoressa* Ruberti.

Antes de que ella contestase, Brunetti entró en el despacho sin llamar.

El *vicequestore* estaba encorvado detrás del escritorio y sólo se le veían los hombros y parte de la espalda. Mientras Brunetti observaba, movía la espalda arriba y abajo, pero sólo unos centímetros.

—¿Le pasa algo, *vicequestore*? —preguntó Brunetti, y se apresuró hasta la mesa de su superior.

De repente, como si fuera una marioneta saliendo de una caja, apareció el resto de Patta y miró a Brunetti, que se había detenido frente a la mesa.

—Estaba atándome el zapato —explicó Patta con el rostro enrojecido por haberse levantado tan deprisa—. Siéntese, *commissario* —ordenó al ver que él no contestaba—. Quiero informarlo de una cosa.

Brunetti obedeció, cruzó las piernas y apoyó las manos en los reposabrazos. Esbozó una sonrisa relajada, puso cara de interés y esperó.

—Se trata del servicio de equipajes del aeropuerto —anunció Patta.

Brunetti le aplicó bótox psíquico a su sonrisa y asintió mientras se encomendaba a Sant’Antonio, patrón de las causas y las cosas perdidas: «Querido Sant’Antonio, líbrame del peso que llevo sobre los hombros y te estaré agradecido por los siglos de los siglos, amén». Su madre le había enseñado siendo él un niño que era vulgar y de mala educación negociar con los santos, ofrecerles oraciones o buenas obras a cambio de favores. «Diles que les estarás muy agradecido —lo había instruido ella—. Al fin y al cabo, están en el Cielo. ¿Qué más podrían necesitar?»

El consejo le parecía sumamente sensato incluso a un niño, y jamás había contradicho esa enseñanza. En consecuencia, Brunetti tenía una serie de santos a los que consideraba más o menos de guardia y a quienes invocaba cuando necesitaba su ayuda y daba las gracias a voces.

—Sí, los del servicio de equipajes —repuso Brunetti, como si el tema le interesase un poco.

—Llevamos años jugando al gato y al ratón con ellos.

Brunetti asintió. Había invertido días, semanas y meses en investigarlos, en supervisar la instalación secreta de microcámaras en distintas partes del aeropuerto, en arrestarlos e interrogarlos, en mostrarles las imágenes en las que robaban artículos de las maletas que estaban a su cargo. Pero ¿habían encarcelado a alguno? ¿Los habían despedido?

—Estoy harto del tema —anunció con desidia Patta, que de vez en cuando había tenido que aprobar los intentos que habían hecho de reunir pruebas incriminatorias.

«Como todos», deseaba responder Brunetti, pero se contentó con ajustar la expresión para mostrar curiosidad. O bien Patta no se dio cuenta, o bien prefirió no hacer caso.

—Continúe, *vicequestore*.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo con este asunto, así que he decidido ponerle fin —afirmó Patta con su tono más autoritario.

Brunetti quería saber cómo pensaba llevar eso a cabo: ¿prohibiéndoles la entrada al aeropuerto? ¿Arrestándolos a todos? ¿Construyendo un muro?

—El aeropuerto no está en Venecia —declaró Patta—, está en Tessera. — Para dejar claro que la incompetencia lo irritaba pero que era lo suficientemente

cortés para no armar un lío, añadió—: Parece que nadie más se ha dado cuenta de eso.

Hizo una pausa para que Brunetti fuera consciente de su responsabilidad en el descuido legal y continuó:

—Hoy he hablado con los abogados del ayuntamiento y les he dicho que, como Tessera pertenece a Mestre y no a Venecia, está en su jurisdicción en vez de en la nuestra. La policía de Mestre es la responsable de hacer cumplir la ley en el aeropuerto. Nosotros no.

—¿Y qué le han contestado, *signore*?

—Van a investigar los antecedentes legales del asunto, pero mientras tanto...

Patta dejó la frase a medias con un tono deliberadamente provocador e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—¿Mientras tanto, señor? —inquirió Brunetti, que no podía soportar el suspense.

—No interferiremos ni vigilaremos a los del servicio de equipajes —anunció Patta casi como si hubiera ordenado arrestar a la cúpula de la Sacra Corona Unita y no hiciera falta más.

—¿En absoluto? —preguntó Brunetti.

—Así es. He ordenado que se suspenda la actividad de las patrullas que tenemos allí y he informado a mi homólogo de Mestre. —Sonrió a Brunetti—. Quería que lo supiese para que no cuestionase los nuevos horarios.

—¿Y su homólogo de Mestre, *vicequestore*?

Patta se deshizo en otra sonrisa.

—Se niega a asumir la responsabilidad y a enviar patrullas.

—Ha sido una decisión sabia, *dottore* —contestó Brunetti, pensando en la conversación que había mantenido con Griffoni sobre la complicidad de los farmacéuticos que guardaban silencio, y sonrió—. ¿Eso es todo, *signore*?

Cuando Patta respondió asintiendo con la cabeza, se levantó y salió del despacho.

La *signorina* Elettra lo miró cuando salía. Brunetti le observó la cara y descubrió restos de su habitual calidez, además de que había exiliado las flores oscuras al alféizar de la ventana.

—El *vicequestore* me ha dicho que ya no vamos a investigar a los del servicio de equipajes.

—Sí —contestó ella casi radiante—. Ya lo sé.

«Vaya, vaya, vaya», pensó Brunetti. La *signorina* Elettra era muy dada a los comentarios elípticos, y normalmente él habría entendido que se refería a que ya le había llegado el rumor. No obstante, su respuesta no contenía más que hechos sólidos: lo había oído gracias al dispositivo de escucha que había instalado en el despacho de Patta.

—Si me permite la observación, parece usted muy contenta.

—Lo estoy. Mucho —contestó mientras se tocaba el botón de la blusa con aire ausente.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque esa vía se la sugirió, con mucha insistencia, por cierto, el teniente Scarpa. Él le habló de las distintas jurisdicciones. De manera muy autoritaria, la verdad.

Al oírla pronunciar el nombre del teniente, Brunetti se había acordado de una frase de Creonte: «El enemigo, aun muerto, no será nunca amigo».

La *signorina* Elettra sonrió y, si hubieran estado en mitad de un campo de flores, las abejas habrían acudido a beber miel de sus labios.

—¿Me permite que le pregunte de dónde ha sacado él la información?

La sonrisa se amplió y a Brunetti no le quedó más remedio que apartar la mirada por miedo a sufrir un *shock* insulínico.

—Lo oí hablando del tema con el *vicequestore*. El teniente dijo que pensaba averiguar cuál era la división territorial.

Hizo una pausa y se inclinó hacia un lado para limpiar una mota invisible del escritorio.

—Podría haber indagado él mismo, claro. Pero me mandó... Me mandó buscarlo a mí. Y eso hice.

—¿De verdad existe la división de jurisdicciones? —preguntó Brunetti.

—Por supuesto; desde 1938.

—¿Y desde entonces? —preguntó después de una pausa.

—No tengo ni idea, *commissario*. El teniente me ordenó buscar cualquier documento que probase que se había tomado la decisión de separar ambas ciudades y eso es lo que busqué.

—Entonces, cuando la supervisión policial se interrumpa con resultados inevitables, alguien descubrirá que el teniente se ha apoyado en una ley de hace

casi cien años.

—Exacto.

—Supongo que eso no jugará en su favor —dedujo Brunetti.

—Me temo que no —contestó ella con una sonrisa que insinuaba pero no revelaba el tamaño de su dentadura.

Brunetti se quedó de pie un rato, tan apabullado por la astucia de la *signorina* Elettra que había perdido la facultad de hablar con coherencia.

—Estaré en mi despacho —dijo cuando por fin rompió el hechizo.

Ella asintió con la cabeza y continuó con lo que había estado haciendo en el ordenador.

Brunetti no volvió a ver a la *signorina* Elettra hasta la tarde, cuando ella llamó a la puerta de su despacho alrededor de las cinco y entró con varios documentos.

—¿Los tres mosqueteros? —preguntó.

—Sì, *signore* —respondió ella.

—¿Hay algo interesante?

—Preferiría que lo juzgase usted mismo, *commissario*.

Cruzó el despacho y dejó los papeles sobre la mesa.

—¿Podría enviarles copias a la *commissario* Griffoni y al *ispettore* Vianello? —pidió Brunetti.

—Por supuesto —respondió ella, y lo dejó solo para que estudiase los documentos.

Había tres montoncitos de papel, cada uno con un clip y los nombres Donato, Gasparini o Ruberti en la parte superior.

Cogió el primero y averiguó que Girolamo Donato había nacido en Venecia hacía sesenta y tres años. Hacía tres generaciones que su familia era propietaria de la farmacia de San Leonardo, donde él había empezado a trabajar con veinticinco años, tras estudiar Farmacia en la Universidad de Padua. A lo largo de su carrera profesional lo habían nombrado presidente de la Ordine dei Farmacisti della Provincia di Venezia en una ocasión. Su hijo y su hija, ambos farmacéuticos, trabajaban con él, además de dos mujeres jóvenes que los ayudaban con los clientes y con las tareas generales de la farmacia.

La familia residía en tres apartamentos de un edificio grande que había en la

Fondamenta della Misericordia. Su hijo y su nuera tenían dos niños de cinco y tres años; su hija, que superaba por poco la treintena, no se había casado.

Brunetti levantó la vista de la página, asombrado de que una familia pudiera tener una apariencia tan normal. Estudios, trabajo, matrimonios y descendencia. Miró la página siguiente, donde leyó que Donato les había regalado los apartamentos a sus hijos. Después de pagar los sueldos, los gastos, los seguros y los impuestos, la farmacia daba unos beneficios aproximados de ciento cincuenta mil euros anuales. A Brunetti le sorprendía la cifra, pues pensaba que sería mucho más alta. Al fin y al cabo, un farmacéutico no trabajaba precisamente sólo ocho horas al día y tenía la obligación de hacer guardia durante los fines de semana y los festivos que le tocasen, además de varias noches.

Dejó el primer informe a un lado y cogió el de Gasparini. Él también había nacido en Venecia, poco más de una década después que Donato. Había estudiado Empresariales en Ca' Foscari y había empezado a trabajar en Treviso inmediatamente después de graduarse. A lo largo de dieciocho años de carrera, había cambiado de empresa cuatro veces, y llevaba tres en el empleo de Verona, donde era ayudante del jefe de contabilidad. Brunetti retrocedió y se fijó en las empresas para las que había trabajado intentando comprender qué podrían revelar sobre la posible naturaleza de su empleo: textiles, cuero. Muy bien. *Holdings*, empresas. Eso podría ser cualquier cosa.

Hizo una lista de las ciudades donde Gasparini había trabajado a lo largo de los años y vio que nunca había tenido dos puestos sucesivos en la misma ciudad. Había ido de Treviso a Conegliano, de ahí a Padua y, antes de acabar en Verona, había pasado por Pordenone. Brunetti intentó imaginar cómo debía de haber sido para ellos, para sus hijos y para su matrimonio, tener que desmontar el campamento y mudarse a una ciudad nueva, convertirse en una de esas familias en la que el padre aparece como un fantasma sólo cuando los niños ya están en la cama y se marcha antes de que despierten.

Como si la *signorina* Elettra le hubiera leído el pensamiento, en el siguiente párrafo encontró información del Ufficio Anagrafe: durante los veinte años anteriores, tanto Gasparini como su esposa habían mantenido el mismo domicilio, y los hijos llevaban cuatro matriculados en el Albertini.

Retrocedió unas páginas y estudió con más atención los detalles económicos de la vida de Gasparini. Los sueldos de cada uno de los puestos no pasaban de la

media. Si su esposa cobraba lo mismo que Paola, era posible que no pudieran permitirse enviar a sus hijos al Albertini.

De pronto le vino a la mente una explicación inesperada: algún tipo de mala conducta fiscal seguida de un despido. Sin embargo, lo descartó al instante: era improbable que Gasparini hubiera podido hacer algo así varias veces sin que lo pillasen. Brunetti buscó otras razones plausibles para un historial laboral tan raro, que podía ser más habitual en otros países, pero no allí, donde la mayoría de los hombres permanecían en la misma empresa durante décadas, si no toda la vida. ¿Y si fuesen sobornos? Nadie sabe mejor que el contable en qué estado se encuentran las finanzas de una empresa. Si se podía arrestar a los agentes de la Guardia di Finanza por no informar de las ilegalidades cometidas a cambio de dinero, para un contable sería mucho más fácil planificar y beneficiarse de dichas irregularidades.

La siguiente página revelaba un dato interesante: dos meses después de que Gasparini dejara su tercer puesto, la empresa había sido sometida al escrutinio de la Guardia di Finanza y los ordenadores, confiscados. Los investigadores habían tardado muy poco en descubrir una contabilidad paralela donde se registraban los beneficios y las pérdidas reales de la empresa, no sólo los declarados.

Levantó la vista de la página y lo vio casi como si estuviera escrito: Gasparini trabajaba en una empresa el tiempo suficiente para descubrir si había una contabilidad paralela o incluso concebir el sistema; después, llevaba la contabilidad hasta comprender el funcionamiento del sistema y, a continuación, exigía dinero a cambio de no divulgarlo. Si pagaban, aceptaba el dinero y cambiaba de trabajo. En caso contrario, buscaba otro y, una vez allí, avisaba a la Guardia di Finanza.

Era evidente que podía haber otras explicaciones, pero aquélla tenía sentido. Al menos para alguien que, a nivel profesional, tendía a observar cualquier comportamiento humano con sospecha y presunción de culpa.

Se acercó el tercer documento y se puso a leer. Estudiante mediocre, licenciada en Medicina en la Universidad de Padua en 1987, en cuyo hospital la *dottoressa* Ruberti había trabajado como especialista en medicina interna durante cuatro años, antes de entrar en una consulta de Abano Terme con otros dos médicos. Al cabo de seis años la dejó y regresó a Venecia para abrir su propia consulta con oficinas en Dorsoduro y Castello.

Casada y divorciada, tenía un hijo con una minusvalía grave que vivía en una institución especializada. Nunca la habían arrestado, no tenía infracciones de tráfico y era propietaria del apartamento donde vivía y del bajo donde tenía la consulta. La de Castello era alquilada.

El escueto informe acababa ahí.

Aunque era ya tarde, llamó a Griffoni y a Vianello y les pidió que fueran a su despacho porque quería hablar con ellos sobre la información que les había facilitado la *signorina* Elettra.

Se recostó en la silla, cruzó los brazos y estudió el cielo que veía por la ventana: gris, lúgubre y triste, heraldo del mal tiempo. La vida se refugiaría en el interior durante días, la falta de sol provocaría mal humor y la gente anhelaría escapar a lugares soleados a nadar, o a las montañas a esquiar. Él odiaba esquiar porque, igual que el polo, requería una cantidad exagerada de equipamiento. A decir verdad, Brunetti odiaba casi todos los deportes a excepción del fútbol, que su padre adoraba y le enseñó a amar, y cuya virtud redentora era no precisar más que una pelota a la que dar patadas. A pesar de estar convencido de que era un deporte corrompido hasta la médula, en el que se ganaban y perdían millones apostando en partidos cuyo resultado estaba predeterminado, no podía evitar emocionarse con esos movimientos decididos por adelantado. Recordaba el día en que su padre lo había llevado a ver un partido entre el Inter y el...

Vianello interrumpió su ensoñación entrando sin llamar. Poco después, Griffoni pasó por la puerta que Vianello había dejado abierta. Se sentaron delante de él, cada uno con una carpeta y un bolígrafo, ansiosos por saber qué les diría.

—Me gustaría echar un vistazo a lo que ha averiguado la *signorina* Elettra sobre los cambios de empleo del *signor* Gasparini.

Los otros dos sacaron sus copias.

—¿Qué opináis de que haya cambiado de trabajo tan a menudo? —preguntó cuando terminaron de pasar las páginas.

Griffoni lo miró confundida.

—No es muy habitual tener tantos empleos, ¿no? —contestó Vianello.

—No lo creo, no —dijo Brunetti.

Griffoni miró al *ispettore* Vianello sin decir nada. Él señaló la carpeta con un gesto vago.

—Puede que no sea muy buen contable.

Brunetti tenía claro que se trataba tan sólo de una introducción a lo que su amigo quería decir de verdad:

—O que, por lo contrario, es muy bueno.

—Explícate —le pidió Griffoni.

—Me refiero a que la gente no cambia de trabajo tan a menudo, sobre todo ahora, y mucho menos un tipo casado y con hijos.

Vianello hizo una pausa y la miró.

—A no ser que tenga motivos para hacerlo —concluyó.

Brunetti confirmó así que Vianello también era consciente de los rincones oscuros del comportamiento humano.

Al ver que ninguno de los dos reaccionaba, Vianello formuló una pregunta:

—¿Qué pasa con la visita de la Guardia di Finanza tres meses después de que se marchase de la tercera empresa? —Pasó las páginas hasta que encontró el nombre—. Cuero Poseidón.

—Dos —repuso el *commissario*.

—¿Perdón?

—Fue dos meses después.

Griffoni se volvió en la silla hacia Brunetti.

—¿Es posible que Lorenzo y tú estéis llegando a conclusiones precipitadas sobre algo que yo no veo?

Aunque la pregunta estaba dirigida a ambos, contestó Vianello:

—No sólo cambió de empleo: todas las veces se mudaba de ciudad. ¿Se te ocurre algún motivo por el que estuviera dispuesto a trastocar la vida familiar con esa frecuencia?

El tono de la pregunta de su compañero le pareció más enfático de lo necesario.

—¿Qué es lo que necesita una explicación? —preguntó ella cortante—. ¿Qué te dice que no ha cambiado de trabajo porque sí?

Miró a Brunetti para incluirlo en lo que iba a decir.

—Diría que los dos dais por sentado, con lo que me parecen pruebas escasas, que Gasparini tramaba algo.

Brunetti y Vianello se miraron.

—Basta ya, chicos —repuso Griffoni—. ¿Qué pasa, que ahora soy la pastora de las ocas del pueblo que no se da cuenta de lo que los hombres inteligentes y experimentados advierten de un vistazo?

—Claudia —dijo Brunetti—, no es un complot: los tres tenemos la misma información.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos estamos leyendo de aquí —contestó con las hojas en alto—; sólo que, al parecer, lo interpretamos de manera diferente.

Griffoni lo miró con indiferencia.

—Y como los dos opináis lo mismo, ¿eso quiere decir que tenéis razón? Si la sospecha es compartida, ¿de pronto se convierte en la verdad?

—Podría explicar que Gasparini se interesase por los vales. Tal vez le pareciesen una oportunidad —contestó Brunetti, que miró a Vianello.

El inspector asintió, estaba de acuerdo.

—Si resulta que, como contable, se encargaba de la contabilidad real de una empresa además de la que le enseñan a la Guardia di Finanza, podría usar esa información para fines propios.

El *commissario* los miró a ambos; ninguno de los dos había cuestionado el término *contabilidad real*. Griffoni estaba examinando las hojas que tenía en la mano como si intentase traducir el texto a otro idioma.

—Eso explicaría los cambios de trabajo —continuó Brunetti—. Y de ciudad. O bien Gasparini descubría que no estaban haciendo nada ilegal y se marchaba, o bien que sí lo hacían y los chantajeaba con esa información antes de marcharse.

—En ese caso, ¿por qué la Guardia di Finanza intervino la empresa del cuero? —preguntó Griffoni.

—¿Porque se negaron a pagarle y lo despidieron? —sugirió Vianello—. Sería la mejor manera de demostrar lo que podía hacerles a las compañías que se negasen a pagar.

—Claudia —dijo Brunetti con impaciencia—, no es que quiera convencerte

a la fuerza; sólo quiero que lo consideres como una posible explicación a todos los empleos que ha tenido.

—¿Y cómo encontraba otros trabajos? —preguntó Griffoni—. Si fuera un chantajista, no le sería tan fácil.

—Estarían deseosos de librarse de él, ¿no? —respondió Vianello—. ¿Qué mejor manera de conseguirlo que escribiéndole una carta de recomendación tan favorable que se lo sortearían entre las demás empresas?

—Creo que estáis los dos locos —soltó Griffoni.

Ambos la miraron, pero Brunetti prefirió intentar razonar.

—Venga, Claudia. ¿Lo dices porque no estamos de acuerdo contigo? El farmacéutico —continuó sin darle tiempo a protestar— no es más que otra persona a la que chantajear como a sus antiguos jefes.

—Todavía espero alguna prueba que confirme que eso es lo que ocurrió.

—Hablemos un momento del *dottor* Donato —interrumpió Vianello, y levantó los papeles—. Parece un hombre decente y honesto que ha trabajado mucho toda su vida.

A nadie le pasó por alto el énfasis en la palabra *parece*.

—Se ha inventado la estafa de los vales —continuó—. La *signorina* Elettra ha encontrado la normativa por la que se rigen los farmacéuticos: pueden añadir un treinta y tres por ciento al precio de los medicamentos, pero más no. Sin embargo, en el caso de los cosméticos, pueden pedir lo que quieran. La *signorina* Elettra ha encontrado una farmacia con un margen de beneficio del setenta por ciento.

Brunetti miró a Griffoni.

—Imagínate la diferencia en las ganancias si vende cosméticos en lugar de fármacos —dijo. Y al cabo de una pausa, añadió—: Gasparini es contable. Por muy confusa que fuera la historia de su tía, debió de darse cuenta en un abrir y cerrar de ojos de la ventaja que ofrecían los vales.

Vianello intervino en un tono mucho menos combativo y con cuidado de hablarles a los dos del mismo modo:

—La *signora* Gasparini tenía casi mil euros en vales. Lleva mucho tiempo aceptándolos, y su amiga, la *signora* Lamon, también. El que sale ganando en ambos casos es Donato.

Esta vez Griffoni no protestó. Brunetti se dio cuenta de que se había

abstraído. Tal vez estuviera calculando los ingresos extraordinarios mensuales del farmacéutico.

Brunetti y Vianello se miraron y guardaron silencio.

—Vamos a ver —dijo Griffoni despacio, como a regañadientes—: a Donato le va mejor si Gasparini no levanta la liebre. —No podía decirse que les diera la razón ni mucho menos, pero como mínimo parecía dispuesta a aceptar la posibilidad. Se quedó callada unos segundos—. ¿Habéis pensado qué pasaría si llevaseis a Matilde Gasparini ante un juez o si declarase sobre lo ocurrido? ¿O qué haría un buen abogado de la defensa con vuestra procesión de ancianas con alzhéimer y párkinson? —Alzó el pulgar primero, seguido del resto de los dedos a medida que iba detallando sus objeciones—. Sólo contáis con el testimonio, si es que se le puede llamar así, de esas ancianas confusas. O ancianos confusos. Tenéis los vales a nombre de la *signora* Gasparini y lo que ha relatado ella de forma algo embrollada sobre el veinte por ciento añadido. No hay pruebas de ninguna conexión entre Gasparini y Donato. Lo que sí hay es un colega de Donato que ha repetido los rumores que ha oído sobre él. Si creéis que con eso basta para ir a un juzgado, buena suerte.

Vianello parecía aleccionado.

—No hemos encontrado a nadie más que tuviera motivos para agredir a Gasparini.

—Que sepamos, no le robaron nada —les recordó Brunetti.

Y se quedaron otra vez en silencio. Brunetti se dio cuenta de que el cielo se había oscurecido; la noche se aproximaba deprisa. Oyó una ráfaga repentina de viento y, al otro lado del canal, en el jardín de la casa rodeada de una valla, al árbol se le empezaron a caer las hojas. El viento azotó el postigo de la última ventana de la derecha de la planta superior, un testigo sonoro del creciente deterioro del edificio.

—Entonces ¿qué? —preguntó Vianello al final.

—Su esposa lo sabría —dijo Griffoni.

—Pareces muy segura —repuso Vianello.

—¿La tuya no lo sabría? —le espetó ella.

Él se rio y la tensión de la situación disminuyó.

—¿Cómo se atreven a insinuar eso sobre Tullio? —les gritó la *professoressa* Crosera.

Había accedido a reunirse con los *commissari* en su casa a la mañana siguiente, y los había recibido con cortesía distante. Brunetti había decidido que tres sería demasiado, y Vianello no se había quejado por no haberlo invitado a acompañarlos. La *professoressa* los condujo al salón.

En respuesta a una pregunta de Brunetti, les había explicado que su marido era un hombre serio de vida tranquila que se centraba en su familia y en su —y en ese momento hizo una pausa para mirarlos con inquietud— pasión por el ciclismo. Siendo aún estudiante había competido en el Giro d'Italia, pero era consciente de que no tenía la resistencia suficiente para ser profesional. De todos modos, seguía saliendo en bicicleta; tenía tres en un garaje de Mestre, y al menos uno de los dos días del fin de semana, cuando estaba en casa, lo pasaba haciendo kilómetros lloviese o tronara, y regresaba exhausto y sereno.

A Brunetti todo aquello le hacía pensar que Gasparini era una persona muy normal, y por eso le había costado pasar al siguiente tema: los altibajos de su trayectoria profesional. No obstante, le había preguntado a la *professoressa* —no sin cierta preocupación— la razón por la que su marido cambiaba tan a menudo de empresa, a lo que ella había respondido —con muestras evidentes de irritación— que parecía que sospechasen de que lo hubieran despedido por incompetencia o por cometer irregularidades en su trabajo.

—Eso es lo que nos gustaría descartar, *signora* —había respondido Brunetti con seriedad—. No la incompetencia, sino las irregularidades.

Brunetti había leído muchas veces que las sorpresas dejaban a las personas boquiabiertas. Eso fue justo lo que sucedió. La *professoressa* Crosera permaneció inmóvil unos segundos antes de exigir:

—Repito: ¿cómo se atreven a insinuar eso sobre Tullio?

Estaba a punto de hacer otra pregunta, pero la rabia le estranguló la voz y tuvo que callar y taparse la boca con la mano para toser, furiosa y con el rostro enrojecido.

Griffoni había guardado silencio durante el interrogatorio y se había retorcido de vergüenza con la insinuación de su compañero. Se quedó inmóvil mirando al frente en lugar de a los otros dos.

La *professoressa* Crosera cerró los ojos y, con lo que en cualquier otra

circunstancia habría contado como gesto melodramático consciente, se llevó la mano al corazón. Por primera vez, Brunetti oyó el tictac de un reloj en la sala.

Sonó más de cien veces antes de que la *professoressa* abriera los ojos y lo mirase.

—Voy a decirles esto una vez y después quiero que los dos se vayan de mi casa. No volverán a hablar conmigo ni yo con ustedes, a menos que me lo ordene un juez.

No se había molestado en mirar a Griffoni.

—¿Comprendido? —dijo dirigiéndose a Brunetti.

—Sí.

—Los padres de mi marido murieron de cáncer con seis años de diferencia. Sus muertes fueron largas y muy desagradables. En ambos casos... —Hizo una pausa y luego continuó con la voz estrangulada—: Sus jefes estaban tan contentos con él que le dieron permiso para trabajar desde Venecia. Y en ambos casos él se dio cuenta de que no podía cumplir con sus funciones como debía y renunció a su empleo para ocuparse de sus padres. Vivíamos con mi sueldo. — Los miró a los dos para ver si seguían la historia—. Lo hizo porque es lo que le pareció correcto, y yo estaba de acuerdo. En el tercer caso, dejó el trabajo porque el hijo del propietario le había pedido que hiciera algo ilegal; y en el último, la empresa se reubicó en Shanghái y mi marido no aceptó la oferta de ir a trabajar allí.

Los miró por turnos. Brunetti le devolvió la mirada, pero Griffoni no.

—¿Y el Albertini? ¿Quién paga las matrículas? —preguntó el *commissario*, que había decidido jugar su última carta aunque sabía que lo estaba haciendo mal.

—Su tía —respondió con desprecio palpable—. Así que ya puede descartar la idea de que estuviera desfalcando en las empresas para las que trabajaba o cualquier otra cosa que, en su opinión, pueda haber hecho mi marido.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Los *commissari* la siguieron evitando mirarse. La *professoressa* cerró la puerta en cuanto salieron.

Brunetti se lo contó todo a Paola después de la cena, y ella escuchó con atención mientras daba sorbos a la infusión que habían decidido tomar en lugar del café y

la *grappa*. Ella estaba en el sofá con los pies en el suelo; en el regazo tenía la taza y el platillo. Brunetti había preferido sentarse en el sillón de delante y bebía de una taza más grande.

—¿No hablaste primero con sus jefes? —preguntó Paola.

Brunetti negó con la cabeza, pues no quería contestar.

—Lo siento por Elisa —se lamentó ella al cabo de un momento.

—Quería contártelo —confesó él—. Puede que esté...

—Sí, es posible. A mí me molestaría. ¿Qué hiciste? —preguntó enseguida.

—¿Cuándo?

—Cuando os echó.

—Llamé a la *signorina* Elettra y le pedí que comprobase la fecha de fallecimiento de sus padres y que llamase a las empresas en las que trabajaba entonces para confirmar la versión de la *professoressa*.

Paola levantó la barbilla y lo miró fijamente.

—¿Después de no haberte molestado en comprobarlo de antemano?

—Sí.

Paola reflexionó un buen rato, pero no dijo nada.

—¿Y? —preguntó al final.

—Decía la verdad.

—Elisa no suele mentir —se permitió decir Paola—. Y ahora, ¿qué?

—Quiero hablar con el *dottor* Donato.

—¿Qué quieres de él?

—Quiero ver cómo reacciona cuando le diga que Gasparini sabía lo de los vales.

—¿Por qué vas a decirle que lo sabes?

—Porque así verá que lo hemos relacionado con la agresión a Gasparini.

—¿Has pensado que podrías equivocarte con Donato como te has equivocado con Gasparini?

—Los vales se los ha dado a varias personas, así que al menos en eso no hay error posible —dijo, y se dio cuenta de lo aliviado que estaba de poder afirmarlo.

—Eso, Guido, en nuestro mundo son menudencias —contestó ella, y le quitó importancia con un gesto de la mano—. ¿Cuánto debe de sacar al cabo del año?

—Si ganase más, ¿sería más fácil de creer? ¿O peor?

—No, Guido. Pero en cuestiones legales hay distintos grados de

culpabilidad.

—¿No estás de acuerdo?

—Lo que hace es deshonesto. Engaña a ancianos para que se gasten cien euros al mes en cosméticos —dijo con rotundidad—. Robar y estafar son cosas tan a la orden del día que estamos dispuestos a hacer la vista gorda ante cualquier delito pequeño, como si no estuviera mal. ¿No hay una ley que dice que si te condenan a tres años de cárcel o menos no ingresas en prisión?

Brunetti asintió.

—Sí, más o menos.

Paola calló, pero al ver que su marido quería decir algo, se lo impidió:

—Acuérdate de Antígona, ahora que estás leyendo la obra. ¿Quién tiene razón? ¿Ella o Creonte? Los actos de Antígona no hacen daño a nadie, ¿deberían permitirle quebrantar la ley por eso? Dice que obedece las leyes divinas, que hace lo que la humanidad sabe que es correcto. ¿Puede incumplir las normas por eso?

Brunetti no respondió. Él no tenía contestación posible, y la obra tampoco. El texto planteaba preguntas y le pedía al lector que reflexionase y respondiese si se atrevía.

—Si ella insistiera en enterrar a dos de sus hermanos —continuó Paola— o a tres, ¿acabaría siendo más noble? O, desde el punto de vista de Creonte, ¿sería un crimen el doble o el triple de malo?

Brunetti levantó las manos para indicar que no lo sabía.

—Por eso a la gente le gustan las novelas —sentenció Paola para su sorpresa—. En la mayoría, el narrador explica las cosas. El lector recibe la información de por qué los personajes hacen lo que hacen. Estamos acostumbrados a esa voz que nos dice qué hay que pensar.

—Tal como lo dices, parece que eso no te guste —repuso Brunetti.

—Es que no me gusta; es demasiado fácil. Y, al final, es muy distinto de la vida real. Es falso.

—¿Por qué?

—En la vida no hay narradores. Está llena de mentiras y de medias verdades, y en realidad nunca estamos seguros de nada. Eso me gusta.

—Entonces ¿la ficción realmente es ficción?

Paola lo miró boquiabierta. Recostó la cabeza en el sofá y rompió a reír hasta

que se le saltaron las lágrimas.

Cuando entró en la *questura* a la mañana siguiente, el joven guardia de la puerta lo recibió con un saludo esmerado.

—*Dottore*, la *signorina* Elettra quería hablar con usted en cuanto llegase.

Brunetti le dio las gracias y subió la escalera hacia el despacho, preguntándose qué información habría logrado desenterrar la secretaria desde el día anterior por la tarde. Él había dormido mal, dándole vueltas y más vueltas a cómo se le habían ido de las manos las sospechas sobre Gasparini. Ahora veía que se basaban en poco más que en su ansia por explicar la agresión que había sufrido. ¿Era posible que el apoyo de Vianello lo hubiera impulsado a comportarse con tal imprudencia? Había leído sobre cuánto más violentos se volvían los hombres al integrarse en un grupo; ¿constituían uno él y Vianello? A regañadientes, admitió que sus ideas se habían aunado.

Lo primero en lo que reparó fue en que las flores tristes del despacho de la *signorina* Elettra habían sido sustituidas por un ramo inmenso de flores amarillas. ¿Zinnias, quizá? Nunca estaba seguro. Parecían contentas de estar al sol, como a punto de provocar algún tipo de alboroto.

También se dio cuenta al aproximarse a la mesa de que la *signorina* Elettra desprendía la misma energía que el color del ramo. Por su expresión, era evidente que se gestaba algún problema, pero para otro.

—¿Qué ha descubierto, *signorina*?

El tono de la pregunta tenía el mismo valor que la firma de un tratado de paz.

—Anoche vi a Barbara —respondió ella.

—Espero que esté bien —dijo Brunetti, pues conocía a la hermana de la *signorina* Elettra y le inspiraba simpatía.

—Muy bien, gracias —contestó la *signorina* Elettra con cortesía—. Se me ocurrió hablar con ella, porque es médico y quizá supiera algo.

—¿Sobre la *dottoressa* Ruberti? —preguntó Brunetti.

—Proust —dijo, y sonrió—. Así es como la llaman los demás doctores, según Barbara.

Viendo que Brunetti continuaba sin comprender, añadió:

—Porque escribe mucho. —Una pausa—. Muchas recetas —insistió al ver que aún no caía.

¿Qué, si no?

—¿Para gente mayor? —preguntó él.

—Parece ser que sí, siempre que tengan párkinson o alzhéimer —especificó—. Tiene una serie de pacientes, algunos más jóvenes, con depresión o trastorno bipolar. En ambos casos se dice que tiene predilección por recetar medicamentos nuevos y que suele evitar los genéricos.

—¿Esto se lo ha dicho su hermana?

—Claro que no. Ella sólo me contó lo del mote. Y yo he echado un vistazo cuando he llegado esta mañana. La sanidad pública no deja de sorprenderme con su grado de ineficacia —dijo con expresión más dura—; la base de datos está protegida con un sistema que es una invitación a robar.

—¿Ha echado un vistazo? —preguntó Brunetti pasando por alto la indignación de la joven.

Ella dio unas palmaditas afectuosas al teclado.

—Lo mismo que con el *dottor* Donato, *commissario*. He buscado la lista de los pacientes de Ruberti y he visto lo que recetaba.

Negó con la cabeza fingiendo desaprobación.

—Muchos de los medicamentos son nuevos.

—Con «nuevos», ¿se refiere a caros? —preguntó Brunetti.

—En algunos casos, muy caros.

—¿Cómo es que nadie le dice nada? Creía que la seguridad social controlaría lo que recetan los médicos.

—Y lo hace —contestó ella—, pero la lista de pacientes de la *dottoressa* es larguísima: tiene más de mil. Supongo que lo que les receta a los demás debe de bajar la media del coste por paciente a una cifra que el sistema acepte. Pero son muy descuidados —reiteró con indignación en la voz—. Identificar algo tan

llamativo como lo que hace ella no cuesta tanto.

Antes de que se pusiera a explicar los detalles de aquel sistema perfecto, Brunetti la interrumpió:

—¿Podría elaborar una tabla como la de la farmacia?

—Por supuesto, *dottore*. Tengo un programa que... —empezó a decir, pero lo dejó sabiendo que no le interesaría y cogió una hoja de papel—. ¿Qué información quiere que incluya?

—Quiero una con los pacientes que toman fármacos para problemas psicológicos y otra con los que sufren algún tipo de demencia. Nombres, direcciones, edades, qué les receta y el precio de las medicinas. En los casos en los que les recete algo caro, incluya también el precio del medicamento genérico o el normal que ella no haya querido recetar.

La secretaria lo miró y tuvo tiempo suficiente de sonreír.

—Muy bien, *commissario*.

Ladeó la cabeza y continuó anotándolo todo.

—¿Podría averiguar también en qué farmacia se canjearon las recetas?

Ella hizo un cabeceo rápido que indicaba que sería una tarea sencilla.

De pronto, a Brunetti le vino a la cabeza el recuerdo vago de algo que había leído hacía tiempo —tal vez años— en *Il Gazzettino*.

—¿Le importaría comprobar si alguna vez ha hecho recetas a nombre de personas fallecidas?

La *signorina* Elettra apartó la mano del papel de forma tan repentina que el lápiz trazó una raya larga.

—¿Qué?

—A veces pasa —respondió él con calma—. Al menos, según lo que me contó *Il Gazzettino*. Cuando la gente no muere en el hospital, el fallecimiento no siempre se notifica al Ufficio Anagrafe. Ni a la seguridad social. Pueden tardar meses en ser declarados oficialmente muertos.

La *signorina* Elettra contempló el vacío, absorta en las posibilidades.

—O sea, que van al limbo, se sigue cobrando la pensión y se continúa haciendo recetas a su nombre.

Negó con la cabeza varias veces, pero Brunetti no supo si era admiración o asombro.

—Muy tentador —susurró.

—Me interesa sobre todo qué farmacia las acepta —continuó Brunetti.

Ella sonrió sin asomo de alegría.

—A mí también.

Se volvió hacia la pantalla del ordenador y a Brunetti le quedó claro que su concentración había hecho las maletas y ya viajaba en la dirección que él le había indicado. Convencido de que su presencia era innecesaria, se marchó a su despacho.

De camino al trabajo había comprado un ejemplar de *Il Gazzettino*, y no se le ocurrió mejor manera de aprovechar el tiempo que leerlo mientras esperaba a que la *signorina* Elettra lo llamase. Sabía que ella no pensaría en nada más hasta entrar en la base de datos de la seguridad social y arramblar con toda la información que le interesase. Dejó el periódico sobre la mesa y miró la portada: una foto del alcalde sonriendo de oreja a oreja, posando ante un mapa del Canale Vittorio Emanuele. Era el último intento del ayuntamiento para que los cruceros continuasen acudiendo a la ciudad, sin importar el coste para la ciudadanía. Brunetti miró la obra del alcalde y perdió la esperanza.

En la parte inferior derecha había un titular que decía que los *carabinieri* habían desmantelado una red de narcotráfico. «Ver página 27», ponía. La página 27 lo informó de que, tras una investigación de un año de duración y en el marco de una operación llamada Puño de Hierro, los *carabinieri* habían arrestado a seis sospechosos de traficar con drogas.

El artículo revelaba que los traficantes habían operado en las inmediaciones de tres de los institutos de la ciudad casi sin ser advertidos por las autoridades, a pesar de las quejas de los residentes de la zona y de los padres de los alumnos. No obstante, al final «se les acabó la suerte» y en una redada de madrugada los *carabinieri* se incautaron de trece kilos de hachís, marihuana, pastillas y otras drogas sintéticas. Todos los arrestados estaban en el país de forma irregular; habían sido trasladados a la comisaría de los *carabinieri*, donde los habían interrogado antes de soltarlos con orden de abandonar el país en un periodo de cuarenta y ocho horas.

Las cuestiones sobre jurisdicción no preocupaban ni interesaban en demasía a Brunetti. Tampoco comprendía por qué se drogaba la gente, aunque podría ser un motivo tan sencillo como que las drogas estaban ahí, a su disposición. Era lo suficientemente pragmático para dar su aprobación a todo lo que cortase el

camino de la droga hasta el cuerpo de los adolescentes; pero, más allá de eso, sus opiniones se quedaban ahí. Quizá la interrupción del suministro ayudase a Sandro Gasparini. Puede que la situación de su padre tuviera el efecto de una colleja y se concentrase en asuntos más serios. O no.

Brunetti vio que la bandeja de entrada estaba llena de documentos nuevos, pero no hizo caso y continuó leyendo *Il Gazzettino*. Como siempre, esquivó los artículos sobre política nacional, suspiró ante las noticias internacionales y se saltó la sección de deportes. Eso le dejaba muy poco que revisar y acabó pronto. En ese momento, sus opciones eran escaparse por la ventana del despacho o asumir sus responsabilidades y leer los informes que había recibido.

Deslizó el diario hacia la izquierda, le dio la vuelta para ocultar la fotografía del alcalde y se acercó el montón de papeles.

El campanario de San Giorgio dei Greci daba las doce cuando la *signorina* Elettra apareció en su puerta y llamó golpeando el marco con los nudillos.

—¿Puedo pasar, *commissario*?

Brunetti levantó la vista de la página que leía.

—O bien escucho las novedades que usted me trae —observó Brunetti— o continuo leyendo una discusión sobre si, a falta de una ordenanza municipal sobre bicicletas, montar por la ciudad debe clasificarse como infracción o como delito.

—He leído esa directiva con atención, *signore* —contestó ella con seriedad aparente—. Creo que es mejor considerarlo una infracción.

Brunetti cerró la carpeta y la dejó encima de las que ya habían emigrado hacia el montón de la izquierda.

—Gracias, *signorina*. ¿Qué nuevas me trae?

—Las tablas, *signore*.

—Muy bien. ¿Hay algo a lo que deba prestar especial atención?

—No, *commissario*. Creo que las cifras hablan por sí solas.

Dicho eso, se acercó, le dejó los papeles delante y se marchó.

A pesar de que la *signorina* Elettra había comentado la cantidad de pacientes que tenía la *dottoressa* Ruberti, cuando Brunetti vio la columna titulada «Demencia» se sorprendió porque ocupaba cuatro páginas a un espacio. Detrás de cada nombre estaba el fármaco prescrito por la doctora y el precio. A continuación, el nombre y el precio de otros medicamentos similares, a menudo

genéricos, disponibles para las mismas enfermedades. En algunos casos, la diferencia de coste era el triple, aunque la mayoría era de poco menos del doble. Más de la mitad de las recetas se habían canjeado en La Farmacia della Fontana.

En la segunda tabla, los pacientes de la *dottoressa* Ruberti con «Enfermedades de la psique» —que también ocupaba cuatro páginas—, se repetía el mismo patrón y farmacia. Las medicinas que les recetaba eran siempre mucho más caras que los productos genéricos detallados en la lista.

La tercera tabla, «*I morti*», aportaba algo de variedad. El nombre de los pacientes aparecía seguido de la fecha de fallecimiento registrada en el Ufficio Anagrafe y de la fecha en que se había expedido cada receta póstuma. En algunos casos transcurrían más de dos años entre la primera y la segunda. Y, a excepción de seis, todas se habían usado en La Farmacia della Fontana.

Brunetti se sorprendió pensando en el huevo y la gallina. ¿Qué había sido primero: la doctora que proponía al farmacéutico cargar a la seguridad social una receta para un medicamento caro, y así recuperar un importe mayor, o el farmacéutico que buscaba médicos dispuestos a expedir las recetas que le supusieran mayores ingresos? ¿Cuál de los dos ofrecía y cuál aceptaba el incentivo económico?

Se dio cuenta de que tendría que hablar con ambos para descubrir la verdad de cada parte, pero sería más provechoso empezar con el tentado y no con el tentador, pues era más probable que el más débil de los dos dijera la verdad. Estimó que el farmacéutico sería el tentador.

Encendió el ordenador y buscó la dirección y los horarios de la *dottoressa* Ruberti. Vio que ese día estaría hasta la una y media en Campo Santa Margherita, cerca de casa de la *signora* Gasparini. Eso significaba que podía ir hasta allá, sentarse en la sala de espera y convertirse en el último paciente de la mañana.

Durante un momento sopesó la posibilidad de pedir a Vianello o a Griffoni que lo acompañasen, pero todavía estaba demasiado avergonzado por lo mal que había juzgado a Gasparini y prefirió ir solo.

Desembarcó del número 1 en Ca' Rezzonico, atravesó Campo San Barnaba y pasó por delante de las dos barcas de los fruteros, que a esas horas estaban

cubiertas con un par de lonas verdes. Cruzó el puente y fue hacia el *campo*. Cuando llegó, ya había dado la una y tardó unos minutos en localizar la dirección, justo al lado de una inmobiliaria. Un cartel citaba el nombre de la doctora y el horario, además de pedir a los pacientes que llamasen al timbre para entrar. Siguió las instrucciones, oyó el zumbido del portero automático y entró.

Subió a la primera planta, donde vio otro cartel con el nombre y una flecha que apuntaba hacia el fondo del pasillo. Allí había una puerta con el nombre en una placa de latón. Entró.

En la sala de espera encontró a tres personas: dos mujeres y un hombre. Cuatro sillas vacías. Tres pares de ojos lo observaron mientras se acercaba a la que quedaba más alejada. Antes de tomar asiento, los saludó con una inclinación de cabeza y, viendo que no respondían, se sentó y cogió la primera revista de una pila que había en la mesita.

Observó que las dos mujeres eran muy obesas y el hombre, muy flaco. No se había fijado en nada más y tampoco levantó la mirada para estudiarlos, sino que leyó seis razones para hacerse vegano y esperó. Una puerta se abrió a la izquierda de los pacientes y una voz de mujer dijo: «*Signora Tassetto*».

Una de las dos señoras se levantó, caminó hasta la puerta, no sin esfuerzo, y pasó adentro. Brunetti observó a la mujer de piel pálida que la recibía: era tan alta como él y llevaba bata blanca. La doctora se volvió para seguir a la mujer antes de que él tuviera tiempo de estudiarla. Quince minutos más tarde, la paciente emergió y se dirigió a la salida, y la doctora llamó a un tal *signor* Catucci. Esta vez Brunetti alcanzó a ver que no llevaba maquillaje y que tenía el pelo castaño y sujeto a los lados de la cabeza con horquillas. La *dottoressa* lo miró un instante. Era evidente que la presencia de un desconocido en su consulta la sorprendía. Siguió al paciente al interior.

Pasaron sólo cinco minutos hasta que los dos volvieron a la puerta y ella lo despidió. El hombre andaba despacio, como si acabase de recibir noticias desagradables. No le hizo falta llamar a la otra mujer, que se había levantado en cuanto ella había abierto la puerta y había entrado. Antes de volver al despacho, la doctora miró a Brunetti.

Al *commissario* le pareció que la mujer tardaba una eternidad en salir, aunque no pudieron transcurrir más de diez minutos. La paciente pasó por delante de la doctora en silencio y se marchó de la consulta.

La mujer de la bata blanca se acercó a Brunetti.

—¿Puedo ayudarlo, *signore*?

Hablaba con cierta vacilación, como si fuera ella quien necesitara ayuda. Tenía unos cuarenta años, supuso él.

Se levantó y dejó la revista en la mesilla.

—Me gustaría hablar con usted, *dottor*essa.

—¿Quién es?

—Soy Guido Brunetti —dijo, e hizo una pausa. Pero entonces, a modo de penitencia por cómo había tratado a la *professoressa* Crosera, añadió—: Soy *commissario* de policía.

Ella se relajó, pero no sonrió.

—Muy bien —respondió, y retrocedió un paso—. Pase a mi despacho, hablaremos allí. —Se volvió hacia la sala contigua, pero se detuvo un instante—. Lo esperaba —admitió, y continuó andando.

Brunetti la siguió. Ella cerró la puerta y se sentó a la mesa con la elegancia de movimientos típica de las mujeres altas.

El despacho era muy diferente del que tenía el *dottor* Stampini en el hospital: ordenado, pulcro, con una silla cómoda para los pacientes y una camilla cubierta con una lámina de papel junto a la pared del fondo, donde también había dos ventanas con vistas al edificio del otro lado de la calle. Dentro de una vitrina de cristal había cajas de medicamentos. Encima de la mesa, a la derecha, había un ordenador; y en la superficie, dos montones de historiales, o eso supuso Brunetti. Nada más.

Los habituales diplomas médicos estaban intercalados con fotografías de flores tan ampliadas que no se las reconocía más que como ejercicios de encuadre. El *commissario* se sentó y miró a la *dottor*essa Ruberti. Tenía la cara alargada, como el cuerpo, aunque su delgadez la hacía parecer más alta de lo que era. Lo miraba de tú a tú, sin apartar la vista. Ojos de color castaño claro; lo que los admiradores llamarían ámbar, y los detractores, tierra.

Más de una vez Brunetti se había sentido incómodo estando con médicos en situaciones no profesionales. Se preguntaba si evaluaban la salud de las personas cuando las miraban a los ojos o les estrechaban la mano o al ofrecerles más vino. Pero ella lo contemplaba como si quisiera saber qué podía hacer por él.

—Ha dicho que quería hablar conmigo, *commissario*. ¿Puede decirme de qué

se trata?

—De Tullio Gasparini —dijo Brunetti.

—Sí —respondió ella con normalidad—, el sobrino de la *signora* Gasparini.

—¿De qué lo conoce, *dottoressa*? No es paciente suyo, ¿verdad?

De pronto, ella lo miró con desaprobación.

—*Commissario* Brunetti —dijo ejercitando su paciencia—, ¿le importa que le sugiera que observemos ciertas normas de cortesía durante la conversación?

—Adelante —respondió él.

Ella lo miró sin sonreír.

—Bien.

Asintió varias veces como si estuviera acabando una conversación consigo misma.

—Voy a decirle la verdad. Por eso no hace falta que me engañe para que revele algo que no debería —le aseguró al final, y continuó antes de que él pudiera afectar inocencia—: ¿Le parece aceptable?

—Sí. Pero nunca he hablado con nadie que admitiese no decir la verdad.

—Igual que mis pacientes —repuso ella con hastío—. Que si sólo beben o fuman un poco, que nunca comen más de seis granos de arroz al día... —Lo miró a la cara—. Es uno de los motivos por los que ya no soporto la falta de honradez. ¿Lo entiende?

—Sí —respondió Brunetti, aunque tuvo que matizar—: Pero no estoy seguro de si debo creerla.

Esperaba provocarla, pero no lo consiguió.

—Yo no miento, *commissario*. Aunque me gustaría. A veces me sería muy útil.

—Si eso es cierto —contestó Brunetti, que ya seguía las nuevas normas diciéndole lo que pensaba—, es muy poco común.

La expresión de la doctora se suavizó.

—Por desgracia, Tullio Gasparini es otra de las personas incapaces de mentir o de ser deshonestas. Vino a verme y me contó lo que sabía y qué pensaba hacer.

Era demasiado pronto para que Brunetti inquiriese sobre eso.

—¿Cómo sabe que no mentía? —prefirió preguntar.

—Por experiencia. Mucha gente, sobre todo los que se acercan a la muerte y lo saben, dejan de mentir o dejan de verle la gracia o la necesidad. Con los años

he aprendido a reconocer los síntomas de la verdad, no sólo de las enfermedades.

—¿Y el *signor* Gasparini?

—Siento decir que no ha aprendido a reconocer a los que son como él, así que, cuando intenté darle explicaciones, no me creyó. —Se frotó la mejilla derecha como si fuera una costumbre que la ayudara a pensar—. Quizá fuese porque lleva toda la vida trabajando con números y no sabe interpretar a las personas.

—¿Qué le dijo, *dottor*essa?

—Antes de contestar, *commissario*, ¿le importa que le pregunte cómo ha dado conmigo?

Brunetti no le vio sentido a jugar con ella y decirle que había buscado la dirección en Google.

—Me he enterado de su conexión con el *dottor* Donato y he decidido venir a hablar con usted.

—¿Conexión? —repitió ella, y se le suavizó la expresión aún más—. Qué delicado es usted con el lenguaje, *commissario*.

Sonrió por primera vez, y él vio que, tiempo atrás, antes de que la vida la afectase con problemas de los que no había sabido salir mintiendo, debió de haber sido hermosa.

—¿Podría decirme cómo llegó a conocerlo?

—Fue hace años. De vez en cuando, yo iba a su farmacia para hablar de algunos de mis pacientes. Quería asegurarme de que les apuntaba cuándo tomar las medicinas y en qué orden y que les recordaba que lo consultasen a diario.

—¿No aparece la información en la receta?

Ella lo miró con más frialdad que antes.

—Por favor, *commissario*. Al paciente que toma seis, ocho o diez pastillas al día le cuesta acordarse de cuándo tomárselas. Le pedí que les hiciera un horario a cada uno. Eso es todo.

—¿Y él accedió?

Ella le dio vueltas a la respuesta.

—Lo convencí. Le dije que tenía muchos pacientes ancianos y confundidos que necesitaban su ayuda.

—¿Y lo hacía?

—Sí.

—¿Y su conexión? —preguntó Brunetti, con un énfasis especial en la última palabra.

—Fue al cabo de unos años.

Se detuvo como un conductor en una encrucijada, pensando hacia dónde girar.

—¿Es usted de Castello, *commissario*? —preguntó, queriendo llamar la atención sobre el hecho de que no estaban conversando en veneciano—. Lo digo por su acento —añadió al ver su sorpresa.

—Vivía allí de niño. Yo ya no me doy cuenta, pero estoy seguro de que no lo perderé jamás.

—No se pierde, no del todo. Mi padre era profesor de canto en el Goldoni —dijo como si él hubiera pedido explicaciones—; nos educó para que prestásemos atención a la voz de las personas.

Miró por una de las ventanas y guardó silencio unos instantes.

—No lo había pensado, pero tal vez ése sea el motivo por el que sé quién dice la verdad: porque también se nota en la voz.

Brunetti conocía ese detalle desde los inicios de su carrera profesional, pero no dijo nada.

—Hablábamos del *dottor* Donato, *dottoressa* —le recordó.

—Sí, claro. Discúlpeme. Supongo que estoy ganando tiempo. —Se irguió en la silla—. Siendo usted veneciano, sabrá lo pequeña que es la ciudad.

Brunetti asintió.

—Eso significa que usted podría averiguar lo que yo voy a decirle. En una ciudad pequeña, casi nada permanece en el ámbito privado. —Después de una larga pausa, prosiguió—: Hace unos años estuve casada, pero me divorcié. Tengo un hijo con una discapacidad física y mental grave. Soy médico, así que soy consciente de hasta qué punto está discapacitado y del curso que seguirá su vida, pero también me hago a la idea de cómo será su futuro... en la sociedad.

—Siento lo de su hijo, *signora*.

Ella sonrió de nuevo.

—Gracias, *commissario*. —Le estudió el rostro—. Pero no se lo cuento para apelar a su empatía; es porque debe saberlo.

Brunetti asintió.

—Mi hijo, Teodoro, está en una residencia privada. El motivo de que esté allí

es que soy médico y he visto cómo viven o vivían algunos de mis pacientes en las públicas —explicó con la voz estrangulada—. Soy médico de familia, *commissario*. Tengo más pacientes de los que me puedo ocupar con un horario normal, así que trabajo más horas para ganar más. Pero a menudo no me llega para los cuidados de Teo.

Vio que Brunetti estaba a punto de hablar y levantó la mano.

—Antes de que lo pregunte: no. Mi exmarido no me da nada. No me preocupo por mí misma, pero por Teo sí.

»Mi ex también es médico; se casó otra vez y ahora trabaja en Dubái. Hay una orden judicial que lo obliga a cubrir la mitad de los gastos que generan los cuidados de Teo, pero él se niega a pagar. Mientras siga en Dubái, no puedo hacer nada.

Para Brunetti, Dubái era un elemento novedoso, pero la historia era típica.

—Como le decía, ésta es una ciudad pequeña y supongo que, dentro del sector sanitario, mi historia es bastante conocida. Eso incluye al *dottor* Donato.

»Hace dos años, cuando ya había dejado de pagar varios recibos de la residencia, el *dottor* Donato me hizo una propuesta. Quería que les recetase a mis pacientes un medicamento, mientras que él les suministraría otro. Me negué y le pedí que se marchase. La verdad es que me salió la vena moral y le dije que había jurado no hacer nada perjudicial para mis pacientes, pero él insistió en que el plan que tenía en mente no hacía daño a nadie.

A lo largo de los años, Brunetti había observado que la mayoría de las personas, cuando hablaban con él sabiendo que era policía, manifestaban sus nervios de maneras distintas: se revolvían en la silla, se pasaban la mano por el pelo, se tocaban la cara, entrelazaban los dedos y los soltaban. Pero la *dottorressa* Ruberti lo miraba a los ojos, inmóvil.

—¿Qué le propuso? —preguntó.

—Me dijo que, si yo recetaba los medicamentos más caros, él seleccionaría los mejores genéricos con el mismo componente y se los daría a los pacientes. Los fármacos estarían empaquetados igual que los caros y tendrían el mismo aspecto.

—¿Cómo pensaba hacer eso? —preguntó Brunetti, aunque lo sospechaba.

—Se negó a darme detalles. Sólo dijo que tenía amigos entre los comerciales de varias de las farmacéuticas y me prometió que ellos se ocuparían del

suministro.

Dejó que Brunetti digiriese la información.

—Cuando me negué de nuevo, me aseguré, aunque de manera muy indirecta, que las cajas serían de la misma empresa que fabricaba el medicamento caro y los códigos de barras serían reales.

Brunetti asintió. La estratagema no era nueva.

—¿Qué le ofreció?

—El treinta por ciento de la diferencia de lo que él pagaba por el genérico y lo que la seguridad social le abonaría por el caro. Le dejé claro que los pacientes tenían que recibir un fármaco idéntico al que yo recetase.

—¿Y cuál era el riesgo?

—No había. Les daba una medicina con el mismo efecto y en la misma caja que la que yo recetaba.

—¿Y?

—Le pedí un día para pensarlo, me fui a casa y, aunque entonces no lo conocía, me convertí en una especie de Tullio Gasparini.

—¿A qué se refiere?

—A que me pasé la noche haciendo números. El coste del cuidado de Teo a cinco años, a diez; cuánto estaría ganando pasado ese tiempo y si podría pagarlo. Lo miró a los ojos.

—Las cifras me decían que no, y eso significaba que, tarde o temprano, Teo tendría que ingresar en una residencia pública.

La *dottoressa* no le preguntó si tenía hijos. No dijo que, como madre, no podía... No imploró que comprendiese la situación.

—Al día siguiente me acerqué a la farmacia, accedí al trato y Donato me entregó una lista de sugerencias de fármacos que recetar para una serie de enfermedades. Me dijo que dejaba en mis manos la manera de convencer a mis pacientes de acudir a su farmacia a por los medicamentos.

—En lo más profundo de Cannaregio —apuntó Brunetti.

Ella le lanzó una mirada sobria seguida de un cabeceo breve de resignación. El policía sabía dónde estaba la farmacia del *dottor* Donato.

—Así es, en lo más profundo.

—¿Cuándo se salió el asunto de madre? —preguntó Brunetti.

—¿Conoce al *dottor*? —respondió ella sorprendida.

—A los de su calaña —se permitió decir él.

—Sí, como todos —contestó la *dottoressa*, y guardó silencio unos instantes—. Unos meses después me pidió que recetase otros fármacos caros y le diese las recetas a él, en lugar de a los pacientes a nombre de los que iban. Es evidente que se daba cuenta de qué pacientes prestaban menos atención o no recordaban qué les habían recetado, o quizá supiera cuáles de ellos vivían solos. Sólo tenía que escribir recetas, y él las procesaba. Las metía en el sistema sin problemas y le pagaban medicinas que nunca había vendido.

—Seguramente ahorra esfuerzo a los pacientes —dijo Brunetti, pensando que los ancianos ya no tendrían que ir hasta Cannaregio.

Ella se echó un poco hacia delante, como si esperase a que el *commissario* añadiera una coletilla sarcástica. Pero no fue así.

—Más ingresos para mí.

Brunetti resistió el impulso de hacer un comentario. De pronto se acordó de las clases de lógica del *liceo* y de su método favorito, la *reductio ad absurdum*; se le ocurrió probar haciendo una comparación ridícula:

—¿Es por esto por lo que la gente espera seis meses para una prótesis de cadera?

Ella lo miró con sorpresa y, al parecer, dispuesta a enfadarse. Pero en cuanto se dio cuenta de que la pregunta no pretendía más que provocar, prefirió no contestar.

—¿Qué pasaría si alguien se enteraba de lo que usted hacía?

—Era imposible —respondió ella con total seguridad—. Los únicos al tanto éramos el *dottor* Donato y yo.

—Es un plan muy astuto —dijo Brunetti como si *astuto* fuera una palabrota.

—Y muy común —añadió ella.

—Pero Gasparini los descubrió —apuntó él al final.

Ella le ofreció una sonrisa leve, patética.

—No tuvo nada que ver con las recetas —contestó, aunque se corrigió al instante por el bien de la precisión—: Al menos por la parte que a mí me toca.

Brunetti emitió un ruidito, pero no dijo nada.

Ella apoyó las manos en el borde de la mesa para empujarse hacia el respaldo de la silla.

—Fue avaricia. Donato es un hombre avaricioso, y yo me había permitido

ignorarlo.

—¿Los vales? —sugirió Brunetti, aunque sólo fuera para que ella viese cuánto sabía.

—Sí. —Negó con la cabeza sin ocultar su incompreensión—. Quería más. Yo no sabía nada del tema, pensaba que estaba estafando al Estado. Pero resulta que también engañaba a los ancianos.

Por cómo hablaba, era evidente que le parecían dos cosas muy distintas.

—¿Cómo los engañaba? —preguntó Brunetti, no porque no supiera qué hacía Donato, sino para ver a qué llamaba ella un engaño.

—Si se dejaban la receta en casa, les hacía pagar y les daba un vale por el valor del medicamento. Ochenta euros, sesenta... Ciento sesenta. Le daba lo mismo con tal de que accediesen a pagar —explicó con la voz estrangulada—. Les daba el vale, pagaba los dos euros de la receta y se quedaba con el resto.

»Cuando volvían a por el dinero, al día siguiente o después de una semana o de un mes, se les había olvidado lo que él les había dicho. Así que les explicaba con sus buenos modales que él sólo quería ayudar y que les había dejado claro que los vales no eran canjeables por dinero ni por medicamentos, sólo por otros productos.

Se tocó los lados de la boca y se tensó la piel.

—Es muy astuto. Sabía que no reconocerían que no se acordaban de lo que se suponía que él les había dicho. Confirmar el olvido es ratificar mi diagnóstico, y muchos de mis pacientes no pueden o no quieren hacerlo.

Apartó las manos y las arrugas aparecieron de nuevo.

—Para que no se sintieran engañados o para que no se lo contasen a alguien que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, se inventó lo del veinte por ciento extra. Así, en lugar de sentirse estafados por haber pagado ochenta euros o cincuenta y nueve por un medicamento que debería haberles costado dos, se sentían bien, porque les habían regalado un veinte por ciento. Así era algo de más, cuando en realidad los obligaba a comprar productos que a él le generarían un beneficio aún mayor. Eso si se acordaban de para qué servían los vales, claro.

Brunetti observó a la *dottorressa* por si quería añadir algo más, y esperó en absoluto silencio. La mirada de Ruberti se volvió gélida.

—Una de mis pacientes me contó que el *dottor* Donato siempre era muy generoso con ella.

—¿Así es como se enteró de lo que hacía?

—No. No tenía ni idea hasta que vino Gasparini. Cuando su tía se lo contó, él habló con una de sus amigas, y ésta le contó la misma historia.

—¿Y lo de los fallecidos? —preguntó Brunetti con curiosidad por saber cómo lo justificaba Donato.

Ella apartó la mirada y se estudió las manos, que había entrelazado al oír la pregunta.

—Eso fue... —dijo, y tosió—. Fue idea suya. El marido de una de mis pacientes había ido a decirle que su mujer había fallecido, para que fuese al entierro. De hecho, lo vi allí. Esperó hasta dos días después del funeral para venir y pedirme que hiciese unas recetas a su nombre —explicó, y lo miró un instante—. Intenté resistirme.

Brunetti se limitó a observarla, y ella apartó la mirada de nuevo.

—Me ofreció la mitad —continuó enseguida, como si tuviera prisa por acabar la conversación—. Así que accedí.

Brunetti esperó a que ella adujese alguna excusa sobre los gastos que suponían los cuidados de su hijo o que dijera que necesitaba el dinero, pero la doctora no añadió nada más al respecto, sino que alzó la mano para impedirle hablar.

—Hay una cuenta bancaria a nombre de mi hijo. Todo el dinero que he conseguido a través del *dottor* Donato, que siempre me ha pagado en metálico, está allí junto con todo lo que he conseguido ahorrar desde que acepté cuál será el futuro de Teo.

—¿Su hijo está capacitado legalmente para...? —empezó a preguntar Brunetti, pero no dio con las palabras correctas.

—No, no lo está. Pero una amiga mía es cotitular de la cuenta y ella se ocupará de que, mientras duren, los fondos se destinen a Teodoro.

—¿Se ha preparado para lo que pueda ocurrir?

—Estoy preparada desde el día en que accedí a hacer las recetas, *commissario*. Después de esto, no podré volver a ejercer en la profesión médica. —Con rostro pensativo y abstraído, añadió—: Es extraño que decidiera hacer algo así, sabiendo cómo acabaría.

Brunetti no estaba de acuerdo: conocía casos en los que médicos habían sometido a sus pacientes a operaciones innecesarias sin que eso afectase a su

carrera profesional.

—Sin embargo... —empezó a decir él, y ella lo interrumpió.

—Me resulta raro tener que recordárselo yo, *commissario*, pero ¿no se olvida del *signor* Gasparini?

No se había olvidado de él, sólo había apartado el tema. Seguir el hilo de Ariadna de cómo ella se había metido en el asunto de las recetas y haberse conmovido con la historia de su hijo no lo había despistado del camino recto que lo había conducido hasta allá.

—¿Le importaría hablarme de eso, *dottor*?

—No hay mucho que contar, la verdad. Vino a verme hace unas semanas y me preguntó si conocía al *dottor* Donato, el farmacéutico de su tía. Contesté que sí. Entonces quiso saber si tenía muchos pacientes que acudiesen a su farmacia, y le dije que bien podía ser el caso, porque confiaba plenamente en las capacidades profesionales del *dottor*, cosa que es cierta. Entonces él quiso saber si estaba al tanto de los vales que el farmacéutico daba a sus clientas, y me alegró decir que no tenía ni idea de qué estaba hablando. Me dio las gracias y se marchó, aunque yo sabía que nos veríamos de nuevo.

—¿Por qué lo sabía, *dottor*?

—Porque me di cuenta de qué clase de hombre era. Y porque sé cómo es el *dottor* Donato. Sabía que se las arreglaría para volver las sospechas de Gasparini en mi contra. —Hizo una pausa que le permitió respirar hondo—. Y eso es exactamente lo que hizo.

Brunetti prefirió no decir nada.

—Gasparini regresó una semana más tarde. Muy enfadado. Al parecer, Donato le había contado que lo de los vales se me había ocurrido a mí. Yo intenté aclarar que no había tenido nada que ver con eso, pero el *signor* Gasparini se negó a escucharme. Donato lo había convencido de que la culpable era yo: una mujer divorciada que vivía sola y cuyo hijo estaba ingresado en una residencia privada en lugar de en una pública, adonde la mayoría de las familias habrían enviado a sus hijos. —Se encogió de hombros—. Se lo había tragado todo: una charla de hombre a hombre. Cuando le pregunté de qué modo podía estar beneficiándome yo de los vales, no quiso ni escucharme.

—¿Qué pasó?

—Un día me llamó, porque supongo que lo obligó su conciencia, y me dijo

que pensaba denunciarme. En cuanto se pusieran a investigar lo de los vales, yo no tendría más remedio que contarles todo lo que estaba pasando. Y eso pondría fin a mi carrera profesional, ¿verdad?

Al ver que Brunetti no contestaba, insistió:

—¿Verdad que sí?

—¿Qué hizo usted? —preguntó él a modo de respuesta.

—Hice todo lo posible por calmarme y le pregunté si podíamos quedar antes de que acudiese a la comisaría. Le dije que concederme eso sería lo correcto.

Negó con la cabeza, como si la asombrase haberse rebajado a semejante cosa.

—Me propuso quedar cerca de su casa al día siguiente por la noche, cuando hubiera llegado a casa después del trabajo. No podía ser en un establecimiento público porque en su vecindario todo el mundo lo conocía y quedar con una mujer de noche en un bar parecería extraño. —La doctora miró a Brunetti y abrió los ojos con falsa incredulidad—. Acordamos vernos en el puente a las doce menos cuarto. Yo llegué pronto. Iba con la idea de llevarle el historial médico de Teo, pero al final decidí no hacerlo porque a él le daría igual. Yo era otro parásito del Estado que vivía bien de lo que robaba, y merecía un castigo. Creo que para él era así de sencillo. —Miró a Brunetti y le hizo una pregunta con tono absolutamente normal—: ¿Cree que será porque lleva toda la vida trabajando con números?

—Tal vez sí —admitió Brunetti—. ¿Qué ocurrió?

Ella se tapó la cara con las manos, se secó las lágrimas, dejó que brotasen de nuevo y lo miró.

—Fue puntual y nadie nos vio. —Le ofreció una sonrisa lúgubre—. Traté de explicarle que yo no tenía nada que ver con los vales, pero no me escuchaba. Ni siquiera me dejaba hablar. Empezó a sermonearme sobre la gente que no respeta al Estado y que escupía en el plato del que comíamos todos y robaba de él en beneficio propio. —Al ver la expresión del *commissario*, hizo una pausa; luego dijo—: Sí. Así es como me habló. Y después me dijo que había hecho suficiente con quedar conmigo y que se iba a casa.

»Durante la conversación nos habíamos movido, y yo estaba de espaldas a la calle por la que él tenía que marcharse. Estaba en su camino.

Levantó ambas manos a la altura de los hombros con las palmas vueltas

hacia delante, como una niña a la que, jugando, le hubieran dicho que se quedase plantada.

—Para bajar el puente tenía que rodearme.

Se miró las manos con sorpresa y las bajó al regazo.

—Entonces, cuando pasó a mi lado, dijo no sé qué sobre lo vergonzoso que era que yo, una doctora, robase a los débiles e indefensos y que lo justificase todo con la historia de mi hijo, que estaría igual de bien en una institución pública.

Apartó la mirada, sin duda hacia la escena que la había llevado a estar allí, justo en ese momento, con Brunetti.

—Creo que levanté la mano para detenerlo, y él me la agarró y la apartó. Yo le di con la otra en el pecho, y él me dijo que debería avergonzarme de poner a mi hijo como excusa de mi avaricia. —La doctora respiraba con dificultad y hablaba con una cadencia extraña y errática—. No recuerdo qué hice. Pero él quiso esquivarme y me empujó con el cuerpo. Entonces lo agarré. No sé si quería apartarlo o si quería hacerle daño, pero él hizo un movimiento repentino y, de pronto, en lugar de andar, se cayó.

Dejó de hablar en ese instante y, después de tomarse unos segundos para tranquilizarse, miró a Brunetti.

—En mitad de todo aquello —dijo—, hice algo malvado a conciencia.

—¿Qué fue?

—Lo dejé allí.

A Brunetti no se le ocurría qué decir.

—Soy médico, y lo dejé allí tendido.

—¿Por qué?

—Había oído un barco que atracaba en San Stae y ruido de personas en el *campo*. Se acercaban unas voces. Hacia mí. Hacia nosotros. Supe que lo encontrarían. O quizá esperaba que lo encontrasen y decidí que con eso bastaba. No lo sé. Hui. Regresé en dirección a Rialto corriendo hasta la primera esquina, y después caminé hasta San Stae. Fui al embarcadero, y unos diez minutos más tarde oí la ambulancia. Esperé hasta que giró en Ca' Pesaro. Cuando pasó, me fui a casa.

Calló y miró a Brunetti antes de bajar la vista.

Él se fijó en sus manos, juntas sobre la mesa como si fuera una alumna de

colegio. Tenía la piel suave y sin máculas. Pensó en su cutis pálido y en los ojos de color ámbar. La doctora había hecho bien en no exponerse al sol. Al fin y al cabo, era médico y habría advertido muchas veces a sus pacientes que se protegiesen del sol. Era una lástima que no hubiera conseguido evitar los demás riesgos que había corrido durante la vida. Si Gasparini hubiera sido un chantajista, ella podría haberle pagado una parte de las ganancias que había conseguido de forma ilícita quebrantando su propio juramento. Y se habría evitado mucho dolor.

«No dañes al paciente.» ¿A quién había perjudicado ella? El sistema sanitario era una fuente pública de la que todos podían beber hasta saciar su sed. El que necesitaba caminar podía operarse de juanetes o ponerse una prótesis de cadera. Todos pagaban y todos recibían ayuda.

Brunetti se deshizo de su ensoñación y miró a la *dottoressa* Ruberti. Parecía distraída, ausente, y el *commissario* se preguntó si también estaba evaluando las decisiones que había tomado.

La doctora separó las manos y las deslizó hacia atrás hasta sacarlas de la mesa. Lo miró.

—¿Sabe qué va a ocurrir?

—No puedo decírselo, *dottoressa*. Depende de lo que los jueces consideren que ha ocurrido y cuáles crean que han sido las causas.

Ella ladeó la cabeza hacia la derecha y alzó la vista queriendo —o eso pensó él— centrarla en algo más lejano que él o su rostro. Pasó un buen rato, pero Brunetti no podía ofrecerle ayuda alguna.

—¿Qué hago hasta que todo empiece? —preguntó ella al final.

—Continuar con su vida, *dottoressa*.

—¿Qué significa eso? —preguntó con rabia repentina, como si él la hubiera provocado—. ¿Es que no piensa arrestarme?

—Me gustaría que me acompañase a la *questura* y declarase ante un juez. Él decidirá si la deja irse a casa o no.

—¿Y después?

—Eso no depende de mí.

Ella se sumió de nuevo en el silencio y miró la fachada de enfrente por la ventana.

Brunetti pensó en cuántas preguntas debía de tener, cuánta incertidumbre. Su

situación era muy similar a la de la *professoressa* Crosera, pues la vida de ambas dependía de lo que le ocurriese a Gasparini: si vivía o moría, y de cuánto recordara al salir del coma. ¿Qué sería de sus hijos? ¿De sus carreras profesionales? ¿De sus vidas?

Pensó que ambas parecían mujeres decentes y honestas, aunque, en el caso de la *dottoressa* Ruberti, eso estaba ahora en tela de juicio. Pensó en el hijo, que debía de llevar el apellido del padre y, con ese dato, la *signorina* Elettra podía buscar el historial médico. La *dottoressa* debía de ser tan ingenua como para haber abierto la cuenta de su hijo en el mismo banco donde tenía su dinero. Sería fácil dar con ella, al menos le sería fácil al que supiera de su existencia, si buscaba por el apellido paterno.

Entonces se le ocurrió: si la doctora no la mencionaba durante el interrogatorio, la cuenta podría seguir siendo secreta, permanecer intacta y a disposición de los cuidados de su hijo cuando los ahorros que ella tuviese se hubieran gastado. Si se lo contaba al juez, ¿qué le impediría a éste ordenar que, siendo el fruto de una serie de delitos, el Estado confiscase todo el dinero? ¿Cuánto empeño pondrían en discernir el origen de los depósitos? ¿Qué clase de funcionario identificaría la diferencia entre el dinero robado y el que ella había ganado de manera legítima? No, se lo confiscarían todo, y que el hijo se las apañase como pudiera.

Si se lo contaba al juez, lo perdería todo.

—*Dottoressa* —empezó, dejándose llevar por la tentación de aconsejarle qué hacer.

Ella continuó mirando por la ventana que estaba más alejada, ajena a su presencia.

—*Dottoressa* —repitió.

Entonces lo miró, tal vez respondiendo a la urgencia de su voz.

Brunetti hizo una pausa para pensar qué quería decir, pero de pronto se acordó de la vía que llevaba el *signor* Gasparini en el dorso de la mano.

—Si está lista, podemos irnos.

Ella se levantó y lo siguió a la calle. A pesar de que tardaron veinte minutos en llegar a la *questura*, ninguno de los dos pronunció ni una sola palabra. Brunetti la dejó con el guardia de la puerta, se despidió de ella y subió a hablar con el juez que la interrogaría.

La tentación del perdón
Donna Leon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Temptation of Forgiveness*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de las fotografías de la portada, Steven Roe / EyeEm/Getty Images

© 2018 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© de la traducción, Maia Figueroa Evans, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-322-3366-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!

